

Tierra,
trágame,
y escúpeme
en el
Caribe
Ivanka Taylor



Tierra, trágame, y escúpeme

en el
Caribe

Ivanka Taylor



Tierra,
trágame,
y escúpeme
en el
Caribe
Ivanka Taylor



divinity books

m̄

Tierra, trágame, y escúpeme en el Caribe

Ivanka Taylor Índice

Portada

Dedicatoria

Jueves

Viernes

Sábado

Cuatro meses después

Un año después

Créditos

A mi familia y a todas esas geniales
cuarentañeras que andan

perdidas por el mundo, en especial a Cova,
Leyre, Mosi y Patti

por ayudarme a crear estos personajes tan
maravillosamente locos

Vale.

Genial.

Extraordinario.

Magnífico.

¿Qué mierda hacía aquí?

Mejor dicho, ¿qué mierda hacíamos aquí?

Por más vueltas que le daba no hacía más que repetirme las

mismas preguntas una y otra vez.

Que ya no teníamos veinte años, joder...

Y allí estaba yo, con una brecha en la cabeza y un golpe en la

rodilla que me dolería durante semanas.

Miré a mi alrededor.

Vi a una de mis mejores amigas de la infancia
llorando y

respirando dentro de una bolsa.

A mi otra mejor amiga, completamente colocada
y también

llorando, pero de risa.

Vi el coche de Sandra destrozado boca arriba
como una tortuga

muerta en medio de un secarral de La Mancha.
Y entonces me fijé en

el olor a estiércol seco mezclado con hachís.

¿Qué mierda hacíamos aquí?

¿Qué había pasado?

Tres cuervos nos graznaban desde el tendido telefónico y parecían

hablar entre ellos, como si aquello fuese una novela de Murakami,

pero en paleta.

Y para colmo me faltaba un zapato. Había mirado por todas

partes y no aparecía. Debió de salir despedido en el golpe, o en la

segunda vuelta de campana, vete tú a saber. Y no era un zapato

cualquiera, era un Purificación García de la colección primavera-

verano de este año. Más tonta era yo por habérmelos puesto para

aquel plan sin sentido.

Lo único bueno era que íbamos en el Volvo familiar de Sandra, y

que tenía más airbags que el muñeco de Michelin. Llegamos a venir

con el coche del padre de Bea y estábamos muertas las tres, seguro.

¿Cómo narices había empezado todo aquello?

JUEVES

Recuerdo perfectamente cómo narices empezó todo.

Era jueves, mediados de abril. El clima en Madrid no sabía si

continuar el invierno o comenzar la primavera. Y claro, así no había

quien organizase el armario. Bueno, mi armario, lo que se dice

armario, no era, era una especie de ataúd estrecho en el que no

cabían más de diez vestidos colgados. ¿Cómo no me había fijado en

él cuando alquilé el apartamento? Supongo que con las prisas y la

necesidad de conseguir un sitio barato donde dormir en menos de

dos días, mis prioridades no se concentraron en el almacenamiento.

El caso es que tenía toda mi ropa dividida entre maletas, un arcón

monísimo que había comprado en Tailandia y que me había costado

más dinero en sobrepeso que lo que había pagado por él (y que me

valió una discusión con Javier), y el ataúd en cuestión. Y claro, así no

había manera: la ropa de invierno estaba mezclada con la de

entretiempo y la de verano con la de otoño, y tardaba en vestirme un

mínimo de tres horas.

La única parte buena era que casi no me vestía porque apenas

salía de casa desde hacía dos semanas.

Como decía, era jueves, estaba empezando a llover, se me acababa

de terminar la leche de soja, en dos días cumpliría cuarenta años y

me acababa de bajar la regla, aunque según la aplicación del móvil y

mis cálculos, tenía que venir una semana después, pero allí la tenía,

visitándome en todo su esplendor. El final perfecto para otra semana

perfecta. Me estaba mirando en el espejo y lo único que veía era una

cara hinchada como una torta de pan y unas ojeras que parecían las

de un oso panda. Que igual no era por la regla, que igual era porque

me había pasado toda la noche llorando. Llevaba tres días sin

lavarme el pelo y cinco días sin salir de casa. Bueno, el domingo

había bajado la basura, pero eso no contaba porque solo me había

puesto el abrigo encima del pijama. ¿Sabéis esas personas que

iluminan la habitación con su belleza y carisma? Pues yo soy la que

se apoya en el interruptor sin querer y apaga la luz. O al menos, así

me sentía. El caso es que fue verme con aquellas pintas, en el fondo

de un pozo estético, y decirme a mí misma (últimamente hablaba

mucho conmigo misma): Alba, tienes que hacer algo...

La pregunta era: ¿qué hacer? Inventar una vacuna contra el cáncer

o un sistema para paliar la sequía en el mundo estaban fuera de mi

alcance, y luego estaba lo de los cuarenta. ¿Por qué no podía cumplir

treinta y cinco otra vez? Los treinta y cinco estuvieron bien, si

volviese a cumplirlos, tendría otros cinco años para hacerme a la idea

de que iba a cumplir cuarenta. ¡Dios! ¡Cuarenta años! Esto ya eran

palabras mayores. Teóricamente, eso me convertiría inmediatamente

en una adulta, pero yo seguía sintiéndome como una adolescente. No

había más que verme: separada, viviendo de alquiler en un piso

diminuto y sin trabajo estable. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía

solucionar el desastre de mi vida?

Y así me pasaba el día, dándole vueltas a la cabeza, en el fondo de

mi pozo estético y ahogándome entre dudas, así que decidí darme

una ducha caliente. Cada vez que me duchaba,

las cañerías sonaban

como si alguien estuviese desollando un gato,
pero ya me había

acostumbrado y hasta me sentía acompañada
por aquel ruido

infernado. Además, era la única forma de mitigar
el estruendo del

tráfico de fuera y el ruido de las viejas de arriba,
que parecía que

daban clases de claqué todas las mañanas. Así
que me quité el

albornoz y me metí debajo del agua, y qué
queréis que os diga, que

me sentí mejor, no perfecta, pero mucho mejor.
«Algo tendrá el agua

cuando la bendicen», decía siempre mi abuelo

(aunque él mucha

agua no bebiese, todo sea dicho), y creo que tenía razón. Y allí estaba

yo, arrugándome como un Shar Pei cuando entre los maullidos, el

taconeo y los camiones de reparto, empecé a oír la música de mi

móvil. ¡Maldición! Siempre me llevaba el teléfono al baño por si

sonaba, ¿por qué no lo había hecho? Evidente: porque era un jueves

de mierda de otra semana de mierda.

Salí chorreando y al pisar el suelo casi me escurrí con la

alfombrilla. Seguí corriendo y dejando un reguero por el parque que

no saldría nunca justo antes de golpearme el
dedo meñique con una
maleta y llegar en el preciso instante en que el
teléfono dejaba de
sonar. Miré la llamada perdida: era Bea. ¿Hacía
cuánto que no
hablaba con Bea? ¿Dos, tres meses? Una de
mis mejores amigas, y
aún no le había contado nada de lo de Javier...
Y de pronto me
acordé. Bueno, no me acordé. Vi en el móvil
que la había llamado la
noche anterior a las tres de la mañana. Dos
veces. ¿Por qué lo había
hecho? Ese es el tipo de cosas que se hacen
cuando una está

borracha. Y no se llama a las amigas, se llama a un ex para

preguntarle por qué te ha dejado. Miré rápidamente si había llamado

a Javier. Menos mal. No le había llamado. Debí de llamar a Bea

después de tomarme el Lexatin, porque no me acordaba de nada. Me

había metido tres valerianas, pero como no me dormía ni dejaba de

llorar, había decidido sacar la artillería pesada. ¿Qué podía hacer?

Pensé allí, en pelotas, en medio del salón de mi micropiso. ¿La llamo?

¿No la llamo? El destino —o alguno de sus funcionarios— no me dio

tiempo a pensarlo más, porque sin querer le estaba dando al botón

de rellamada.

—¡Malditas pantallas táctiles!... —grité al techo al tiempo que oía

como descolgaban al otro lado.— ¡Bea, bonita! ¿Cómo estás? —dije

poniendo una voz natural que sonaba más falsa que una azafata del

Un, dos, tres.

—Yo, muy bien, ¿y tú, Alba? ¿Pasa algo?

—¿Por qué? ¿Qué va a pasar?

—Tú sabrás... Me llamaste anoche dos veces... A las tres de la

madrugada...

—Ah, ¿eso? Nada... Es que...

¿Y qué le decía ahora? Precisamente no había llamado a nadie

porque no quería contarle por teléfono, y como no había salido, no se

lo había contado a nadie. Así que estaba metida en aquel círculo

vicioso cuando Bea me preguntó con voz seria:

—¿Va todo bien con Javier? —Que si iba todo bien, me

preguntaba la tía... ¿Cómo lo había sabido? ¿Quién se lo había

dicho? «Espera, Alba», reflexioné, «no te vuelvas paranoica, seguro

que te lo está preguntando en plan qué tal todo...».

—Sí, todo bien... —mentí. ¿Por qué mentí? No tenía ni idea—.

No, que te llamé porque... —¿Por qué la había llamado? No lo sabía,

estaba completamente drogada—. Te llamé porque... —Mi cerebro

pensaba excusas a toda velocidad mientras sentía cómo me iba

quedando helada en medio del salón—. Porque me apetecía verte...

—dije, y me quedé más ancha que larga.

—¿Estás segura?

—Sí, ¿no puedo querer ver a mi amiga favorita?

—Hombre... A las tres de la madrugada...

—Ah, eso... Nada, que le debí de dar al móvil

sin querer... —

Pero... ¿por qué narices no le había dicho eso en el primer momento

en lugar de lo de que quería verla? Definitivamente, tenía que dejar

de tomar tanto ansiolítico, se me estaba quedando el cerebro como

un tomate atropellado.

—Pues genial, quedamos, que a mí también me apetece mucho

verte. —«Seguro que sí, por eso hace más de dos semanas que no me

mandas ni un whatsapp, perra...», pensé yo. Pero claro, no dije nada

—. Oye, estoy pensando —continuó Bea— que por qué no quedamos

hoy. Con esto de estar en el paro, tengo tanto tiempo libre que no sé

qué hacer con él...

—¿Hoy? No sé... Es un poco precipitado, ¿no?

—Era un poco

precipitado y era lo último que me apetecía. No es que no quisiese

ver a Bea, es que no quería ver a nadie vivo ni tenía fuerzas para salir

a la calle.

—¡Qué va! Hace un día maravilloso; es viernes (y ya sabes que los

jueves son los nuevos viernes); los restaurantes no estarán petados; y

además he descubierto un sitio chulísimo por Alonso Martínez en el

que la happy hour se alarga hasta las once...
Venga, ¿a qué hora

quedamos? —El optimismo de Bea me golpeó
como los yunques de

los dibujos animados.

—Jo, Bea, es que, no sé... No me apetece
mucho... Y además...

No tengo nada que ponerme... —respondí
apelando a la camaradería

estética femenina.

—¡Déjate de leches! Te espero a las cinco en la
Posada de París

para un café y luego ya veremos cómo se
presenta la noche. Voy a

llamar a Sandra, que seguro que se apunta. Te
dejo... ¡Ponte bragas

limpias! Jajajajaja...

Y colgó. Así, sin más. Y es que Bea era así, todo lo contrario a mí,

lanzada, resuelta, un poco alocada, es verdad, pero una optimista

irreductible. Había sido así siempre, desde que nos conocimos en el

instituto. Y me puse a recordar la primera vez que la vi en clase,

lanzándole el borrador a un tío a la cabeza y dejándole casi

inconsciente, cuando me di cuenta de que seguía desnuda en mitad

del salón, con toda la piel de gallina y mirando el teléfono como los

monos de 2001 el monolito. Eso ya era lo que

me faltaba, pillar una

pulmonía. Tenía que volver a la ducha.

Eran las cinco y cuarto de la tarde cuando entraba por la puerta de

la Posada de París. Era un sitio que nos gustaba mucho porque se

podía hablar, las mesas eran amplias, las tartas eran deliciosas y

había un camarero que estaba buenísimo, pero obviamente, aquel

jueves debía de ser su día libre. Me había costado dos horas

autoconvencerme de que tenía que salir y otras dos para decidir qué

me ponía. Todo ello, sumado a la hora que había necesitado para

encontrar la ropa, había hecho que llegase tarde.
Comprobé con

alivio que Bea no había llegado, y justo cuando
iba a sentarme, oí una
voz al fondo.

—¡Alba! ¡Alba! ¡Aquí!

Era Sandra. ¿Hacía cuánto que no la veía?
Desde el cumpleaños

de Jesús por lo menos, haría unos cinco meses.
Estaba espectacular.

Parecía recién salida de una revista de cotilleos,
como cuando

«cazan» a una famosa por sorpresa. Con un
vestido ladylike amarillo

y una chaqueta negra. Estaba estupenda, como
siempre, pero más. Y

yo, con unos vaqueros viejos y una blusa blanca (que la blusa era

monísima, todo sea dicho); parecía que la «señora bien» había

quedado para entrevistar a la nueva chacha. Fui hasta ella y nos

dimos dos besos.

—¡Qué bien te veo, Alba! —mintió Sandra.

—Tú sí que estás bien... —dije, y a mí sí que me habría gustado

mentir—. ¿Qué te has hecho? Te veo distinta... ¿Te has cambiado el

pelo?

—No... —dijo con una sonrisa que me hizo entender que allí

había gato encerrado.

—¿Has adelgazado?

—Un poco... Me he quitado tres kilitos desde marzo... —Ya se me

había olvidado que Sandra siempre hablaba con diminutivos. Para

ella, hasta King Kong era un «monito»—. Pero seguro que no es eso

lo que me notas...

—Pues no sé... Estás igual de morena que siempre, no te has

puesto lentillas de colores ni te has hecho un piercing... Pero te veo

diferente...

—Me he dado un pinchacito aquí. —Y se llevó

el dedo entre las

cejas sonriendo—. Y bueno, otro aquí y otro aquí, junto a los ojos...

Es que, una vez que empiezas, no puedes parar...

—¿Un pinchacito de qué?

—De bótox, tonta... Ya no se me marca el ceño ni se me notan las

patas de gallo, ¿lo ves?... Me he quitado diez años de encima por lo

menos... —exclamó orgullosa. Y fue entonces cuando empezó a

mirarme la cara como si buscase una zona de aterrizaje en un mapa

de Marte—. Tú deberías dártelo también, mira cómo tienes el

entrecejo... Y las patitas de gallo... ¡Uy! Y la comisura de los labios

también... ¡Que dentro de dos días cumples cuarenta años! ¿Te crees

que se me había olvidado? Pues no. Pero bueno, estás fatal, cariño.

¡Parece que vayas a cumplir cuarenta años! ¿Tú te crees que alguien

pensaría que yo tengo cuarenta? Seguro que no. Pero tú... ¿Javier no

te dice nada? Porque a mí Jesús me decía que parecía una yaya... —Y

pensé que justo aquello era lo que necesitaba, que me recordasen que

los cuarenta estaban a la vuelta de la esquina y que me llamasen vieja

y fea. Solo le faltó decirme que estaba más gorda y que llevaba el pelo

como un orco. Lo único que se me ocurrió fue apelar a eso que dicen

siempre las —pocas— famosas que no se han operado.

—Pues sí, Sandra, tengo arrugas porque yo estoy orgullosa de mi

edad... Y, además, todavía no he cumplido los cuarenta...

—No seas antigua, eso no son arrugas. Arrugas tenía mi abuela,

lo tuyo son líneas de expresión, y con el pinchacito mágico se te van

en cuestión de minutos. ¿Quieres que te dé el teléfono de mi

esteticista? Te puedes hacer un gran regalo de cumpleaños...

—No, no quiero el teléfono de tu esteticista, ni quiero cambiarme

la cara, eso es como hacerle trampas a la vida ¿no? Además,

bastantes problemas tengo ya como para preocuparme por unas

arr..., perdón, líneas de expresión... —Si Sandra hubiese tenido algo

de empatía, se habría dado cuenta de que me pasaba algo, pero no.

No me lo podía creer, se lo había puesto a huevo para que me

preguntase: «¿Qué te pasa?», y lo único que se le ocurrió decirme fue:

—Eres una antigua, hija... Mi esteticista me ha cambiado también

el maquillaje por este que llevo ahora, más fresco y natural, para no

parecer una señora de cuarenta, que es lo que ya pareces tú.

Además, a ver cuándo te quitas esas gafas, que te hacen parecer cinco

años mayor... —Estaba a punto de levantarme e irme a mi zulo

cuando vi a Sandra alzando los ojos tras de mí.

—¡Hola, chicas!

Bea había llegado. Al menos ella no venía como si llegase de un

desfile. Seguía vistiendo con su aire heavy, pero la vi guapísima.

Había perdido unos diez kilos, aunque seguía estando gordita, claro,

pero además se había dejado el pelo más largo y ondulado, y ya iba a

ser más difícil que la confundiesen con un chico (lo que le pasaba

mucho). ¿Qué estaba sucediendo? ¿Mis amigas, que eran mayores

que yo, habían hecho un complot contra mí? ¿Habían acordado

aparecer maravillosas para que fuese evidente que yo era una

mierda? Estaba pensando que quedar con ellas había sido un error y

que debería irme de allí, cuando Sandra fue la primera en hablar.

—¡Qué guapa estás, Beíta!

—¡Operación bikini, chicas! Me estoy matando en el gimnasio...

Al principio empecé a ir porque está lleno de tíos buenos y porque

no tenía nada que hacer por las mañanas, claro, pero luego le cogí el

gusto a esto del deporte, y sobre todo al zumba. ¡Cómo me mola el

zumba! La música es una mierda, pero en realidad voy más por ver

cómo menea el culo el monitor... Bueno, la verdad es que no me

mola nada y estoy hasta las narices del deporte, pero algo tengo que

hacer si quiero pillar al hombre de mi vida, ¿no?

¿Y a ti qué te ha

pasado, Alba? Has cogido algún kilito, ¿eh? —
¡Dios! ¡Bea también

había empezado a usar diminutivos! Y lo que era
peor, ¡a meterse

conmigo!— ¿Quieres que te invite a mi
gimnasio? Ya verás, antes del

verano te habrás quitado esas lorzas... ¿Javier
no se queja? O qué

pasa, que le gusta tener donde agarrar, ¿eh?

Me quedé mirándolas en silencio. Mis dos
mejores amigas desde

hacía más de veinte años y no hacían más que
darme caña cuando

peor me encontraba yo. Ninguna me había
preguntado qué tal estaba

o por qué hacía meses que no nos veíamos. No les importaba una

mierda. A nadie le importaba una mierda. Y fue entonces cuando

sucedió: me eché a llorar desconsoladamente, como una niña

pequeña.

—¿Y a esta qué le pasa? Si iba en plan de broma... —oí que decía

Bea entre mis sollozos.

—No sé, yo la he notado normal... Igual es por lo del cumple...

—¿Qué cumple?

—Este sábado, Bea. ¡Le caen los cuarenta!

—¡Qué putada! Se me había olvidado... Me

acuerdo cuando los

cumplí yo. Me pillé tal pedo que creo que me desperté con cuarenta y

uno. Bueno, con cuarenta y uno y un chaval de veintitantos que me

debió de hacer maravillas, porque, aunque no me acuerdo de los

detalles, sí me notaba toda relajada... —Era increíble. Yo, allí,

llorando como una magdalena, y ellas hablando de chorradas.

—¡Queréis dejar de decir gilipolleces! —exploté en un exabrupto

de rabia y tristeza—. ¿No veis que estoy hecha polvo? —Y se me

quedaron mirando las dos como si no me

conociesen. Bea fue la

primera en reaccionar. Me cogió la mano y me miró con expresión

seria.

—Te conozco hace demasiado como para saber que tú no estás

bien, Alba. ¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? Que Javier me ha dejado por una

quinceañera. —Y el silencio entre nosotras se hizo aún más denso,

tanto que se podía cortar con un machete. Se hizo tan denso que

hasta la pareja de señoras mayores de al lado se quedó mirándonos

con interés. De nuevo, fue Bea la primera en reaccionar.

—Será hijodeputa...

—Si es que todos los tíos son iguales... En cuanto te empiezas a

marchitar, te descambian por otra más joven...

—¡Sandra! —cortó Bea—. Esa no es la manera de animar a Alba...

—Pero si es verdad...

—Cállate, Sandrita... A ver, Alba, cuéntanoslo todo desde el

principio... Que yo recuerde, estabais fenomenal...

—Fenomenal debía de estar él, porque llevaba casi un año

engañándome con la niña esa...

—¿Y es menor de edad? ¿De verdad? No imaginé que Javier fuese

un perverso...

—No, no es menor de edad, tiene veintitrés años... y Javier no es

un perverso, solo es un cabrón que me ha arruinado la vida.

—¿Dónde la conoció?

—En el curro... Es de lo más patético... Y no solo eso... La ha

dejado embarazada...

—Pero si Javier no quería niños...

—Debe de ser que no quería niños... conmigo... —Y me volví a

romper y me eché a llorar otra vez, y al verme así, mis dos amigas se

comportaron como debían haberlo hecho al principio. Sandra se

levantó, me abrazó y me dio un beso en la mejilla mientras Bea me

sujetaba la mano.

—Qué hijodeputa... —murmuró Bea, quien también se levantó y

vino a abrazarme. Supongo que, mientras, las dos viejas de al lado

debían de estar encantadas viendo una melé de chicas que temblaba

a causa de mis sollozos.

Muchos kleenex y dos tisanas después, ya me sentía con ánimos

de responder a sus preguntas, porque era evidente que las dos se

morían por preguntarme los detalles más escabrosos.

—¿Y qué habéis hecho con la casa?

—Se la ha quedado él...

—¿Cómo que se la ha quedado él? —preguntó Bea con enfado.

—Bueno, en realidad era suya... Decidimos vender mi

apartamento hace años e irnos a la casa de sus padres.

—Pero los gananciales...

—Teníamos separación de bienes, Sandra... No todas somos

como tú...

—Pues te hubiera venido fenomenal ser como yo... Ahora

tendrías una casa... O al menos, la mitad de una... —me espetó

Sandra con el tono que, supongo, usaba cuando quería echar la

bronca a sus hijos.

—No me lo recuerdes, por favor. Ahora estoy viviendo en un

micropiso que he alquilado por Latina, e intentando empezar de cero.

Bueno, empezar, todavía no he empezado, hoy es el primer día que

salgo de casa desde hace dos semanas.

—Nos tienes para lo que necesites, Alba. Lo sabes, ¿verdad?

—Yo no lo habría dicho tan cursi como Sandra, pero así es, Alba.

Lo que quieras... —Y se quedó en silencio y puso los ojos en blanco,

y tanto Sandra como yo sabíamos lo que iba a suceder: Bea acababa

de tener una de sus «ideas cojonudas»—. ¿Sabéis qué? Tengo una

«idea cojonuda». ¿Qué le pidió Cenicienta al Hada Madrina?

—¿Un príncipe azul, no? —pregunté sin saber bien hacia dónde

nos llevaría aquello.

—Nada de eso... Le pidió poder ir al baile y un

vestido

maravilloso... ¡Nada más! Ni príncipe ni amor eterno. Así que ahora

tú y nosotras dos, las tres, nos vamos de compras.

—¿Para qué? No tengo un duro, y además desde que trabajo en

casa ya ni me pinto la raya del ojo... Antes, cuando iba a la ofi,

todavía me ponía mona, pero ahora, para hablar con el de la web o

con el portugués al que le compro la lana para los calcetines, me paso

el día en chándal.

—Pues vamos a Zara y te compras una pulsera, pero tú te vienes

de compras...

—Terapia de compras, ¡yupi! Me encanta... —
exclamó Sandra, y

parecía que fuese ella la que necesitase más
terapia que yo.

—Tú —dijo Bea dirigiéndose a Sandra— paga,
que estás forrada.

—Yo no estoy...

—Vale, tu marido está forrado... Así que, que
pague. Qué menos,

¿eh, Alba? Hagamos a un tío pagar por una vez.

—Eso, paga —respondí yo, pensando que me
había llamado vieja

y que tenía que pagarlo. El caso era que me
invitasen porque estaba

canina.

Un Zara, un H&M, un Rosa Dorada, un Bimba & Lola, un Nac, un

Skunkfunk y un La tienda del espía después, me sentía un poco

mejor. Sandra se había comprado un clutch, una blusa, un biquini

estampado y unas gafas de sol. Bea, un spray de pimienta (porque el

que tenía lo había vaciado sobre un inglés que había intentado

meterle mano), y yo, unos calcetines negros para copiar la costura del

talón. Lo cierto era que caminando por Madrid un día de primavera,

sin prisas y con dos amigas, me sentía bastante

mejor que en casa

debajo de la manta. Además, estaba empezando a disfrutar del alivio

de haberme desahogado contando a alguien que sabes que te quiere

todo por lo que había pasado los últimos meses. Bea miró el reloj y

nos miró a las dos.

—Vamos a un restaurante mexicano que conozco. La comida es

asquerosa...

—¿Y por qué quieres que vayamos? —pregunté yo. Y sí, seguía

susceptible, lo reconozco.

—¡Porque los camareros están buenísimos! Ya

veréis, no habrá ni

un tío en todo el local, en todo caso alguna mesa de gais...

—No, mexicano, no, que allí es todo carne...
¿No os he contado

que me he hecho vegana? —dijo Sandra.

—¿Cómo que vegana? —Si aquella no era la señal de que la

civilización occidental se acababa, no se me ocurría otra: Sandra se

había hecho vegana. Ella, que iba a cazar con su padre y su hermano

desde los seis años y presumía de desollar ella misma a los venados.

—Es verdad... Me lo ha recomendado mi esteticista...

Bea no se dejó amilanar por aquello.

—¿Y un griego? Hay un griego aquí cerca. La comida es...

—¿Asquerosa? —respondí con ironía.

—No, no está tan mala como en el mexicano, pero los camareros

tampoco están tan buenos... Aunque hay uno con un pendiente al

que le dejaría hacerme un pijama de saliva...

—Bea, podrías escribir una guía en Internet, pero en vez de

restaurantes, de camareros...

—Pero los griegos son todos sodomitas... Y tienen bigote...

—Efectivamente, Sandra, lo dice la Biblia —

respondió Bea

pasando completamente de Sandra—. Venga, vámonos, que se pone

de bote en bote... Además, luego nos dejan romper los platos y a

última hora se baila el sirtaki.

Era un restaurante pequeño pero muy cuco, como lo definió

Sandra. Poco importaba que las mesas estuviesen pegadas las unas a

las otras y que oliese un poco a cisterna, había sillas, bebida y

comida, que después de una tarde de compras eran las tres cosas que

necesitábamos. El camarero del pendiente no era tan guapo como

había prometido Bea, pero no estaba mal y parecía simpático. Estaba

claro que le gustaba atender a mesas de chicas solas, porque no hacía

más que preguntarnos cosas y decirnos tonterías. Claro que si aquel

tío era griego, yo era carmelita descalza. Pedimos muchas cosas con

nombres raros, y Bea pidió una botella de ouzo. Mientras

esperábamos a que llegara todo, nos pusimos a hablar de canciones

de los ochenta, de novios, de los profesores del instituto, de las

broncas que nos echaba la madre de Sandra cuando llegábamos

borrachas a dormir a su casa y mil cosas más. Y sí, me reí recordando

todo aquello. Y me di cuenta de que se me había olvidado lo que era

pasar una tarde divertida, y sentí que aquella sí que era la terapia que

necesitaba.

—¿Os acordáis del verano aquel en Cádiz, cuando te teñiste el

pelo de rubia platino?

—No me teñí el pelo, cabronas, me lo teñisteis vosotras mientras

estaba pedo. Ya ni me acuerdo de qué les conté a mis padres para

explicárselo...

—Bea, ¿no fue en ese viaje en el que te pilló la policía en la playa

tirándote al danés aquel altísimo?

—Ostras, es verdad... El danés... El tío mediría dos metros, pero

la tenía como un cacahuete... Qué pillada... Aunque para pillada, la

de tu padre a Javier y a ti —recordó Bea.

—Es verdad... ¡Qué vergüenza! Yo no sé qué habría hecho...

—Lo que hice yo: huir corriendo a tu casa, ¿te acuerdas, Sandra?

—Llegaste tan alterada que creía que habías tenido un accidente

con el coche... No hacías más que repetir: Javier, Javier, Mipadre,

Mipadre... Estabas en shock...

—¿Cómo no iba a estar en shock? ¡Si me acababa de pillar mi

padre haciéndole una mamada! Y para más inri, Javier se había

quedado dando explicaciones y yo había huido como una niña

pequeña... Pero es que, y ahora me doy cuenta, Javier ha sido

siempre un psicópata...

—¿Qué va a ser un psicópata? De joven era un niño superdulce...

Ahora es un malnacido, está claro, pero antes no era así, seguro.

—Un niño superdulce, como dices tú, Sandra, no se queda dando

la cara ante el padre de su novia. Se va avergonzado y listo. Pero no,

Javier se quedó hablando con mi padre y resulta que... ¡se hicieron

amigos!

—Claro, como los dos eran del Atleti...

—Es que el fútbol une mucho a los tíos...

—¡Pero no me fastidies, que me acababa de ver comiéndole la...

ya sabes! Un padre no puede hacerse amigo de un chaval imberbe al

que ha pillado con su... cosa... dentro de la boca de su hija... ¡Es

inmoral!

—Vaya forma de conocer a tu futuro suegro...

—Original que es una... Y fíjate, qué bella historia de amor... Se

conocen, viven juntos durante doce años y luego él la deja por una

veinteañera a la que le hace un hijo. Cuanto más lo pienso, es como si

mi vida fuese una mierda de tamaño familiar...

—Sabes que cambiará, Albita...

—No, no lo sé... ¿Y si cambia para peor todavía? ¿Y si me

descubren una enfermedad incurable?

—¿Y si te atropella un autobús nada más salir a la calle?

—¡Por eso, tienes que pasártelo bien! —saltó Bea—. Mira, vas a

cumplir cuarenta años, nosotras ya los tenemos y estamos mejor que

nunca, así que hay que aprovecharlo, no quedarnos en casa

lamiéndonos las heridas. ¿Estás jodida? Se te pasará. No es una

enfermedad incurable. Ahora, lo que tienes que hacer es tirar

p'alante y coger el toro por los cuernos...

—Si no te importa, no me hables de cuernos...

—respondí, y las

dos empezaron a reírse, y viéndolas así de divertidas, al cabo del rato,

yo también—. Voy al baño, ¿dónde está?

—Justo aquí, detrás del biombo azul...

—Gracias. No os comáis toda la taramaspatata o como narices se

llame la cosa esa rosa que está buenísima, ¿vale?

—No te preocupes...

Y me fui al baño y al volver a andar me di cuenta de lo que me

dolían los pies. Llevaba tanto tiempo sin salir de casa que me estaba

empezando a oxidar. Todavía no tenía claro si había llamado a Bea

queriendo o sin querer, pero estaba claro que había sido una buena

idea. Salí del baño y, justo antes de sortear el biombo, oí como Bea y

Sandra hablaban de mí. Me sentí algo culpable,

pero la curiosidad

era tan fuerte que decidí quedarme a escuchar
qué decían protegida

tras el biombo.

—Pobre Alba... Y yo que creía que te había
llamado porque nos

iba a decir que estaba embarazada...

—Ya ves... Pues todo lo contrario. El hijoputa
de Javi la ha dejado

más colgada que un plumas en verano, y encima
ha preñado a otra. A

mí eso no me va a pasar, he congelado mis
óvulos.

—¿Qué dices, Bea?

—Sí, para el futuro, cuando encuentre al hombre

perfecto. Tú

tienes suerte de haber tenido los hijos tan joven, Sandra. Claro que

también arruinaste tu juventud, pero esa es otra historia.

—El problema es cómo ha dejado el cerdo de Javier a la pobre.

Fíjate, en la calle, sin trabajo, porque vamos, lo de la tienda online de

calcetines... ¿cómo se le ocurrió? ¿Meter todo el dinero de la

indemnización en una chorrada como esa?

—De las cuatro, yo siempre pensé que sería la que llegaría más

lejos, ya sabes, que sería directora de una multinacional o que

trunfaría escribiendo historias infantiles, ¿te acuerdas de los cuentos

que nos mandaba?

—Tenía mucho talento, pero Javier la consumió...

—Sandra, querrás decir que se dejó consumir...
Yo no pienso caer

en eso, no pienso dejarme arrastrar por un tío por mucho que me

haya enamorado... Una tía que valía un montón, y mira cómo está

ahora...

Así que mis mejores amigas creían que era una fracasada.

«¡Genial! —pensé—. Están conmigo por compasión y porque les

parezco una inútil». Era verdad que la tienda online de calcetines no

había sido mi idea más brillante y que quizá sí que había dejado que

Javier tomase demasiadas decisiones en mi vida, pero no todo había

sido malo. ¿Qué narices? Claro que había sido todo malo, Sandra

tenía razón, ahora estaba como estaba por culpa de aquel mamonazo.

Iba a volver a la mesa a preguntarles si realmente me veían como a

una fracasada cuando oí a Sandra volver a hablar.

—Olvidemos el pasado, Bea. Alba está mal y nos necesita ahora

más que nunca, así que, a tope con ella...
¿Vale?

—Claro que sí. En cuanto vuelva le voy a proponer que se venga a

vivir a casa conmigo. Si el piso ese que se ha alquilado está la mitad

de mal de lo que nos ha dicho, debe de ser una pocilga...

Y nada más oírlas, me volvieron a entrar ganas de llorar, pero esta

vez de alegría por la suerte que tenía de tenerlas. Pero me convencí a

mí misma de que no podía pasarme el día llorando —acabaría con

más bolsas en los ojos—, así que respiré hondo y decidí volver a la

mesa.

—¿Sabéis qué, chicas? —dije mientras me sentaba—. Igual es por

el ouzo este que me está emborrachando, pero quiero deciros algo a

las dos: sois cojonudas... Sois lo más cercano que he tenido nunca a

una hermana...

—Pero si ya tienes una hermana... —dijo Sandra. ¿Por qué tenía

que haber hablado de hermanas?

—Sí, pero mi hermana de verdad no me cae bien... —contesté—.

Y además, ¡Amelia está embarazada! Teníais que haber visto la cara

de mi madre cuando lo soltó... Antes de darle la enhorabuena a ella,

me miró y me dijo: «Menos mal que al menos una de las dos ha

decidido sentar la cabeza...».

—No le hagas caso, las madres son así... —
empezó a decir

Sandra, cuando de pronto Bea dio un golpe en la mesa.

—¿Sabéis qué os digo? Que me estáis amuermando... Tanto

drama y tanta leche. Se acabó. ¡Camarero! —
Bea llamó al camarero

del pendiente y, cuando llegó, le hizo una señal para que se agachase

—. ¿A qué hora cerráis? —le preguntó en voz

baja.

—A la una —contestó él.

—Te lo pregunto porque mi amiga —y me señaló a mí— ingresa

mañana en el convento, y me ha preguntado si la ayudarías a

disfrutar de su última noche. —Él sonrió y me miró divertido

mientras a mí me entraban ganas de estrangularla—. ¿Qué? No la

mires así, su interés por ti es únicamente sexual... —le dijo Bea al

tiempo que yo le daba un puntapié por debajo de la mesa.

—Es una pena, pero hoy no puedo —respondió él con mirada

pícaro—. He quedado con mi mujer y mi hijo.

—¡Qué bajón! Pero oye, antes de irte con tu familia, ¿tú de dónde

coño eres? Porque ese acento no es griego ni de broma...

—Me habéis descubierto... Soy de Málaga, del Limonar.

—¿Y te llamas?

—Pablo.

—Pues, Pablo, dinos dónde podemos ir cuando salgamos de aquí

porque mi amiga necesita mambo. Bueno, y yo también...

—Hombre, si queréis, aquí cerca está el bar de unos amigos míos.

No es nada muy loco, pero es agradable y para tomar la primera, está

muy bien. Buena música y buen ambiente. Mis compañeros van

después del cierre, y también los camareros del mexicano de la

esquina. —A Bea se le iluminaron los ojos ante aquel dato—. Tomad.

—Y Pablo nos alargó unas invitaciones a chupito del bar de sus

amigos.

—Danos alguna más, Pablito, que somos tres chicas muy

sedientas...

—No puedo, chicas... Tengo que repartir con las demás mesas,

pero lo que sí puedo hacer es enviaros a Cinnara.

—¿Y eso qué es?

—Ya lo veréis... —dijo misterioso.

Y de pronto, cuando Pablo estaba a punto de volverse a la cocina,

la voz de alguien dijo:

—Oye... —Y me sorprendí cuando me di cuenta de que aquella

voz era la mía—. Una pregunta, Pablo... —Y seguía hablando, y cada

vez estaba más alucinada porque no sabía ni cómo estaba pasando

aquello. Había reunido un coraje que no tenía y me estaba tirando a

la piscina—. Si no estuvieses casado y tuvieses un hijo, ¿te vendrías

esta noche conmigo? —Y Pablo me miró de arriba abajo, pero no con

esa mirada sucia de tío cuando te hace un escáner, no. Me miró casi

hasta con cariño, como entendiendo que estaba sola y que era

mercancía frágil. Se acercó a mí, me puso la mano en el hombro,

rozándome levemente el cuello, y me susurró al oído:

—Te secuestraría y te llevaría a ver un amanecer a Benalmádena, a

una calita que conozco, y luego te haría el mejor sexo oral que te han

hecho nunca... —Y me dio un beso en la mejilla y se fue. El tío era

bueno, había que reconocerlo, y tenía más noche que el camión de la

basura. Sabía mentir y sabía mentir bien, pero aun así, y teniendo en

cuenta que era consciente de que todo lo que había dicho era falso,

me sentí mucho mejor. Y cuando salí de mi ensoñación, allí tenía a

mis dos amigas como buitres ávidos de información.

—¿Quétehadicho, quétehadicho? —repetían.

—Nada... —dije con tono de espía—. Algo de una playa...

—Tú hazte la interesante ahora... Ya te lo

sacaremos cuando estés

borracha. —Y Bea le guiñó un ojo a Sandra en el momento en que

una señora de unos sesenta años con chepa y que parecía salida de la

peli Cristal oscuro se acercó a nuestra mesa llevando una bandeja con

café.

—Café... —dijo con un acento extrañísimo—. Ustedes tomar, yo

leer café... Yo, Cinnara... —Y se nos quedó mirando.

—Yo paso, no me creo esas chorradas —dijo Bea.

—A mí me da yuyu... —repuso Sandra, y las dos me miraron

esperando mi respuesta, pero la primera en hablar fue la griega.

—Pablo dijo que yo venir leer café.

Iba a decirle que se lo llevase cuando de pronto Sandra dijo:

—¡Léaselo a ella! —exclamó señalándome—. Es la que más lo necesita.

Y cogiendo un café de la bandeja lo puso delante de mí.

—Que no quiero... —objeté como Mafalda ante la sopa.

—Venga, será divertido, ya verás...

—Claro que sí, no seas cobarde. ¡Bebe! —continuó Bea. Y bueno,

no tenía nada que perder, así que me dejé convencer.

—Vale... —Tomé la taza y la miré. Contenía una plasta negra y

espesa que en lugar de cucharilla parecía necesitar cuchillo y tenedor.

—¡Usted toma café! —ordenó la griega al verme dudar—. Toma

despacio y concentra en lo que quiere saber... —Acerqué la taza a

mis labios y bebí. No sabía tan mal. Sabía a café fuerte que

posiblemente me tendría despierta hasta las tres de la madrugada.

Estaba intentando acabármelo cuanto antes cuando de nuevo la

griega me habló—: ¡No beber todo café! Dejar posos fondo... ¿Ya? —

Asentí con la cabeza cuando noté como si me estuviese bebiendo un

cenicero—. Ahora mover taza en círculos, tres veces, poner platillo

encima y dar vuelta. —Y lo hice, y me arrebató la taza de las manos

con una agilidad que me sorprendió. Al cabo del rato, le dio la vuelta

y comenzó a mirar los posos. Su rostro arrugado se arrugó aún más.

—Malo... Poso café fondo taza... Eso son problemas, su casa o su

corazón está malo... Sí, lo veo aquí, su corazón mal...

—Si va a ser todo malo, no me lo diga, prefiero no saberlo —

objeté, porque ya veía por dónde iba a ir aquello. No tenía ganas de

que un ogro griego me dijese que mi vida era una mierda. Para eso ya

me tenía a mí misma.

—No, aquí bueno, aquí herradura, eso suerte y viaje afortunado...

—Y una sonrisa apareció en su rostro hasta que vio algo más—.

¡Cuidado! Herradura rota, viaje no tan afortunado, puede desastre...

—Que le vuelvo a decir, Cinnara, o como se llame, que si va a ser

todo malo, que seguro porque llevo una rachita

inmejorable, que no

me lo diga —volví a protestar, pero la vieja no me hacía ni caso.

—Yo, Cinnara, mejor pitonisa de Chipre —dijo entre orgullosa y

mosqueada—. Usted creer Cinnara. Usted viaje muy importante para

ti... Y más... Usted encontrará hombre de tu vida... Mire, aquí... ¿Ve

hombre? —Me enseñó la taza con los dibujos de los posos y a lo

único que me recordaba aquello era al váter de una gasolinera de

carretera comarcal. Al ver mi expresión de incredulidad, Cinnara

empezó a marcar una silueta con el dedo y la

verdad es que sí que

parecía que había unos hombros y una cabeza y unos brazos—. ¿Ve

hombre? Hombre grande, con pelo blanco, importante para usted...

Hombre-tío-bueno... Viaje también importante para usted... Pero

cuidado, viaje puede desastre... Ya no leer más.—Y se dio la vuelta y

se marchó, sin que pudiera siquiera darle las gracias.

—Vas a conocer al hombre de tu vida... —dijo Sandra en tono de

coña—. Un viejecito entrañable con el pelo blanco. Es emocionante,

¿no?

—Pero, por Dios, si la griega esa estaba borracha... —dije en voz

baja, pero lo debí de decir más alto de lo que pretendía porque de

pronto oímos su voz desde detrás del biombo.

—¡No griega, chipriota! ¡Y oigo de muy buen oído! ¡Yo hablo la

verdad! ¿No ver herradura? ¿No ver tío-bueno-pelo-blanco? Yo hablo

la verdad, solo tú que no. —Y con aquella frase enigmática dio por

acabada la bronca.

—Joder con la vieja, cuando se enfada habla todavía más parecido

a Yoda —dijo Bea, y las tres estallamos en una carcajada.

Salimos del restaurante y comenzamos a caminar. Había bajado la

temperatura, pero todavía se estaba bien en la calle. El anís griego

aquel había hecho su efecto y creo que todas nos sentíamos un poco

pedo. Bueno, Sandra y yo, porque Bea podía beber como un

regimiento de cosacos sin tener el más mínimo síntoma. Mientras

Sandra peleaba con las bolsas de sus compras, Bea estaba liándose

un canuto.

—Me han traído esta marihuana de Ámsterdam, ¿queréis un

poco? Yo soy más de hachís, pero está tan

rica... —Se encendió el

porro y, tras una larga inspiración, dio un salto y gritó—: Venga,

¡vamos a corrernos una juerga!

—Síiiiiii... —gritó Sandra, a la que el licor griego había hecho aún

más efecto que a mí.

—Pero una juerga que haga que las que nos corríamos cuando

teníamos veinte parezcan un juego de niños.

—¡Eso, vamos a quemar Madrid!

—Ahora mismo no podría ni quemar una cerilla
—repuse con

expresión de cansancio. Me lo había pasado muy bien, pero ya me

apetecía irme a casa.

—Tú cállate y vete abriendo la boca, porque lo primero que vamos

a hacer va a ser emborracharte.

—¿Por qué no vamos a una cata de vinos? Creo que en el Liceo

francés hay una... En la última que hicimos en casa acabé

achispada...

—No, Sandra, eso es una moñada... Nos vamos a emborrachar las

tres, ¡sin conocimiento! Y les vamos a entrar a todos los yogurines

que nos encontremos. Si Javier se está tirando a una veinteañera, tú

te vas a tirar a un veinteañero... Y no admito un no por respuesta...

—me dijo mirándome amenazadora—. Oye, se me está ocurriendo...

Aquí cerca hay un sex-shop... ¿Nos compramos un velo y unas

diademas con pollas y fingimos que vamos de despedida de soltera?

Los tíos se vuelven locos con eso... Ven a una tía con una polla en la

cabeza y ya se creen que se la van a tirar... Y por cierto, Alba,

hablando de sex-shops, a ti ahora te vendría fenomenal un

vibrador... ¿Tienes uno?

—Sí...

—Si no tiene pilas, no vale.

—Pues entonces no vale.

—¿Y si nos vamos a una barra de pestañas? —
propuso Sandra un

poco asustada por el plan sex-shop.

—¿Eso qué es? ¿Lo de la parte de abajo del
Excel? —pregunté yo.

—No, mujer... Vamos a la de Shiseido, nos
ponen pestañas

postizas, nos maquillan, probamos distintos
productos y ¡salimos

divinas de la muerte!

—¿A la una de la mañana?

—Es verdad, estará cerrado...

—Lo que decía yo, solo tenemos una opción —
dijo Bea

convencida—. Seguidme, conozco un bar
cojonudo.

Y nos fuimos al bar que nos había recomendado
el camarero de

Málaga. Tenía razón, no era el sitio más fashion
de Madrid, pero era

agradable y la música no estaba mal. Según
entramos, Bea mostró un

taco entero de invitaciones a chupito. Debía de
tener unos cincuenta

cartoncitos.

—¿De dónde los has sacado?

—¡Se los he robado al malaguita! Jajajaja...

—¿Cuándo? —pregunté yo sin tener ni idea de cómo lo habría

hecho.

—Mientras te comía la oreja... Es que todos los tíos son tontos...

—Que se joda, por rata... Mira que darnos solo tres... —Aquella

era la señal definitiva de que Sandra estaba pedo: empezaba a decir

palabrotas. Y una vez que empezaba, no podía parar—. Eres la hostia,

Bea... —Precisamente, a eso me refería.

—Venga, id buscando mesa, que a esta invito yo... ¡Ah, no, que

invita el malaguita! Jajajajajaja...

Encontramos una mesa alta con tres taburetes y al cabo del rato

Bea apareció con una bandeja llena de chupitos. Debía de haber

sacado los cincuenta a la vez.

—Vamos a jugar al «Yo nunca». ¡Venga! ¡Tequila!

—Anda ya, Bea, que no tenemos quince años...

—Y eso es todo lo

que le dejamos decir a Sandra. Dos minutos después, la mesa estaba

repleta de chupitos y Bea tenía uno entre las manos.

—Empezamos. Como tú —dijo señalando a Sandra— no sabes

muy bien de qué va esto, voy a empezar suave,

pero no te

acostumbres. Primera ronda: yo nunca... he conducido borracha.

—Solo por aclararme: si he conducido borracha, bebo y si no, ¿no?

¿Es eso? —preguntó Sandra.

—Efectivamente... —Y bebimos Bea y yo. Tenía la impresión de

que jugar con Sandra al «Yo nunca» no iba a ser tan divertido como

Bea pensaba. Las dos me miraron expectantes. Era mi turno.

—Vale, voy. Yo nunca... he tenido un rollo de una noche... —Y

volvimos a beber Bea y yo.

—Yo nunca he tenido sexo en un lugar público
—dijo Bea.

—¿La terraza vale como lugar público? —
pregunté.

—Por mí, sí —dijo Sandra.

—Por mí, también —afirmó Bea.

—Pues entonces, bebo... —Y Bea me
acompañó en el chupito.

Tres de tres, no estaba mal, como siguiera así,
me iba a poner a cantar

Asturias, patria querida en menos que cantaba
un gallo.

—Nunca me han arrestado —dije yo. Y solo
bebió Sandra.

—¡¡¡¿¿¿Sandra????!!! —exclamamos las dos.

—¿Qué? Es verdad, me arrestaron una vez...

Una madre del

colegio vino a protestar diciendo que Jesúsín
había pegado a su niño,

y resultó que era su hijo el que había pegado al
mío. Empezamos a

insultarnos, a tirarnos de los pelos... y bueno...
le rompí en la cabeza

una figura que había hecho Jesúsín con unas
piedras... Treinta

puntos le tuvieron que dar... Y es que yo, por
mis hijos, ma-to, como

la Esteban.

—Venga, Sandra, deja de hablar y sigue.

—Vale... Yo nunca... he tenido cibersexo...

—Esa es para mí, ¿no? —preguntó Bea—.
¿Queréis

emborracharme o qué? —Porque Bea era una
adicta, o al menos eso

decía ella. IRC, Meetic, Chatroulette... Todo lo
que significase sexo

por Internet era su debilidad.

—Me toca... Nunca me he acostado con nadie
de mi mismo

sexo... —propuso Bea.

—Quieres decir... ¿con otra tía? —preguntó
Sandra.

—Sí... —Y no bebimos ninguna de las tres.

—Vaya muermo de amigas, ni una «bi»... Pues
me toca otra vez...

Yo nunca... he dado sexo oral. —Y bebimos las tres. Bea y yo

miramos a Sandra, que se encogió de hombros y empezamos a

reírnos. La verdad es que aquel juego era una chorrada, pero nos lo

estábamos pasando genial—. Sandra, te toca...

—Yo nunca... me acostaría con alguien por un millón de euros...

—Y volvimos a beber las tres y nos volvimos a reír.

—¡Está claro que por un millón de euros nos hacemos todas

putas! —se rió Bea y yo empecé a perder la cuenta de cuántos

tequilas llevaba.

—Venga, sigo yo... Nunca he robado nada con un valor superior a

quince euros... —Y de nuevo, fue únicamente Sandra quien bebió.

—¿Sandra? ¿Otra vez?

—¿Qué? Me llevé aquel sujetador, pero no tenía ni idea de que

estaba en la bolsa... Además, ni sonó cuando salí por la puerta, así

que supongo que sí, lo robé, pero yo no era consciente, pero como lo

robé, bebo... Bueno, no sé, estoy un poco borracha... Igual sí que

sabía que el sujetador estaba en la bolsa... Era tan bonito... —Y

seguimos bebiendo y riéndonos, y Bea dijo:

—Yo nunca... he puesto los cuernos... —Y bebimos Bea y yo, y

Bea miró a Sandra y empezó a reírse con su risa escandalosa de

cuando iba pedo.

—¡Jajajajajaja! Venga, Sandra, ¡bebe!

—¿Por qué? Yo nunca le he puesto los cuernos a Jesús...

—¿Cómo que no? Venga tía, que estás entre amigas, puedes decir

la verdad... Además, posiblemente, mañana ni nos acordemos...

¡Confiesa! No tiene que haber sido con Jesús, puede haber sido

antes...

—Antes de Jesús no hubo nadie, ¿o no te acuerdas?

—¿Y qué paso con el chaval aquel de primero de BUP?

—Nada. Solo nos besamos... Una vez...

—Hija, debes de tener la misma vida sexual que la Madre

Teresa...

—Venga, sigamos... —dijo Sandra, que veía la que se le venía

encima—. Yo nunca... Yo nunca le he mirado el paquete a un tío... —

Y bebimos las tres.

—Esa es mi Sandra... —jaleé yo.

—¿Qué pasa? ¡Soy fiel, pero no de piedra!

Venga, me toca... Yo

nunca... he tenido sexo con un famoso...

—¿Cómo de famoso? —pregunté recordando que una vez me

había liado con un presentador de fútbol sala de Telemadrid.

—Un tío que no pueda ni salir a la calle de lo famoso que es, un

tío tipo Mario Santos.

—Entonces no —reconocí.

—Ni yo, pero me gustaría —dijo Bea.

Y seguimos bebiendo y diciendo estupideces, y cuando se

acabaron las invitaciones a chupito, decidimos irnos. Más que nada,

para que nos diese el aire y mantener algo la dignidad, porque ya

íbamos bastante pedo.

De cualquier manera, a partir del momento en que salimos de

aquel bar, la noche se empezó a volver cada vez más loca y se nos fue

definitivamente de las manos. Entrábamos en los locales casi por

inercia, nos tomábamos un tercio o un gintónic, Bea le entraba a

algún camarero, este le daba calabazas y nos íbamos al siguiente,

mientras en el trayecto Bea se liaba porros de marihuana como si no

hubiese un mañana, y aunque Sandra no

fumaba, yo sí di alguna que

otra calada, cayendo cada vez más en un estado
lisérgico que

mezclaba la euforia, la depresión y muchas
ganas de comer. Después

de deambular por medio Malasaña y de cerrar
casi todos los bares,

nos quedamos en medio de la plaza del Dos de
Mayo pensando qué

hacer.

—¿Nos vamos a Vallecas? —Bea se estaba
liando su

decimonosecuantos porro.

—Yo paso. —Sandra podría estar borracha,
pero Vallecas era

demasiado para ella.

—El otro día oí en la radio que había una disco que estaba muy de

moda por la zona de Reina Victoria, creo que es de Nadal o de

Fernando Alonso...

—¿Y van a estar ellos? —preguntó Sandra.

—No sé, pero dicen que ponen música guay, de la que nos gusta...

—De la que os gusta a vosotras... —se quejó Bea.

—Me refiero a que no es chunda chunda —le aclaré—. Bueno,

¿qué?, ¿vamos?

Las dos asintieron. Sandra sacó entonces su

móvil y usó una

aplicación para llamar un taxi. A los pocos minutos se presentó el

taxista y nos llevó hasta la discoteca. La carrera costó siete euros con

sesenta. Sandra pagó con tarjeta y la factura le llegó al móvil. Yo me

quedé completamente alucinada, porque aunque sabía que existían

esas aplicaciones, nunca las había usado. Eso sí, una vez que iba con

prisa cogí una moto taxi de esas que te ponen el gorrito de baño

debajo del casco. Que para algo una es una hija de su tiempo.

Cuando llegamos al local nos dimos cuenta

enseguida de que,

efectivamente, aquel sitio estaba de moda. La fachada era gigantesca

y en ella se proyectaban unas imágenes que parecían moverse por

todo el edificio. La puerta era enorme y la escoltaban dos hombres de

cuatro metros de ancho por cuatro de alto vestidos con esmoquin.

Unos grandes focos iluminaban un cartel que ponía «SET&DRIVE»,

un nombre horrible para un local, pero supongo que a la gente le

importaba un pimiento el nombre porque la cola para entrar era

larguísima.

—Aquí no me van a dejar entrar —se quejó
Bea al ver aquel

montaje.

—Que sí, que ahora estás monísima.

—¿Antes estaba fea?

—No he dicho eso...

—Pero lo has pensado.

—Es verdad que te sobran unos kilos, pero te
has quedado

estupenda.

—Estupenda unas narices, si peso ochenta kilos.
Que hay tíos en

el gimnasio a los que les quedan pequeñas mis
camisetas.

—Ay, chica, no seas exagerada...

Sandra zanjó el tema y nos pusimos a la cola. Por suerte los 4x4

hacían muy bien su trabajo y a los pocos minutos estábamos a punto

de entrar. Cuando fue nuestro turno para entrar, instintivamente nos

pusimos delante de Bea y creamos una barrera para que no la vieran.

Sí, es verdad que habíamos dicho lo contrario, pero en el último

momento nos salió esa vena de tía perra que en el fondo piensa que

su amiga está gorda y que seguramente no la van a dejar entrar en la

discoteca pija. Y como tú sí quieres entrar, la

escondes detrás de ti,

sonríes tontamente a los 4x4 para que se crean que les gustas y una

vez encandilados, cueles a tu amiga gorda sin que se enteren. No es

para estar orgullosas, pero la verdad es que nos salió bien y entramos

las tres. Y encima, Bea nos dio las gracias.

El interior de la discoteca era todavía más impresionante que el

exterior. El hall de entrada era como ocho veces mi piso —bueno,

aquella quizá no era una buena referencia— y tenía el suelo de

césped de verdad, o eso me pareció a mí. En el centro había una

fuente, o una escultura, o algo muy moderno que todo el mundo

miraba fascinado, y frente a aquella cosa estaba la entrada a la sala

principal, la cual se intuía colosal. A los lados había dos grandes

escaleras que llevaban a otras dos salas. Bea, Sandra y yo estábamos

alucinadas.

—Venga, vamos para adentro.

Bea se fue directa a la sala principal y nosotras la seguimos.

La sala, como podíamos esperar, era enorme. Tenía forma

cuadrada y había varios niveles con barras, butacas para sentarse y

una pista central muy grande abarrotada de gente bailando al son de

una canción de Alaska. Ante aquel despliegue de glamour y

modernidad, las tres nos abrazamos sintiéndonos como las

protagonistas de Sexo en Nueva York.

Deseosas de seguir con la fiesta, fuimos a la barra que nos pillaba

más cerca, pero como estaba llena de gente, fuimos a la siguiente, y

de esa, a otra y de aquella a la de más allá. No sé cuántas barras

recorrimos hasta que por fin dimos con una en la que encontramos

un hueco para pedir una copa.

—¡Holaholahola! —Sandra gritaba a un camarero con pinta de

modelo para que nos atendiera.

—¿Qué vais a querer? —nos preguntó el chaval con una sonrisa

preciosa.

—Echarte un polvo —soltó Bea.

—¿Qué?

Por suerte la música estaba tan alta que el camarero no entendió

lo que le había dicho la burra de Bea.

—Tres gintonics —me apresuré a pedir antes de que Bea insistiera

con el camarero.

El chico se marchó y al rato apareció con los tres gintonics y la

misma sonrisa preciosa.

—Son cuarenta y cinco euros.

—¿Cuarenta y cinco euros? Perdona, pero solo te hemos pedido

tres, no que nos cobres lo de toda la barra — protestó Sandra.

—Ya, ya.... Es que son quince euros cada copa.

—El camarero

seguía sonriendo.

Quince euros la copa, claro, así se podían permitir el lujo de tener

aquel despliegue. Con esos precios, podrían poner hasta un circuito

de carreras con coches pilotados por enanos albinos en medio de la pista.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bea—, porque yo no tengo un duro.

Yo miré mi cartera. Tan solo tenía un billete de cinco, dos euros en monedas y un bonometro.

—Venga, que os invita mi tarjeta de crédito —dijo Sandra colocando la tarjeta sobre la barra.

—Gracias.

—Gracias —dije, aunque todas sabíamos que nos invitaba su tarjeta de crédito, pero adosada a la cuenta de

Jesús.

—Tranquilas, ya me lo pagáis otro día.

Y lo decía en serio. Sandra podía ser muy generosa, pero también

muy suya con el dinero. Recordé que, en el viaje de fin de curso del

instituto, ella fue la encargada de pedir el dinero a la gente y se puso

tan pesada para cobrar que llegó a tener más dinero del que

necesitábamos. Por eso, cuando nos dijo que se lo pagásemos otro

día, sabíamos a ciencia cierta que nos lo iba a estar recordando hasta

el día del juicio final si hacía falta.

El camarero le devolvió la tarjeta a Sandra con la misma sonrisa,

pero ahora, más que preciosa, me parecía de gilipollas, y nos fuimos

a la pista para darlo todo. Por los altavoces sonaba a todo volumen la

canción «Push it», del grupo Salt-n-Pepa, un hitazo de los noventa

que había que bailar lanzando tus miembros al aire como si te

estuvieran descuartizando atada a dos caballos. Las tres luchábamos

por mantener la copa sana y salva mientras danzábamos al ritmo de

la música. En ese momento me di cuenta de que la gente que bailaba

a nuestro alrededor era mucho más joven que nosotras y que

posiblemente eran unos niños cuando aquella canción se puso de

moda. Sin embargo, ahí estaban, contorsionándose como anguilas. Es

lo que había conseguido Youtube: crear una democracia musical en la

que los recuerdos de una generación podían ser también los de

generaciones posteriores. Eso y poder ver Titanic gratis.

El tema se terminó y le siguió otro genial, y después otros quince

más que también debieron de estar muy bien, pero de los que no me

acordaría nunca. Mi cuerpo y mi mente habían dejado de coordinarse

y mis movimientos en la pista habían pasado de ser los de una gacela

a los de un zombi con resaca. Tenía los pies hinchados, la mirada

perdida y la copa vacía. Miré a Sandra y no estaba mejor que yo, y Bea

ya ni siquiera bailaba. Solo miraba a los tíos que pasaban por delante

con los ojos enrojecidos, y de vez en cuando, si el chico no se había

asustado demasiado, se arrimaba a él y le intentaba hablar, pero

como tenía la lengua de trapo por la borrachera que llevaba, lo único

que conseguía era llenarle de babas la oreja.

—¿Soy yo o este sitio se está amuermando? —
dije intentando

parecer sobrada.

—Eres tú —me contestó Sandra, agotada—.
Bueno, nosotras.

Miramos alrededor y, efectivamente, la gente
seguía bailando a un

ritmo frenético.

—Buffff... No puedo más... Me duele hasta la
sombra... —Dejé

de moverme, presa del agotamiento.

—¿Qué nos ha pasado? Antes éramos capaces
de bailar diez

piezas seguidas de música disco sin repetir un

solo paso y ahora,

míranos, parecemos salidas de The Walking Dead.

—Pero es que antes ensayábamos las coreografías, ¿os acordáis?

—Eso serías tú, bonita, lo mío era natural... — dijo Sandra,

sobrada por el alcohol.

—¡Anda ya! No nos habremos pasado horas en casa de tus padres

delante del espejo aquel grande de la entrada...

—Es verdad... —Sandra miró a su alrededor—. Pero ya no

tenemos veinte años.

—No, no los tenemos.

—¿Me puedes aguantar la copa? —me dijo Bea dándome su copa

medio vacía.

—¿Por qué? —pregunté absurdamente.

—Me voy a hacer un porro. A ver si nos levanta el ánimo.

—¿Aquí? —Sandra no daba crédito.

—¿Qué pasa?

—Que lo mismo tienen detectores y se pone a pitar una alarma.

—Sí, ya. Como el rollo ese de que si te haces pis en una piscina, se

pone roja.

Bea se puso a liarse el porro. Sandra y yo hicimos un pequeño

círculo alrededor de ella, pensando que quizá así podríamos ocultar

el olor, el humo y el hecho de que éramos las únicas personas del

local que estábamos fumando. Era completamente absurdo, lo sé.

Pero estábamos borrachas, y cuando estás borracha haces cosas de

ese tipo.

Bea se encendió el cigarro y aquello empezó a oler como si

estuviéramos en Jamaica con Bob Marley. La gente no tardó en

mirarnos con gesto sorprendido, haciéndonos ver que nuestro

ingenioso plan para no ser descubiertas era una

mierda como un

piano. Aun así mantuvimos el tipo y sonreímos a la gente como si la

cosa no fuera con nosotras.

—Apaga el porro, que nos van a echar.

—Una calada y lo apago.

Bea le dio una calada y se puso verde.

—¡Hostias! ¡Qué subidón!

Al momento se puso amarilla y luego blanca. La sucesión de

colores no la tengo muy clara, pero no había duda de que a Bea le

estaba dando un bajón, así que teníamos que sacarla de allí antes de

que se cayera desplomada al suelo. Sandra y yo nos miramos. Las dos

sabíamos perfectamente lo que iba a ocurrir.

—Venga, vámonos —dijimos al tiempo que la cogíamos por las

axilas, que por cierto, estaban sudadísimas. Y enfilamos hacia la

salida. Estábamos a punto de salir de la sala cuando vimos aparecer a

uno de los 4x4. Seguramente alguno de los hipsters que había dentro

se había chivado y el matón venía a por nosotras con cara de pocos

amigos, por no decir de ningún amigo. Nos agachamos entre la

multitud y logramos despistarlo dirigiéndonos de

nuevo al hall de la

discoteca. Ya estábamos saliendo por la puerta cuando Bea vio entrar

a un chico, que por cierto, era monísimo. Sin que pudiéramos hacer

nada, le detuvo.

—¡Oye, tú! —le dijo lanzando la barbilla hacia su boca y poniendo

morritos.

—¿Sí? —contestó él.

—Tienes unos ojos que...

Pero de la boca de Bea, en vez de salir palabras, salió a propulsión

un vómito marrón lleno de tropezones que fue a parar directamente

a la cara del chico.

—¿¿¿Pero qué cojo...??!!

El chico no daba crédito. Con toda la cara y el pecho chorreando

vómito, nos miraba sin saber muy bien qué acababa de ocurrir. La

gente observaba aquella situación totalmente perpleja. Eran unos

momentos de confusión que teníamos que aprovechar antes de que

el chico pasara de la sorpresa al odio.

—¡Perdón! —grité disculpándome mientras tirábamos de Bea

para sacarla de allí.

Atravesamos la puerta y empezamos a correr

hacia la calle con

Bea en volandas. De fondo, podíamos escuchar los insultos del chico,

pero por suerte nadie nos siguió. Aun así seguimos corriendo.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Sandra.

—¡No lo sé!

—¿Seguimos corriendo?

—Yo no puedo más... —Bea se estaba poniendo azul, así que nos

detuvimos.

—Creo que lo mejor es que nos vayamos a casa —propuso Sandra.

Asentí confirmando que había hecho la mejor propuesta de la

noche. Bea también asintió y luego volvió a vomitar, esta vez sobre la ventanilla de un coche.

VIERNES

A las seis de la mañana estábamos sentadas en un banco del

metro. Sin zapatos, con los pies hinchados, el rímel corrido por toda

la cara y un pedo del quince. Más que las protagonistas de Sexo en

Nueva York, parecíamos las primas feas de la novia de Shrek. Sandra

intentaba arreglarse el pelo mirándose en un pequeño espejo, pero,

debido a la borrachera, no conseguía enfocarse y cada vez que se

retocaba lo único que conseguía era que su indómita melena castaña

se rebelara y volviera a ponerse de punta. Yo la miraba intrigada,

siempre había admirado esa capacidad de mi amiga para estar mona

en cualquier situación. Recuerdo que en el instituto, cuando tocaba

clase de gimnasia y las demás aparecíamos con los chándales roídos,

ella llegaba con uno rosa que le sentaba genial y con el que estaba

divina de la muerte. Pero eso no era lo importante, lo que me

alucinaba de ella era que, cuando acababa la clase y las demás nos

tirábamos el día entero con el apestoso chándal,
ella se cambiaba en

los vestuarios —que nadie sabía que existían—
y volvía con un

vestido que le sentaba igual de genial que el
chándal rosa. Sandra

había dado por perdida su lucha por colocarse el
pelo y había pasado

a pelearse con sus ojos. Mientras, a mi lado,
apoyando su cabeza

sobre una de las papeleras, Bea roncaba con la
fuerza de un

rinoceronte con apnea. Tenía el cuerpo
desparramado por el banco,

obligándonos a Sandra y a mí a estar
apretujadas en el otro extremo.

Se había quitado las botas negras y los dedos de los pies le asomaban

por los tomates de los calcetines negros que llevaba. Y es que el

negro era el color preferido de Bea. Siempre iba de negro. A una

fiesta, de negro. A una boda, de negro. A un bautizo, de negro. A un

funeral, de negro... Ahí siempre acertaba, claro. Nosotras

pensábamos que, al ser heavy, vestir de ese color era una forma de

reivindicarse, pero según ella, iba de negro porque le hacía más

delgada y estaba más sexy. El caso es que, tirada sobre el banco,

roncando, con el pantalón medio bajado
asomándole las bragas y

media teta fuera, daba igual que fuera de negro,
azul o pistacho. No

estaba sexy para nada. Los ronquidos
comenzaron a hacerse cada vez

más estridentes y a nuestro alrededor la gente
empezaba a mirarnos.

Al ser un viernes, en el andén se mezclaba la
gente que iba a trabajar

con los grupos de jóvenes que empezaban ya su
fin de semana. Uno

de esos grupos estaba a nuestro lado. Eran dos
chicas y dos chicos de

unos veinte años. Las chicas escuchaban
música en el móvil de una

de ellas compartiendo auricular, uno de los chicos estaba absorto

mirando su teléfono y el otro estaba absorto mirando a Bea.

—Que... isno... la mieres.

En mi mente yo tenía clarísimo que las palabras que tenía que

haber dicho eran: «Que no la mires». Pero como mi boca seguía de

borrachera, no atendió de forma correcta las órdenes que le daba mi

cerebro y lo que salió de mis labios fue esa extraña mezcla de sonidos

guturales más parecidos al lenguaje de los yonquis que al de un ser

humano. Obviamente, el chico no hizo ni el

intento de entender lo

que yo decía. Así que se dio la vuelta, sacó su móvil y como un

autómata se puso a mirarlo igual que hacía su amigo. Que supongo

que sería su amigo, porque no se hablaban. O lo mismo se estaban

hablando los cuatro a través de un grupo de Whatsapp. No lo sé, el

caso es que no podía dejar que la gente se riera de mi amiga.

—Bea, Bea, Bea —le dije a la vez que le daba unas patadas en la

espinilla.

—¿Qué pasa? —me contestó con los ojos cerrados.

—Que se te ve una teta.

Bea, sin abrir los ojos, se tapó con la chaqueta.
Yo la miré

decepcionada y volví a darle patadas.

—Bea, Bea...

—¿Qué? —volvió a responder, adormilada.

—Que se te ven las bragas.

De nuevo, Bea se subió los pantalones y se puso a roncar.

—Bea... —La volví a golpear, esta vez con tal fuerza que le hice

darse con la cabeza en la papelera—. Que estás roncando.

Ahora sí, Bea se incorporó.

—¿Ya hemos llegado? —dijo alterada.

—¿Adónde? —dije.

—No sé, ¿dónde estamos? —Bea miraba a su alrededor

desconcertada.

—En el metro. Nos vamos a casa —apuntó Sandra.

—Pero ¿qué dices? Si son las... —Bea miró su móvil—. ¡Hostias,

las seis y cuarto! Pero si hace una hora eran las dos...

—Ya, es lo que tiene ponerse ciega a cubatas, fumarse cinco

porros y vomitarle en la cara a un tío. Que se pierde la noción del

tiempo. —Sandra estaba siendo un poco irónica.

—Yo no le he vomitado a un tío —protestó Bea.

—Un poco, poco, poco, sí. —Cuando estoy borracha me da por

repetir la misma palabra muchas veces. No sé si es porque me parece

gracioso o porque soy tonta.

—Al salir de la disco. ¿No te acuerdas de que ha pasado un chico

a tu lado y te has tirado a por él para darle un beso, beso, beso?

—¿He besado a un tío? —preguntó emocionada.

—No, le has vomitado encima.

Bea hizo una mueca de fastidio y se incorporó

para sentarse en el

banco, todavía mareada.

—No sé para qué fumo marihuana —dijo afectada—. Con lo bien

que me va siempre con el hachís.

—¡Jaaaaaaa! —Todavía pedo, no podía evitar partirme de risa por

el comentario de mi amiga—. ¡Jaaaaaaa! —Volví a reírme con ese

tono monótono y desgano que se tiene cuando llevas más de seis

horas de fiesta.

Sandra, sin embargo, le hizo un gesto de desaprobación que Bea

respondió haciendo la típica señal de los cuernos

con la mano,

aclarando de esta manera que le importaba un pimiento lo que

Sandra dijera de ella. Las tres nos quedamos en silencio esperando

un metro al que todavía le quedaban once minutos para llegar.

Perjudicada aún por las caladas que le había dado a la marihuana,

pensé que aquel metro que estábamos esperando era una metáfora

de mi vida sentimental. Veía el tren del metro como si fueran los

hombres de mi vida, y cómo yo me iba subiendo a todos los metros

que pasaban. Daba igual que fueran metros feos

o guapos, canallas o

majetes con pinta de buenos que luego se lían con su compañera de

curro. Yo me dejaba llevar mientras atravesaba túneles y estaciones

sin rumbo fijo. Hasta que un buen día, el metro se paraba en una

estación, las puertas se abrían y yo salía expulsada como si fuera una

bala de cañón empotrándome contra un andén de realidad. Pero en

vez de asumir que la había vuelto a cagar y marcharme de allí con el

poco orgullo que me quedaba, me sentaba en un banco a esperar a

que pasara el siguiente metro-hombre. Así era

yo, tonta del culo.

Estaba a punto de echarme a llorar por sexta vez aquella noche

cuando me fijé en el andén de enfrente, donde unos novios se

comían a besos como en la canción de Mecano. Estaban sentados en

uno de los bancos morreándose como si aquel fuera su último día en

la Tierra. Pero a mí, lo que realmente me interesaba era lo que había

detrás de ellos. Un gran cartel que anunciaba la nueva película de

Mario Santos, el actor más guapo de la historia de los actores guapos.

Y no solo lo decía yo, también lo decían los

millones de mujeres —y

muchos hombres— que abarrotaban los cines cada vez que este

adonis del celuloide patrio estrenaba una película. Porque Mario

Santos tenía esa edad y esa pinta que ponía cachondas a las de

quince, a las de veinte, a las de treinta, a las de cuarenta y a mi

abuela. Su carrera había empezado hacía unos años, cuando apareció

como personaje secundario en una serie española sobre un grupo de

bomberos forestales. Él hacía del hijo del protagonista, un viudo —lo

normal en las series españolas— que hacía años

que no veía a su hijo

y con el que tenía una relación muy difícil, ya que el chico era un

macarra de cuidado. Luego, él se enamoraba de la hijastra de su

padre —otro clásico de las series españolas— y ya se montaba la

marimorena. Pero lo que realmente le hizo famoso fueron sus

absurdos desnudos sin venir a cuento —el tercer clásico de las series

españolas—. La justificación para verle en pelotas iba desde que

tenía que salvar a alguien en el río y, claro, se quitaba la ropa, no

fuera que se le mojara el traje impermeable,

pasando por el

momento «nos ponemos el traje de bomberos y mientras los demás

llevan camisetas yo voy con el torso desnudo enseñando músculo», o

la inevitable ducha a las dos de la tarde. De todas formas, a ninguna

nos importaba la excusa que se inventaran los guionistas para sacarle

desnudo. Lo importante era que lo desnudaran y que pudiéramos

contemplar sus brazos musculados, su six pack, su pelazo negro y

esos ojos verdes intensos y seductores que en aquel momento me

miraban desde la enorme foto del cartel y que

parecían decirme: «Te

voy a hacer gozar tanto que cuando pare no te vas a acordar ni de tu

nombre».

—Qué polvo tienes, hijo mío...

Creí que eran mis pensamientos los que hablaban en voz alta,

pero no, era Bea, que también se había quedado embelesada mirando

el cartel de la peli.

—Ya te digo —confirmé.

—¿Tú te imaginas cómo sería una noche de mambo con ese tío?

Yo creo que me derretiría en cuanto me pusiese un dedo encima...

—Imagínate que además te lo hiciera con amor...

—¡¡Pero qué dices, tía!! ¡Sin amor! ¡Sin amor, mucho mejor! Yo

solo quiero sexo salvaje con un tío así...

—Pero si es un crío, por favor... —repuso Sandra sacándonos de

nuestra ensoñación.

—Che, che, che... Tampoco es tan crío, como mucho le sacamos

cinco años —respondí.

—Seguro... Cinco por cada abdominal de su chocolatina... ¿Tú te

acostarías con él? —La pregunta de Sandra se merecía una respuesta

madura, con una razón de peso que no me hiciera pasar por una

tonta quinceañera.

—Sandra, jobar... Es que está muy bueno. —
Esa fue mi madura

respuesta.

—Yo flipo...

Sandra empezaba a sentirse incómoda con la conversación.

—Te recuerdo que acabas de separarte de tu marido —me

reprochó.

—Y yo te recuerdo que su marido le ponía los cuernos —le

respondió Bea.

—Y yo te recuerdo que si Alba no estuviera todo el día en las
nubes, no le habría pasado.

—Y yo te recuerdo que me la suda, porque Javier era un cabrón
que pasaba de Alba como de la mierda.

—Y yo te recuerdo que no es la primera vez que le ocurre eso con
un tío...

—Y yo os recuerdo —las tuve que cortar porque me estaban
poniendo de mala leche— que dejéis de recordarme que mi vida
sentimental es una mierda, ¿vale?

Bea y Sandra se callaron al momento

entendiendo que se habían

pasado. Sandra me puso la mano en el hombro.

—Lo siento, tía, es solo que me habría gustado que lo tuyo con

Javi hubiera funcionado tan bien como lo mío con Jesús.

—Que sí, que vale, que Jesús es un tío estupendo, que te trata

como una reina, pero ¿me vas decir que tú nunca has fantaseado con

otro hombre?

—Pues no. Jesús y yo tenemos una relación preciosa, llena de

amor...

—Ya, pero seguro que no te come el chirri.

—Pues claro que sí. Un viernes al mes.
Después de que nos

hayamos duchado durante media hora...

Las dos nos miramos perplejas.

—Joder, tía, a veces me das miedo, miedo, miedo... —le dije.

—Pues a lo mejor a Sandra le vale con el
coñazo de su marido, que

parece que más que un esposo, tiene un
espónsor —me dijo Bea—.

Pero a ti te vendría genial echar un polvo con un
tío como ese antes

de cumplir los cuarenta...

—Sí, claro. Pues nada, ahora le decimos al
conductor del próximo

metro que pase que nos deje en casa de Mario, subimos y le decimos:

«Oye, que si no te importa, me podrías echar el polvo de mi vida».

—Ostras, eso mola... —dijo Bea imaginándoselo.

—No digas chorradas, Bea, que tú te fumas dos porros y ya

empiezas a desvariar...

—No son chorradas. A ver, ¿por qué Alba no se puede tirar a

Mario Santos?

—Porque no es de su mundo, porque no es actriz, porque no es

modelo, porque no es la periodista que le ha hecho la entrevista de su

vida, porque está fuera de su radio de acción...
y porque, si la viera,
ni se fijaría en ella...

—Vale, vale, que ya lo hemos pillado —intenté
cortar la

conversación cada vez más molesta—. Gracias
por darme ánimos...

—Pues yo creo que con un vestido negro
ajustado, unos taconazos

y con cuatro horas de maquillaje y peluquería, te
lo ligas fijo.

—Gracias, Beíta, eres más mona...

Aquel chute de autoestima me sentó tan bien
que me salió del

alma darle un abrazo. Bueno, la autoestima y el
pedo que llevaba.

—Que lo digo en serio —insistió dirigiéndose a Sandra—. ¿A ti no

te parece que si Alba se arreglara un poco estaría cañón?

—Si se arreglara... —dijo en tono de reproche Sandra.

—¿Ves?

Empezaba a sentirme un poco rara entre el pedo que se iba

transformando en resaca y escuchando a mis amigas hablar de mí

como si de repente fuera un pibón. ¿Cómo iba a serlo si llevaba gafas,

era demasiado bajita y demasiado patosa? Si algo me habían dejado

claro los años de instituto era que nunca sería

una tía buena. Y eso no

lo iba a cambiar por mucho escote que me pusiera. Además, yo no

me ponía vestidos. Yo era de vaqueros, jerséis y zapatillas de toda la

vida.

—Venga, chicas, dejadlo, que el metro está a punto de llegar.

Vámonos a casa. Yo me iré a la cama y me masturbaré pensando en

Mario Santos... —Y nada más terminar de decir aquella chorrada,

Bea entró como en trance. Se quedó congelada mirando el cartel que

teníamos delante y se hizo un silencio en el andén que se habría

podido cortar con motosierra. Hasta me dio la impresión de que la

gente se quedaba parada como en las películas de ciencia ficción.

Entonces, Bea murmuró algo.

—...

—¿Qué has dicho? —preguntó Sandra.

—Que ya sé lo que vamos a hacer... —dijo con misterio y los ojos

clavados en la sonrisa seductora de Mario.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunté yo como una niña a la que

sus padres han sorprendido intentando pegar la figurita de Lladró

que acaba de romper.

—Nos vamos a ir a Málaga a celebrar tu cuarenta cumpleaños.

Hoy mismo.

—¿Cómo que nos vamos a Málaga? —inquirió Sandra con cara de

estupefacción. Y Bea dejó de mirar a Mario y nos miró a nosotras y se

puso de pie frente a las dos y sí, ahí fue donde comenzó todo.

—Sí, que nos vamos a Málaga. ¿No lo veis? Lo de Javi poniéndote

los cuernos, el camarero griego de Málaga, el viaje del que hablaba la

loca de los posos del café, el cartel ahí delante... ¡Son todo señales

del destino! —Y cuanto más hablaba Bea, más

vehemente se volvía.

—¿Qué destino ni qué niño muerto? Bea, se acabó: deja de fumar

esa mierda y, más importante, deja de leer a Paulo Coelho, que luego

no eres capaz de juntar dos ideas cabales... Además, ¿qué narices se

nos ha perdido en Málaga? —Y me miró con superioridad y levantó

una ceja, como hacía siempre que había tenido una idea genial.

—¿Quién va a estar en el festival de cine de Málaga? —respondió.

—No lo sé, ¿quién va a estar en el festival de cine de Málaga? —

pregunté con retintín.

Bea señaló entonces el cartel de la película en el que debajo del

suggerente título —Mi vida es tuya— se podía leer un rótulo que

indicaba su estreno aquel sábado en el festival de Málaga. Fue

entonces el momento en que Sandra se incorporó a la conversación

con voz seria.

—Bea, ya te lo digo como madre... Deja de fumar porros. —Bea

hizo como si el comentario no fuera con ella.

—Entonces, ¿qué? ¿Nos vamos a Málaga?

—¿A Málaga?

—Sí, a Málaga... ¡Viaje de chicas!

Y Bea sonreía convencida de que nos íbamos a ir a Málaga. Y entre

el pedo, la depresión y el cabreo por aquella conversación estúpida,

me quedé mirando a Bea y le dije:

—Bea... Vete a tomar por culo...

Efectivamente, así fue: mandé a una de mis mejores amigas a

tomar por culo en el momento en que estaba intentando animarme.

Y según lo decía, me sentí como algo que hubiese salido de la pota de

un troll o del ano de un bicho de aquellos de El señor de los anillos.

Bea se quedó mirándome en silencio y supuse que empezaríamos

una discusión y que igual acabábamos tirándonos de los pelos, pero

no, lo que hizo me dejó sin habla. Se acercó a mi lado, se sentó junto

a mí, me cogió la mano y me empezó a hablar en voz baja, casi

susurrando.

—Mira, Alba, sé que lo de Mario Santos es una locura, sé que lo

que menos te apetece ahora es irte a Málaga porque te quieres meter

debajo del edredón y ponerte a llorar hasta que se te seque el

lagrimal, y sé que no quieres celebrar tu cumpleaños y preferirías

encerrarte a sentir lástima de ti misma... ¿Qué

te crees, que eres la

primera tía a la que ha dejado un imbécil o que cumple cuarenta?

Pues no lo eres... Lo que sí eres es lo suficientemente afortunada

como para tener unas amigas de puta madre como nosotras que nos

preocupamos por ti y que te vamos a llevar de viaje para que te

olvides de todo y que celebres un día tan importante de una manera

especial...

—Yo no he dicho que... —protestó Sandra desde su rincón.

—Tú cállate, Sandra —la cortó Bea—. Chicas, en serio, no estoy

borracha... Bueno, un poco sí, y también fumada, pero sé lo que me

digo. Tenemos que irnos a Málaga para que te tires a Mario Santos

como regalo de cumpleaños —dijo Bea decidida.

—Bea, te agradezco que confíes tanto en mis capacidades de

seducción. Pero yo no soy de esas que van por ahí tirándose a tíos

porque sí.

—¿Y el compañero aquel de financiero?

—Eso fue porque le habían echado de su casa y le dije que se

quedara en la mía.

—Pero te lo tiraste...

—Porque me dio pena y porque estaba muy bueno...

—¿Y el trombonista de jazz también te dio pena?

—No, Ángel me gustaba... Tenía alma de artista... Y me llevaba

gratis a todos los conciertos... No sé... Además, todavía no salía con

Javi... —Me empecé agobiar. Aquello parecía un tercer grado—. Está

bien, está bien, está bien... Me he acostado con algunos tíos, pero

Mario Santos es diferente.

—¿En qué es diferente?

—Pues no sé... —La borrachera no me dejaba pensar—. Para

empezar... No toca el trombón... —
Probablemente, aquella era la

excusa más absurda que se había dicho en el mundo—. Además,

¿cómo voy a conocerle?

—Eso es fácil... En la fiesta del estreno.

—Sí, claro. Como que nos van a dejar entrar.

—Tú búscate un vestido mono, que yo me encargo de todo lo

demás. Tengo una amiga que tiene un amigo que organiza el festival.

—Pero, pero, pero ¿cómo vamos hasta Málaga? Porque tú no

tienes carné y yo no tengo coche.

—Ya, pero Sandra, sí.

A Sandra aquel comentario la pilló desprevenida e intentó echar

balones fuera.

—¿Qué dices? Que yo no puedo, ¿eh? ¿Y qué hago con Jesús y los

niños? —dijo Sandra tratando de armarse de razones.

—Pero si Jesús está en Roma y tus hijos de semana blanca o como

lo llamen ahora... —Bea contraatacaba.

—Ya, pero ¿y si le da por venir antes del viaje? ¿O uno de los

niños se pone malo? El año pasado, Jesúsín se

comió un tornillo, y

Jaime tiene déficit de atención, que nos lo ha confirmado el

psicólogo.

—Si pasa eso, te va a dar igual estar aquí o en Málaga... —Bea nos

miró y se dio cuenta de que empezábamos a flaquear—. Tías, es el

momento perfecto. —Bea señaló a Sandra—: Tu familia está fuera por

primera vez en nosecuántos años... ¡No puedes desaprovecharlo! Y

tú... —me dijo, encarándome como el entrenador de un equipo de

fútbol que ha elegido al que tirará el último penalti de la tanda—

piensa en lo capullo que ha sido Javier contigo.
Te mereces un

cumpleaños y una venganza en condiciones,
¡coño! —Y entonces,

pasó algo que no me esperaba. Sandra suspiró y
nos miró con una

media sonrisa enigmática.

—Bueno, supongo que podría llevaros, pasar la
noche allí y luego

volverme... —Sandra no lo sabía todavía, pero
acababa de claudicar.

Bea sonrió victoriosa y luego me miró esperando
mi respuesta.

Sandra se había rendido, pero yo seguía
dubitativa, aquello no podía

ser más que el delirio del final de una noche de

fiesta, no era algo que

una mujer madura a punto de cumplir cuarenta años haría. Por un

lado, mi estado mental me pedía meterme debajo de la cama y no

salir hasta el verano del 2020, pero por otro, aunque lo negase, la idea

de hacer un viaje con las chicas me apetecía un montón... Y si encima

echaba un buen polvo, mejor que mejor... Y allí, en medio de un

andén que empezaba a estar abarrotado de borrachos, me di cuenta

de que yo también estaba empezando a claudicar.

—Pero es que... —dije entre dientes.

Y en aquel momento, al oír un ápice de duda en mi voz, Bea, como

el león de la sabana que ha detectado la gacela con la pata rota, se

abalanzó sobre mí.

—Mira, Alba, no sé qué va a pasar en Málaga, pero nos vamos a ir

al festival y tú te vas a tirar a ese tío como que me llamo Beatriz

Romero Teruel... Y si no te lo tiras, me cambio el nombre, pero al

menos nos lo habremos pasado guay, te habrás olvidado de tu mierda

de vida durante unos días y habrás celebrado el paso a la edad adulta

por todo lo alto. Así que, si quieres, no lo hagas

por Mario Santos,

hazlo por ti... Esto no va de encontrar al hombre de tu vida o al padre

de tus hijos. Esto va de hacer algo por ti misma y para ti misma. ¿Es

una locura? Seguro que sí, pero será una locura de la que nos

acordaremos toda vida... Hablaremos durante años de ello, será

nuestro recuerdo preferido en la residencia de ancianos... —Y Bea

puso voz de vieja y encorvó la espalda y nos miró—: Albita, ¿te

acuerdas de cuando cumpliste cuarenta y te tiraste a Mario Santos?

Mmmmm... Todas las noches, Beíta... Todas

las noches lo recuerdo...

Te vas a borrar la huella dactilar de los dedos de tantas veces que lo

vas a recordar... —Y ahí he de reconocer que fue cuando me eché a

llorar, abracé a Bea, a Sandra y casi me abrazo a los adolescentes

autistas del andén—. Entonces, ¿qué? ¿Nos vamos a Málaga?

—Bueno... —claudiqué definitivamente.

—¡Esa es mi chica! Sandra, vete preparando el coche. Ya veréis, va

a ser superdivertido... ¿Hace cuánto que no nos vamos todas de viaje

en plan tías solas?

—Desde «lo de Marruecos»...

Las palabras de Sandra se quedaron flotando en el ambiente y,

por un momento, las tres nos miramos sabiendo que se había tocado

un tema peliagudo.

—Es verdad, desde «lo de Marruecos» — confirmó Bea

remarcando las últimas tres palabras.

«Lo de Marruecos» era la forma que teníamos las tres de

referirnos a un momento crucial en nuestras vidas. Más importante

que nuestra boda, más incluso que nuestro primer polvo y

muchísimo más que el día que nos llegó la regla
—que en mi caso fue

horrible porque me pilló en octavo en clase de
lengua llevando un

pantalón blanco, no digo más—. El momento al
que me refiero era:

«El día que perdimos a Carol como amiga». Fue
hace diez años,

Sandra ya estaba ennoviada, aunque todavía no
se había casado con

Jesús, y yo ni siquiera había conocido a Javi.
Éramos cuatro amigas

que se pasaban el día juntas y que disfrutaban
de tenerse las unas a

las otras. Y Carol era la que más hacía por que
el grupo se mantuviera

unido. Siempre haciendo planes y montando historias, tenía una

personalidad arrolladora que nos arrastraba a las tres. Un día llegó

diciendo que había conseguido un trabajo buenísimo como ejecutiva

de cuentas en una agencia de publicidad y que para celebrarlo nos

íbamos a ir a Marruecos, al apartamento que tenía un amigo suyo

surfero en una zona playera. La idea era hacer todo el viaje en coche

y, una vez allí, pasarnos el día en la playa, tomando gintonics y

chupitos de ron. Saldríamos el viernes a mediodía desde la plaza de

Cibeles, un lugar que más o menos nos pillaba bien a las cuatro.

Habíamos quedado en que Carol nos vendría a buscar en su coche a

eso de las dos. Yo llegué a las dos y cinco debido a un pequeño

problema al intentar cerrar mi mochila. Había metido las cosas a

mogollón, como siempre, y como siempre me tocaba apretar la

mochila para que cupiese todo, pero ese día mi vieja mochila dijo

basta y, en un acto de rebeldía, decidió romperse desparramando

bragas, biquinis y cremas solares por toda la habitación. Como la

opción de llevarme la ropa metida en bolsas del
DÍA no me pareció

muy adecuada, me bajé a toda prisa al chino de
enfrente —¿no os

parece genial que vivas donde vivas siempre hay
un chino de enfrente?

— y allí le pregunté a una joven asiática si
tenían mochilas, maletas o

cualquier cosa parecida. La joven me entendió
aun sin saber ni una

palabra de español, y me señaló uno de los
pasillos. Al final del

mismo había mogollón de maletas de todos los
tamaños y colores.

Opté por una de tamaño medio y color rojo que
me costó veinticinco

euros. Aunque para mi maltrecha economía aquel era un gasto

enorme, la pagué y me subí al apartamento. Volví a meter las cosas

de nuevo a mogollón en mi flamante maleta y la cerré sin darme

cuenta de que iba con llave y que esta se había quedado dentro.

Nerviosa y perdida porque sabía que iba con la hora pegada al culo,

intenté forzar la maleta con un cuchillo, pero lo único que conseguí

fue romperme una uña. Miré el reloj y vi que eran las dos menos

diez. Ni de coña llegaba, así que me di por vencida, cogí la maleta y

salí del apartamento disparada hacia el metro.
Cuando subía
desfondada las escaleras que daban a la plaza
de Cibeles, supuse que
estarían las tres metidas en el coche mirándome
con cara de «otra vez
llega tarde», así que pensé en una excusa lo
suficientemente
convinciente para que no me dejaran en tierra.
Del tipo: me han
robado en casa. Sin embargo, no me hizo falta
porque Carol no había
llegado. Solo estaban Sandra, con un trolley
monísimo a juego con su
vestido verde, y Bea, con una mochila negra a la
espalda y una

cerveza en la mano. Me acerqué a ellas y las tres esperamos a que

Carol viniera. Pero Carol no llegó. A las tres, hartas de esperar, la

llamamos y fue entonces cuando nos enteramos de que nuestra

amiga se había olvidado de nosotras. Por lo visto, el día anterior

había salido de juerga con su amigo el surfero para que le diera las

llaves del apartamento y, entre copa y copa, acabaron liados... y

yéndose a Zarautz. Nos quedamos tan alucinadas que tardamos

varios minutos en reaccionar. Las tres, con nuestras maletas en medio

de la calle, éramos la viva imagen de la desesperación. Hasta que por fin Bea dijo lo que todas estábamos pensando: «Carol es una hija de puta, que se vaya a la mierda». Y nos volvimos a casa. No volvimos a saber nada de Carol, en parte porque no nos apetecía y en parte porque esa misma semana ella empezó a trabajar en Londres. El caso es que aquel viaje que no hicimos nunca nos separó para siempre.

Por eso cuando Sandra lo recordó en el andén del metro a las tres nos removió algo por dentro, y quizá por eso la idea de volver a hacer un

viaje juntas, aunque fuéramos las tres solas,
empezó a tomar fuerza

en nuestras resacosas mentes.

Estaba convencida de que las tres estábamos
pensando en lo

mismo, en aquel viaje que nos separó y en que
aquello no podía

volver a repetirse. Y entonces, volví a tener
dudas, que era mi estado

natural desde los seis años, y me vi de pie en el
andén mirando a mis

amigas.

—Está bien... Chicas, chicas, chicas... —
Volvía a repetir palabras

—. Vamos a hacer una cosa... Voy a contar
hasta diez, y si antes de

que llegue a diez aparece el metro, querrá decir que es una señal. Y

que nos vamos a Málaga.

Las miré esperando que reaccionaran tan positivamente como lo

había hecho yo.

—¿Ya estás con tus chorradas? —protestó Bea.

—No es ninguna chorrada... —me indigné.

—Sí que lo es —afirmó Sandra.

No lo era para nada. Ese método lo llevaba usando desde que era

pequeña y me servía para tomar todo tipo de decisiones. Es verdad

que no decía mucho de mi madurez y demostraba a todas luces que

tenía la personalidad de una pandereta, pero a mí me ayudaba. Y en

eso, mientras discutíamos sobre la eficacia de mi estupendo método,

apareció el tren.

Las tres nos miramos descolocadas.

—Venga, vamos —dijo Bea con decisión.

—Pero si todavía no he empezado a contar —protesté.

—¡Que le den a tus cuentas! —gritó Bea.

Y salió corriendo para meterse en el metro. Sandra y yo la

seguimos sin pensarlo y entramos detrás de ella justo cuando las

puertas se estaban cerrando. De nuevo volvimos

a mirarnos, pero

esta vez con una mezcla de entusiasmo y vértigo por la decisión que

acabábamos de tomar. De repente, Bea se llevó las manos a la cabeza.

—Mierda —dijo asomándose a la ventana—. Nos hemos dejado

los zapatos.

—¡Y las compras! —gritó Sandra.

Las tres miramos por la ventana y, efectivamente, debajo del

banco se encontraban las botas de Bea, mis zapatillas, las bailarinas

de Sandra y las bolsas con las compras. Sin embargo, ninguna hizo el

amago de volver a por ellos. Habíamos tomado una decisión y

ningún zapato ni blusa, por muy monos que fueran, nos iban a hacer

cambiar de opinión.

Fuimos descalzas directamente a casa de Sandra, que vivía en un

pisazo en la calle Arturo Soria. Yo me preparé un poleo para asentar

el estómago después de toda la bebida de la noche y Bea se abrió una

lata de cerveza mientras esperábamos a que Sandra se preparase la

maleta. Definitivamente, Bea era indestructible. No nos habíamos

terminado las bebidas cuando Sandra apareció

duchada, con el pelo

como si acabase de salir de la peluquería, ropa nueva, la maleta hecha

y hablando por el móvil con la monitora de sus hijos.

—Ya os dije que mi hijo solo come espaguetis...
Pues algo estaréis

haciendo mal, porque en casa los come....
Claro, es que a él el tomate

natural no le gusta. Nosotros le ponemos
kétchup bajo en azúcar...

—Sandra seguía hablando mientras sacaba unos
túpers de la nevera

y los metía en unas bolsas térmicas—. Pero
aparte de eso, los niños

están bien, ¿no? Ah, pues ya me quedo más

tranquila. Bueno, para

cualquier cosa, tenéis mi móvil. Gracias. —
Sandra colgó y nos vio a

las dos con cara de alucinadas—. ¿Qué?

—¿Ya estás?

—Sí... Siempre tengo una maleta hecha por si
hay que salir

corriendo al hospital con los niños. Ahora, si me
perdonáis... —Y

tomó el teléfono y volvió a marcar otro número.
Esta vez llamaba a su

marido, Jesús. Sandra y su marido llevaban siete
años casados, pero

casi veinte de novios. Sandra no había tenido
otra relación seria

aparte de Jesús, y aunque lo habían dejado muchas veces, al final

siempre volvían. Hasta que, por fin, hace unos años dieron el paso y

se casaron. La boda fue increíble. La celebraron en una finca de

Extremadura que tenían los padres de él. No me acuerdo de lo que

pusieron de comer, porque como la ceremonia fue por la mañana, yo

a mediodía ya estaba casi pedo y me pasé toda la tarde hablando con

los camareros, pero sí que recuerdo que había como unos mil

invitados, la mayoría por parte del novio. Y es que Jesús venía de una

familia supernumerosa y supertradicional, de esas que quedan todos

a comer los domingos después de ir a misa y se lo pasan genial

porque se llevan fenomenal y a ti te da una envidia que te cagas

porque la tuya cada vez que se reúne acaba borracha e insultándose

los unos a los otros. Jesús no era un hombre especialmente atractivo,

pero tampoco era feo. Sandra decía que se parecía a Benicio del Toro,

pero si se parecía a alguien, era al de la cabeza gorda de los de

Muchachada Nui. A mí no me caía ni bien ni mal, es verdad que era

un poco redicho y se pasaba de amable, pero era majo y quería a

Sandra. Sin embargo, Bea lo odiaba, le llamaba «el Cabezón

Soplapollas».

—¿Cari? Soy yo... —Le hablaba con tono maternal y un poco

acelerada—. Oye, que como no vas a estar este finde, voy a

aprovechar para ir a ver a mi tía la de Cuenca...

—Qué perra, pensé,

menuda trola le acababa de soltar al Cabezón con toda la

tranquilidad del mundo—. Ya, ya, y me siento fatal por dejar solos a

los niños en Baqueira... Pero he pensado que

cuando vengan

podemos compensarles comprándoles algo, no sé..., una tablet o una

consola a cada uno. ¿Te parece? Genial, pues yo me encargo. Un beso.

Sandra colgó y nos dio las bolsas térmicas con los túpers.

—¿En serio que les vas a comprar una consola a tus hijos porque

te sientes culpable? —Bea estaba flipada.

—No, es para que no se piensen que los hemos dejado

abandonados.

—Porque te sientes culpable...

—No, porque los niños necesitan sentirse

protegidos. Que sepan

que estás con ellos aunque no estés...

—Porque te sientes culpable...

—A ver, ¿quién es aquí la madre? —saltó Sandra un poco

mosqueada—. Porque, que yo sepa, aquí la única madre que hay soy

yo.

—Ya estamos... Y como solo tú tienes hijos, las demás no

podemos opinar...

—No, si yo te deajo opinar, pero es que tú la única experiencia que

tienes con críos fue cuando quedaste con el chaval aquel por Internet.

Que casi te denuncian sus padres por abuso de menores.

—Pues te digo una cosa, era un chaval supermono. Y si no llegan

a aparecer los padres con el abogado, lo mismo nos habríamos

fugado...

Sandra me miró confirmando sus teorías sobre Bea.

—¿Ves? Por esto nunca la invito a los cumpleaños de los niños...

Luego, cogió las llaves del coche y bajamos al garaje. El coche era

uno de esos todoterrenos negros inmensos que se asemejaba más a

una tanqueta del ejército que a un coche normal,

y que se han

convertido por sí mismos en una subcultura por ser los que usan las

madres para llevar a sus hijos al colegio, aparcándolos en doble fila,

bloqueando el tráfico y usando como excusa el típico comentario de

«va a ser solo un momentito», como si esa frase pudiera tranquilizar

a los treinta coches que están detrás esperando. Sandra era una de

aquellas madres... Pero vamos, que yo la quería igual.

—Cuidado con la tapicería que es de cuero blanco —nos advirtió

antes de que pusiéramos un pie en el interior.

—Si quieres ponemos unas bolsas de basura en los asientos o nos

plastificamos el culo —dijo Bea con ironía—. ¿Quién en su sano

juicio compra un coche con asientos de cuero blanco para llevar a los

niños?

—Bea, déjalo ya... —corté a Bea lanzando la mirada más asesina

que pude dibujar. Aún no habíamos salido de Madrid y ya

llevábamos un cuarto de hora de discusión. Bea se calló, Sandra

cabeceó dándola por imposible y las tres nos subimos al coche. Yo

me senté a su lado y Bea en la parte de atrás.

Como era pronto, no tardamos ni diez minutos en llegar a la casa

que los padres de Bea tenían cerca del puente de Vallecas. Mi amiga

se había tenido que ir a vivir con ellos porque el centro en el que

trabajaba como asistente social tuvo que cerrar por culpa de los

recortes. Durante un tiempo, fue tirando de los ahorros, pero cuando

estos se terminaron, tuvo que volverse a vivir con sus padres. La

parte buena era que como la mayoría de los vecinos que vivían en el

bloque rondaban la senectud avanzada, se sacaba un dinerillo

ayudándolos. Les hacía la compra, les limpiaba la casa o los

acompañaba a la farmacia a por medicinas.

Sandra paró frente al portal y Bea se bajó corriendo.

—No tardo nada...

Pero cuando volvió había pasado más de media hora. El tiempo

no lo había empleado en su higiene personal porque vestía la misma

ropa. Y tampoco en hacer la maleta porque tan solo llevaba su

pequeña mochila negra al hombro, y ahí le cabían como mucho dos

bragas, una camiseta y dos paquetes de tabaco.

—¿Dónde estabas? —preguntó Sandra.

—Perdonad, es que justo cuando salía me ha pillado el Jerónimo

por banda.

—¿Quién es «el Jerónimo»? —pregunté intrigada.

—El viejete del segundo, que no sabía dónde había dejado la

dentadura. Y he tenido que pasar a buscarla con él. Como el pobre

está medio ciego y no se puede agachar... Al final estaba en la taza

de un váter...

Bea notó que Sandra y yo nos mirábamos asqueadas.

—Si le he cambiado los pañales a abuelos de ochenta años, no voy

a meter la mano en la taza del váter... —se justificó.

—Tía, eres la leche —dije con admiración.

Me giré y le tomé la mano, conmovida por tanta amabilidad.

Sandra hizo lo mismo, igualmente conmovida. Bea, que no era muy

sentimental, la apartó rápidamente.

—Bueno, ¿nos piramos o vamos a seguir cogiéndonos de la

manita como si fuéramos bolleras? —protestó —. Además, os

recuerdo que acabo de sacar la mano de un inodoro...

Las dos separamos nuestras manos como si Bea tuviese la lepra, y

Sandra se giró cortada y arrancó poniendo rumbo hacia la última

parada antes de empezar nuestro ansiado viaje: mi casa.

Tengo que reconocer que cuando subía las escaleras de mi edificio

sentí cierto vértigo. Iba a tener que abrir las maletas y estaba segura

de que me iba a encontrar cosas de Javier. Y sabía que al ver nuestras

cosas me iba a venir abajo. Por eso, con cada escalón que subía, me

recordaba a mí misma que tenía que ser fuerte: «Tienes que ser

fuerte, Alba... No se te ocurra llorar... Tus amigas te esperan...

Tienes que ser fuerte...». Y así hasta que llegué a mi quinto sin

ascensor. Me paré frente a la puerta y saqué las llaves. Tras unos

segundos de duda en los que casi me doy la vuelta, metí la llave en la

cerradura, abrí la puerta, entré en la casa y me puse a llorar. ¿Cómo

no iba a hacerlo? Si nada más entrar lo primero que vi en el suelo fue

la foto en la que se nos veía a Javier y a mí besándonos en la playa.

¿Para qué narices me había traído aquella foto? «Ah, sí —recordé—,

para romperla». Y lo había hecho, el cristal estaba rajado y a Javier le

faltaban un ojo y una oreja. Parecía como si se los hubiera quemado

con un cigarrillo. Pero si yo no fumaba desde hacía años, ¿cómo

había sido aquello posible? Y además, ¿qué carajo hacía aquella foto

allí? ¿Qué había hecho la noche anterior cuando llamé a Bea? Tenía

que plantearme en serio dejar de tomar tanto ansiolítico. Al recoger

la foto del suelo y ver la expresión de felicidad que tenía en la cara,

las piernas empezaron a fallarme y tuve que apoyarme en la puerta

para no caer, mientras sentía que me iba a dar un ataque de ansiedad.

Tras el sofoco inicial empecé a recuperarme, y aunque seguía con un

nudo en la garganta que amenazaba con estrujarme las amígdalas,

mi respiración se hizo un poco más pausada. Era el momento de ir al

dormitorio. Como debía atravesar el salón y no tenía ni idea de si

habría dejado algún recuerdo más desperdigado por ahí, decidí que

lo mejor sería ir con los ojos cerrados, para no tener que ver algo que

me pusiese peor. Empecé a caminar a ciegas y no tardé ni medio

segundo en tropezarme con el sofá y caer de bruces en el suelo. Sin

abrir los ojos, me incorporé y, siguiendo mi intuición, caminé en

dirección hacia donde yo pensaba que estaba el dormitorio, pero me

empotré a los pocos segundos contra el armario/ataúd. Enfadada por

el golpe, empecé a jurar en arameo y a maldecir, quejándome de que

alguien seguramente había cambiado la estructura de la casa para

que yo me diera con todos los muebles. Obviamente, la verdadera

razón era que mi intuición y mi sentido de la orientación no eran ni

mucho menos los de un murciélago. Así que extendí los brazos para

ir a tientas y, mientras iba tirando cosas por toda la casa, por fin logré

salir del salón y entrar en el dormitorio. Bueno, realmente primero

entré en el baño, pero luego sí, conseguí llegar al dormitorio. Pensé

que quizá también debería hacer la maleta con los ojos cerrados,

pero, tras la experiencia anterior, opté por afrontar la situación,

aunque solo fuera por proteger mi integridad física. De todas formas,

tampoco era plan de pasar demasiado tiempo en aquel lugar, así que

rápidamente cogí una de las maletas que guardaba bajo la cama y la

coloqué sobre el colchón. Empecé a meter la ropa con mi personal

estilo de todo a barullo y sin pensar. Unas zapatillas, unas bragas,

sujetadores, un par de camisetas, un jersey y unos vaqueros. Me

quedé mirando aquel revoltijo de ropa y me di cuenta de que

parecían los restos de un naufragio. Aquello no estaba bien, tenía

que currármelo un poco. Aquel viaje era una locura, de acuerdo, pero

iba a celebrar mi cuarenta cumpleaños y la vieja del restaurante

había dicho que conocería a un hombre (vale, a un viejo). En aquel

momento me daba igual que fuese Mario Santos o Sean Connery —

por cierto, ¿Sean Connery no vivía en Marbella? Igual era Sean

Connery el viejo del pelo blanco...—.

—Se te está yendo la olla...

Y allí estaba de nuevo mi yo racional dándome lecciones de

estabilidad. Últimamente me pasaba mucho. A cada chorrada que

pensaba, una parte de mí me respondía y me hacía ver que todo lo

que se me ocurrían eran tonterías. Me organizaba unos diálogos

entre mi «yo sería» y yo misma que no tenían desperdicio. Lo peor

era que mi parte racional me recordaba tanto a mi madre que me

entraban ganas de liarme a discutir a gritos, pero claro, ponerme a

gritarme a mí misma ya sería un síntoma de demencia. Y no

necesitaba más síntomas de aquello. Así que decidí encarar a mi

parte seria y centrada y mandarla a la mierda, pero con buenos

modales.

YO: Vale, se me está yendo la olla, pero ¿sabes qué? ¡Me da igual!

Me voy a ir con mis amigas de viaje y le van a

dar por culo al

mundo...

YO RACIONAL: Muy bien... Muy bonito...

¿Así actúa una mujer

madura e independiente de casi cuarenta años?

YO: No lo sé... Así actúo yo y me basta... Y ahora déjame en paz,

que me tengo que hacer la maleta... Y que sepas que me voy de viaje

porque me da la gana y porque necesito que me pase algo en la

vida... ¡Estoy hasta las narices de pasarme el día llorando! Llevo

demasiado tiempo vegetando, primero con Javi y últimamente sola...

YO RACIONAL: No te pongas melodramática,
Alba. No te pega.

YO: Cállate ya, tía siesa...

Y zanjé la discusión mandándome callar a mí
misma, entre otras

cosas porque aquella era mi conversación y
podía hacer lo que

quisiera. Volví a mirar la maleta. Tenía que
tomármelo en serio y no

hacerlo todo a lo loco como siempre. Entonces
me acordé de Bea y

Sandra esperándome abajo. ¡Que les dieran!
Bea nos había hecho

esperar más de media hora, recordé. Me sentí
como una egoísta

caprichosa, pero tenía problemas más graves

que afrontar, como el

de mi vestuario. Tenía que hacer algo, no podía salir de viaje como la

desastrosa

Bea.

Tampoco

como

«doña

perfecta»

Sandra,

evidentemente, pero al menos tenía que ir preparada y mona. Si iba a

celebrar mi cumple y volver al mercado al mismo tiempo, aunque

fuese haciendo una locura, no podía ir vestida como si hubiese salido

de un compactador de basura. Y lo primero que tenía que hacer era

analizar las posibilidades, y aquí estaba el único punto en el que mi

«yo racional» me podía echar una mano:

YO RACIONAL: Uno. ¿Qué estupidez vas a hacer?

YO: Me voy de viaje a Málaga.

YO RACIONAL: Dos. ¿Qué hay en Málaga?

YO: Playa.

YO RACIONAL: Y tres. ¿Qué locura vas a hacer en Málaga?

YO: Celebrar mi cuarenta cumpleaños e ir a un

estreno en un

festival de cine.

Daba gusto hablar con alguien que era tan racional y metódica.

Vale, ya sé que era yo, pero aun así, daba gusto oírme tan segura y

resolutiva. Si hasta hacía enumeraciones para tenerlo todo más

controlado. En fin, qué pena que no me hiciese más caso a veces,

quizá de esa forma mi vida no habría sido tan desastrosa. Y entonces

volví a acordarme de Sandra y Bea esperándome abajo. ¡Tenía que

ponerme a correr! Por lo tanto, tenía que meter en la maleta: (1) Ropa

cómoda para el viaje; (2) El kit de playa, porque seguro que

acabábamos bañándonos en el mar; y (3) Un vestido mono para la

celebración y el estreno. Así que rebusqué entre cajas, armario y

arcón, y encontré mi kit de playa con mi triquini multitiras, mi toalla

regalo del Cosmopolitan, unos pantalones de lino que me marcaban

culo, mi pareo de Tarifa, un par de sandalias a juego, las gafas de sol

y la crema solar, y deseché dos túnicas, unos shorts vaqueros, la

rebeca por si refrescaba, una capellina que me daba un toque

sofisticado y mi capazo de mimbre preferido. Lo metí todo en la

maleta y me felicité a mí misma por haber cubierto el punto dos con

tanta rapidez. Era el momento de ir a por el tres. Este me llevó algo

más, porque claro, yo nunca había ido a un estreno en un festival de

cine ni había cumplido cuarenta años.

Como Javier únicamente me llevaba a montañas, cuevas o ríos con

rápidos, y para aquello no había que arreglarse demasiado —con ir

con coleta y vestida de Decathlon era más que suficiente—, mis

opciones para ir en plan elegante/sofisticada no

eran muchas. Busqué

entre mis vestidos de noche y los únicos que encontré eran tan viejos

que ya no entraba en ellos. Entonces, me acordé del vestido que me

había comprado para la boda de Sandra. ¿Me valdría todavía? Me lo

puse por encima y me iba perfecto, largo, negro y con un escote de

vértigo. Sentí que con aquel vestido podría triunfar. A ver qué

cuarentona, perdón, cuarentañera, estaba tan estupenda como yo. Lo

doblé, metí unos zapatos de tacón en la maleta y di por zanjado el

punto tres. Debían de haber pasado unos veinte

minutos y estas

todavía no me habían llamado al móvil para preguntarme qué estaba

pasando, así que iba bien cuando me di cuenta de que me faltaba

algo fundamental: ¡el tanga! No me podía poner un vestido como

aquel con bragas. Encontré un tanga negro con puntillas que me

había comprado para un san Valentín con Javier que salió mal y lo

eché en la maleta y contemplé mi obra satisfecha. Ahora sí que

estaba lista, todo lo que había metido al principio no era más que

ropa de viaje, así que esa parte ya estaba

solucionada. Era increíble,

se me había pasado el bajón de haber visto nuestra foto y estaba con

la pila puesta y me sentía con ganas de comerme el mundo.

Entonces, me vi en el espejo y me di cuenta de que llevaba la misma

ropa que el día anterior. No podía salir así, tenía que cambiarme.

Empecé a desnudarme y a buscar ropa cómoda cuando me di cuenta

de algo que me horrorizó: llevaba meses sin depilarme. Me miré

mejor. Allí, en la mitad de mi anatomía, parecía que se me había

posado un hipster barbudo de esos que te

encuentras por todos

lados. ¿Qué hacer? ¿Me daría tiempo a ducharme y a hacerme las

ingles brasileñas? Era consciente de que no me iba a tirar a Mario y

de que una vieja griega borracha era incapaz de leer el futuro, pero la

verdad, tenía una selva ahí abajo. Ir un poco limpita no me vendría

nada mal, sobre todo por comodidad...

YO RACIONAL: Tú estás pensando que igual sí que te tiras a

Mario Santos...

YO: Que no, que no... Pero es que llevo tanto tiempo sin

depilarme ahí...

YO RACIONAL: Quizá por eso Javier te dejó por la menor de

edad... Seguro que la niña va totalmente depilada como una

muñeca... Eso a los tíos les vuelve locos...

YO: No seas perra... Además, no es menor de edad, tiene

veintitrés años... Qué manía os ha entrado a todas...

YO RACIONAL: No me cambies de tema... En tu cabecita loca,

crees que este desquiciado plan tiene sentido y que vas a poder

tirarte al actor de moda con el que se lo harían diez millones de

españolas sin dudar... ¿Tú te crees que Mario se va a fijar en

alguien como tú cuando puede elegir entre tanta hembra?

YO: ¿Quieres dejar de darme ánimos? Para eso ya tengo a mi

madre y a mi hermana... —Y entonces me di cuenta: estaba hablando

conmigo misma y de pronto me había convertido en mi madre. No

tenía ni idea de que podía ser tan mala...

—¡A la mierda! —grité mientras iba corriendo a la ducha. Busqué

en el baño y, tras mucho revolver, encontré la Gillette Venus

sepultada bajo una tonelada de toallitas y

támpax. Para mi disgusto,

tenía más años que una reposición de Verano azul. Mierda, con mi

piel hipersensible y sin una cuchilla nueva, aquello iba a ser como La

matanza de Texas...

Me sentí como Chewbacca haciéndose la cera, pero al fin terminé,

me vestí, agarré el neceser, lo metí en la maleta y la cerré, y al cogerla,

me fijé en las sábanas de la cama. Eran las que habíamos usado

Javier y yo la primera noche que dormimos juntos después de

casarnos. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Por qué las había

utilizado? Las vi allí, con su dibujo de florecitas y pajaritos, y me dio

tal bajón que de nuevo me eché a llorar desconsoladamente.

Supongo que eso significa ser mujer, pasar de un estado de euforia a

uno de depresión en dos milisegundos. Bueno, eso y tener la regla,

que todo ayuda. Miré las sábanas y recordé que habíamos llegado a

nuestro apartamento después de disfrutar de nuestro viaje de novios.

Nos habíamos casado un par de semanas antes. Para mí lo de

casarme nunca había sido una prioridad, no era como Sandra, que

llevaba un diario desde los dieciséis años en el que tenía apuntado

hasta el último detalle. Es verdad que de pequeña fantaseaba con mis

amigas sobre cómo serían nuestras bodas, pero con el tiempo

aquellas fantasías se fueron desvaneciendo y el sueño de casarme

pasó a un quinto plano. Pero cuando Javier me lo pidió en aquella

fiesta delante de sus amigos, me pareció muy fuerte decirle que no,

así que le dije que sí. La boda había sido muy sencilla, con muy pocos

invitados, apenas unos veinte, y por lo civil, en el ayuntamiento de

Coslada. Luego invitamos a unas copas en un bar del centro que

regentaba un amigo de Javier. Y al día siguiente nos fuimos de viaje

de novios a los Alpes. Javier eligió aquel lugar porque, siendo él un

amante de la montaña, pensaba que, al ver aquellos majestuosos

picos, con sus valles, sus ríos y sus bosques, yo también acabaría

convirtiéndome en una fanática del alpinismo. Sin embargo, nunca

llegó a entrarme el gusanillo, y mira que lo intenté, que me gasté una

pasta en el Decathlon comprando que si unas botas, que si una

cantimplora, que si un chubasquero. Pero un día que estábamos

haciendo rafting por noséqué cañón cerca de Burgos, me pegué un

leñazo contra una roca y decidí que ya tenía demasiadas llagas en las

manos y demasiadas rozaduras en los pies, y que aquello no estaba

hecho para mí. Ese fue el principio de mi distanciamiento con Javier.

A partir de aquel día, empezó a irse solo a la montaña. Al principio,

un fin de semana al mes; luego, todos los fines de semana. Yo no

decía nada porque sabía que aquella era su gran pasión. Lo que no

sabía era que, en realidad, su gran pasión, más que subir montañas,

era tirarse a una holandesa de veintitrés años.

De modo que agarré las sábanas, abrí la ventana y las tiré por el

patio. Sí, es verdad que fue un impulso irracional que hice presa de la

rabia y el rencor y que mi yo racional no estaría contenta, pero ¿qué

queréis que os diga? Me quedé como Dios. Acto seguido me marché,

pero antes eché un vistazo a la casa. Todos los recuerdos de nuestra

relación estaban allí, metidos en aquellas bolsas que todavía no había

tenido el valor de abrir: los DVD que habíamos

comprado juntos, las

fotos de nuestros viajes, los libros que me regaló. Pensé en tirar todo

aquello junto con las sábanas. Pero no pude. Y, además, las chicas me

estaban esperando abajo. Cerré la puerta tras de mí y cogí la maleta

—fue entonces cuando descubrí que era la misma que había

comprado en los chinos el día del viaje a Marruecos—. En ese

momento sentí mucha nostalgia, pero sobre todo una tremenda

emoción: sin duda alguna, aquello era una señal de las mías...

Bajé los cinco pisos como si se quemase la

finca, salí del portal

corriendo, metí la maleta en el maletero y me senté de copiloto al

lado de Sandra con una coreografía digna de Van Damme.

—Lo siento, chicas... —dije resoplando por la carrera—. Me he

liado y... —Y las miré y allí estaban las dos... ¡dormidas! Bea roncaba

en el asiento trasero y a Sandra le caía un hilillo de saliva por la

comisura del labio. Y yo a punto de tener un ataque al corazón por

culpa de aquellas dos marmotas. Me llevé los dedos a los labios y

silbé como solo un pastor gomero puede hacerlo.

Bea ni se inmutó y

Sandra abrió los ojos con toda la tranquilidad del mundo y me miró.

Supongo que sería otro de aquellos superpoderes de madre que

tenía.

—¿Todo bien? —preguntó serenamente.

—Perfecto —le dije sonriendo mientras Bea se desperezaba y

sacaba algo de su chaqueta.

—He traído unas cintitas para el viaje.

—¿Cintas? —Sandra miró a Bea sin dar crédito —. Tía, que este

coche lleva cds y mp3. Que lo de las cintas es de cuando la Expo y las

olimpiadas esas del perro aplastao en Barcelona.

Bea se quedó un poco chafada mientras yo miraba las cintas y me

quedaba alucinada al comprobar que eran unos popurrís que

habíamos grabado hacía casi veinte años. Aquel era uno de nuestros

planes preferidos para los domingos. Normalmente nos juntábamos

todas en casa de Carol, que era la que tenía el equipo de música más

molón y el que permitía grabar música desde la radio y de pletina a

pletina. Nos pasábamos la tarde frente al aparato aguardando a que

sonaran nuestros temas preferidos en los 40

Principales y, mientras

esperábamos, aprovechábamos para meternos con las otras chicas

del instituto, que, obviamente para nosotras, eran todas tontas. No sé

cuántas cintas llegamos a grabar, pero las que trajo Bea debían de ser

de las primeras porque tenían fecha de 1989. Y en ellas había

temazos increíbles: «Judas el miserable», de La Frontera; «Sweet

Child O' Mine», de Guns N' Roses; «Never Gonna Give You Up», de

Rick Astley. Mientras pensaba qué habría sido de Rick Astley, me dio

una pena terrible que no pudiéramos hacer el

viaje escuchando

aquellos temas. Entonces se me ocurrió algo.
Como si una señal del

cielo me hubiera iluminado, miré en el
salpicadero del coche y

observé que en el panel de la radio había una
entrada de esas que se

usan para enchufar los cascos.

—Ahora vengo —dije a mis desconcertadas
amigas.

Y salí corriendo hacia el chino de enfrente —
benditos chinos de

enfrente— donde me esperaba una chica
oriental con tres niños

pequeños. Le pregunté si tenían radiocasetes y
con gesto

despreocupado me dijo en un perfecto chino-español: «Al final del

pasillo». Los radiocasetes que había eran demasiado grandes, así que

elegí una grabadora, que era más pequeña y manejable. También cogí

un cable para enchufarlo a la entrada del coche y mogollón de pilas.

Con todo aquello volví al coche, donde me esperaban las chicas.

—¿Qué has comprado? —preguntó Sandra.

—Una grabadora, para escuchar las cintas en el coche —respondí.

—¡Ostras! ¡Haber pillado cervezas también! —me reprochó Bea.

Saqué la grabadora de su funda, le puse las pilas

y enchufé el

cable a la entrada del salpicadero. Metí una cinta y la rebobiné hasta

el principio. Luego le di al play. Y tras unos segundos apareció la voz

de Fernandisco —era lo malo de grabar directamente de la radio, que

a veces se te colaba el locutor— diciendo, con su particular tono de

tipo enrollado, que el siguiente tema que iba a sonar era el «Mil calles

llevan hacia ti», de La Guardia. Y tras un breve jingle, empezaron a

sonar los primeros acordes de la canción. Pensé que quizá aquella era

otra señal de las mías: que mil calles me

llevaban hacia Mario Santos

o que mil calles me llevaban hacia mí con cuarenta años, hacia una

nueva versión de mí misma mejorada y más estable, aunque luego

me acordé de que la canción seguía con «y no sé cuál he de seguir» y

me dio un poco de bajón. Pero la canción molaba tanto que las tres

nos miramos y sonreímos. Sandra se puso las gafas de sol, encendió

el motor, metió primera y nos pusimos en marcha dirección Málaga.

No habríamos recorrido más de veinte kilómetros cuando

empezamos a tener hambre.

—Jo... Yo me comía ahora un bocadillo de panceta bien a gusto —

dijo Bea.

—Y yo —añadí, hambrienta.

—Tenemos los túpers de comida que he traído... Aunque no creo

que se hayan descongelado todavía... —Mejor, pensé, porque

conociendo los gustos culinarios de Sandra podríamos morir de

hambre, y más desde que se había hecho vegetariana. Además, lo

que yo necesitaba en aquel momento era un bocadillo de panceta o

tres menús gigantes del McDonald's, y es que no sé qué pasa cuando

tienes resaca que lo que quieres es lo más cerdo
que puedas

encontrar, lleno de grasa y colesterol y que
absorba todo el alcohol

que corre por tus venas.

—¿No habrá un centro comercial por aquí
cerca?

Miré alrededor.

—Acabamos de pasar Valdemoro. Si queréis,
damos la vuelta y

buscamos algo.

De repente vi una señal en la carretera. No de
esas que te

cambian la vida. Una señal de verdad, vamos, lo
que viene siendo un

cartel que señalaba que en la siguiente salida había una gasolinera.

—Mirad, en la siguiente salida hay una gasolinera. Seguro que

tienen área de servicio y podemos comprar algo de comer.

Sandra se colocó a la derecha y al poco llegamos a la salida

indicada. Esta nos llevó hasta una rotonda con tres salidas. Sobre ella

había dos señales: una indicaba la entrada a la autopista, otra a un

polígono industrial... Pero ninguna indicaba cómo se iba a la

gasolinera.

—¿Para dónde tiro? —dijo Sandra, agobiada.

—No sé... —respondí.

—Yo creo que hay que ir por el polígono —dijo Bea con seguridad.

—¿Por el polígono? ¿Por qué? —preguntó Sandra.

—Yo cogería la segunda —dije absolutamente convencida.

—¿La segunda por qué? —volvió a preguntar Sandra.

La situación era muy ridícula con las tres diciendo chorradas y

Sandra dando vueltas a la rotonda.

—¿No tienes GPS? —preguntó Bea.

—No —respondió Sandra.

—Pues vaya mierda de coche... —masculló

Bea.

—¿A que te tiro por la ventana...? Está estropeado, Jesusín le dio

una patada sin querer y rompió la pantalla.

—Yo insisto en que hay que ir por la segunda.

—Yo estaba a lo

mío.

—Mucho cuero, mucha silla holandesa... Pero ni GPS ni

radiocasete. —Bea seguía protestando.

—Pues haber cogido el tuyo... Ah, no, que no tienes ni puñetera

idea de conducir.

—¿Pillamos la segunda salida entonces? — insistía yo.

Y cuando íbamos a dar la tercera vuelta a la rotonda, Sandra tomó

la decisión: hacia el polígono.

Condujimos por una calle ancha rodeada de naves mirando a los

lados buscando la gasolinera, pero cuando llevábamos unos

doscientos metros, la calle se acabó de repente.

—Por aquí no es...

Sandra dio la vuelta y se metió por una de las calles

perpendiculares a la que habíamos seguido. Avanzamos por la

solitaria avenida unos metros y esta también terminó bruscamente.

—Tenías que haber girado en la anterior...

Sandra refunfuñó ante el comentario de Bea, volvió a dar la vuelta

y se metió por otra calle y luego por otra, y al cabo de diez minutos

nos habíamos perdido. Sandra paró el coche en medio de un cruce,

miramos alrededor buscando alguna referencia, pero no solo no la

encontramos, sino que empezamos a darnos cuenta de que aquel

lugar estaba especialmente tranquilo. Y al fijarnos con más

detenimiento, nos dimos cuenta de que todas las calles estaban

vacías y no porque fueran las fiestas patronales

del polígono, no, la

razón era que aquel sitio estaba completamente abandonado. Era

increíble, no habíamos ni salido de Madrid y ya estábamos a punto

de morir de hambre perdidas en un polígono desierto, o peor,

seguramente acabaríamos siendo el almuerzo de alguna secta de

yonquis caníbales que vivían allí escondidos, o peor todavía, los

yonquis nos secuestrarían y nos obligarían a ser sus mujeres, nos

violarían y tendríamos mogollón de pequeños yonquitos caníbales.

—A ver, no nos pongamos nerviosas...

—Yo no estoy nerviosa, pero teníamos que haber cogido la

segunda salida, como dije yo —apostillé pensando en los yonquitos

caníbales.

Y cuando estábamos a punto de tirar la toalla y llamar al seguro

para que nos sacara de allí, vimos, al girar una calle, un coche

aparcado. Al principio dudamos si acercarnos, temerosas de que

dentro de aquel vehículo pudiera haber un asesino en serie. Pero ante

la posibilidad de tener que seguir dando vueltas sin rumbo,

decidimos arriesgarnos. Según nos acercábamos

al vehículo,

comprobamos que había una persona en el lado del conductor.

Sandra se puso a su altura y yo bajé la ventanilla para preguntarle

por la gasolinera.

—Perdone, podría...

No pude seguir con la frase. Me había quedado petrificada con la

imagen que tenía frente a mí. Efectivamente, había un hombre en el

asiento del copiloto. Era un hombre gordo de unos cincuenta años.

Tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y la boca abierta.

Llevaba puesto un mono de obrero con el logotipo de una empresa

de aires acondicionados. El mono lo llevaba abierto y por él asomaba

su pecho peludo y sobre el pecho había una mano con una pulsera de

hombre que ponía Ramón. La mano pertenecía al otro hombre que

había en el coche, un tipo de unos treinta años, con traje y pinta de

ejecutivo, y que no habíamos podido ver antes porque estaba

agachado con la cabeza entre las piernas del otro. Sí, efectivamente,

se la estaba chupando al gordito.

—¡Ay, Dios! —exclamé yo.

—¡La leche! —exclamó Bea.

—¡Virgen santa! —exclamó Sandra.

Obviamente, los dos se dieron cuenta de nuestra presencia y nos

miraron. A partir de ahí la cosa se desmadró un poco. El hombre que

estaba chupándose la al gordito sacó unas gafas de sol doradas y se

las puso enseguida tratando de ocultar su identidad. El otro se puso

una gorra en la cabeza y empezó a subir la ventanilla, como si aquello

fuera suficiente. Yo intentaba disculparme con frases absurdas tipo:

—Perdón, perdón... Sigán, sigán... Por aquí no se va a la

gasolinera, ¿verdad?

Sandra, a punto de tener una crisis nerviosa, miraba al frente con

las manos agarradas al volante y repetía como un mantra:

—Dile que se la guarde, dile que se la guarde, dile que se la guarde...

Mientras, Bea se puso a hacer fotos con el móvil.

—Pero ¿no decías que por aquí no venía nadie?
—se quejó el que

tenía pinta de ejecutivo.

—Es que nos hemos perdido... —intervine nerviosa—. Íbamos a

la gasolinera, y como nos hemos pasado Valdemoro pues hemos

dicho: ¿por qué no cogemos el desvío? Yo les había dicho que

cogiéramos la segunda salida... —De repente me di cuenta de que

toda aquella situación no tenía sentido—. ¡Sandra! ¡¡¡¡Quieres

arrancar de una vez??!! —grité.

Y Sandra, pisando el acelerador, tiró hasta que salimos de aquella

calle, y así fuimos a parar, de forma milagrosa, a la rotonda. Esta vez

cogimos la segunda salida y a los pocos minutos llegamos a la

gasolinera, que, gracias a Dios, tenía cafetería.

Detuvimos el coche en el aparcamiento y nos quedamos un rato

en silencio asimilando lo que nos acababa de pasar.

—Tías-esto-ha-sido-muy-fuerte...

—La tenía fuera, ¿verdad?

—Ya te digo, ¿te enseñó las fotos?

—Ahórratelo...

Sandra era la más afectada de las tres. Todo lo que tenía que ver

con el sexo le daba mucho pudor, y si encima tenía que ver con sexo

entre hombres le podía entrar urticaria.

—¿Cómo se les ocurre ponerse a hacerlo en medio de la calle?

—Hija, tampoco es para tanto. A mí una vez me entró un apretón

y me lo tuve que montar en la noria de las fiestas de mi pueblo.

—¿Y si llegamos a estar con los niños? Les podría haber creado

un trauma ver eso...

—Sandra, si apareces en ese polígono con tus hijos, el trauma se

lo provocas tú —dijo Bea mientras abría la puerta del coche.

—Venga, vamos a comprar algo de comer. Que a mí no se me ha

quitado el hambre...

—Pues a mí se me ha cerrado el estómago...

Las tres bajamos del coche y entramos en la estación de servicio.

Para ser una gasolinera alejada de la autovía era bastante

completa. Tenía cafetería, baños y una amplia zona de compras

donde te vendían hasta plantas de jardín, lo que me hizo reflexionar

sobre cómo habían evolucionado estos establecimientos. Antes eran

pequeños lugares con uno o dos surtidores, la mayoría no tenían

baño y, si lo tenían, había que tener muchos ovarios para usarlo, y

eran atendidos por un «gasolinero» —que así se llamaban antes—

que se limitaba a gruñir y a echarte la gasolina; sin embargo, ahora

los empleados de las estaciones de servicio —
que es como se llaman

hoy en día— tienen que saber hacer pan,
tortillas, poner bocadillos,

vender periódicos, saber de mecánica, de
informática, vamos, que

menos poner gasolina —porque esa te la pones
tú—, hacen de todo.

La cafetería tenía buena pinta, así que pregunté
a las chicas si

querían algo. Sandra, asqueada, me hizo un
gesto negativo y se fue

directamente al baño. Bea me dijo que prefería
comprarse algo de la

tienda y empezó a dar vueltas por ella.
Resignada, me fui sola a la

cafetería y me pedí un bocadillo de lomo con pimientos, unas patatas

bravas y una coca-cola light. Así somos las tías, ¿no? Nos podemos

comer un cocido con panceta y huevos fritos, pero eso sí, para beber

siempre coca-cola light, no vayamos a cagarla. Me acababan de poner

las bravas cuando se acercó Bea. Llevaba entre sus brazos todo tipo

de bollería industrial: pastelitos, tronquitos de chocolate, palmeritas

de hojaldre, bollitos de crema, varios tigretones y hasta un brazo de

gitano. Lo dejó todo sobre la barra de la cafetería y abrió uno de los

pastelitos, que engulló de un solo golpe. Estaba a punto de tragarse

el segundo cuando decidí intervenir:

—Pero ¿tú no estabas haciendo régimen? — pregunté con

intención.

—Vuelvo a empezar el lunes... —contestó rápidamente, como

evitando el tema.

—¿Cuántos lunes llevas diciendo eso? —dijo Sandra, que acababa

de llegar del baño.

—Joder, que estoy de resaca y necesito algo contundente...

—Pues nada, cómete un bocadillo de chapas,

para el caso.

—Tía, que esas cosas las hacen con petróleo, que lo vi en un

documental.

Bea miró asqueada el bollo que estaba a punto de engullir.

—Hale, ya me habéis arruinado el desayuno — protestó. Cogió de

nuevo todos sus bollos y se fue a la tienda, de donde regresó a los

dos segundos... con casi todo.

—Pero si solo has dejado las palmeritas... — dijo Sandra,

alucinada.

—¿Por qué no dejas también los tigretones? —

sugerí de buenas

maneras.

—¿Por qué no dejas tú de dar el coñazo?

Bea no atendía a razones y estaba superborde, así que pasé de

insistir, si quería tener las arterias como morcillas y morir antes de

cumplir los cuarenta y cinco, era su problema. Sandra optó también

por dejar que Bea se atiborrara de bollería industrial y sacó una

agenda inmensa de su bolso.

—A ver, vamos a hacer una lista de lo que podemos necesitar para

el viaje.

Sandra, siempre tan previsoras.

—Lo más importante: agua. —Y lo apuntó en la agenda.

—Vale —confirmé, y luego añadí—: Y coca-colas para que no te duermas.

—Pero light...

—Claro... —Sandra lo apuntó en la agenda.

—Una caja de cervezas... —dijo Bea apurando su tercer tigretón.

—Alguna revista. —Sandra no hizo caso a Bea.

—A mí me vendrían bien unos kleenex, por si me da el bajón y no puedo parar de llorar... —pedí.

—Yo tengo toallitas de bebé...

—No es lo mismo...

—Es verdad —dijo Sandra mientras lo apuntaba.

—Una caja de cervezas... —volvió a decir Bea.

—Chocolate. —Sandra seguía sin prestar atención a Bea—. ¿Algo

más?

—Sí, una caja de cervezas.

—¡Que no vamos a llevarnos una caja de cervezas! —espetó

Sandra.

—Pues un pack de seis.

Sandra cerró la agenda, hastiada.

—Vale, coge lo que quieras. Pero te lo pagas tú.

Al final cogimos unas bolsas de patatas, unas latas de coca-cola

light, dos revistas, algo de chocolate... y tres packs de cerveza. Y se

nos olvidaron el agua y los kleenex, que como se verá más adelante,

me habrían ido muy bien.

Con el estómago lleno —unas más que otras—, Sandra arrancó.

Estaba dando marcha atrás cuando de pronto oímos un golpetazo.

Bea se dio la vuelta poniéndose de rodillas en el asiento y miró por la

luneta trasera.

—¡Ostras! Le has dado al Mercedes ese...

—¿De dónde ha salido?

—De ningún lado, estaba aparcado ahí cuando hemos llegado...

—¿Qué hacemos? ¿Entro y le digo al camarero que pregunte

quién es el dueño? Tenemos que hacer los papeles... —Bea y yo nos

miramos y, como si lo hubiésemos ensayado durante años, dijimos a

la vez:

—¡¡¡¡TIRA!!!! —Y Sandra nos miró, metió primera y salió

quemando rueda del aparcamiento. Nos

incorporamos a la carretera

doblándonos de risa y sintiéndonos como Thelma y Louise en

versión castiza. Después de todas las discusiones del día, creo que

era el primer momento en que me reía de verdad.

—¡Qué hostia le has dado! Le has dejado la estrella metida en el

radiador, jaaaaaaaaa —se burlaba Bea. Mientras, Sandra empezaba a

recapacitar sobre lo que había pasado.

—¿Y qué le digo yo a Jesús? ¿Cómo le explico el abollón? Porque

seguro que ha dejado marca...

—Le dices que lo habías dejado aparcado y que te lo has

encontrado así —sugerí, y volví a reírme al recordar la cara de Sandra

después de golpear el coche—. ¡Venga, Farruquito, dale leña a este

trasto, que tenemos que llegar a tiempo a Málaga para que me tire a

Mario Santos!

—¡Esa es la actitud! —gritó Bea, y me ofreció la mano para que le

chocase los cinco. Lo hicimos y Sandra intentó unirse a nosotras,

pero casi nos estampa contra un camión. Después de hacer una

maniobra para evitarlo, se agarró al volante y

fijó los ojos en la

carretera como si estuviese en pleno examen de conducir.

—A partir de ahora, no me habléis —dijo seria. Se situó en el

carril central, se clavó a ciento diez y seguimos nuestro camino. Al

otro lado de la autopista, los carriles se llenaban de coches

anunciando que empezaba la hora punta, ese infernal momento en el

que las ciudades se convierten en un gigantesco atasco de gente

llegando tarde al trabajo. Nosotras, sin embargo, íbamos en

dirección contraria, rumbo a Málaga en busca

de una aventura. Por

eso, al ver a toda aquella gente en sus coches apretujados, con cara de

sueño y mala leche, me entró cierto sentimiento de culpabilidad.

Aunque luego pensé que si yo podía irme un viernes a Málaga, no era

porque fuera una ricachona que es capaz de permitirse el lujo de

largarse de fiesta, así a lo loco. No, si me estaba yendo, era porque mi

vida era una completa ruina. Porque me había separado de mi

marido; porque iba a cumplir cuarenta años y porque mi negocio

de venta de calcetines de lana por Internet se

había desplomado. Lo

cierto era que se había desplomado desde una altura bastante

pequeña, ya que nunca había llegado a despegar del todo. Las ventas,

al margen de mi familia, amigos y algún cliente despistado, nunca

fueron buenas, así que más que un desplome fue un tropezón gordo.

Aun así me daba mucha pena que fuera tan mal, lo había montado

un año antes gastando la pasta de mi finiquito y los pocos ahorros

que tenía. Me había decidido a montarlo al terminar el curso de

costura avanzada que me habían ofrecido

durante los seis meses que

estuve en el paro. La profesora, una argentina majísima que había

hecho de costurera en varias películas y series de la tele, me dijo que

se me daba muy bien y me contó que en su país estaba de moda

vender ropa hecha a mano por Internet. Y que lo más solicitado eran

los artículos de lana: sombreros, rebequitas, guantes... De repente,

me vino una imagen a la cabeza: calcetines. Todo el mundo usa

calcetines, los niños, los mayores... No hay nadie en el mundo que

no use calcetines. Bueno sí, igual los que viven

en África, que allí

como hace calor no los usan, y los indios que siempre van descalzos

por rollos de su religión, creo... ¿O esos son los chinos? Da igual,

tampoco tenía yo pretensiones de convertirme en la nueva Zara. En

aquel momento me conformaba con que me compraran algo en

Getafe o en Murcia. Cuantas más vueltas le daba, más me

entusiasmaba. ¿Eran imaginaciones mías o había tenido una idea

genial de la muerte? Todavía emocionada, quedé con mis amigas para

contárselo.

—¿Una tienda de calcetines?

—Por Internet.

—¿Y qué más da que sea por Internet?

—Pues que es mejor. —No se me ocurría ninguna otra razón, así

que busqué ayuda—. ¿A que sí, Sandra, a que es mejor?

—Ahora se lleva mucho eso de comprar por Internet.

—¿Ves?

—¿Y cómo vas a cobrar a la gente? ¿Por cuenta bancaria? ¿Paypal?

¿Bitcoin?

—¿Eh...? —No sabía de qué me hablaba—.
Pues un poco de todo

eso.

—Vamos, que no tienes ni idea...

—Es que todavía no lo tengo todo, todo pensadísimo... Ahora es

como un proyecto. Una idea, un concepto... Pero por lo menos tengo

lo importante.

—¿El dinero?

—No, que sé perfectamente el producto que voy a vender.

—Calcetines.

—Pero no calcetines normales... Calcetines de lana.

—¿Y por qué de lana?

—Porque están de moda.

—¿De moda? ¿En dónde?

—En Argentina.

—¿Vas a vender calcetines a los argentinos?

—No, a los españoles.

—En España ya tenemos calcetines.

—Pero no como los míos.

—¿Y cómo son los tuyos? Porque no sé yo, pero me da a mí que la

capacidad de innovación en el mundo de los calcetines es muy

limitada.

—Los voy a hacer personalizados.

—¿Como las tazas esas que hiciste para el bautizo de Jesús que

llevaban su carita?

—¿Vas a poner caras de personas en los calcetines?

—No exactamente...

—Pues podrías hacerlo, a mí las tazas me parecían muy monas.

—Que no voy a hacer calcetines con caras de niños. Que me da

mal rollo y además no sé hacer caras de niños con lana.

—Yo no es por ver el lado malo, pero me parece que esta idea tuya

es una mierda...

—Mi profesora me ha dicho que soy muy buena.

—¿Y por qué no le dices a Javier que te enchufe en su empresa?

—Y dale, que yo no quiero que me mantenga mi marido.

—¿Eso lo dices por mí?

—No... Hija, Sandra, qué susceptible estás.

—Pues perdona que te diga, pero a mí Jesús no me mantiene. Es

verdad que quien trabaja es él, pero yo me encargo de los niños, de la

casa... Y eso no está pagado.

—Sí, sí que está pagado... Los trescientos euros que le soltáis

todas las semanas a la yugoslava esa que tenéis de interna...

—Mira, no voy a entrar en el tema porque vosotras no sabéis lo

duro que es tener una familia. Y no es yugoslava, antigua, es croata...

Y otra cosa te digo: si quieres que te vaya bien lo de los calcetines,

ponles las caras de los niños.

Pero no les hice caso. Monté mi negocio con su página web y todo,

y aunque es verdad que las ventas no eran las que yo esperaba, no

dejaba de ser mi negocio y yo era mi propia jefa. Y ahora me

encontraba rumbo a Málaga con mis amigas.

Por eso, tras mi primer

sentimiento de culpabilidad surgió otro de auténtica euforia como el

que había tenido al hacer la maleta, al pensar que era una mujer libre

de ataduras.

—Bea, dame una cerveza —ordené con un grito antes de que se

me pasara aquel momento de alegría y volviera a mi estado

depresivo.

—¡Di que sí! ¡Esa es la postura, Alba!

Bea sacó tres cervezas, una para cada una.

—¿Estás loca? Yo estoy conduciendo... —exclamó Sandra.

Bea y yo abrimos nuestras latas, pero antes de beber creí que era

el momento de decir algo.

—Chicas, quiero deciros que esto es lo más maravilloso que

habéis hecho nunca por mí... —Las miré y, levantando mi cerveza,

añadí emocionada—: ¡Sois las mejores!

Mis dos compañeras sonrieron y yo le di un trago a la cerveza la

mar de contenta.

—Esto hay que celebrarlo.

Bea abrió su vieja mochila negra y de ella empezó a sacar varias

bolsitas de plástico. Una de ellas contenía unas

pastillas de color azul

clarito.

—No me creo que te hayas acordado de traer analgésicos... —dije

curiosa.

—Es que no son analgésicos...

—¿Para qué son entonces, para el estómago?

—pregunté

inocentemente.

—No exactamente... —Bea notó nuestro desconcierto—. ¿Os

acordáis que os dije que había tardado porque tuve que visitar a

Jerónimo?

—Sí...

—¿Y que por ayudarle a encontrar su dentadura me dio dinero?

—Sí...

—Pues además de dinero, me dio otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Veinte pastillas de éxtasis, un huevo de costo y medio gramo de

farlopa.

—¿Quuééééé?

—Pero... ¿ese Jerónimo no es un ancianito?

—Sí, pero también es heavy y un poco camello.

—Pero, tía, que me has convertido el coche en un mercado de la

droga.

—Oye, que a la farlopa le dije que no.

—Qué tranquila me dejas...

—Bea, lo tuyo es muy fuerte... Eres como el prota de Breaking Bad.

—¿Qué es eso?

—Una serie de un tío que se va a morir de cáncer y para que su

familia no se quede sin dinero, como es científico, se pone a hacer

pastillas de droga y las vende.

Sandra hizo una mueca de desagrado.

—Qué series más raras veis... ¿No podéis ver El tiempo entre

costuras o Velvet, como todo el mundo? Yo, desde que vi El tiempo

entre costuras, me compré una máquina de coser y me paso toda la

tarde cosiendo... ¿Y sabéis qué? Que estoy fel... —empezó a decir

Sandra al tiempo que miraba por el retrovisor y veía como Bea se

estaba liando un porro—. ¡Ni se te ocurra fumar dentro del coche! —

gritó mientras daba un frenazo.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que se quede el pestazo... Además, este es un

coche para llevar niños, no para montar una fiesta de fumetas...

—Tranquila, que echo el humo por la ventanilla.
Además este

costo es cojonudo y ni huele ni nada. ¿No ves que es culero?

—¿Qué es eso de culero?

—Jo, tía, y luego me llamas a mí antigua... ¿No sabes lo que

significa?

—Perdona por no estar familiarizada como tú con el argot de los

narcotraficantes...

—Pues lo llaman así porque lo traen los moros dentro del culo.

—¡Qué asco, por Dios!

—A ver, que lo llevan enrollado en papel film...

—Bea, tú verás lo que haces con tu vida, pero a mí eso de meterte

en la boca cosas que se mete la gente en el culo me parece una

asquerosidad.

—Pues está buenísimo. Y te ríes mogollón — dijo Bea al tiempo

que terminaba de liar el porro. Lo encendió y se lo ofreció a Sandra.

—Deberías probarlo —le dijo.

—¿Qué dices? No me he fumado un porro en mi vida y no pienso

hacerlo ahora.

—Sí que lo hiciste. Una vez, en la fiesta de Ramiro.

—Eso fue hace mil años. Y fue una calada que casi me ahogo...

—Es verdad, lo que nos reímos aquel día. Me acuerdo de que

acabamos colándonos en la piscina de una urbanización y nos

bañamos todas en pelotas.

—Y una vecina empezó a gritar que no podíamos estar allí.

—Y un tío le decía que se callase y que nos dejase bañarnos. Qué

cabrón, seguro que estaba disfrutando del espectáculo.

—Fijo que se la estaba...

—¡Bea! No digas eso. Es asqueroso...

—¿Qué? ¡Seguro que es verdad! ¿No os acordáis de lo buenas que

estábamos con diecisiete años?

—Yo estoy mejor ahora.

—Sí, porque te has hecho una rinoplastia y te pinchas bótox, no te

fastidia... Así, yo también.

—Y me acuerdo de que Carol acabó corriendo desnuda por toda

la urbanización.

—Sí, Carol siempre dando la nota... —añadió Sandra con un

punto de rencor.

—Seguro que le habría gustado venir con nosotras...

—¿Vosotras sabéis algo de ella?

—No —dijo Bea.

—No —negó Sandra.

—Yo tampoco —mentí. Porque sí que sabía algo de Carol.

Habría pasado algo más de un año de que nos dejáramos de

hablar cuando me la encontré en una tienda de la calle Fuencarral. Yo

me estaba probando unos pantalones mientras una dependienta muy

maja me intentaba hacer ver muy educadamente que, por mucho que

metiese tripa, no me cabrían nunca, y que tenía que asumir que mi

talla no era una 38, sino una 42. Yo, obviamente, no me dejaba

convencer, y estábamos en plena discusión cuando entró Carol por la

puerta. Al verla me quedé helada. Si me hubieran preguntado a qué

persona no me habría gustado encontrarme en aquel momento, sin

duda la habría elegido a ella. Bueno, tampoco me habría gustado

encontrarme a mi padre, y tampoco habría sido agradable ver al jefe

que tenía por aquel entonces, pero vamos, que Carol estaba en el top

3 de «personas que no quieres encontrarte con los pantalones

bajados». Pero allí estaba, a pocos metros de mí, y encima la

malnacida de ella estaba tan impresionante como siempre, y eso que

solo iba con unos vaqueros y una camiseta blanca de tirantes. Pensé

en ir hacia ella para cantarle las cuarenta, pero en vez de eso opté por

salir corriendo con los pantalones por los tobillos —me los intenté

subir, pero no me cabían— y esconderme en mi probador. Protegida

por la cortina, me quité la maldita prenda, pero cuando iba a

ponerme los vaqueros que había traído puestos, me di cuenta de que

me había metido en otro probador. Tras un momento de rabia

contenida en el que juré en arameo, en ruso y en todos los idiomas

raros en los que se puede jurar, decidí volver a salir y meterme en mi

probador, pero cuando asomé la cabeza vi que Carol se acercaba con

un par de prendas. Rápidamente volví a correr la cortina y me senté

en la banqueta. Al momento escuché a Carol entrar en el probador

contiguo, que era en el que estaba mi ropa. A punto de comerme

hasta las uñas de los pies por los nervios, volví a jurar en arameo y

me quedé en silencio aguantando la respiración para no ser

descubierta. Era una de esas situaciones que solo me podían ocurrir a

mí, como el día que me pillaron mis padres en la cama de su cuarto

con el francés que vino a casa de intercambio, o aquella vez que me

quedé encerrada en el baño de una discoteca y no me sacaron hasta

el día siguiente. Y no es porque tenga especial mala suerte, es que

simplemente atraigo las desgracias hacia mí misma. Sandra siempre

decía que era un imán de lo insólito. Y tenía razón. Ya estaba

aburrida de esperar cuando miré a través de una rendija al probador

de Carol para ver si le faltaba mucho. Se estaba probando una blusa

preciosa de color verde botella y, cómo no, le quedaba como un

guante a la muy cabrona. Luego se probó una falda con estampados

de flores que desechó porque no le gustaba cómo le quedaba —y era

verdad, le quedaba fatal— y, por último, un pantalón negro estilo

capri que también le quedaba de miedo. Cuando terminó de

probarse el pantalón, Carol salió del probador y yo empecé a respirar

aliviada.

—Me llevo estas dos prendas... —La oí que decía a la dependienta

—. Y le traigo esto... Creo que son unos pantalones que alguien se ha

dejado olvidados en el probador...

Mierda, aquellos eran mis pantalones. Volví a sentarme en el

taburete, atacada perdida.

—Creo que eran de una chica que se estaba probando unos

pantalones que no le cabían. —Aquel comentario de la dependienta

me molestó un montón, pero si hubiera salido en ese momento,

habría hecho el ridículo. Así que me quedé callada esperando a que

pasara la tormenta.

—Tenga cuidado, se le acaba de caer algo del pantalón... —Oí que

decía Carol. Ahora sí que estaba perdida. Aquella era mi carterita con

las tarjetas de crédito y mi DNI. Pasaron unos segundos y oí la voz de

la dependienta que decía:

—Alba Torres Paniaguado...

—¡No me lo puedo creer! —Oí que exclamaba Carol.

Evidentemente, estaban viendo mi carné y Carol se había dado

cuenta de que era yo. Ahora solo me quedaban dos opciones: salir

medio desnuda y dar la cara como una mujer fuerte y valiente

asumiendo la situación, o intentar huir por debajo del probador.

Quise hacer lo segundo, pero enseguida me di cuenta de que no

cabía por el hueco.

—¿Alba? —Escuché decir a Carol al otro lado de la tela.

No contesté.

—¿Alba? ¿Eres tú? —insistió.

—No... Digo sí... —rectifiqué al instante, cuando de pronto Carol

abrió la cortina del probador y me vio sentada en la banqueta en

bragas—. ¡Carol, tía, cuánto tiempo! —Fue lo único que se me ocurrió

decir—. ¡Cómo me alegro de verte!

Yo sabía que ella sabía que las dos sabíamos que me estaba

escondiendo de ella. Pero Carol no era de esas personas que van con

el reproche por delante, así que en vez de hacerme sentir mal, me

invitó a un café como si no hubiera pasado nada.

—No, gracias, es que tengo mucha prisa... —respondí. Y no

porque tuviera prisa, claro, que no tenía prisa para nada, pero me

sentía tan ridícula en aquel momento que las palabras me salieron

solas.

Carol asintió con la cabeza y en su gesto pude adivinar un

pequeño poso de tristeza, lo que me hizo suponer que quizá creía que

todavía estaba dolida por lo del viaje. Ese pensamiento debería

haberme hecho sentir bien, pero como yo soy muy de echarme la

culpa de todo, tuvo el efecto contrario y no pude evitar sentirme fatal.

—Bueno, pues nada. Ya nos vemos por ahí...

—dijo Carol.

—Sí, ya nos vemos...

Pero no volvimos a vernos.

Habían pasado más de dos años desde aquel día, pero era algo

que no pensaba contar a Sandra y Bea. Entre nosotras, el nombre de

Carol había sido borrado de los temas de conversación de manera

tácita.

Sandra conducía por la solitaria autovía. En el radiocasete de los

chinos sonaba «Mujer contra mujer», la canción de Mecano que iba

sobre dos lesbianas. Detrás, Bea seguía fumando. Éramos tres

mujeres en busca de su destino, y volví a sentirme como Thelma y

Louise, pero en trío. Presa de la emoción,
empecé a cantar el tema.

Nada tienen de especial

dos mujeres que se dan la mano

Aquí me empezó a acompañar Sandra.

el matiz viene después

cuando lo hacen por debajo del mantel

luego a solas sin nada que perder

tras las manos va el resto de la piel.

A partir de aquí no nos sabíamos muy bien la
letra, así que nos

dedicamos a tararear la melodía y a enganchar
alguna frase suelta

que recordábamos en ese momento. Hasta que

llegaba el estribillo y,

entonces sí, nos arrancábamos con él a grito pelao.

¿Quién detiene palomas al vueeeelo

Volando al ras del sueeeelo,

Mujer contra mujeeeeeer.

—Parecéis dos hienas —se quejó Bea.

Es verdad que las dos cantábamos muy mal y muy alto, pero nos

daba igual. Era nuestro momento Operación Triunfo y ni el mismísimo

Risto Mejide nos lo podría fastidiar.

Al tema de Mecano le siguieron otros igual de geniales como

«Sunday Bloody Sunday», «Dignity», «Lucha de gigantes», «Tengo un

tractor amarillo»... Bueno, esta se nos debió de colar. Y nosotras

seguíamos cantándolas con nuestro particular estilo. Bea nos

observaba desde atrás fumando y resoplando cada vez que empezaba

a sonar una canción nueva. Cuando oímos los primeros acordes de

«She's Like The Wind», el tema de Dirty Dancing interpretado por el

malogrado Patrick Swayze, nuestras gargantas comenzaron a

resentirse y la euforia empezó a decaer. Nos fuimos viniendo abajo

hasta que dejamos de cantar por completo, para alivio de Bea. A los

pocos minutos estábamos las tres en silencio. Sandra conducía

concentrada, Bea jugaba al Candy Crush y yo miraba el móvil.

Realmente no estaba mirando nada en concreto, simplemente iba de

pantalla a pantalla. Entraba en el Whatsapp, a ver si tenía algún

mensaje, que no tenía; miraba mi correo, donde solo me llegaba

publicidad; miré el tiempo que iba a hacer en Málaga —veinticinco

grados, por cierto—... Lo que ni de coña se me ocurrió hacer fue

entrar en mi Facebook. Todavía no me había quitado de amigo a

Javier —más que nada porque no tenía ni puñetera idea de cómo se

hacía— y tenía miedo de que me pudiera la tentación de entrar en su

perfil y llevarme el chasco de verle en alguna foto con la holandesa en

plan acaramelados, demostrando al mundo internetero lo felices que

eran. Algo que, por cierto, conmigo jamás hizo. Que no es que yo

fuese de esas tías a las que les gusta ir
pregonando su amor por las

redes sociales, pero caramba, es que cuando
estaba conmigo no colgó

ni un puñetero selfi, y mira que teníamos: en la
playa, en la montaña,

en la puerta del sol con los del 15M, en el
concierto de Amaral.

Estaba a punto de abrir por tercera vez la
aplicación del tiempo

cuando un ruido me llamó la atención. Levanté
la cabeza y me di

cuenta de que era el radiocasete el que hacía
aquellos ruidos

extraños. De repente la música sonaba
diferente, a veces muy rápida

y al segundo muy lenta. Era como si la cinta hubiera sido poseída por

el espíritu de un pitufo borracho. Los síntomas eran claros: el aparato

se estaba comiendo la cinta. Rápidamente le di al stop y al abrir la

tapa comprobé que, efectivamente, la cinta estaba revuelta como si

fueran los intestinos de la casete tras un ataque zombi. Con cuidado

y con la experiencia que te dan años y años de haber sufrido la misma

situación, logré sacar la cinta sin que se rompiera. Solo hacía falta

volver a enrollarla. Para ello se utilizaba el dedo, un lápiz, un clip.

Pero sin duda, el más eficaz era el bolígrafo Bic.

—¿Tienes un boli? —pregunté.

—En el bolso.

Sandra siempre tenía bolis en su bolso. Bueno, siempre tenía de

todo. Su bolso era como la gabardina del inspector Gadget. Empecé a

meter la cinta en su carcasa de nuevo.

—¿Para qué la arreglas? Si se ha roto, por algo será... Lo mismo el

radiocasete no soporta más música moña...

—Deberías abrir tu abanico musical, no puedes pasarte toda la

vida escuchando lo mismo —dije.

—¿Por qué no?

—Porque en la vida hay que cambiar —
contestó Sandra.

—Pues tú llevas toda la vida durmiendo con el
mismo hombre y

nadie te dice nada.

—No es lo mismo...

—Claro que sí. A mí me gusta Extremoduro,
pues lo escucho todo

el rato. Tú eres un coñazo y te gusta tu marido,
pues te lo tiras solo a

él.

—Estás confundiendo las cosas. No puedes
poner al mismo nivel

la música y las relaciones personales.

—No, si no las pongo al mismo nivel. La música de Extremoduro

la pongo muy por encima de tus polvos con Jesús...

—Tía, cómo te pasas, que Jesús tampoco es tan chungo —dije.

—¿Tan chungo? —se indignó Sandra.

—Quería decir que no es chungo para nada. Que es muy majo —

intenté justificarme.

—Pues yo prefiero escuchar a Extremoduro. —
Bea insistía.

—Y dale, ¿qué tendrá que ver una cosa con la otra?

Estaba claro que ninguna de las dos quería dar su brazo a torcer.

Lo que significaba dos cosas: que la discusión iba para largo y que no

me iban a dejar meter baza.

—Pues claro que tiene que ver...

—Que no tiene que ver —replicaba Sandra.

—Porque tú lo digas...

—Pues no tiene nada que ver porque, para empezar, por escuchar

a Loquillo, no te quedas embarazada. Ni te pegan ladillas como te

pasó a ti con el marroquí aquel que conociste por Internet.

—Era de Túnez. Y no lo conocí por Internet. Fue en un locutorio.

—Bueno, para el caso... —dijo con desdén

Sandra.

—Es que ya estoy un poco harta de que siempre digáis que solo

ligo con tíos por Internet. —Por mucho que lo negase, pensé, en

cierto modo era verdad. Bea tenía perfiles en todas las páginas de

contactos, y aunque era raro el día que no tenía una cita, siempre

tenía una excusa para no repetir: que si uno iba con polo, que a otro

le olían los pies, que otro le pidió ponerse su ropa interior.... Bueno,

ese era un poco rarito, pero en general, eran tipos normales—. Es que

no me vale cualquiera...

Esa era siempre su respuesta.

—Mujer, alguno, digo yo, que tendrá algo...

—Que no, que no.

—Si les dieras una oportunidad...

—Si yo lo haría, pero es que vosotras no lo sabéis porque tenéis

pareja, o teníais, Alba, pero el mercado de los solteros está fatal. A

partir de los treinta y cinco, los tíos son como los baños de los bares:

o están ocupados o son mierda...

—Hija, lo mismo deberías bajar un poco el listón.

—¿Como tú? —Bea se rio. Obviamente, no lo decía en serio.

—Oye, que yo lo digo por ti. Que ya tienes una edad...

—Si es por eso, prefiero estar sola el resto de mi vida que tener

que aguantar a un tío al que lo único que le importa es la hora a la

que juega su equipo de fútbol.

—A Javier no le gustaba el fútbol... —No sé por qué dije aquello.

Bueno, sí, por lo que os he dicho antes de que no me dejaban meter

baza. De todas formas creí que debía rectificar en el momento para

que no pensaran que seguía encoñada con mi ex —. Pero Javier es un

gilipollas... —Hale, ya lo había arreglado.

—No, si también están los otros, que son casi peores. Los que te

llevan al teatro y te hacen comida japonesa.

—A Javier... —Otra vez iba a hablar de Javier, ¿qué me estaba

pasando?—. Javier es gilipollas —dije, y ya no volví a abrir la boca.

—A mí esos no me gustan... —dijo Sandra con desagrado—.

Como el primo de Jesús, que es de los que votan a Podemos, que va

de intelectual, pero que el otro día se puso a llorar porque a su hijo le

habían suspendido en el cole. ¿Tú te crees? En lugar de ir al profesor

y romperle la cara, se echa a llorar... ¿Qué

clase de hombre es ese?

—Pues un julay.

—Ya te digo...

Tenía ya casi rebobinada la cinta cuando de pronto sentí una

fuerte presión en el bajo vientre. No tenía muy claro si era un dolor

de regla o me hacía pis, así que le dije a Sandra:

—Sandra, cuando puedas, para en una gasolinera, que tengo que

ir al baño.

—Pero si hemos parado hace menos de media hora —protestó

ella.

—Ya, pero es que... —Y Sandra me miró y vi como su expresión

cambiaba y se le contraían las mejillas, y el ojo derecho empezó a

entrecerrársele y eso solo podía significar una cosa: Sandra se había

enfadado. Y es que Sandra y Bea podían pasarse horas discutiendo y

Sandra nunca explotaba con ella, pero si había alguien cerca, esa

persona iba a pagar el pato. Y esa persona era yo.

—¡Ni «esque» ni «esco»! —¡Dios! Sandra realmente sonaba como

una madre, pensé al oírla utilizar aquella expresión—. ¡Ya he tenido

bastante recorriendo Madrid de punta a punta para que os hicierais

la maleta (que también podíamos haber quedado en plaza de España

con el equipaje listo)! Entre eso, los gais del polígono, vuestros

bocadillos asquerosos y los canutos de esta drogadicta, ¡me estáis

dando el viaje! —Y con un enfado monumental, tomó aire y espetó

para terminar la conversación—: ¡He dicho que no se para y no se

para! ¡Ea!

—Pero me hago pis... —protesté, como supongo que habría

hecho alguno de sus hijos.

—Mira, Alba —dijo mirándome con una mezcla de odio y

condescendencia—, el depósito está lleno y según el cacharro este

podemos hacer ochocientos setenta kilómetros sin parar, así que te

callas y te aguantas hasta Málaga. ¡Y eso va también por ti, Bea! Vale

ya con las cuarentañeras, que sois peores que mis niños...

—Vale... —respondí sin fuerzas para seguir discutiendo.

La verdad es que a veces se me olvidaba que Sandra era una

adulta, y la seguía viendo como la pija sin carácter del instituto que

era incapaz de tomar una decisión (pero a la que queríamos todas, no

me malinterpretéis). Estaba pensando en si me gustaría ser así

cuando fuese mayor, cuando el dolor en el bajo vientre volvió a

martillarme. Al principio lo había achacado a la regla, pero cada vez

era más evidente que no era así. Era como si un enano furioso

estuviese intentando cavar túneles en mi interior. Y al paso que iba,

encontraría la salida en un rato. Intenté relajarme pensando en

prados verdes y montañas al fondo en plan Sonrisas y lágrimas, pero

no funcionaba.

Bea y Sandra siguieron con su conversación sobre los tíos, pero

como yo ni podía hablar ni quería seguir metiendo la pata con mis

comentarios sobre Javier, decidí callarme y acabar de rebobinar la

cinta, más que nada para estar ocupada con algo y olvidar el dolor

que empezaba a ser insoportable. Terminé y volví a meter la casete, le

di al play y me recosté en el asiento escuchando «Juan Antonio

Cortés», la canción de La Frontera que empezaba a sonar en aquel

momento, un tema que hablaba de un hombre

que caminaba por

carreteras solitarias y polvorientas buscando su destino. Cerré los

ojos escuchando la letra y pensando que aquel tío podía ser yo, pero

en chica, claro, cuando me dio un retortijón y me empezaron a entrar

sudores fríos. Vale, definitivamente aquello no eran ganas de hacer

pis, a no ser que mi orina se hubiese convertido en la sangre de Alien

y fuese corrosiva. Mis intestinos estaban empezando a moverse sin

parar y cuando la letra dijo «Aquí nací, en esta tierra moriré», sentí

que la que se iba a morir era yo. Ya no tenía

dudas: me estaba

cagando y no era de miedo.

—Sandra, tengo que bajar —dije con voz lastimera.

—¡He dicho que no paramos hasta que lleguemos a Málaga! —

respondió Sandra, obcecada, y el ojo derecho se le volvió a

entrecerrar. Pero me dio lo mismo que se enfadase conmigo, aquello

era un caso de fuerza mayor.

—Sandra, no me estoy haciendo pis...

—Pues entonces, ¿para qué tenemos que parar?

—Porque me estoy haciendo lo otro... —Y esta vez Sandra me

miró y se dio cuenta de que aquello iba en serio.

—Pero no puedo parar así, en cualquier lado en medio de la

autovía —protestó en el momento en que me dio otro retortijón que

casi me pone del revés.

—Nollegonollegonollego... —supliqué desde el lecho del dolor.

Bueno, vale, iba en un coche, pero lo del asiento del dolor me sonaba

muy raro.

—Sandra, mírala, ¡se está poniendo amarilla! —gritó Bea desde

detrás—. Para mí que se va a desmayar, ¡para ya!

—Pero... ¡Mirad, una señal! ¡Hay un área de descanso a tres

kilómetros!

—No aguanto ni tres metros, Sandra... —susurré ya con un hilo

de voz—. Siento como si fuese a estallar...

—¿Qué has dicho?

—¡¡¡QUEMELOHAGO!!! —respondí gritando con todas mis

fuerzas.

—¡Ya paro, ya paro! ¡Pero no se te ocurra cagarte encima, que me

vas a echar a perder los asientos de cuero! —Si no hubiese sido por el

dolor infernal que sentía, me habría sentado fatal

que mi amiga

estuviese más preocupada por los asientos del coche que por mi

salud, pero estaba tan mal que solo quería salir corriendo y descargar

donde fuese posible.

—¡Dios! ¡Me muero de vergüenza! —dije para mí mientras Sandra

empezaba a frenar y pasarse al arcén—. ¡Para aquí y tápame con el

coche, que no quiero que me vea todo el mundo! Y vosotras... ¡no

miréis! —Y antes de que el coche se detuviese por completo, como si

lo hubiese ensayado toda mi vida, abrí la puerta, salí como una

exhalación, me bajé los pantalones, me senté en el guardarraíl y sentí

una explosión que expulsaba de mi cuerpo algo que no debía estar

allí. Una sensación de alivio unida a sudores fríos me recorrió todo el

cuerpo. Estaba pensando por qué siempre me pasaban a mí esas

cosas cuando me atacó otro retortijón y vi que el coche empezaba a

moverse.

—¿Pero qué haces? —grité mientras el coche avanzaba dejándome

al descubierto.

—¡Me habéis puesto nerviosa, jobar! —Oí que decía Sandra

dentro del coche, que seguía moviéndose.

—¡Da marcha atrás y tápame! —volví a gritar encolerizada

mientras los coches pasaban por la carretera y las cabezas de los

copilotos se giraban para mirarme.

—¡No me atrevo, no quiero atropellarte! —gritó Sandra.

—¡Tápame ya! ¡Atropéllame si quieres, pero tápame! —grité

desesperada cuando oí al coche hacer un ruido raro.

—¡Se me acaba de calar por tu culpa! —
¿Cómo que se le había

calado por mi culpa? Si yo no estaba haciendo nada, solo estaba allí,

sufriendo el peor apretón de mi vida sentada en el quitamiedos y

pasando más vergüenza que cuando mi madre se equivocó de día y

me mandó vestida de bruja al colegio. Y de pronto, vi que Sandra

salía del coche y abría el maletero.

—¿Pero qué haces? —grité enfurecida.

—Voy a poner los triángulos de señalización. Que como se ha

calado, tiene que hacer el autochequeo, y eso lleva unos minutos. —

La cabeza de Bea salió por la ventanilla trasera.

—Pero, Sandra, que Alba está cagando, no planea quedarse a

dormir aquí...

—¡Me da igual! Es lo que dice la ley y lo que hay que hacer... Los

tengo que poner a cincuenta metros del coche.

—Si quieres, ponlos a cincuenta metros de Alba, para que la vean

mejor. —Y Bea comenzó a reírse mientras pasaba un camión y se

ponía a tocar el claxon a bocinazos cortos. Seguro que avisaría a todos

los demás camioneros por la emisora: «Tía cagando en el kilómetro

tal de la autovía de Andalucía, no os lo perdáis». Aquello se iba a

llenar de camioneros en minutos y todo el mundo me vería en

aquella situación, como si fuese una india, y me harían fotos y lo

subirían a Internet y Javier lo vería y se lo enseñaría a la holandesa y

se reirían de mí y... Me estaba volviendo loca, así que lo único que se

me ocurrió hacer fue taparme la cabeza con la camiseta. De acuerdo,

verían mi sujetador rosa y a mi cuerpo haciendo algo asqueroso, pero

no podrían reconocerme. Y fue en ese preciso instante, con mi

vientre boicoteándome, los pantalones por los tobillos, cubierta con

un burka improvisado y el sonido de las bocinas de los coches que

pasaban, cuando deseé que me tragase la tierra,
pero que me tragase

de verdad, que se abriese una sima profundísima
y me tragase y me

escupiese en las antípodas, en Nueva Zelanda o
en el Caribe, en

cualquier sitio que no fuese aquel. ¿Qué había
hecho yo para merecer

aquello?

Al cabo de unos minutos, parecía que mi cuerpo
me daba una

tregua. Debía de haber expulsado todo lo malo y
ya no me temblaban

las piernas ni las manos. Me empecé a sentir un
poco mejor cuando

me di cuenta de una cosa: ¡no tenía papel!

Nada, ni una mísera

servilleta de bar, y además, en la gasolinera se nos había olvidado

comprar los kleenex. Me bajé la camiseta y miré. Estaba sola, Sandra

había colocado el triángulo y se había vuelto a meter en el coche.

—¡Sandra!

—...

—¡SANDRAAAAAA!

—¿Qué?

—Ven, por favor. —Y Sandra salió y se acercó hasta mí mirando al

suelo para evitar verme.

—No te preocupes, que no mi... —empezó a decir—. ¡Dios! ¿Qué

es esta peste? —exclamó llevándose la mano a la nariz—. Madre

mía... pero ¿qué tenías dentro?

—Sandra, por favor, no me lo hagas pasar peor de lo que ya lo

estoy pasando...

—Perdona, perdona... Pero es que huele tan...

—¡Sandra!

—Ya me callo, vale... ¿Qué quieres?

—¿Tienes algo para limpiarme? ¿Unos kleenex?

—Solo tengo uno usado. Pero tengo algo mejor que kleenex,

espera...

—El usado me vale...

—Dame un segundo —dijo mientras abría el maletero. Levantó el

compartimento de la rueda de repuesto, sacó un maletón rojo y lo

abrió.

—A ver... Una manta térmica, vendas, toallitas antisépticas...

—¡Esas me valen! —dije desesperada por que acabase aquello.

—No, que estas son para heridas. Además, son muy pequeñas...

—me respondió mientras seguía rebuscando—. ¿Esto qué es? Nada,

instrucciones para cambiar una rueda pinchada y cargar la batería. A

ver qué más tengo por aquí: un kit de costura, otro de sutura,

tampones, cacao...

—¡Dame el kleenex usado, por Dios!

Pero Sandra no me hacía ni caso. Estaba emocionada con su bolsa

de tesoros mientras a mí se me enfriaba el culo.

—... spray bucal, linterna, pilas, bengalas, abrelatas, un silbato...

¡Aquí están! ¡Toallitas perfumadas! Toma —dijo tendiéndome el

paquete y mirando hacia el otro lado.

Lo cogí y me limpié tan rápido como pude. En

dos minutos ya

estaba de vuelta en el coche sintiéndome como si una apisonadora

me hubiese pasado por encima.

—¿Estás bien? —preguntó Sandra mirando a la carretera.

—Más o menos... Y ya puedes mirarme, Sandra, que no tengo la

lepra.

—A mí una vez me dio un apretón en una boda y no llegué al

baño... Jajajajaja... Lo tuve que hacer detrás de un centro de flores

monísimo... —dijo Bea.

—Tú cállate, que estás fumada... Y tú coge el

volante y arranca —

ordené enfurecida—. No quiero que hablemos de lo que acaba de

pasar, ¿vale? ¡Nunca! —exclamé intentando pasar página.

—Pero ¿qué ha sido? —preguntó Bea pasando como de la mierda

de lo que acababa de decir.

—¡Yo qué sé! Habrá sido la basura esa rosa que comimos en el

griego o el café aquel con los posos o los chupitos...

—... o los ocho gintonics —apostilló Bea—. O las caladas que le

has dado a la marihuana.

—Eso ha sido el bocadillo de lomo con pimientos y las patatas

bravas... —añadió Sandra—. Mira que os lo he dicho a las dos.

—Pues yo estoy de puta madre —canturreó Bea desde el asiento

de atrás.

—Vale, se acabó... Lo que ha pasado, no ha pasado, ¿vale? No

pienso permitir que en la residencia de ancianos me recordéis el viaje

aquel cuando íbamos a celebrar mi cuarenta cumpleaños y me lo hice

encima... —dije sabiendo que, la próxima vez que nos viésemos,

aquel iba a ser el tema estrella de la

conversación.

—Toma, un Fortasec para que se te corte, y ¿quieres un Imodium?

—me ofreció Sandra. No solo tenía toda la impedimenta para el caso

de un apocalipsis zombi, sino que también era una farmacia

ambulante.

—No sé ni lo que es, pero vale... Pásame el agua, por favor, Bea.

—Solo tenemos cervezas —respondió Bea—. Se nos ha olvidado

comprar el agua...

—Pues dame una. ¡A la mierda! —Así que me tomé el Fortasec y

el Imodium con la cerveza y, con el cansancio de haber pasado la

noche de marcha, la sensación de estar del revés y el efecto del

medicamento, poco a poco me fui quedando dormida.

Y cuando me desperté, estaba boca abajo.

Todo había ocurrido veinte minutos después de quedarme yo

dormida. Sandra y Bea habían terminado de poner a parir a los

hombres hacía un buen rato, la cinta se había terminado y Bea se

había vuelto a liar otro porro. En el coche reinaba el silencio,

interrumpido únicamente por mis ronquidos —

eso es lo que me

dijeron, aunque yo no me lo creo, porque yo no ronco— y por el

sonido del viento que siseaba al entrar por la ventanilla que Bea tenía

abierta para echar el humo de su canuto. Sandra conducía tranquila

cuando a lo lejos vio que los coches que iban delante de nosotras

empezaban a frenar. Siguió avanzando y a los pocos metros se

encontró con un atasco. Un montón de coches parados en medio de

la autopista, en medio de ningún lugar. Debió de ser como en

aquellas películas de catástrofes en las que

dicen que va a haber un

terremoto o que va a chocar un meteorito y la gente sale pitando de

sus casas y ves el típico plano en el que un carril de la autopista está

colapsado y el otro completamente vacío —que yo siempre he

pensado que por qué los muy cabrones del gobierno no dejan que la

gente utilice el otro carril—, el caso es que metro a metro iba

avanzando y preguntándose por qué había un atasco de ese tipo en

un lugar tan apartado del centro.

En un principio supusieron que se trataba de algún tipo de

accidente, pero cuando vieron las luces del coche patrulla de la

Guardia Civil, los conos y, sobre todo, el cartel que había en un lado

de la carretera y en el que ponía: «Control de alcoholemia»,

entendieron enseguida lo que pasaba. Y entraron en pánico.

—Mierda, mierda, mierda... —repetía Sandra, de los nervios.

—Joder, joder, joder... —repetía Bea mientras le daba una última

calada al porro y lo tiraba por la ventana.

—¿Qué hacemos? Que nos van a pillar... No me pueden parar.

Jesús va a presentarse a concejal en Pozuelo...

Esto puede arruinar su

carrera política.

—Que no, tranquila, que no huele nada.

—Ya veo los titulares: «Mujer de candidato detenida por posesión

de drogas».

Bea se afanó por quitar el olor a marihuana del coche moviendo

las manos como si fueran ventiladores, pero Sandra no las tenía

todas consigo y empezó a rociar el coche con una colonia para bebés

que llevaba en el bolso. Luego se giró, y con ese tono entre autoritario

y desquiciado que solo las que son madres

pueden emplear, le dijo a

Bea que tirara inmediatamente toda la droga que llevaba encima, algo

a lo que Bea se negó en rotundo y propuso en su lugar esconderla

debajo de los asientos, a lo que Sandra respondió, sin perder su tono

de madre superada, que «por las narices», que los guardias civiles

eran muy listos y que seguramente verían en sus caras que eran unas

delincuentes, o lo que podía ser todavía peor, podrían meterles

dentro del coche uno de aquellos perros tan bonitos que huelen la

droga a kilómetros, lo cual tendría fatales

consecuencias para ellas,

para las aspiraciones políticas de Jesús y para la tapicería de su

todoterreno de cuarenta mil euros. Los argumentos eran de peso,

pero Bea no se dejó amilanar y argumentó que la Guardia Civil no

podía registrar el coche, que eso era poco menos que

anticonstitucional —sin saber ella nada de la Constitución— y que

podíamos denunciarles por allanamiento de automóvil. Sandra, cada

vez más alterada, miró por el retrovisor a Bea y le reiteró que o tiraba

la droga o le decía a la Guardia Civil que era una

yonqui que nos

había secuestrado a las dos. Bea optó entonces por hacerle caso y

sacó las dos bolsas con la droga dispuesta a tirarlas discretamente a

la cuneta. Abrió la puerta despacio y por una rendija dejó caer las

pastillas poco a poco. Cuando terminó con las pirulas, se dispuso a

tirar la marihuana, pero entonces se detuvo. Sandra, que vislumbraba

las sirenas azules de los coches patrulla alumbrando en la cercanía, le

hacía gestos de impaciencia a Bea para que tirara de una puñetera

vez la bolsa. Pero Bea era incapaz.

—¿Y si les decimos que me la tengo que tomar porque estoy

enferma?

—Pero ¿tú eres imbécil? ¡Tira eso ahora mismo!

—Pero si la marihuana es hierba... Es como la manzanilla o el

tomillo.

—Sí, igualita.

Sandra se giró y extendió el brazo.

—Si no la tiras tú, dámela que la tiro yo.

—Espera, vamos a pensarlo...

—¡Que no hay nada que pensar! ¡Dámela!

Y cogió la bolsa. Sin embargo, Bea seguía

aferrada a ella.

—Me hago un par de porros y la tiro, te lo juro.
Eso es consumo.

Eso es legal.

—¡Que la tires ya, que estamos al lado! ¡Que la
van a oler los
perros!

Y empezaron a forcejear y claro, de tanto tirar,
de tanto tirar, la

bolsa acabó rompiéndose y se esparció toda la
marihuana por el

suelo y los asientos del coche. No vi la cara de
Sandra en ese

momento, pero me imagino que debió de ser
parecida a esa que

pones cuando estás en las rebajas y justo cuando por fin has

encontrado algo que te gusta, y que te cabe, viene de repente

corriendo una anciana que lleva media tienda debajo del brazo y, con

un rápido movimiento de cadera, te aparta y se lleva la prenda

delante de tus narices. Bea debió de ser más explícita y debió de decir

algo parecido a «Me cago en la leche» o «Su puta madre» o un

sencillo «Joder». El caso es que, tras esos segundos de desconcierto,

tuvieron que volver a la realidad de que el coche estaba lleno de

marihuana, que estaban al lado del control policial y que ya era

imposible deshacerse de ella sin que fueran descubiertas. En esos

momentos me habría gustado estar despierta y haber podido

ayudarlas a decidir qué hacer, pero si no me había despertado con los

gritos, las peleas y las sirenas, estaba claro que ya no me iba a

despertar de ninguna manera. Supongo que mis amigas le dieron

muchas vueltas a cómo salir de aquel embrollo. Cosas como dejar el

coche tirado y volverse a Madrid, decir que la droga era de Jesús y

que ellas no sabían nada o incluso tirar cerveza sobre el suelo para

que el olor despistara a los perros. Al final no hicieron nada de eso.

Cuando entre nosotras y el control no había más de ocho coches,

Bea descubrió que en el arcén de la carretera, unos pocos metros más

adelante, había un camino de tierra que iba a parar a un descampado

con varias fincas acotadas por vallas de metal.

—Tira por ese camino.

Sandra miró al camino y luego al control.

—¿Tú estás loca? Si estamos al lado.

—Pues por eso.

—¡Nos van a ver perfectamente!

Bea se acercó al asiento delantero.

—Mira, ahora están distraídos con el camión ese. Si nos echamos

a un lado y vas despacito, lo mismo ni se enteran.

Sandra veía a los guardias civiles hablando con el conductor del

camión al que habían hecho salir de la cabina y empezó a pensar que

quizá podríamos tener una oportunidad. Con el corazón latiéndole

en plan concierto de AC/DC, metió primera y empezó a acelerar. Giró

el volante en dirección al arcén y, poco a poco, el coche fue

avanzando. Sandra miraba al frente intentando controlar los nervios,

mientras Bea vigilaba que no nos vieran.

—¡Tira, tira, que no nos han visto!

Avanzamos unos metros más por el arcén hasta que Sandra giró

de nuevo el volante sacando completamente el coche de la carretera y

entrando en el terreno arenoso. Tan solo un poco más y llegaríamos

al camino de tierra.

—Ya está casi...

—¿Nos han visto?

Bea se giró y vio a uno de los guardias observándonos con gesto

extrañado.

—No... Bueno, un poco.

—¿Cómo que «no... bueno, un poco»?

—Pues que uno nos ha visto...; pero los demás, no.

—¡Mierda!

Y entonces Sandra hizo algo que cuando me lo contaron me

pareció realmente sorprendente. En vez de parar el coche, bajarse y

entregarse a la Guardia Civil dando por terminada nuestra aventura,

aceleró a tope haciendo chirriar los neumáticos y saliendo a toda

pastilla en dirección al camino de tierra. Y ahí sí

que debieron de

sentirse como Thelma y Louise de verdad.
Tengo que reconocer que

me habría encantado haber sido testigo de aquel
increíble momento,

pero no lo fui porque estaba frita.

Parece ser que Sandra avanzó a toda velocidad
por la pista de

tierra girando y derrapando, como si la hubiera
poseído el espíritu de

Mad Max. Bea, completamente alucinada,
miraba hacia atrás

esperando que en breve apareciesen miles de
coches patrulla y

helicópteros persiguiéndonos, pero lo único que
se veía era la cortina

de polvo que se levantaba por la velocidad de nuestro propio coche.

Las fincas se iban quedando atrás hasta que salimos a un claro.

Sandra seguía dejándose la suela de sus Manolos pisando a tope el

pedal del acelerador.

—Para, Sandra, ¡para!

Bea intentaba llamar su atención golpeando el asiento con

insistencia, pero Sandra no hacía caso. Viendo que los gritos y los

golpes no surtían efecto, tomó una decisión un poco más drástica.

Metió las manos por los lados del asiento y le agarró los pechos con

fuerza. Al notar las manos de Bea en sus tetas, Sandra frenó en seco.

—¿Qué haces?

—Pues llamar tu atención para que te pares.

Sandra miró a su alrededor.

—¿No nos han seguido?

—Si lo han hecho, se habrán empotrado contra alguna valla,

porque a la velocidad que ibas no había quien te siguiera...

Sandra empezaba a ser consciente de lo que había hecho y no

daba crédito a lo que le debía de haber pasado por la cabeza para

salir corriendo de allí como si fuera una

proscrita. Incapaz de asumir

que en su interior se escondía la protagonista de
Perras callejeras, la

pele aquella de chicas quinquis de los años
ochenta, culpó de su

reacción al humo de los porros de marihuana
que se había fumado

Bea y que seguramente se había introducido de
forma inconsciente

en sus pulmones y de ahí había pasado a su
cerebro, donde había

vuelto locas a sus neuronas. Bea la tranquilizó y
le aseguró que había

sido uno de los momentos más memorables que
había vivido en su

vida. Y yo me lo había perdido por ser una

marmota. Pero la

tranquilidad no duró demasiado tiempo. Cuando pensaban que el

peligro había pasado, escucharon el sonido de unas sirenas

acercándose y vieron un todoterreno de la Guardia Civil dibujándose

entre el polvo que empezaba a asentarse. Y otra vez a la carrera.

Arrancaron el coche y salieron pitando por otro camino de tierra. La

sirena sonaba cada vez más cerca. En poco tiempo se nos echarían

encima. Entonces Sandra vio como el camino se bifurcaba en dos y

que ese segundo camino llegaba hasta un

pequeño puente que

cruzaba un río seco. Decidida, giró por la bifurcación con la intención

de bajar hasta el puente y que nos quedásemos escondidas debajo

del mismo, rezando para que no nos descubrieran. La idea, que en

general era muy buena, no se llevó a cabo de forma perfecta porque,

al pasar el puente, Sandra dio un volantazo para meterse debajo. Sin

embargo, el exceso de velocidad, el brusco movimiento y una piedra

enorme que había en el terraplén hicieron que el coche perdiera el

control, bajase la cuesta a toda velocidad,

atravesase el lecho seco del

río y, cuando estaba remontando la otra ladera, diera dos vueltas de

campana y acabara boca abajo al otro lado del río, en un inmenso

patatal y, no sabemos muy bien cómo, detrás de una caseta de esas

donde los labradores guardan aquellas cosas. Fue entonces cuando

me desperté.

—¿Qué ha pasado? —pregunté al verme en semejante situación.

Sandra estaba a mi lado, con algo de sangre en la mejilla, pero

consciente. Detrás, oí a Bea que se quejaba. Gracias a Dios,

llevábamos los cinturones puestos y eso nos había librado de salir

disparadas por el parabrisas. El problema era que ahora estábamos

las tres colgadas del techo como jamones.

—¿Qué ha pasado? —repetí.

—Hemos tenido un accidente —dijo Sandra.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Que nos seguía la poli...

—¿Qué? Pero ¿qué ha pasado? —Era muy poco original en mis

preguntas, lo sé.

—Pues no haberte quedado dormida y te habrías enterado...

Me enteré tiempo después.

Olía a pólvora. Los oídos me pitaban. Los
airbags explotados nos

rodeaban como si fuese una fiesta infantil que
hubiese acabado fatal,

y el coche se balanceaba hacia delante y atrás
en cuanto alguna

intentaba moverse. Sandra dijo algo que no
entendí mientras me

quitaba el cinturón, sin pensar que en cuanto lo
hiciera, la fuerza de

la gravedad reclamaría su masa (o sea, a mí)
hacia ella (o sea, al

suelo). Y así fue. Caí sobre mí misma
aplastándome contra el techo y

me di un golpe en la cabeza con la luz central.

—¡Cuidado al quitarte el cinturón! —repitió Sandra. Esta vez lo oí

perfectamente, pero ya estaba hecha un gurrño sobre mí misma y

con las rodillas en las orejas.

Empecé a darme la vuelta y noté un gran dolor en una rodilla

cuando vi a Bea. Estaba inconsciente. Sus brazos colgaban hacia el

suelo como los de los ahogados debajo del mar.

—¡Bea! ¡Bea! —Gateé hacia ella y empecé a darle palmaditas en la

cara. Como no reaccionaba, le di un sopapo que hizo que se

tambalease todo el coche, pero seguía inconsciente—. ¡Bea! ¡Vuelve

en ti! —grité aterrorizada—. ¡Sandra! ¡Bea está mal! ¡No sé qué le

pasa! —Volví a arrearle otro bofetón y de pronto abrió los ojos y me

sacó la lengua.

—Qué susto, ¿eh? —dijo, y se echó a reír.

—¡Imbécil! —grité controlando mis ganas de estrangularla.

—¡Bea, eres idiota! —abroncó Sandra desde su sitio.

—¡Que era broma! Iba a haceros sufrir un poco más, pero no sé si

hubiera aguantado otra hostia... Te habrás quedado a gusto, ¿no?

—A gusto me voy a quedar en cuanto salgamos de aquí y te

arranque todos los pelos de la cabeza...

—Ayúdame a bajar, anda...

—Y a mí...

Y así salimos Sandra y yo. A gatas, baqueteadas y sin dignidad.

Los cristales de las ventanas traseras habían estallado y Sandra y yo

habíamos salido por la izquierda. Bea se había quedado con el culo

enganchado en el marco de la derecha, pero ninguna de las dos la

habíamos ayudado a salir. Estábamos demasiado enfadadas por el

susto que nos había dado.

—Me he hecho daño en la muñeca y me he roto

una uña —me

dijo Sandra después de mirarse todo el cuerpo —. Oye, esto no

explotará, ¿no?

—No hagas caso de todo lo que veas en las películas, Sandra. No

va a explotar, no te preocupes —dije con seguridad, pero sin tener ni

idea de si aquello podía pasar. No olía a gasolina y no se veía fuego,

así que suponía que no. Pero no tenía ni idea. Además, estaba viendo

que Sandra se estaba poniendo histérica y no quería que fuese a peor.

Seguía mirándose todo el cuerpo y decidí imitarla. Fue entonces

cuando me di cuenta de que me faltaba el zapato derecho. Mierda,

¿cómo no me había enterado? Tienen razón cuando dicen que en un

accidente no te das cuenta de nada. Especialmente si vas durmiendo.

Me acerqué al coche y miré por la ventanilla. Solo vi cristales,

cervezas, casetes, marihuana y el culo de Bea, que seguía intentando

zafarse del marco, pero ni rastro del zapato. Debía de haber salido

despedido en el golpe, o en la segunda vuelta de campana, vete tú a

saber. Y no era un zapato cualquiera, era un Purificación García de la

colección primavera-verano de aquel año. Más tonta era yo por

habérmelos puesto para aquel plan sin sentido. Seguí buscando

alrededor del coche cuando Sandra se acercó a mí corriendo.

—¡Alba, estás sangrando! —dijo señalándome el lado derecho de

la frente.

—¿Qué? —Me toqué y, efectivamente, vi sangre en mis dedos.

Pero ni me dolía ni sentía nada. Volví a tocarme. No era más que un

rasguño—. No, que no es nada...

—¿Cómo que no es nada? ¡Puedes tener una conmoción! Déjame

ver... —Y empezó a rastrear entre mi pelo como si buscara piojos,

con una técnica que para sí quisiera un neurocirujano. Supuse que

sería otro de los superpoderes de las madres—. Tienes una brecha de

unos cuatro milímetros —me informó—. Necesitas sutura.

—No..., Sandra, no necesito sutura. Y si la necesitase, no serías tú

la que me cosiese la cabeza.

—¿Seguro? Tengo un kit para coser heridas de hasta quince

centímetros...

—¡McGyver, vete y devuélvenos a nuestra amiga! —exclamó Bea,

que seguía colocada y atrapada por la ventanilla.
Y empezó a reírse. Y

yo también. Era una risa nerviosa, porque todo
aquello no me hacía

ni pizca de gracia, pero el caso es que no podía
parar de reír.

—¿Qué mierda os pasa? ¿Os estáis riendo de
mí? Pues que sepáis

que soy una madre preparada, no como
vosotras. Sé hacer la

maniobra de Heimlich, la de Epley y dar un
masaje cardiaco...

Cuando tengáis un hijo y esté a punto de morir
atragantado con un

Buzz Lightyear, a ver si os reís de mí... —Y
como había temido,

Sandra se derrumbó y empezó a llorar desconsolada. Me acerqué a

ella y la abracé, y fue entonces cuando toda la tensión del accidente le

salió y se desplomó como un muñeco. Aquel viaje iba de mal en peor.

Allí estaba yo, sin un zapato, con Bea completamente fumada y

atrapada por una ventanilla y Sandra en pleno ataque de nervios. La

última vez que la había visto así había sido cuando el gato de su

abuela se había comido a su hámster, y el sofoco le duró dos días. Lo

único bueno era que parecía que, después del accidente y estando

detrás de la caseta, los guardias civiles habían perdido nuestra pista.

Y justo cuando pensaba que nada podía empeorar, Sandra empezó a

temblar como un flan en un terremoto.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté contrariada.

—Me late muy rápido el corazón, Alba. Me falta el aire, no puedo

respirar... —La separé de mí y la miré.

—Tranquila, estás teniendo un ataque de ansiedad.

—¿Y eso qué es? —preguntó con el nerviosismo dibujado en la

cara.

—El susto del accidente, no te preocupes, cariño

—intenté

tranquilizarla con mi voz más dulce—. Relájate.

—¿Me vais a ayudar a salir de aquí o qué? —
gritó Bea, que seguía

atrapada. Ni siquiera la miré. Luego la ayudaría,
pero de momento,

quería que sufriera un poco.

—Me duele el pecho... —dijo Sandra,
desesperada—. ¡Mucho! ¡Ay,

Dios, me estoy mareando!

—Te estás hiperventilando, tranquila. Respira
despacio. Venga,

respira conmigo. —Y nos pusimos las dos a
respirar al unísono, como

si estuviéramos en una clase de preparación al

parto, con la sutil

diferencia de que en vez de cuadros de flores en las paredes,

estábamos en medio de un patatal de La Mancha. Sandra intentó

seguir mi ritmo, pero se puso a toser y volvió a respirar a toda

velocidad. Cogí su mano y la miré a los ojos.

—Sandra, por favor, relájate. Pasará en unos minutos, ya verás.

Venga, vamos a respirar juntas otra vez. —Y volvimos a intentarlo y

regresó a su ritmo frenético, y solo se me ocurrió hacer una cosa—:

Espérame un momento...

—¡No te vayas! Me voy a desmayar...

—¡No te vas a desmayar, Sandra! No seas quejica. Respira

despacio y espérame, no tardo nada. —Corrí al maletero y Bea me

miró con las caderas atoradas en el marco de la ventanilla.

—¡Ya está bien, Alba! ¡Sácame de aquí! —dijo intentando zafarse.

Pasé de ella completamente y traté de abrir el maletero, pero era

imposible. Con las vueltas de campana, el metal se había deformado

y el portón no se abría. Entonces, recordé las cervezas y fui hacia Bea.

—¡Bea! ¡Escúchame! ¡Para! Deja de intentar

salir y vuelve a entrar

en el coche...

—¿Me estáis castigando por la broma de antes?

Tías, no tenéis

sentido del humor...

—Y tú no tienes sentido de la oportunidad —
respondí

maravillándome de la seguridad con la que
estaba afrontando todo

aquello. No sabía si era por la adrenalina del
susto o porque estaba

empezando a salir del túnel en el que llevaba
tiempo metida, pero el

caso es que me sentía capaz de solucionar
cualquier problema—. Bea,

escúchame, que no me haces ni caso. Sandra está mal. Ahora necesito

que vuelvas dentro del coche y busques la bolsa de la gasolinera

donde hemos metido las cervezas. —Me miró con ojos de fumada,

pero se dio cuenta de que aquello iba en serio y gateó hacia atrás.

—¡Eh, ya no estoy atascada! —Oí que decía desde dentro—. Solo

tenía que...

—Bea, ¿te quieres callar y darme la maldita bolsa?

—Voy, voy... Joder, cómo os ponéis... ¿Te vale el bolso de Sandra?

—No, dame la bolsa de plástico.

—Pues no la veo... Esto está lleno de cosas...

—¡Alba! —gritó Sandra con ansiedad—. ¡No... puedo...

respirar...!

—¡Ya voy, Sandra! —Mierda, entre una y otra me estaban

poniendo nerviosa.

—¡Espera! —Oí que decía Bea—. ¡Está aquí! ¡Y todavía tiene una

cerveza dentro! Qué suerte... Toma. —La mano de Bea salió por la

ventanilla ofreciéndome la bolsa. La cogí y al instante oí como se

abría una lata y el inequívoco sonido de una explosión de líquido.

—¡Cojones!

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—¡Pues que con las vueltas de campana, la cerveza se ha movido y

me he puesto perdida!

«Te jodes», pensé para mí, pero no dije nada, tenía cosas más

urgentes que hacer. Corrí junto a Sandra, que seguía respirando

como una locomotora averiada.

—Toma —dije tendiéndole la bolsa.

—¿Qué... es esto? ¿Qué... quieres... que haga... con una...

bolsa... de plástico? —El ataque de ansiedad de Sandra iba de mal en

peor. Ya no podía ni hablar de corrido.

—Ponte la bolsa sobre la boca y la nariz y respira dentro de ella.

—¿Qué... me... está... pasando?

—Sandra, hazme caso, respira en la bolsa. Créeme, últimamente

tengo mucha experiencia en ataques de ansiedad. —Y se puso la

bolsa en la cara y empezó a respirar en ella. Me miraba como si me

hubiese vuelto loca, pero era lo mejor que podía hacer para equilibrar

su nivel de anhídrido carbónico. En unos minutos estaría más

tranquila. Yo lo sabía bien. Desde que me dejó Javi salía a un ataque

de ansiedad al día. Bea debió de verla por el cristal trasero porque oí

su voz que salía desde el coche.

—¿Te has vuelto loca, Sandra? ¿Qué haces inflando una bolsa de

plástico? ¡Y ahora se deshinchá!
¡¡¡Jajajajajajajaja!!! —La risa de

fumada de Bea se mezcló con el llanto de Sandra, y me puse a mirar

alrededor y a pensar.

¿Qué mierda hacía aquí?

Mejor dicho, ¿qué mierda hacíamos aquí?

Por más vueltas que le daba no hacía más que repetirme las

mismas preguntas una y otra vez.

Que ya no teníamos veinte años, joder...

Y allí estaba yo, con una brecha en la cabeza y un golpe en la

rodilla que me dolería durante semanas.

Sandra llorando de dolor y respirando en una bolsa.

Bea, completamente colocada y también llorando, pero de risa.

El coche destrozado boca arriba como una tortuga muerta. Y

entonces me llegó el olor a estiércol seco mezclado con hachís.

¿Qué mierda hacíamos aquí?

Tres cuervos nos graznaban desde el tendido telefónico y parecían

hablar entre ellos, como si aquello fuese una novela de Murakami,

pero en paleta.

Y para colmo, me faltaba un zapato.

Intenté recordar cómo narices había empezado todo aquello.

Parecía increíble que solo hubiesen pasado unas horas desde la

mañana del jueves.

Todo había sido una sucesión de mala suerte y decisiones

desafortunadas. Lo que debía haber sido un viaje divertido para

sacarme de la depresión en la que estaba, se había convertido en una

pesadilla estúpida.

Me miré el pie descalzo. Era como una metáfora de mi vida

reciente. Igual Javier era el zapato que me faltaba. O mi propia

incapacidad para superar la ruptura. O puede ser que solamente

fuera que me faltaba un zapato, sin más. El caso es que no sabía qué

significaba, pero llevaba demasiado tiempo sin aquel zapato. Si

quería salir del túnel por el que andaba, tenía que ponerme las pilas,

y ponérmelas ya. A tomar por culo, pensé, cogería al toro por los

cuernos y empezaría a redecorar mi vida, como

decían los de Ikea. Y

lo primero era arreglar la situación de mierda en la que estábamos

las tres, así que decidí cojear hacia el coche para sacar a Bea.

Al primer paso que di, me clavé una piedra en el talón descalzo.

—¡AUCH! —grité. Mientras veía las estrellas, pensé que ningún

comienzo había sido fácil, así que decidí seguir. Las risas de Bea

hacían eco dentro de aquel caparazón de metal. ¿Cómo podía seguir

riéndose después de todo lo que había pasado?, pensé con envidia.

Quizá yo debería fumar canutos también. Al

menos me reiría de

todas las cosas malas que me pasaban. Rodeé el coche y vi que el lado

derecho parecía menos arrugado. Agarré la manija de la puerta

trasera y tiré de ella. Ante mi sorpresa, se abrió a la primera.

—Bea, ya puedes salir...

—¿Vais a pegarme?

—No vamos a pegarte, aunque te lo mereces. Hay bromas que no

tienen gracia alguna. Venga, sal. —Bea gateó hacia fuera y salió con

toda la camiseta mojada y apestando a cerveza. Miró a Sandra, que

seguía respirando en la bolsa.

—¿Qué le pasa?

—Tiene un ataque de ansiedad.

—¿Por eso está inflando y desinflando una bolsa de plástico.

—Sí. Y se le pasará en un rato... Pero ahora es mejor dejarla

tranquila hasta que se relaje del todo.

—Vale, vale... No te preocupes, que no hago más el capullo. Que

yo controlo, ¿vale? —Bea dio una vuelta alrededor del coche mirando

cómo había quedado. Además de estar panza arriba, estaba

destrozado. Toda la carrocería abollada, los

cristales reventados, le

faltaba un faro y del motor salía un líquido azul que había hecho un

charco en la tierra. Era un milagro que no nos hubiese pasado nada.

Bea se acercó a mí y nos quedamos las dos mirando al coche y a

Sandra.

—Creo que el abollón con el Mercedes va a ser la menor de sus

preocupaciones...

—Sí —respondí—. Está machacado... Aunque conociendo a

Jesús, seguro que tiene la mejor póliza del mundo mundial. —Y sentí

una opresión en el pecho y una sensación que ya se me había

olvidado, y miré a Bea y le dije algo que hacía años que no decía—:

Dame un cigarro, por favor.

—Pero ¿tú no habías dejado de fumar?

—Hace siete años y tres meses. Y había conseguido pasar por un

despido y un divorcio sin volver a caer —le reconocí a Bea. Y así era.

Había estado a punto de comprar un paquete hacía un mes, pero

había conseguido resistir la tentación. Pero en aquel preciso instante,

necesitaba fumar—. Ahora, dame un cigarro.

—No puedes empezar otra vez, Alba. Siete años son muchos,

joder. Al menos, haz como yo, no fumes tabaco, si solo fumas

canutos es mucho más fácil dejarlo...

—¿Te quieres callar y darme un cigarro? —
Algo debió de ver Bea

en mi mirada, porque no dijo nada, sacó el paquete de tabaco del

bolsillo y me tendió un cigarro obedientemente. Lo encendí. Sabía a

mierda seca y amoniaco. Serán las primeras caladas, pensé. Y seguí

fumando. Siempre me había gustado fumar. Lo había dejado no

porque quisiera, sino porque Javier me lo había

pedido. ¿Pedido? Me

lo había exigido. Al principio con buenas palabras, y luego ya había

pasado a las amenazas directas. Un tío como él, que estaba enfermo

de salud, no podía estar con una persona como yo, que no respetaba

el templo que era su cuerpo, etcétera. Me dijo que si no lo dejaba, no

se casaría conmigo, y yo, como una idiota, le hice caso. Dejé de fumar

veinte días antes de la boda. Con todos los nervios de las

preparaciones, me pasé el primer mes estreñida, con la cara llena de

granos, llorando y amargada. Ni disfruté de la

ceremonia ni de la

luna de miel. El segundo mes era totalmente infeliz porque no podía

quitarme el tabaco de la cabeza y había engordado ocho kilos. Al

tercero, gracias al Lexatin, conseguí superarlo, pero me hice adicta a

los antidepresivos. Afortunadamente, aquello también lo superé. Y

ahora, había decidido volver. ¿Por qué? Por rebeldía, supongo. Vale,

rebeldía estúpida, pero era mi propia decisión. Ya era hora de que

empezase a decidir las cosas por mí misma.

Bea me vio fumar y empezó a liarse otro porro mientras las dos

nos acercábamos a ver cómo estaba Sandra. De pronto, vimos una

nube de polvo en la lejanía. Un coche se acercaba a toda velocidad.

—¡Ya... están... aquí...! —señaló Sandra a través de la bolsa.

—¡Mira! Como en Poltergeist... Jajajajaja... — Las dos miramos a

Bea con cara de «este no es momento para bromas»—. ¿Qué? Joder,

todavía me dura el subidón —respondió—. ¿Qué le voy a hacer?

—¡Cállate! —dijimos Sandra y yo al unísono.

—¡Todo esto es culpa tuya, Bea! ¿Qué vamos a hacer ahora? —

continuó Sandra quitándose la bolsa de la cara.

Era increíble, el

enfado le había quitado el ataque de ansiedad—. He destrozado el

coche, nos van a detener y voy a pasar la noche en el calabozo...

—Y una traficante del Este te va a convertir en su esclava sexual...

—respondió Bea sonriendo—. ¡Perdón! —se excusó dándose cuenta

de que la había vuelto a cagar—. No puedo parar...

—¿Cómo se lo cuento a Jesús? —Y Sandra volvió a echarse a llorar

y el rímel se le corría, y me pareció que el bótox dejaba de funcionar

porque dos arrugas en el entrecejo comenzaban

a ser visibles. Me

acerqué a ella y la abracé—. ¿Cómo se lo explico a Jesús? ¿Qué

podemos hacer? —seguía murmurando como un mantra.

—¿Nos vamos corriendo? —propuso Bea—. ¿Nos escondemos?

—¿Dónde? Esto es un secarral, no hay ni un matojo...

—¿Dentro del coche?

—¿No crees que ese será el primer sitio en el que miren?

—Tienes razón... ¿Dentro de la caseta?

—Bea, ¡cállate de una vez! —gritó Sandra al tiempo que la nube

de polvo se acercaba cada vez más. Hasta aquí habíamos llegado,

pensé. Celebraría mi cumpleaños en un cuartelillo en medio de La

Mancha y mi regalo sería una jugosa multa. Vaya forma de comenzar

una nueva vida. Vaya forma de hacer algo por mí misma y para mí

misma, como había dicho Bea. Mi vida era una mierda y siempre lo

sería. Me dio por mirar a los tres cuervos del tendido telefónico. Ellos

también habían visto el coche en la lejanía y lo seguían con sus picos

mientras venía hacia nosotras. Al acercarse más, pude ver que no era

un coche de la Guardia Civil. Era un deportivo rojo.

—¡No es la Guardia Civil! —grité exultante.

—¡Qué sorpresa! ¡Es un Porsche rojo! —
¿Desde cuándo Bea sabía

algo de coches?, pensé. Pero no le di importancia. Con la velocidad

del pensamiento, me dio por imaginar que era el apuesto maduro de

pelo blanco de los posos del café, que había visto nuestro accidente y

venía a socorrernos. Ya sé que era una tontería, pero fue lo primero

que se me ocurrió.

El coche atravesó el puente y llegó hasta el límite del secarral en

el que estábamos. El motor se paró y durante unos segundos no pasó

nada. Entonces, la puerta se abrió y bajó una mujer a la que no

reconocí en un principio. Solo unos segundos después me di cuenta

de quién era.

Era Carol.

—Hola, chicas —dijo sonriendo. ¿Qué era eso de «Hola, chicas»?

¿Qué hacía Carol aquí? ¿Cómo nos había encontrado? ¿Quién la

había llamado? Creo que las tres pensamos lo mismo, porque

ninguna dijo nada y nos pusimos a mirarnos entre nosotras como en

las películas esas de descubrir al asesino. Miré a Sandra y a Bea.

Sandra me miró a mí y a Bea. Y Bea estaba mirando al suelo.

—¡Bea!

—¿Qué?

—¿Has llamado tú a Carol?

—¿Quién? ¿Yo...? —Y nos vio a las dos mirándola acusadoras y

volvió a agachar la cabeza—. Sí —reconoció.

—Pero ¿cuándo la has llamado? —pregunté.

—Cuando estaba dentro del coche. Como me habíais dejado

encerrada y creía que no me ibais a sacar nunca...

—¿Nadie va a decirme hola? —Oí que decía Carol detrás de

nosotras. Bajé la voz para que no me oyese.

—¿Por qué la has llamado?

—Porque no sabía qué hacer y porque es mi amiga.

—¿Cómo que es tu amiga? Creía que desde «lo de Marruecos»

habíamos prometido no volver a verla —dije acercándome a Bea con

intención de zarandearla un poco. No pensaba darle un puñetazo,

pero igual un tirón de pelo se llevaba por zorra y por traidora.

—Yo también la he llamado... —confesó Sandra viendo como me

estaba poniendo con Bea.

—Pero... ¿Cómo? ¿Por qué? —Eso, he de reconocerlo, no me lo

esperaba.

—¿Tú también? —preguntó Bea. Y comprobé que no era la única

que no se lo esperaba.

—No sabía qué hacer —confesó Sandra—. Y no podía llamar a

Jesús... Carol fue la primera persona que me vino a la cabeza.

—¿Tú también has estado viéndola?

—Bueno... A veces... Como estamos en el mismo club de pádel...

—Pero ¿cómo que estáis en el mismo club de

pádel? ¿No nos lo

podías haber dicho? ¿Tú sabías algo? —
pregunté a Bea.

—Ni puta idea. Cuando quedo con Carol no
hablamos de

vosotras. Solo quedamos para irnos de marcha y
divertirnos, no

hablamos de vosotras. —Aquello estaba
empezando a molestarme de

verdad. No una, sino las dos habían estado
viendo a Carol a mis

espaldas, bueno, y a espaldas de la otra. ¿Qué
tipo de amigas

éramos? Se supone que con tus amigas no hay
secretos, que lo

compartes todo, que no te guardas nada.

—¡Menudas amigas! —exploté irritada—.
¡Habíamos prometido

no volver a verla nunca! No os reconozco, tías.
¿De verdad somos

amigas? ¿Soy la única que ha mantenido su
promesa?

—Alba, ¿qué tal? —Oí que decía Carol detrás
de mí. Mientras

discutíamos, se había acercado a nosotras
hundiendo sus taconazos

de aguja en el sembrado—. ¿Al final te
compraste aquellos

pantalones? —me preguntó la muy zorra. Y
claro, Bea y Sandra me

miraron y me odiaron al instante. Yo dando
lecciones de moralidad y

amistad indestructible y la cabrona de Carol me desarmaba con la

pregunta más malintencionada que se le podía ocurrir. ¿He

mencionado ya que odiaba a Carol? Pues en aquel instante, la

hubiese asesinado con mis manos desnudas. Carol se acercó a Bea y

le dio dos besos, luego a Sandra y le dio otros dos besos. Lo hizo con

toda la tranquilidad del mundo, como si hubiésemos quedado en el

Retiro para darle de comer a los patos. A mí me miró y cuando se iba

a acercar, di un paso atrás separándome de ella. Debió de coger la

indirecta porque no volvió a intentarlo.

—¿Cómo has tardado tan poco? —preguntó
Bea tratando de

cambiar de tema.

—Cuando conduces un Porsche, todas las
distancias son cortas —

respondió con su aire de superioridad—.
Además, cuando me habéis

llamado estaba cerca de la carretera de
Andalucía.

—Y seguro que tú no te has perdido en un
polígono... —apostilló

Bea, y Sandra la miró con cara de mala leche.
Así era la influencia de

Carol. Quizá no lo hacía a propósito, pero era
capaz de sacar lo peor

de nosotras mismas y que nos enfrentásemos entre todas. Claro,

como ella era perfecta: rica, guapa, independiente, lista... Y la verdad

es que la jodía se conservaba en alcohol. Estaba monísima, con un

traje sastre que parecía de Chanel —y conociéndola, seguro que lo

era— que le sentaba como un guante, su pelo corto de peluquería, su

cutis perfecto y sus piernas kilométricas sin un átomo de grasa

superflua. Se parecía a Robin Wright en la serie aquella sobre los

políticos en Washington. Yo creo que cumplía años para atrás. Eso o

había firmado un pacto con el diablo, lo que explicaría muchas cosas.

Mientras yo la miraba, Carol observaba el coche con detenimiento.

—¿Qué os ha pasado para acabar así?

—Es un poco largo de contar —terció Bea—. ¿Nos podemos ir de

aquí? Lo digo porque al final va a volver la Guardia Civil. —Entonces

Carol se fijó en la mano de Bea.

—¿Y tú qué haces? ¿Has vuelto a fumar? Porque ya veo que lo del

régimen no está surtiendo efecto...

—Qué va... Que no es tabaco, que es un porro. Es que ahora me

los hago de liadora y salen así de bien...

—Ah... Fenomenal...

—La que ha vuelto a fumar es ella —me acusó
Bea como si fuese

una niña de párvulos. Carol se volvió hacia mí y
me miró con

expresión preocupada, como si realmente le
importase algo de lo que

me pudiese pasar.

—Alba, ¿por qué? Acuérdate de lo mal que lo
pasaste cuando lo

dejaste. —¿Sería hipócrita la tía? ¿Ahora iba de
«la amiga que se

preocupa por sus amigas»? A mí no me la daba.
La conocía mejor que

eso. Carol era más falsa que un billete de siete cincuenta.

—¿Por qué qué? ¿Que por qué he vuelto a fumar? No sé, quizá

porque mi marido me ha dejado por una compañera de trabajo

quince años menor que él, porque acabamos de tener un accidente,

porque voy a cumplir cuarenta años en medio de la nada y he

perdido un zapato, y... ¡Ah, sí!... ¡Porque mi vida es una puta

mierda! —No sé por qué exploté, pero lo hice. Saqué toda la tensión

que llevaba dentro y he de reconocer que me quedé a gusto, aunque

un poco triste. Carol me miró, se acercó a mí y me abrazó. A pesar de

lo mucho que la odiaba en aquel momento, fue bonito sentir a

alguien que parecía que se preocupaba por mí. Me dio un beso en la

mejilla y, separándose de mí, me cogió las manos y me miró a los

ojos.

—La misma Alba depresiva de siempre... Cómo te he echado de

menos... ¡Cómo os he echado de menos a todas, chicas!

—Bueno, parece que a Bea y a Sandra no las has echado tanto de

menos —dije con ironía. Al fin y al cabo, la tía

me acababa de llamar

depresiva—. Qué calladito os lo teníais, ¿no, guapas?

—¿El qué? ¿Que seguíamos viéndonos? ¿No os lo habíais contado

entre vosotras? Sois lo peor... —dijo Carol, y empezó a reírse.

—Putá... —le dijo Bea por lo bajini a Sandra.

—Desgraciada... —respondió Sandra—. Y tú, también —me dijo

señalándome a mí.

—¡Eh! Que Carol y yo nos encontramos en una tienda por

casualidad hace dos años y no hablamos más de cinco minutos.

—Da igual. Tampoco tú nos lo habías contado...

—Chicas, chicas, no os pongáis así —trató de mediar Carol—.

Además, será mejor que nos vayamos, ¿no?
Antes de que nos

ataquen esos cuervos que tanto nos miran. —Y señaló al tendido

telefónico y vi que en lugar de tres había cuatro cuervos. Mira, como

nosotras, pensé. Son cuatro y están dispuestos a sacarse los ojos.

Definitivamente, tenía que empezar a fumar los canutos de Bea. No

podía seguir teniendo pensamientos tan negativos. Pero antes de

empezar a fumar drogas, tenía que encontrar mi

zapato. Decidí dejar

el enfado por un rato y pedir la colaboración ciudadana, como en los

programas de la tele.

—Vale, vámonos, pero antes, ayudadme a encontrar el zapato.

—¿Cómo es? —preguntó Bea. Madre mía, había cosas que nunca

cambiarían.

—Como este, pero derecho —respondí intentando no ser muy

hiriente.

—Ah... —dijo Bea, y nos pusimos a buscar. Hasta Carol, con sus

taconazos, empezó a buscar, lo cual me

reconcilió un poco con ella.

Al cabo de unos minutos, oímos el grito de Sandra.

—¡Aquí está!

—¿Me lo puedes traer? —le pedí—. Cada vez que piso descalza

me hago polvo...

—No pienso tocarlo.

—¿Qué pasa? —pregunté extrañada.

—Míralo tú misma —respondió Sandra señalando al suelo. Cojeé

hasta ella y seguí la dirección de su dedo. Efectivamente, era mi

zapato, sí, pero había caído sobre una plasta de vaca fresca. ¿Cómo

podía ser? ¡Si aquí no había vacas! En esta tierra no podía sobrevivir

nada vivo. Intenté coger el zapato, pero la mierda estaba por todas

partes. ¿Qué estaba pasando en este viaje? ¿Cuál era el motivo por el

cual todo lo que me ocurría acababa relacionado con mierda?

—¡Qué asco! ¿Tenéis kleenex?

—Os dije que compráramos en la gasolinera, pero no me hicisteis

caso —apostilló Sandra.

—Yo tengo —respondió Carol, y me tendió un paquete que sacó

del bolso. Puede que estuviera siendo muy dura con Carol. Era cierto

que lo que nos había hecho en Marruecos era una guarrada de las

grandes, pero parecía que estaba intentando compensarlo. Al fin y al

cabo, había venido hasta aquí a recogernos en un tiempo récord.

—Muchas gracias, Carol—respondí, y me puse con la tarea.

Como decían en las películas: «Era un trabajo sucio, pero alguien

tenía que hacerlo». Y vaya si era sucio. Casi vomité dos veces, pero al

cabo del rato el zapato estaba «ponible». Se veía bastante limpio,

aunque olía a mierda que echaba p'atrás.

—Venga, sacad vuestro equipaje del todoterreno

y lo metemos en

mi coche —ordenó Carol—. Que nos vamos de aquí. Sandra, tienes

seguro a todo riesgo, ¿no? Llámales y dales la localización para que

manden la grúa.

—Pero tendría que quedarme aquí, ¿no? Y darles las llaves, no

sé...

—¿Tú crees que van a necesitar las llaves? Mira como está el

coche... Hasta un niño de dos años podría entrar. Lo que necesitas

son tres tíos fuertes que le den la vuelta, lo suban a la grúa y se lo

lleven a tu taller. Venga, en marcha. Tú a llamar y vosotras dos a

coger vuestras cosas. —Así había sido siempre Carol, dando órdenes

y sin escuchar a nadie.

Bea y yo fuimos al coche e intentamos abrir el maletero. Estaba

atascado y no había manera de abrirlo. Me acerqué al interior para

buscar algo con lo que hacer palanca cuando de pronto oí un

CRASSSSSHHHH que no dejaba lugar a dudas.

—¡¡¡¿¿¿Qué mierdas haces???!!! —gritó Sandra al tiempo que me

giraba y veía a Bea sujetando la piedra con la

que acababa de reventar

el cristal trasero.

—Otro cristal roto no lo va a notar nadie —se justificó Bea.

Y tenía razón.

Sandra también lo entendió así. Se encogió de hombros y siguió

hablando por teléfono mientras las dos nos aplicábamos en sacar

nuestras cosas.

—Oye, por cierto —pregunté a Bea—. ¿Cómo nos ha encontrado

Carol? Porque seguro que el patatal este no sale en los mapas...

—Le he enviado nuestra ubicación por Google

Maps...

—Ah... —Mira la fumeta, me sorprendí, si de vez en cuando la tía

pensaba—. Muy bien pensado, Bea.

—Sip...

—¡Coged también mi maletín para emergencias!

—gritó Sandra.

—¿Qué es eso?

—Ya lo cojo yo. Es este maletón rojo en el que Sandra lleva todo lo

necesario en caso de que la civilización occidental desaparezca o sus

hijos sean atacados por monos rabiosos con palanquetas.

Atravesamos el secarral hasta el coche de Carol

y abrió el

maletero.

—¡Ostras! Tiene el maletero delante —se maravilló Bea—. ¿Y

dónde está el motor? —Vale, retiro lo que había pensado minutos

antes. De vez en cuando, la fumeta tenía un instante de lucidez. Muy

de vez en cuando.

—Bea, de verdad, baja el ritmo de canutos, que te estás volviendo

idiota —dijo Carol como si me hubiese leído el pensamiento.

Metimos todo en el maletero al tiempo que Sandra colgaba.

—Ya está. Vendrán en media hora y se llevarán el coche

directamente al taller de Pozuelo. Por fin una buena noticia —explicó

Sandra, que se quedó mirando el coche de Carol —. Vale, y la mala

noticia es: ¿cómo vamos a entrar ahí las cuatro? —Y tenía razón. No

me había fijado, pero el asiento trasero del Porsche era como de

juguete. Puede ser que cupiesen dos niños o dos enanos pequeños,

pero no dos adultos.

—Pues las dos que vayan detrás, tendrán que ir muy juntitas y

encogidas —explicó Carol—. Y no pongáis

pegas. Encima que he

venido a sacaros de este lío... Este es un coche de soltera sin amigas,

no un coche de mamá cuarentona aburrida.

—Carol, no te pases... No soy una mamá cuarentona aburrida.

—Es verdad, Sandra, perdóname. —Nada más oír aquel tono

cantarín en la voz de Carol, sabía que nada bueno saldría por su boca

—. Se me había olvidado que nunca has dejado de hacer todo lo que

te gustaba. Sigues yendo a conciertos, al cine a ver pelis que no sean

de Disney... Y sigues yendo todos los años a la India, al Ashram

aquel que te encantaba, ¿a que sí?

—Vale, sí, lo admito, mi vida ha cambiado. Pero me siento

realizada como mujer. Tengo a mi marido, a mis hijos y una vida que

disfruto —se defendió Sandra—. Y no me gusta que me hables así,

Carol.

—¿Por qué? ¿Porque te he dicho la verdad? Sois unas plastas,

ahora recuerdo por qué dejé de salir con otras mujeres.

—¿Qué pasa, que ahora no tienes ninguna amiga chica?

—Ninguna. No las necesito.

—Pero no puede ser, Carol. Yo me moriría si no
hablase con otra

mujer, si no compartiese lo que nos pasa solo a
nosotras...

—Y yo me moriría si hablase con otra mujer.
Sois todas medio

bobas con vuestros histerismos y vuestras
tonterías... —Y Carol

aflautó la voz y se puso a imitar lo que para ella
era una tía medio

boba—. Ay, me ha mirado raro cuando se ha
despedido... Se ha

olvidado de que hoy es el aniversario de la
primera vez que nos

dimos la mano... No ha notado que me he
cortado las puntas dos

milímetros... Me dijo que sacaría la basura y no lo ha hecho, ya no

puedo confiar en él... —La verdad es que me pareció que estaba

imitando a Sandra, pero claro, aquello era una apreciación personal

—. Sois unas pesadas, me lo paso mejor hablando solo con tíos.

Serán simples, sí, pero no hay que estar dándole vueltas para ver qué

han querido decir. Cuando los tíos quieren decir algo, lo dicen.

Seguramente la caguen cuando lo hacen, pero al menos no están

mareando la perdiz con todo.

—¿Te estás oyendo? Hablas ya como un tío, y

además, un tío

resentido —replicó Sandra—. Repito, deberías tener amigas chicas.

—¿Cómo voy a tener amigas si las mujeres se empeñan en verme

como a una prostituta porque me atrevo a hacer lo que ellas solo

sueñan? ¿Crees que esa es manera de empezar una amistad? Cada

vez que hablo con una tía, me mira con ganas de pegarme porque se

cree que le voy a robar a su hombre...

—Quizá porque hablas como acabas de hacerlo ahora mismo. Por

ejemplo, en el gym, ¿qué les dices a otras mujeres?

—Yo no voy al gimnasio, Sandra. Sigo teniendo el mismo

metabolismo del instituto. No importa lo que coma, no engordo

aunque quiera. Bueno, excepto mis tetas, que cada vez crecen más...

—Y miré a Carol y la envidié porque sabía que decía la verdad. A

veces era una mala pécora, pero la naturaleza la había provisto con

un cuerpo que no necesitaba mantenimiento. Además, recordé que

casi no tenía vello, no como yo, que dejaba la cuchilla mellada a la

primera pasada. Y entonces, uno de los cuatro cuervos graznó y me

di cuenta de que podríamos pasarnos horas discutiendo con Carol, y

yo lo que tenía eran ganas de irme a casa.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos vamos o nos quedamos discutiendo para ver

cuál es la más guay de todas?

—¡Vámonos! —gritó Carol, y se dirigió al asiento del conductor.

—Bea, ponte tú delante —dijo Sandra.

—¿Por qué yo?

—Es que... —respondió Sandra comprando tiempo porque no

tenía ni idea de qué decir—. Tú eres curvy...

—¿Cómo que curvy?

—Sí, que tienes curvas, que te aceptas como eres y eres feliz así.

—¿Pero qué dices, tía? Yo lo que estoy es gorda... ¿Por qué crees

que antes se me ha quedado enganchado el culo en la ventanilla de tu

coche? ¿Por qué piensas que me visto como un tío? Porque no hay

tallas para mí... Y bueno, porque a pesar de todo, sigo siendo

heavy...

—Pero sí que hay tallas para ti... El movimiento curvy...

—¡Que te dejes de moñadas con el curvy ese! Que parezco un

muñeco de Barrio Sésamo. Deja de leer blogs

de moda, Sandra. A mí

me gusta como soy y ya está. Estoy bien de salud y tengo kilos de

más, pero me la pela. Y gracias a eso, voy a ir delante toda cómoda y

vosotras dos detrás como sardinas en lata. —Y efectivamente, así fue.

Sandra entró en el coche como si fuese una contorsionista balinesa y

cuando yo intenté hacer lo mismo, me di un golpe en la frente justo

en el sitio en que tenía la herida. Me empezó a doler más

agudamente y sentí cómo volvía sangrar. Si ya lo decía mi madre, yo

era de las que se sentaba en el pajar y se

clavaba la aguja. Sandra oyó

mi quejido y me miró.

—Estás sangrando otra vez, Alba. Te voy a suturar, lo quieras o

no. Espera, Carol, no arranques, que saco el kit del maletero.

—Ni de coña —corté yo—. Vámonos ya. Arranca, Carol, por favor

—supliqué.

—Yo te curo, Alba... —dijo Bea girándose con su sonrisa de

fumada.

—Déjalo, Bea. Gracias. Venga, tira. Me pongo un kleenex y ya se

cortará, que yo no soy de sangrar mucho.

—En serio, que tengo el título de primeros auxilios de cuando fui

socorrista. —Y se abalanzó sobre mí y empezó a tocarme la cabeza

como los monos de los documentales hasta que, inevitablemente,

metió el dedo en la herida. El dolor me recorrió todo el cuerpo y se

extendió a mi mano, que empujó automáticamente a Bea separándola

de mí. Se quedó mirándome con cara de incredulidad y como

esperando que le pidiese perdón. Pues bien, aquello no iba a suceder.

Estábamos en aquella situación por su culpa.

—Déjame en paz, Bea. —Creo que aquello le

dolió más que el

empujón, porque siguió mirándome.

—¿Quién te cuidó cuando se te infectó el lóbulo cuando te hiciste

el agujero nuevo? —protestó Bea.

—Me cuidaste tú, sí —respondí—. Pero te recuerdo que fue hace

veinte años, que estábamos borrachas, que lo del hielo y la aguja fue

idea tuya, y que ni siquiera la quemaste antes de hacerme el

agujero... Así que fue culpa tuya que tuviese la oreja como una

patata dos semanas... Ahora, ¿me dejáis en paz? Por favor, Carol,

vámonos

—dije,

porque

sentía

que

estaba

acercándome

peligrosamente al borde de las lágrimas. Era evidente que la

sensación que había tenido antes de ser capaz de arreglar cualquier

problema había desaparecido. Supongo que sería el bajón de la

adrenalina o que mi depresión natural volvía a

poder conmigo, pero

si había algo que no necesitaba en mi vida en aquel momento era

precisamente aquello. Haber sufrido un accidente ya era

suficientemente malo como para que encima me agobiasen mis

amigas. Carol debió de entenderlo así porque arrancó al instante.

Atravesamos el puente y las pistas de tierra y volvimos a la carretera

de la que nunca debíamos haber salido.

—Carol —dijo Sandra—, que para Madrid es en dirección

contraria.

—¿Y quién te ha dicho que vamos a Madrid? Vamos a Puertollano.

—¿Y qué se nos ha perdido en Puertollano? — pregunté yo.

—El AVE. Tengo billetes para las cuatro a Málaga. En el Porsche

no podemos ir porque ahí detrás no aguantáis un viaje tan largo ni de

coña. Además, me he gastado cuatrocientos sesenta eurazos, así que

ya podéis empezar a agradecermelo. Tendremos que hacer trasbordo

en Córdoba, pero llegaremos a Málaga a las ocho y veinticinco, justo

a tiempo para llegar al hotel, pintarnos el ojo y salir de marcha, y

mañana, celebrar tu cumpleaños e ir al estreno de la película de

Mario Santos. Bea me lo ha contado todo.

—Yo quiero irme a casa... Ya no me apetece nada el plan. Da la

vuelta, Carol, por favor —protesté, porque realmente quería irme a

casa y hacer lo que no me habían dejado hacer el día anterior:

meterme debajo del edredón y llorar hasta el lunes.

—Alba, déjame que te diga una cosa: no tienes ni idea de la suerte

que tienes... Ni del regalo que te he preparado... ¿Sabes quién es la

dueña de la empresa de eventos que organiza la

fiesta postestreno de

la película de Mario Santos? —No tenía ni idea, pero conociendo a

Carol, lo iba a saber en menos de un segundo—. Una amiga mía.

Cuando Bea me contó el plan me pareció una idea genial.

Completamente desquiciada, pero genial. Además, Mario es un

chaval encantador, ya lo verás. —Y terminó la frase con su habitual

tono enigmático que hizo que las tres pensásemos lo mismo.

—¿¿¿Te has tirado a Mario Santos???

—Puede ser... —dijo misteriosa, y sonrió.

—¿Es o no es? —preguntó Bea desde su cómodo asiento de copiloto.

—No puedo decíroslo, soy una señora...

—¿Qué señora ni señora? —estalló Sandra—. Una señora era mi

madre. Tú lo que eres es... una depredadora... una cazadora, te tiras

a todo lo que se te pone a tiro, Carol.

—Sandra, todas mis víctimas son presas fáciles de cazar, porque

todos los tíos quieren ser cazados por una mujer, y el que diga lo

contrario, miente. Además, el siglo XXI es así. Para vuestra

información, las mujeres nos hemos liberado...

—Pero es que tú en el siglo XX ya eras así, Carol —dije yo—. No

es que te hayas liberado. Ya en el insti, estudiabas a todos los tíos

cuidadosamente. Te sabías todas sus manías, las cosas que les

gustaban, qué tía les atraía, y hacías lo posible para llevártelos a la

cama. Me acuerdo cuando te dije que creía que estaba enamorada de

Rubén... ¡A la semana siguiente ya te lo habías tirado!

—¿Rubén qué? No me acuerdo de ningún Rubén...

—¿Ves? A eso me refiero... Para ti no

significaba nada, pero a mí

me provocó una depresión que me duró hasta COU. Tú siempre has

seleccionado y recopilado a los tíos como si fuesen una colección por

fascículos de radiadores del mundo que luego metías en un cajón...

—Vale, Alba. Para aclarártelo y que no pienses que esto es como

lo del Rubén ese que no recuerdo. La respuesta es no, no me he

tirado a Mario Santos. Pero podría haberlo hecho. —Y estaba segura

de que podía haberlo hecho—. La que te lo vas a tirar vas a ser tú. Ese

va a ser mi regalo de cumpleaños. En cuanto

estemos en la fiesta, yo

te presento a Mario, le digo que eres fan de él y os dejo solos. Lo

demás queda en tus manos, pero no tengo que decirte lo que sigue,

¿no? —Parecía evidente que no me quedaba otra opción. Tendría que

ir a Málaga y seguir con aquel plan sin sentido. Era como si las

estrellas se hubiesen alineado para que, de cualquier manera,

acabase en Málaga en el estreno de una película española. Me di por

vencida y me dejé llevar. Si el destino o las locas de mis amigas

querían que aquello fuese así, sentí que yo no

era quien para

cambiarlo. Y fue justo cuando había decidido dejarme llevar, cuando

noté el olor a mierda del zapato. Y no fui la única, porque Sandra

empezó a abanicarse con la mano.

—¡Qué peste, por Dios! Bajad las ventanillas, por favor...

—¿Qué pasa? —preguntó Carol.

—Mi zapato —dije yo, avergonzada—. Que todavía huele a... —Y

Bea se echó a reír seguida de Carol y de Sandra.

—Nunca cambiarás, Alba. Estas cosas solo te pasan a ti —dijo

Bea. Y tenía razón. Estas cosas solo me pasaban a mí. Mi abuela solía

decir que hay que pasar vergüenza para crecer como persona, que te

enseña mucho. El caso es que yo llevaba toda mi vida pasando

vergüenza por situaciones como aquella, y era evidente que no había

aprendido nada. A pesar de la postura, de estar clavándome algo

puntiagudo en la espalda, de tener los tobillos casi fracturados

porque no podía meter los pies debajo del asiento delantero, del

dolor en la rodilla y de la herida de la frente y del olor a mierda, no sé

cómo, pero me volví a dormir.

—¡Ya hemos llegado! —Me despertó la voz de Carol.

Nunca había estado en Puertollano, pero viendo lo que vi desde la

microventana del coche, creo que no me había perdido nada.

Aparcamos en el parking y Sandra y yo salimos arrugadas de nuestro

asiento infantil. Carol sacó los billetes y nos los enseñó, sobre todo a

mí, como una señal inequívoca de que no había vuelta atrás. La miré

y asentí.

—¿Quién quiere ir a Málaga, chicas? — pregunté forzándome por

sonreír.

—¡¡¡Yooooooooooo!!! —gritaron todas como locas, y nos abrazamos

sin saber muy bien por qué.

Cuando entramos en el AVE y nos sentamos en nuestros amplios

y cómodos asientos, pensé en lo idiotas que habíamos sido por haber

ido en coche. El tren debía de haber sido nuestra primera opción

para viajar, pero claro, luego me acordé de la pasta que Carol había

pagado por los billetes y del estado tan lamentable en el que

estábamos cuando decidimos ir a Málaga, de modo que rectifiqué

enseguida mis pensamientos. Bastante habíamos
hecho ya, y
seguramente si Carol no nos hubiera
convencido, ahora estaríamos
volviendo a Madrid montadas en una grúa y
justificando nuestro
fracaso con frases absurdas del tipo: «Si yo en
verdad no quería ir» o
«Era una locura, hemos hecho bien en
volvernos». Pero Carol nos
había convencido, y yo me alegraba. No porque
pensara que al llegar
a Málaga me iba a tirar a Mario —que por otro
lado, eso estaba ahí y
parecía que con más posibilidades desde que
Carol se había unido al

grupo—, sino porque el hecho de estar las cuatro juntas de nuevo me

hacía más ilusión de la que quería reconocer. Sandra se sentó a mi

lado junto a la ventanilla y Carol y Bea se pusieron frente a nosotras.

El vagón iba lleno de gente. La mayoría eran ejecutivos que debían de

ir y volver en el día. Pero también había madres con hijos pequeños,

grupos de chinos o japoneses o coreanos —a mí me parecían todos

iguales—, y detrás de nosotras, una pareja de australianos o

americanos o ingleses —a mí me parecían todos iguales—,

acompañados por un español que les hacía las veces de intérprete y

guía. Esto lo sé porque como el chaval era monillo pues puse la oreja

para escuchar. Y luego estaban los que iban al festival. Los había de

varios tipos: los frikis, los normales y las fans. Los primeros se

dividían a su vez en «frikis modernillos»: chicos con gafas de pasta,

barbas de náufrago, pantalones pitillo y camisas de cuadros

ajustadas, y chicas con faldas largas, zapatos de colores chillones y

peinados y gafas de los años cincuenta. Este grupo suele acudir a los

festivales con la única intención de ir a ver películas que luego ponen

a parir en sus blogs que nadie lee. Aun así, ellos siguen

escribiéndolos y poniendo a parir pelis, esperando que algún día les

llamen de El País Semanal, aunque si les llamaran para ser redactores

del Sálvame, seguramente perderían el culo por trabajar al lado de

Jorge Javier. El otro grupo de frikis son los que yo misma denominé

como los «friki-frikis» —como podéis apreciar, mi imaginación a la

hora de poner nombres a tribus urbanas deja bastante que desear—.

Los «friki-frikis» son aquellos que van a los festivales a hacerse notar,

a pillar autógrafos, a hacerse selfis para luego colgarlos en el

Facebook, en el Twitter, en el Tuenti, en el Instagram o en esa red

social que hizo Google que no usa nadie. Esta gente suele ser

bastante variopinta y diversa, hay mujeres, hombres, chicos y chicas

jóvenes, altos, bajos, gordos, flacos, pero todos tienen ese gen friki

que los hace diferentes, esa cosa que no sabes qué es, pero que

cuando los ves, los distingues. Unos, por su estrambótica manera de

vestir con pantalones cortos, zapatos castellanos, gafas de culo de

botella y gorra de béisbol; otras, por su particular forma de gritarte al

oído; otros, por llevar fotos de actores pegadas al cuerpo, o también

los que llevan el arsenal de cámaras, palos para selfis y álbumes del

tamaño de una enciclopedia del siglo XVIII para que les firmen

autógrafos. Los normales son a los que el cine ni les va ni les viene,

pero aprovechan la coyuntura para hacerse un viaje, ir a la playa y

ponerse ciegos a pescaíto o lo que den de comer por la zona. Y por

último, están los grupos de fans: chicas que acaban de salir del

instituto y que han logrado el permiso de sus padres para hacer el

viaje con la condición de estar operativas las veinticuatro horas del

día en el móvil. Suelen ir todas vestidas con alguna camiseta

estampada con la foto de su ídolo acompañada por alguna frase en la

que muestran sin tapujos su admiración-amor-deseo por él, tipo: «Te

quiero, fulanito», «Fulanito, hazme un hijo» o «Pepita es una zorra»,

en alusión a la última exnovia del galán. Y es que las fans son muy

fieles, pero también muy radicales, y serían capaces de hacer

cualquier cosa por su ídolo. Y ahora el ídolo de todas aquellas chicas

era Mario Santos y, precisamente, un grupo de aquellas fans se

sentaba frente a nosotras.

Eran unas diez. Y cómo no, todas llevaban una camiseta rosa con

la cara de Mario y debajo de ella la frase: «Mario, no seas un santo

conmigo», un juego de palabras con su apellido bastante sencillo,

pero que tengo que reconocer que a mí jamás se me habría ocurrido.

En el grupo había claramente dos bandos: uno

de ellos, el más

numeroso, formado por chicas de unos dieciséis años; y el otro, de

dos chicas, que rondarían los dieciocho, como mucho los veinte. Las

más jóvenes estaban todo el rato cantando canciones a grito pelado

—aunque mucho más entonadas que nosotras en el coche, lo

reconocía— o hablando de lo guapo que era Mario, de lo chunga que

era la actriz con la que compartía cartel, de los ojos tan bonitos que

tenía Mario, de su tableta de chocolate, de sus gemelos, de lo bien

que le quedaba la barba en la peli que hizo con

Clara Valverde, y así

todo el rato. Las chicas del otro grupo, sin embargo, no hacían tanto

ruido y se dedicaban a mirar su móvil o a hacerse confesiones al oído,

que solían ir acompañadas por una carcajada conjunta. También me

fijé —porque es que yo soy muy de fijarme— en que de vez en

cuando sacaban una botella de cerveza de una mochila y bebían de

ella disimuladamente.

—Qué puñetera casualidad, ¿no? Vamos a Málaga para que Alba

se tire a Mario Santos y nos encontramos en el tren con un grupo de

fans de Mario Santos. Eso es una buena señal
—dijo Bea mirándome

divertida.

—Lo de tirármelo no está tan claro... Es solo
una idea, un

concepto. Y no lo digas en alto, a ver si se van a
enterar. Que estas

chicas son muy burras y son capaces de
lincharme.

—¿Qué nos van a oír? Si con lo que gritan no se
escuchan ni ellas

—protestó Sandra.

Carol se inclinó en el asiento para decirme algo:

—Tú te vas a tirar al tío ese como yo me llamo
Carolina Castro.

Ahora sí que me empezaba a acojonar. Porque una cosa era que lo

dijéramos Bea, Sandra y yo, y otra muy diferente que lo dijera Carol.

Nosotras nos proponíamos muchas cosas a lo largo del año, sobre

todo yo: adelgazar, salir a correr, dejar la comida basura, la Coca-Cola

light, pero al final siempre me buscaba alguna excusa para olvidarme

de ello y volver a mis viejas costumbres. Era cierto que lo del viaje a

Málaga había sido un paso adelante en mi capacidad para tomar

decisiones y hacer algo espontáneo, pero estaba borracha y de alguna

manera me había dejado llevar. Y ahora Carol había tomado el

mando de la situación. Y cuando Carol tomaba el mando de algo,

siempre se conseguía el objetivo o la cosa acababa en desastre. Y eso,

en lo que me concernía a mí, significaba que tenía muchas papeletas

para acabar en la cama con Mario Santos. O en la cárcel.

—No sé, Carol... Yo tengo la sensación de que va a ser muy

complicado. —Intentaba parecer coherente en vez de acojonada

perdida—. Vale, tú nos metes en la fiesta y me lo presentas, pero

¿cómo voy a conseguir que se quede conmigo?

—De momento, teniendo un poco más de confianza en ti misma,

guapa... Eso los tíos lo huelen. Nada más conocerte, tiene que

quedarle claro que esa misma noche podrá acabar en la cama contigo.

—Pero ¿habéis visto la competencia que tengo? Mirad a esas

niñatas... Mirad qué tipazos, ¡si no hay ninguna gorda! Vale, se visten

fatal, pero están fantásticas. Y mirad qué culos más duros, qué

tetas... Yo no puedo competir con sus dieciséis años... A mí ya se me

cae la carne de debajo de los brazos, de los

muslos... y, además,

tengo los tobillos gordos...

—Mis hijos me dejaron sin tetas —dijo Sandra sin venir a cuento

—. Ahora llevo sujetadores con relleno. Chuparon tanto los dos que

al final les daba leche en polvo... —Las tres nos quedamos mirándola

un poco alucinadas—. ¿Qué? Es verdad...

—Vale, Sandra —cortó Carol—. Pero estábamos hablando de otra

cosa. ¿Qué habíamos dicho de la confianza en ti misma? —preguntó

Carol.

—¿Qué habíamos dicho?

—¡Que la tienes que tener, narices! Ellas son unas niñas y tú

una mujer madura, con experiencia. Igual no tienen las tetas flácidas,

pero nosotras tenemos algo que ellas no tienen: un plan de acción

con Mario.

—¿Y si ellas también tienen un plan de acción?

—Me dio por

pensar.

—Eso sería lo único que podría estropear el nuestro... —

respondió Carol. Y cada vez se parecía más a George Clooney en las

pelis esas en las que Brad Pitt y él asaltaban casinos—. Tenemos que

enterarnos de si estas chicas tienen un plan. Y si lo tienen, tenemos

que boicotearlo —dijo Carol con una sonrisa en plan Doctor Maligno.

—¿Y cómo nos enteramos? ¿Vas a hablar con ellas? Que te he

dicho que son unas psicópatas...

—Tranquila, solo tenemos que sacarles un poco de información.

Nada más.

—Que guay, «sacando información» como las Ángeles de Charlie

—dijo Bea socarronamente—. Yo me pido la china.

—¿Qué china, si no había chinas? —Sandra frunció el ceño,

confundida.

—Claro que sí, la de la peli...

—¿Qué peli, si era una serie de la tele? Que me acuerdo yo, que

no me dejaban verla porque tenía dos rombos.

—Luego hicieron una peli más moderna con Cameron Díaz... y

uno de los papeles lo hacía una china —aclaré.

—Uy, pues ni me enteré...

—Pero de que hemos ganado el mundial, de eso sí te has

enterado, ¿no? —bromeó Carol.

—Qué tonta eres. Lo digo porque con los niños estoy muy

ocupada y no tengo tiempo para nada. Por cierto, ¿quieres que te

enseñe unas fotos de ellos? Están guapísimos...

—Paso.

—Hija, qué borde.

—No soy borde, ya sabes que a mí los niños no me van. Y si me

enseñas las fotos va a ser como si me enseñas el catálogo del Lidl,

que no me llama para nada.

—Pues haz como nosotras, que le mentimos y le decimos que son

guapísimos.

Carol y yo no pudimos evitar descojonarnos con el comentario de

Bea. Sandra nos lanzó una mirada asesina, pero le duró poco,

enseguida se resignó y acabó riéndose con nosotras.

—Ay, qué contenta estoy de que estemos las cuatro juntas...

Carol nos abrazó una a una. Y era un abrazo de verdad, de amiga.

Un abrazo de reconciliación después de «lo de Marruecos». De esos

que traspasan el cuerpo y te llegan al corazón. A lo largo de nuestro

viaje nos daríamos más de uno de aquellos abrazos. Aunque por

otros motivos.

—Voy a pillar unos cócteles al vagón cafetería y

lo celebramos.

Carol se levantó, pero justo en ese momento cruzaban el pasillo

dos de las chicas del club de fans que venían del baño. Eran las

mayores y cuando vieron que Carol les interrumpía el paso, se

detuvieron.

—Perdone, señora, ¿nos deja pasar? —dijo una de las chicas.

—¿«Perdone»? ¿«Señora»? —Carol remarcó cada una de las

palabras y las miró de arriba abajo con suficiencia—. ¿Tan mayor te

parezco que me llamas señora?

—No sé... —respondió una de ellas, descolocada.

—¿Cuántos años me echas entonces?

—Pues no sé, como mi madre, supongo...

—¿Como tu madre? —El nivel de mosqueo de Carol seguía

subiendo—. ¿Tu madre tiene unas tetas como estas? —Y se cogió las

tetas entre las manos intentando hacerles ver lo duras y tiesas que las

tenía. Las jóvenes no pudieron evitar reírse entre divertidas y

avergonzadas. Yo, sin embargo, estaba avergonzada del todo.

—Pero, tía, ¿cómo les dices eso?

—Porque es verdad, joder. No me dejo una pasta en el gimnasio y

en cremas para que me digan que parezco una madre...

—Tranquila, que no, que no te pareces a mi madre para nada —

dijo la chica a modo de disculpa.

—Es que su madre es una rancia —nos dijo la otra mirándonos a

las cuatro.

—Pues anda que la tuya, que va a misa — apostilló la chica con un

punto de agresividad.

—¿Qué tiene de malo ir a misa y ser madre? — intervino Sandra

por alusiones, obviamente.

—¿Usted va a misa? Perdón... ¿tú vas a misa?

—A ella la puedes llamar de usted... —Bea, en su línea de tocar

las narices.

—Pues mira sí, llámame de usted, y sí, voy a misa...

—Pero así... ¿porque quiere?

—¿Qué tiene de malo ir a misa? Te ayuda a estar en paz contigo

misma y a no acabar borracha dentro de un tonel de sangría.

—Para una vez que me pasó, me lo vais a estar recordando toda la

vida —se quejó Bea.

Las dos muchachas se partían de la risa con los piques entre

Sandra y Bea, algo que no sabía si era bueno o malo.

—Hola, yo me llamo Alba. —Como no tenía ninguna cosa

divertida que decir, opté por presentarme—. Y no les hagáis caso.

—Yo soy Cecilia —me dijo la más alta. Una chica morena de

melena larga y ojos negros achinados que le daban un aspecto un

tanto misterioso.

—Y yo, Sol.

La otra chica también era morena, pero más bajita. Tenía un

cuerpo exuberante al estilo de Scarlett Johansson. Enseguida me giré

para ver si el chico mono se habría fijado en la chica, y sí, se había

fijado. ¡Como para no hacerlo! Porque la camisa ajustada de tirantes

y el pantalón corto que llevaba dejaban muy poco margen a la

imaginación. En nuestra época, cualquier chica que hubiera vestido

así habría sido la guarra del colegio. Bueno, en nuestra época,

cualquiera que llevara algo que no fuera una chaqueta vaquera y el

chándal podía ser una guarra en potencia, aunque ahora que lo

pienso, habría dado igual llevar esos escotes y esos pantalones

diminutos porque ninguna teníamos esas tetas y ese culo para poder

lucirlos... No sé qué nos daban a nosotras de merendar que a

ninguna nos crecía un pecho en condiciones hasta llegar a la

universidad, o como a mí, que no fue hasta después de echar mi

primer polvo.

—Ah, como mi tía Marisol —le dije contenta de coincidir en algo

con la juventud.

—No, solo Sol —remarcó ella un poco seca, la verdad.

—Ya, pero Sol es la abreviatura de María Soledad, Marisol, Sol,

Sole...

—Que no, tía, que me llamo Sol, como el planeta.

—Tía, qué burra, que el sol es una estrella — replicó su amiga.

—Y yo qué sé. Si esa la he cateado...

—Tranquila, que a mí me pasaba lo mismo con las matemáticas —

dijo Bea—, que nunca me enteré de lo que era un seno y un coseno y

me suspendían todas. —Sol se rio y Bea le devolvió la sonrisa—. Yo

soy Bea.

—Y yo Carol, y la rancia que está ahí sentada se llama Sandra. Y

ahora que estamos todas presentadas, ¿nos vais a ofrecer algo de esa

cerveza que escondéis en la mochila?

Parecía que no había sido la única que se había dado cuenta del

pequeño secreto de las chicas. Las dos jóvenes se miraron pensando

en si era buena idea compartir su bebida con cuatro «señoras» que

acababan de conocer y que tenían pinta de locas.

—Claro —asintió Cecilia—. Pero si viene el revisor, no le digáis

que es nuestra, ¿vale?

—Tranquila, le diremos que la hemos traído nosotras —terció

Carol.

—Chicas, ¿sois conscientes de que estas niñas podrían ser

vuestras hijas?

—No, Sandra... Podrían ser «tus» hijas. Mías, ni de coña —aclaró

Carol.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó Cecilia.

—Traed esa cerveza —se adelantó Bea—. Y a Sandra no le hagáis

caso que está un poco amargadilla porque se ha cargado el coche de

su marido.

—No es por lo del coche, es porque son menores de edad.

—Yo cumplo dieciocho en junio.

—¿Ves? Ni un mes les queda.

—¿Y las otras? —Sandra señaló con la mirada al grupo de

históricas—. Vuestras amigas no tienen ni quince años.

—No son nuestras amigas. Solo nos hemos unido a su grupo

porque tienen pases para la fiesta de presentación de la peli de Mario

Santos.

—¿Vais a ir a la fiesta? —dijo Carol con intención. Mierda, pensé,

las niñas sí que tenían un plan de acción. Ellas asintieron y Carol

sonrió mirándome como si estuviera maquinando algo.

—Id a por esa cerveza —les dijo.

Las dos chicas se fueron ante la atónita mirada de Sandra, que

seguía sin dar crédito a que estuviéramos alentando a unas

adolescentes a beber, y encima a invitarnos.

—Perdonad por ser la única que pone un poco de cordura aquí...

—Tienen pases para el estreno y seguro que para la fiesta

también, tenemos que enterarnos de si están tramando algo.

—Pero si las pillan bebiendo, se les cae el pelo.

—Ha dicho que le falta un mes para tener dieciocho, eso en

España es como tenerlos ya. Además, ¿de qué te quejas si nosotras

empezamos a beber a los quince...?

—Eran otros tiempos...

—Sí, pero la cerveza es la misma.

Sandra resopló resignada.

—Si es que me tenía que haber vuelto a Madrid. Ahora estaría tan

tranquila, quedando con las madres del cole a jugar al pádel.

Cecilia y Sol regresaron inmediatamente con la mochila y se la

ofrecieron a Carol, que miró en su interior, perpleja.

—Pero bueno, si aquí tenéis un arsenal —Nos enseñó la mochila,

llena de latas y botellas—. Cerveza, whisky, ron... ¿Os lo ibais a beber

todo en el tren?

—No, es para todo el finde.

—Ah, bueno, entre todas no es tanto.

—No, si es solo para nosotras dos.

—¿Qué?

—Mira, ahora casi les estamos haciendo un favor, Sandra —dijo

Carol totalmente en serio.

—¿Y por qué os ibais a beber todo esto vosotras solas?

—¿No os iríais a suicidar?

—No.

—Si es porque os ha dejado algún chico, ya os digo que no merece

la pena... —apostillé yo en plan mujer con experiencia, sobre todo

porque la tenía, y muy reciente.

—No es por nada de eso. Es por...

Pero Sol no dijo más, se calló como si hubiera estado a punto de

contar un secreto tremendo. Cecilia y ella cruzaron una mirada.

—¿Se lo decimos? —preguntó Sol.

—Sí, por favor. No nos dejéis así... —dijo Bea sonriendo en plan

«somos todas hermanas». Sol le hizo un gesto a Cecilia para que se

arrancara a contarnos aquel secreto que nos tenía en vilo.

—Bueno, está bien...

Las cuatro las mirábamos en silencio, expectantes.

—El alcohol es para que nos dé fuerzas para hacer lo que tenemos

que hacer.

—¡Hostias! ¡Que son yihadistas! ¡Que se van a inmolar!

—No digas chorradas, Sandra...

—Nosotras no somos nada de eso... —se apresuró a aclarar

Cecilia.

—Lo siento, es que por lo visto ahora van a los institutos y las

captan, que lo he visto en El Príncipe.

—A nosotras no nos ha captado nadie.

—¿Y entonces qué es eso que tenéis que hacer?

—Pues... lo que queremos hacer es... tirarnos a Mario Santos.

Y se hizo el silencio. Un silencio de cojones, porque además justo

en ese momento las fans locas que habían estado cantando todo el

rato habían decidido, justo en ese momento, dejar de gritar. Las

cuatro estábamos totalmente en shock intentando asimilar si

realmente habíamos escuchado lo que habíamos escuchado. Y sí, lo

habíamos escuchado. ¿Cuántas posibilidades había de dos

grupos de personas viajaran en un mismo tren a ejecutar

exactamente el mismo descabellado y absurdo plan? ¿Una entre

ciento diez mil millones? Pues ahí estábamos nosotras para jorobar

las estadísticas, para ser la excepción que rompe la regla, la... la... la

madre que las parió. ¿No podían ser fans de Pablo Alborán como

todas las adolescentes? Al sentir cómo se me aceleraba el pulso y

cómo me poseía una especie de cabreo irracional, me di cuenta de

que aquello de tirarme a Mario Santos me importaba más de lo que

yo pensaba.

—Es la típica chorrada de crías, ¿verdad?

—Yo no lo veo tan de crías —contesté intentando que no se notara

mi nerviosismo.

—Un poco sí, ¿no? Vamos, que yo no me imagino a vosotras

haciendo una cosa parecida.

—¿Y por qué no? —Me estaba delatando—.
Que lo digo por decir,

¿eh? En plan pregunta que me hago a mí
misma... Pero vamos, que

da igual porque nosotras no vamos a Málaga
para nada de eso.

—¿Y a qué vais a Málaga?

—A un... simposio... —Fue lo primero que se
me ocurrió. Quizá

debí esperar a que fuera Carol la que diera una
excusa en

condiciones, ya que ella era la que siempre tenía
las buenas ideas,

pero estaba tan nerviosa que no pude esperar.

—Ah, mis padres fueron a uno de esos. Que te ponen barro en el

cuerpo, ¿no? —dijo Sol.

—Eso es un spa, cariño —la corrigió Carol.

—Ah. ¿Y qué es un simposio?

—Es como una especie de reunión de gente que habla sobre un

tema. —Bea se mostraba especialmente comprensiva con Sol, quizá

porque se sentía reflejada en ella por compartir la despreocupación

con la que mostraba su ignorancia. No es que Bea fuera tonta, es que

sencillamente no tenía interés por nada.

—¿Y de qué va el vuestro? —Qué mal me

empezaba a caer la jodía

Cecilia.

—Pues...

Se ve que había gastado toda mi creatividad cuando dije lo del

simposio, porque ahora no se me ocurría nada. Y mis amigas calladas

como putas disfrutando del momento.

—Pues... —volví a repetir absurdamente.

Por fin intervino Sandra para echarme un capote.

—De la importancia de Dios en nuestras vidas. ¿A que va de eso,

Alba?

Bueno más que un capote, era una tocada de ovarios.

—Sí, más o menos...

—Alba, ¿me acompañas al bar-restaurante a ver si nos dan unos

vasos con hielos? —Carol me interrumpió en un claro intento por

evitar que me derrumbara por completo.

—Sí —respondí.

Y nos fuimos dejando a Sandra y Bea con las dos adolescentes.

El vagón cafetería estaba a tres del nuestro. Cuando llegamos no

había mucha gente, tan solo un par de ejecutivos que hablaban de

fútbol y el camarero, un hombre de unos sesenta años con bigote y

cara de querer jubilarse. Carol le preguntó si le podía dar seis vasos

de plástico y hielo para llevar. El camarero la miró desganado y le

contestó que solo podía dárselos si pedíamos algo de beber. Carol le

pidió entonces dos cervezas y seis vasos de plástico con hielo, para

llevar. El señor movió su bigote y frunció el ceño pensando que había

sido víctima de una artimaña.

—Pero las cervezas os las tenéis que tomar aquí
—dijo intentando

conservar su dignidad de camarero engañado.

Nosotras asentimos y nos tomamos las cervezas allí.

—Bueno, a ver, cuéntame para que yo me entere, que de Bea no

me fio un pelo. ¿Te has divorciado porque el gilipollas de Javier te ha

puesto los cuernos?

Carol no se andaba con chiquitas cuando quería hablar de algún

tema.

—Sí, bueno, y por más cosas —le dije—. Ya no había mucha

comunicación... Hacía tiempo que solo teníamos una relación

funcional. El sexo era como un sustituto del Valium: lo hacíamos y a

dormir ocho horas hasta el día siguiente.
Bangbangbang y

plas... Sin pasión, todo mecánico... —Me
quedé un segundo

pensando—. Pero vamos, que
fundamentalmente fue por los cuernos.

—¿Y cómo te enteraste?

—Por un whatsapp.

—¿Te mandó un whatsapp para decirte que te
estaba poniendo

los cuernos? ¡Qué cabrón!

—No, no... Bueno, lo de cabrón sí. Pero no me
mandó un mensaje

de Whatsapp. Se lo mandó a ella.

Carol me miró como si necesitara más datos

para hacerse una

idea de lo que había pasado. Así que le conté la historia, y me di

cuenta de que iba a ser la primera persona a la que se la contase.

—A ver, Javier se había ido a pasar el fin de semana al Pirineo de

Huesca, y yo me había quedado en casa porque tenía que terminar un

encargo que me había hecho una madre del colegio de Sandra.

—¿Qué encargo?

—¿Qué más te da?

—No sé, chica, por integrarme en la historia.

—Unos calcetines con el escudo del Real

Madrid. ¿Contenta?

—Vale, sigue...

—Pues yo estaba ahí, liada, intentando sacar adelante el dichoso

escudo. Que parece una chorrada, pero es complicadísimo porque

tiene una raya morada que no me salía para nada...

—Alba, céntrate que te me pierdes.

—Perdón. Pues eso, que estaba tricotando cuando vi que se

encendía la luz de mi móvil avisándome de que tenía un mensaje de

Whatsapp. Entonces yo lo abro, veo que es de Javier, lo leo y pone:

«Qué ganas de verte, pelirroja».

—Y tú no eres pelirroja, claro.

—Clarísimo. Yo tengo el pelo marrón de toda la vida. Ni caoba ni

marrón ceniza ni color teja. Mi pelo es marrón puerta.

—O sea, que la holandesa es pelirroja.

—Yo todavía no sabía que era holandesa.

—¿Y qué hiciste? Le llamarías para ponerle a caer de un burro,

¿no?

—No. Me llamó él, pero no se lo cogí.

—¿Y por qué no?

—Porque no quería pasar el mal rato... Ya

sabes cómo soy.

—Gilipollas. Eres gilipollas...

—Tía, que me pilló de sopetón.

—Como si te pilla en bragas. ¡Que le acababas de pillar

mandándole un mensaje a su amante! Le tenías que haber montado

el pollo del siglo.

—Ya sabes que yo soy de evitar los conflictos.

—Pero si aquí no había conflicto, aquí había un desgraciado que

se merecía que le cortasen los huevos con una sierra mecánica

oxidada...

Carol tomó un trago de su cerveza como si necesitara refrescarse

de tanto acaloramiento.

—¿Y no notaste nada todos los meses que te estuvo engañando?

—preguntó Carol como si realmente le importase todo lo que me

había pasado. Había veces que casi podía pasar por un ser humano,

con sentimientos y esas cosas.

—Los últimos meses notaba que él duraba más, o sea, que cuando

lo hacíamos, aquello se alargaba una barbaridad. Yo pensaba: «Lo

está haciendo por mí, para que por fin llegue alguna vez...». Pero

nada de eso, era porque se había pasado toda la tarde tirándose a la

niñata... Luego había otras noches que llegábamos y me decía: «Hoy

solo quiero abrazarte y que nos durmamos así, en plan cucharita», y

yo, como una gilipollas, pensaba: «Qué romántico, todavía me

quiere...».

—¡Cabronazo! Eso era que se la acababa de tirar y sabía que no

podría rendir...

—Segurísimo... Pero lo que más me dolió no es que me pusiese

los cuernos o que me dejase en un bar lleno de gente viendo un

partido del Madrid y gritando «Uuuuyyyy» cada segundo. Lo que más

me dolió fue que el malnacido no hacía más que mirar el móvil

mientras me dejaba... Juro que se llega a poner a whatsapppear y le

doy con el servilletero en la cabeza...

—Yo una vez dejé a un tío en un bar. Llevaba un rato poniéndose

muy borde, así que llamé al camarero y le pregunté cuál era el

champán más caro. Me dijo que el Dom Perignon y que costaba

trescientos euros la botella. Pedí la botella con una sonrisa, nos lo

sirvieron en copas de flauta y cuando el capullo

aquel ya se estaba

relamiendo antes de brindar pensando que después del champán

habría fiesta, le lancé la copa a la cara y me fui dejándole para que

pagase la cuenta.

—Eso tenía que haber hecho yo... Yo le habría lanzado una

Cruzcampo porque Javier no hubiera pagado algo tan caro, pero me

habría quedado igual de a gusto...

—Mira, Alba, a veces lo mejor de la vida empieza cuando has

caído en el punto más bajo, así que lo que tienes que hacer ahora es

remontar. Más bajo no puedes caer, ¿no? ¡Pues, hala! A partir de

ahora, ¡hacia arriba!

—Bueno... Más bajo sí que puedo caer... Y de hecho, ya he

caído... Esto no se lo he contado nadie tampoco... ¿Sabes cuál fue mi

punto más bajo? Fui a verle, bueno, a verlos. Esperé durante hora y

media hasta que salieron delante del portal de la que había sido mi

casa. Los espíé, sí. Javier se había afeitado, cortado el pelo y llevaba

un jersey como los del tío de Apple...

—Steve Jobs...

—Ese mismo. Pues bien, yo le había comprado aquel jersey hacía

unos tres años y me había dicho que no era su estilo y lo había

escondido en un cajón. Y la niñata le habría dicho algo en plan «Ay,

amor, qué bien te sienta, ¿por qué no te lo pones?». Y el otro mamón

se lo había puesto. No puedes imaginar lo que me dolió aquello... Ya

sé que es una chorrada, que es solo un jersey, pero duele, ¿sabes?

—No te mortifiques, Alba. Lo que tienes que hacer es pasar

página y, sobre todo, dejar de pensar en él. Ya sabes lo que dicen: un

clavo saca a otro clavo... Así que, ahora, a por otro tío. ¡A por ya sabes

quién! Supongo que no habrás vuelto a espiarlos...

—No... Bueno, sí. Solo otra vez. Y llovía. Y allí estuve, mojándome

como una tonta durante una hora hasta que salieron. Debían de irse

de fin de semana, pero nada de a la montaña, se iban en plan

escapada romántica...

—Eso no lo sabes, Alba...

—¿Que no lo sé? ¡De una de las bolsas que llevaban asomaba una

botella de champán!

—Qué cabrito... Bueno, tú no te preocupes, que te vas a vengar de

ese cerdo por la puerta grande. Con un polvo de los que hacen época.

Carol levantó su cerveza y brindamos por ello. Las dos estábamos

dando sendos tragos a nuestras cervezas cuando entró el chico mono.

Era más alto de lo que me había parecido cuando le vi en el vagón, lo

que, unido a su desaliñada melena rubia y a sus ojos color miel, le

hacían todavía más atractivo. Ninguna de las dos pudimos evitar

mirarle y él se dio cuenta enseguida.

—Hola —dijo un poco cortado.

—Eso se lo dirás a todas —respondió Carol con intención, y él se

fue a la barra un poco cohibido a preguntar si tenían servicio de

restaurante. El camarero del bigote, con su alegría habitual, le dijo

que no, que solo había sándwiches y bocadillos. El chico mono hizo

un chasquido con la boca como gesto de fastidio que le quedó muy

guay, por cierto, y se dio la vuelta para volver al vagón.

—Hola...

Cuando Carol saludó al chico, este se detuvo y yo casi me

atráganto con la cerveza. Lo de que Carol

entrara a los tíos de buenas

a primeras era algo bastante normal en ella. Era como ir al

supermercado a pillar yogures, los miraba, los entraba y se los

llevaba a casa. Podría decirse que luego se quedaba hecha polvo y se

sentía fatal pensando que su vida estaba vacía y esas cosas, pero no,

ella era más feliz que una perdiz. Es lo que tiene tener un cuerpo

diez, un trabajo diez y un carácter diez. Que te lías con quien quieres

y encima no tienes cargo de conciencia.

—Hola —respondió él.

—¿Tú estás en el vagón diecisiete, no? —
preguntó Carol.

—Sí... y vosotras... —Nos miró como si le
sonáramos de algo—.

Sois las que estabais hablando con las chicas
esas de las camisetas.

Ahora disimulaba, como si no le hubiera visto
quedarse

embobado mirándole las tetas a Sol.

—Las acabamos de conocer. —Yo, como
siempre, con mis

comentarios ingeniosos.

—Bueno, me marcho que tengo que volver con
mis clientes... —

dijo el chico mono.

—Pues qué pena, porque mi amiga y yo te queríamos invitar a una
cerveza.

—¿Y eso?

—Por tener el mejor culo de todo el tren.

—Ah.

—Eso lo dice ella... —me apresuré a decir, pero enseguida me di

cuenta de que no quería quedar como la mojigata y rectifiqué—:

Bueno, yo también lo digo..., pero yo me he fijado también en que

tienes pecas.

La mirada del chico mono me hizo darme cuenta de que con mis

palabras había dejado de ser la mojigata para pasar directamente a

ser la idiota.

—Entonces ¿qué?, ¿te podemos invitar? —dijo Carol, que estaba

más entrenada en esto de ligarse tíos en dos minutos.

—Bueno, si es por eso, me tomo una.

—¿Nos pone tres cervezas?

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —Por fin decía una frase con un

mínimo de coherencia.

—Javier.

Me cago en la coherencia, pensé.

El camarero nos puso las tres cervezas y en los diez minutos que tardé en bebérmela no dije ni una palabra. Y no porque no tuviera cosas que decir, que las tenía y muchas, pero me di cuenta de que dijera lo que dijese nadie iba a escucharme. Sobre todo el chico mono que ya había quedado atrapado en lo que llamábamos «el embrujo de Carob», y que consistía básicamente en que todos los tíos caían en una especie de trance que les hacía olvidarse de todo aquello que no fuera Carol. De todas formas, el hecho de que se llamara como mi ex

hizo que mi interés por él bajara un quinientos mil por mil millones.

Y aunque reconozco que no me lo habría ligado ni aun llamándose

Ramiro, ese hecho me ayudó a sentirme mejor y poder marcharme de

allí con dignidad.

—Oye, que me voy a llevar los vasos y los hielos —informé a

Carol.

—Vale —contestó ella sin apartar la mirada del chico mono, que

ahora se llamaba como mi ex.

Con los vasos en la mano y un medio pedo bastante importante,

me dirigí a nuestro vagón. Cuando llegué, dejé los vasos encima de la

mesa. Sandra y Cecilia estaban solas bebiendo de la litrona mientras

tenían una conversación bastante surrealista sobre la existencia de

Dios y Katty Perry.

—¿Cuánto habéis tardado, no?

—Sí, es que nos hemos liado...

Entonces, me di cuenta de que Bea no estaba.

—¿Y Bea?

—Se ha ido con Sol. Creo que iban a ya sabes... —Sandra hizo el

gesto de fumarse un cigarro.

—Ah, vale.

Y me senté al lado de Sandra. Cecilia sirvió ron en los vasos y

siguieron con su conversación. A los pocos minutos me di cuenta de

que no me interesaba nada lo que decían y de que me estaba

entrando un sueño enorme. Desde que lo había dejado con Javier, me

dormía a todas horas, como las abuelas. Intenté echar una

cabezadita, pero con los gritos del grupo de fans histéricas era

imposible.

—Me voy a ver si encuentro un sitio más tranquilo para echarme

un rato.

Ninguna de las dos hizo el amago de contestarme, así que me

levanté y atravesé el vagón para ir al siguiente, que también estaba

completo. Seguí avanzando hasta que por fin di con un vagón que,

increíblemente, estaba casi vacío. Tan solo había una mujer y su niño

pequeño que dormían ocupando los asientos con mesa del fondo. Yo

me tumbé en dos a lo largo y cerré los ojos con la ilusión de poder

dormir un rato. Pero no habían pasado ni diez minutos cuando

escuché unas voces histéricas a voz en grito.

Creí que me habría

seguido el club de fans cuando vi a Bea entrar con Sol en el vagón.

—¡Este está casi vacío!

Bea y Sol se sentaron detrás de mí sin haberme visto. Estuve a

punto de decirles algo, pero si les decía que estaba allí, luego tendría

que hablar con ellas y no me apetecía nada. Estaba tan cansada que

me quedé tumbada intentando conciliar el sueño.

—Tía, ¿estás segura? —Oí que le decía Sol.

—Que sí, mujer, que yo me he liado porros hasta en la Moncloa.

—¿En serio?

—Sí... ¿Sabes lo que es la Moncloa, verdad?

—Claro, donde vive el presidente del Gobierno.

—Noté que Sol

dudaba un segundo—. ¿No?

—Sí. Pues ahí me lo lie. En el baño.

—¡Qué fuerte!

—Lo hice solo para joder a Aznar y porque todos los políticos son

iguales... Sabes quien es Aznar, ¿no?

—Sí, el del bigotillo...

—Ese mismo. Pues me fumé el porro delante de sus narices... Y

luego me echaron, claro, y querían hacerme pagar una multa, pero

me declaré insolvente...

Sol se partía de risa mientras Bea liaba el porro.

—¿Y tú qué haces con esas tres? No pegáis nada...

Al oírla no pude evitar abrir los ojos y poner la oreja para

escuchar qué otras lindezas se le iban a ocurrir a la niñata esa.

—¿Por qué no pegamos?

—No sé... Porque tú eres más auténtica.

—Pues somos amigas desde el instituto...

—Pues ellas son como muy mainstream, ¿no? O sea, en el grupo

sois dos Barbies, una Nancy... —La Nancy tenía toda la pinta de que

era yo—. Y tú, que eres una Monster High. —
Cada vez me estaba

cabreando más, así que me puse a mirarlas por
el hueco que había

entre los dos asientos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tú tienes personalidad, vistes diferente,
se nota que no te

preocupa lo que piensen de ti y seguro que eres
mucho más abierta

que ellas.

—Eso seguro. Aunque a veces se pasan un
poco conmigo.

—¿Por qué?

—Porque dicen que soy rara...

—A mí también me dicen lo mismo en el instituto. Sobre todo los

tíos...

—Los tíos son todos unos gilipollas —pontificó Bea, y Sol volvió a

reírse, pero esta vez más que divertida parecía aliviada.

—Jo, tía... ¡Eres la hostia! Ojalá estuvieras conmigo en el insti.

Hay días que es un poco duro, y a mis padres no les puedo decir

nada.

—Ya me pilla un poco mayor, pero si algún tío te toca las narices,

me lo dices, que voy y le planto dos guantazos que lo dejo seco. No

sería la primera vez...

Sol agradeció el gesto emocionada y sonrió con ternura. Otra vez

mi instinto para reconocer malas personas me jugaba una mala

pasada. Esa chica no solo era un encanto, sino que además era

posible que estuviera sufriendo bullying o acoso en el colegio. De

repente sentí mucha ternura por ella y me alegré de que Bea

estuviera consolándola.

—¿Te puedo abrazar? —preguntó Sol con dulzura.

—Claro, mujer...

Entre los dos asientos vi como Bea se acercaba para que Sol le

diera un abrazo. La joven la abrazó y, sin soltarla, le plantó un beso

en la boca. Pero no un piquito y ya. Un morreo en toda regla, con

lengua y todo, que dejó a Bea con los ojos como platos.

—¡Hostias! —Esa era yo gritando al otro lado del asiento.

—¿Alba? —Y esa, Bea.

Al verme descubierta, fui asomando poco a poco la cabeza por

encima de los asientos. Lo de ir poco a poco era por ver si en ese

tiempo se me ocurría algo que decir que pudiera

justificar mi

presencia allí y, de paso, lograr que no se sintieran ofendidas por

haberlas estado espiando.

—Hola... Es que tenía sueño y me he venido aquí a dormir un rato

—les dije.

Pero por su cara de sorpresa me di cuenta de que no había

logrado mi propósito. Intenté decir algo más, pero no me salió nada.

Así que me quedé callada. Por suerte, todo acabó en pocos segundos

—aunque a mí me parecieron horas— porque un mensaje por la

megafonía del tren nos devolvió de nuevo a la realidad: «Señores

pasajeros, debido a una pequeña avería, vamos a tener que hacer una

breve parada técnica, disculpen las molestias. Por favor,

permanezcan en sus asientos y no abandonen el tren durante la

parada».

El tren empezó a reducir su velocidad, momento que Sol

aprovechó para levantarse de su asiento.

—Bueno, yo... me vuelvo —dijo en un tono que era más de

decepción que de sentirse avergonzada por la situación.

Era como si el hecho de haberlas descubierto le hubiera jorobado

un plan que ya tenía pensado.

Sol se marchó con paso ligero del vagón, dejándonos a las dos

cara a cara. Allí, en aquel vagón, en silencio, éramos la viva imagen de

la incomodidad.

—¡Qué fuerte! —dije por fin.

—Ya te digo. Me he quedado muerta.

—Hay que contárselo a estas.

—Ni de coña.

—¿Por qué?

—Porque paso.

—Que ha sido solo un beso. Anda que no
habrás hecho tú cosas

peores.

—¿Qué sabrás tú lo que he hecho o he dejado
de hacer?

—Hombre, algo sé, que te recuerdo que a ti no
hay que pincharte

mucho para que cuentes tus movidas con los
tíos.

—Esto no quiero que lo cuentes, ¿vale?

Y, sin más, Bea se levantó del asiento y se fue.
Yo me quedé

pensando a qué venía tanto pudor por contar lo
del beso. De Sandra

lo habría entendido, pero de una mujer que
meses antes te había

contado con pelos y señales lo difícil que era quitarse el vello púbico

de un hombre de entre los dientes, pues no lo entendía, la verdad. El

tren iba ya a paso de tortuga, por lo que intuí que estaría a punto de

parar, así que dejé de darle vueltas a la cabeza y me fui a nuestros

asientos. Cuando llegué al vagón, vi que Bea se había sentado con

Sandra, quien ya no estaba con Cecilia, y Cecilia estaba con Sol en sus

asientos y ambas nos miraban con recelo. Supuse entonces que Sol le

había contado a su amiga lo que había pasado. También me di

cuenta, para sorpresa mía, de que el chico mono que se llamaba como

mi ex estaba sentado con la pareja de viejecitos extranjeros y no

follando con Carol en el baño, como había supuesto. No sé por qué,

pero una sensación de alivio recorrió mi cuerpo, aunque se me pasó

enseguida, al darme cuenta de que había transcurrido el suficiente

tiempo como para que Carol y él hubieran echado un polvo rápido

igualmente.

—Hola, chicas —dijo Carol mientras se sentaba.

—Tía, ¿dónde estabas?

—¿Tú qué crees?

Aquella frase en el lenguaje de Carol significaba: «Echando un

polvo». Así que, su «¿tú qué crees?», unido a que su peinado perfecto

estaba enmarañado y a que los botones de su traje sastre estaban mal

abotonados, significaba que sí, que se lo había tirado.

—¿Y vosotras qué? —preguntó Sandra en el instante justo en el

que el tren se detenía en un apeadero que debía de llevar sin uso

desde la Guerra Civil. Bea cruzó una mirada tan intensa conmigo que

casi se me salen los ojos por la nuca.

—Pues aquí, de tranquis... —No me atrevía a contar nada, así que

opté por hablar de banalidades—. Que se ha parado el tren, ¿te lo

puedes creer? Espero que no sea una avería gorda y podamos llegar a

tiempo a Málaga. Y bueno, que si es una avería y no podemos llegar a

tiempo, que nos devuelvan el dinero... Bueno, que te lo devuelvan a

ti.

—Yo voy a aprovechar para estirar un poco las piernas e ir al baño

—dijo Sandra.

—Pero si han dicho que no bajemos del tren...

—dijo Bea. ¿Desde

cuándo le preocupaba a Bea lo que dijera la autoridad? Casi mejor no

saberlo. Me estaba sintiendo incómoda por su actitud y por cómo me

estaba mirando, así que decidí bajar con Sandra.

—Te acompaño—contesté, también para evitar seguir hablando

por hablar.

—Y yo, que así me refresco un poco. —Carol también se

apuntaba.

—¿No vienes, Bea? —le preguntó Sandra.

—No, bajad vosotras. —Y tras una pausa—: Bueno, esperadme

que sí que bajo.

Luego me di cuenta. Bea había preferido bajar con nosotras a

quedarse en el vagón con Cecilia y Sol.

El apeadero era una construcción de ladrillo rojo en mitad de un

mar de olivos, así que supuse que ya estaríamos en Córdoba. Varias

personas habían bajado a fumar o simplemente a hablar por

teléfono, y como los baños del tren se habían bloqueado, no sabía si

debido a la avería o por medida de seguridad, los revisores habían

permitido que los viajeros bajaran para usar el del andén. Esto

provocó que se montara una cola bastante

grande de gente, bueno,

de gente no, mayoritariamente de mujeres,
esperando para ir al

baño. Nosotras estábamos al final de la misma,
así que teníamos un

rato de espera.

—Oye, ¿y tú qué tal con Javier? —pregunté a
Carol con intención.

—Bien...

—Ya, ¿pero bien, bien...? O sea, ¿bien?

No sé qué quería decir con aquel galimatías de
frases

incompletas. Supongo que, por un lado, sentía
curiosidad por

confirmar si se lo había tirado y, por otro,

curiosidad por saber qué

tal lo hacía en caso de que lo hubiera hecho, y si era así, esperaba que

no fuera para tanto y de esta manera quedarme tranquila porque en

el fondo no me había perdido nada.

—Sí, bien... Era majo.

—No te veo muy convencida, ¿qué pasa, que no ha ido bien,

verdad?

—¿El qué?

—El polvo... —solté directamente—. Seguro que era un soso.

Tenía pinta de serlo, te lo iba a decir, pero al final no te lo he dicho,

pero te lo digo ahora.

—Si no lo hemos hecho.

—¿Ah, no? ¿Entonces? ¿Con quién...? Porque está claro que tú

has follado.

—¿Te acuerdas de los dos ejecutivos que había al fondo?

—¿Te has tirado a los dos?

—Sí, claro..., y también al camarero y al maquinista, no te digo...

Solo a uno. Al guapo.

—Pero si el otro chico también era guapo, ¿no? Y tenía un buen

culo.

—Ya, pero se tomó la cerveza y se fue. Así que me quedé sola, el

ejecutivo me invitó a una copa y me lo he tirado —dijo con toda

naturalidad.

—Ah... O sea, ¿que no te has tirado al chico mono? —dije

intentando disimular cierta alegría.

—No, pero vamos, que si te parece mal, ahora cuando subamos lo

intento.

—No, no, no... Para nada. Por mí no hace falta que te tires a más

tíos.

Debíamos de llevar allí unos veinte minutos y la

cola iba

avanzando poquito a poco. Mucha gente había vuelto al tren y en el

andén solo quedaban algunos fumadores y los trabajadores de Renfe.

Finalmente, salieron tres señoras mayores que debían de haber

pintado murales en las paredes del baño por el tiempo que habían

estado allí, y llegó nuestro turno. Las cuatro entramos en el baño

juntas, como es lógico, por otra parte, y descubrimos que aquello no

era más que un pequeño habitáculo con un lavabo y un váter al que le

faltaba la puerta.

—No me lo puedo creer —protestó Sandra.

—¿Qué esperabas? Si estamos en medio de la nada —dijo Carol

antes de abrir el grifo del lavabo y echarse un poco de agua en la cara

—. Al menos hay agua corriente, así que no os quejéis...

—No sé si voy a poder mear ahí...

—Tía, con la cola que nos hemos chupado... —protesté.

—Es que está asqueroso, mira el suelo todo mojado. Seguro que

son meados de la gente.

—Claro que son meados, Sandra —dijo Bea con muy mala leche.

—Venga, ponte a hacerlo, que parece que la gente está subiendo

al tren. Y somos las últimas. —Carol estaba mirando por el

ventanuco que daba al andén mientras poco a poco los fumadores

volvían a sus asientos.

—Está bien.

Sandra se acercó al váter pisando de puntillas el suelo mojado,

sacó un montón de kleenex del bolso y limpió con ellos la taza del

váter hasta que quedó totalmente limpia, luego sacó otro montón y

los colocó alrededor de la taza, para luego, ya más tranquila, sentarse

en ella.

—Si me miráis, no me sale.

El proceso de Sandra para hacer pis había sido tan meticuloso que

nos habíamos quedado mirándola como tres idiotas.

—Perdón... —dijimos, y nos dimos la vuelta.

—Oye, ahora cuando volvamos, hay que hablar otra vez con las

chicas. Tenemos que sacarles más información —dijo Carol.

—No sé yo si van a querer, ¿eh? Para mí que iban un poco a su

rollo.

—Para nada, si les hemos caído fenomenal, y la

bajita estaba

flipada contigo —dijo Carol a Bea.

—¿Qué dices? —saltó Bea.

—Que sí, que me he dado cuenta de cómo te miraba.

—¿Qué me va a mirar? Si a mí no me mira nadie...

—A ver, que no estoy diciendo que se quiera enrollar contigo...

Noté que Bea se ponía roja como un tomate.

—Claro que no se quería enrollar conmigo —protestó—. ¿Tú qué

te crees, que toda la gente es como tú, que se van enrollando con todo

lo que se les pone por delante? Pues no.

Además, a mí no me molan

las tías y paso de liarme con ella..., digo, de hacerle el lío. Buscaos a

otra.

—Vale, vale. Tranquila, ya buscaremos otra manera —dijo Carol.

—Bueno, yo ya estoy...

Sandra había logrado hacer pis sin mancharse los zapatos.

—Venga. Vámonos...

Bea se fue a la puerta ansiosa por salir de allí, pero cuando giró el

pomo, la puerta no se abrió.

—¿Qué coño pasa?

—Bea, leche, no hagas el tonto.

—No estoy haciendo el tonto.

Bea giraba con insistencia el pomo, pero nada.

—Déjame a mí.

Carol apartó a Bea, agarró el pomo y lo giró al tiempo que tiraba

de la puerta hacia sí, pero esta no cedía ni un centímetro. De repente

escuchamos un ruido mecánico seguido de un pitido. Las cuatro nos

miramos aterradas porque sabíamos qué significaba aquello: que el

tren se estaba poniendo en marcha. Rápidamente me aupé al

ventanuco que daba al andén y observé como,

efectivamente, el tren

empezaba a moverse dejándonos tiradas.

—Joderjoderjoder... Mierdamierdamier...

Putaputaputa... —

gritaba Bea mientras aporreaba la puerta y Carol seguía tirando del

pomo.

—Bea, por favor, ¿puedes parar de hablar mal?

—dijo Sandra con

toda tranquilidad.

—¿Quééé? —Bea se giró y la miró sin dar crédito.

—Que pares de decir tacos... —ordenó, y yo también la miré. Lo

cierto es que estaba la mar de tranquila, no

como nosotras tres.

—¡Que vamos a perder el tren! —exclamó Bea justificándose.

—No, Bea... YA hemos perdido el tren, así que para de decir

palabrotas y tranquilízate... —Bea se quedó helada y Carol también.

Allí estaban las dos, aferradas a la puerta mirando a Sandra como si

hubiese aparecido de la nada en aquel zulo mientras, a lo lejos,

oíamos el sonido del tren que se alejaba. De pronto, Bea estalló.

—¡Yo lo estoy flipando! Eso o las niñas esas me han metido algo

en la cerveza... ¿Te crees que tengo diez años o

que soy uno de tus

hijos? ¿Me estás echando la bronca por decir tacos? Es que si es así,

alucino. —Bea se fue a por Sandra y tanto Carol como yo nos

quedamos sin saber cómo reaccionar—. ¡Sandra! ¡Eoooooo! Que te

estoy hablando, cojones...

—Estoy hasta las narices de que hables así, Bea. —Sandra seguía

impertérrita—. De cada tres palabras que dices, cinco son tacos... No

quiero oír una palabrota más en todo el fin de semana...

—¿O qué? ¿Me vas a quitar la Wii? ¿Me vas a lavar la boca con

jabón? —exclamó Bea, y se volvió a aporrear la puerta—.

¡Zorra hijadeputa! —gritaba remarcando cada palabra. En el

momento en que Sandra iba a replicar, pensé que debía poner fin a

aquella discusión absurda, pero no me dio tiempo.

—¡Callaos las dos, que bastante tenemos! —cortó Carol, quien

seguía sujetando el pomo como si aquello fuese a abrirse en

cualquier momento.

—Sí, claro, bastante tenemos... —refunfuñó Bea—. No he sido yo

la que ha estado media hora limpiando el váter

como si fuera a comer

en él o como si fuese a mear mi maridito...

—Bea, te estás pasando... —dije yo por fin. Lo cierto era que toda

mi vida me había pasado igual. En el momento en que había una

discusión fuerte, me anulaba y no sabía qué decir. Tanto mi hermana

como mis amigas y mis novios se habían aprovechado de aquella

debilidad para hacer conmigo lo que querían.

—Pero ¿qué pasa? ¿No os habéis dado cuenta de que estamos

encerradas en este apestoso cubículo y que hemos perdido el tren?

¿Es que soy la única cuerda?

—Sí, claro, Bea, eres la única que se ha dado cuenta... —respondí

sorprendida de ser capaz de enfrentarme a ella. Quizá era por los

nervios de no saber qué sería de nosotras, o quizá porque estábamos

encerradas en el servicio de un apeadero en el que era evidente que

no paraba nadie, o quizá porque empezaba a hacer calor y a oler fatal,

el caso era que me había venido arriba y no podía parar—. ¡Pero así

no solucionamos nada! Hazle caso a Sandra, deja de jurar y busca

una solución...

—¿Y esperas que Bea solucione algo? —En ese momento las tres

fuimos testigos de cómo Sandra empezaba a perder la compostura

que tan bien había mantenido. El ojo derecho comenzó a

entrecerrársele y la voz a temblarle. Iba a estallar en... tres... dos...

uno...—. ¡Si lo único que hace es liarla cada vez más! ¡Primero con su

estúpida idea de ir a Málaga a celebrar tu cumpleaños! ¡Luego con la

marcianada de que te tires a Mario Santos! Que ya ahí teníamos que

haber dicho que no... ¿Cómo te vas a tirar tú a Mario Santos? Por

favor... —Eso me dolió, he de reconocerlo.
Pero tenía toda la razón—.

¡Luego me llena el coche de drogas, me hace saltarme un control de

la Guardia Civil y acabamos teniendo un accidente que estamos vivas

de milagro! Que me cargase el coche era una señal y deberíamos

haber dicho que no, que nos volvíamos a Madrid. Pero no, aquí la

cuerda tenía que liar a Carol, que parece que está tan loca como ella,

y no solo nos convence para subirnos al AVE, sino que encima te da

esperanzas de que puede que acabes en la cama con Mario Santos. ¡Y

ahora estamos encerradas en este cuchitril y nadie vendrá a sacarnos!

¿Os dais cuenta de que nos hemos comportado como si tuviésemos

quince años? ¿Cómo narices he podido haceros caso? No me

reconozco... —Sandra estaba enfurecida y a punto de llorar a partes

iguales mientras el tic del ojo se movía como la cola de una lagartija.

Tomó aire y se quedó mirando a Bea—. Eres una egoísta... —Y ahí sí,

se echó a llorar. Y Bea, en lugar de asumir su culpa o simplemente

callarse, estalló contra ella.

—¿Egoísta yo? Pero ¿de qué vas? —Quizá en

otra situación Bea

hubiese dejado pasar aquellas palabras, pues era evidente que

Sandra estaba al borde de un ataque de pánico, pero no lo hizo—. ¡Yo

alucino contigo! Planeo todo, me encargo de que no os falte de nada,

hago todo esto por la pobre Alba y ahora...

—¡A mí no me metas! —salté yo preguntándome por qué lo hacía.

Francamente, no tenía ni idea. Quizá era por echarle un capote a

Sandra para que no se pusiese como después del accidente o porque

Bea me estaba tocando las narices, no lo tenía muy claro, pero me

daba igual—. ¡Todo esto lo has hecho porque has querido! Yo solo

quería quedar para hablar con vosotras... Y ahora que me acuerdo...

¡Ni siquiera eso! Que te llamé porque estaba drogada... ¡Que no

tenía ninguna gana de hablar con nadie! — Ahora eran Bea y Sandra

las que me miraban como si yo hubiese aparecido de la nada. Si mi

intención había sido rebajar la tensión, lo único que había hecho era

subirla.

—¿Tú también? —me acusó Bea—. Lo que me faltaba... La de la

depresión resulta que ahora se pone gallita...

—¿Cómo que gallita? —exploté—. ¿Cómo que «la de la

depresión»? ¿De qué vas, Bea? ¡Si estamos encerradas aquí es por tu

culpa!

—Lo único que he intentado en todo el viaje ha sido buscar

soluciones cada vez que se torcía algo... Y además, ¡os lo habéis

pasado genial! ¡Anda que no os habéis reído y disfrutado desde ayer!

¿Hace cuánto que no os divertíais tanto? ¿Hace cuánto que no os

sentíais vivas? Sandra, en estos dos días te han pasado más cosas que

en toda tu vida de casada... Y a ti en la tuya de

cornuda... —Aquello

iba por mí, claro. Y había que reconocer que Bea también tenía parte

de razón.

—¡Pero tú quién te crees que...! —empezó Sandra a decir cuando,

de pronto, oímos un silbido que retumbó como un cañonazo y las

tres nos giramos hacia su origen. Era Carol, evidentemente, quien

aún tenía los dos dedos índices entre los labios cuando la miramos.

—¿Os queréis callar las tres? Que no habéis madurado ni un

poquito. Os oigo y tengo la impresión de seguir en el instituto... A

ver, hay que salir de aquí, chicas. No podemos estar más tiempo

encerradas en este retrete de mierda. Así que, a partir de ahora, la

que hable, que lo haga para aportar soluciones. Y si no, ¡os calláis! —

Las tres agachamos las orejas como los perros cuando les riñen—. ¡Y

no digas tacos, Bea! ¡Cojones!

Nos quedamos mirándonos en silencio un segundo y las cuatro

estallamos en una carcajada. Por alguna razón me fijé en Carol y me

pareció que, a pesar de todo, se sentía un poco desplazada. Después

de dos años sin vernos a todas juntas, quizá se

sentía como una

añadida. Nosotras tres podíamos discutir todo lo que quisiéramos y

decirnos las mayores burradas, pero nos queríamos y seguiríamos

siendo amigas después de regañar, pero después de «lo de

Marruecos», ella se había quedado fuera del grupo. Y Carol lo sabía y

estaba viendo en directo como podíamos gritarnos todo lo que se nos

ocurriese y sabía que aun así, seguiríamos juntas.

—Vamos a ver... —empezó a explicar Carol—. La puerta no se

abre con el pomo y ni se ha movido cuando la

hemos empujado. Se

debe de haber quedado atrancada.

—Y nos tenía que tocar a nosotras, claro... —
dijo Sandra entre

dientes.

—Da igual. Lo que hay que hacer ahora es salir.
¿Tenéis algo con

lo que hacer palanca?

—¡Mierda! —exclamé.

—¿Qué pasa?

—Me he dejado el bolso en el tren...

—¡Ostras! ¡Y yo! —dijo Bea.

—¡Y yo también, jobar! —dijo Sandra—. Y las
maletas también se

han quedado en el vagón...

—¿Pero vosotras sois tontas? —nos acusó Carol sujetando su

bolso con fuerza—. ¿A quién se le ocurre dejar en el tren el bolso con

el dinero, el móvil y las tarjetas?

—¿No querías que bajásemos con el bolso y las maletas? —me

revolví—. Si solo íbamos a estirar las piernas...

—Bueno, yo realmente quería hacer pis... —explicó Sandra.

—Alba, Bea, Sandra... Estáis de broma, ¿verdad? ¿Cómo podéis

dejarlo todo cuando no viajáis en primera?

—Pues porque somos unas confiadas, ¡yo qué

sé! —contesté—. El

caso es que ahora mismo nuestros bolsos y las maletas se están

yendo a Córdoba, que es lo que teníamos que estar haciendo

nosotras.

—Da lo mismo... —dijo Sandra mirando a Carol, que seguía

aferrándose a su bolso de Chanel—. Carol, llama a Renfe, por favor, y

diles que estamos encerradas aquí y que manden a alguien a sacarnos

ya...

—Lo siento, pero no va a poder ser...

—¿Qué pasa, que no has pagado el recibo de

este mes? —dijo Bea

en plan de coña. Carol se quedó mirándonos en silencio.

—Me he dejado el móvil cargando en el tren — confesó.

—¡No fastidies! —exclamó Bea, dejándonos sorprendidas por no

haber dicho «No jodas».

—¡Genial! —dijo Sandra—. ¿Y qué más llevas en el bolso?

—Nada que nos pueda servir... —se lamentó Carol—. Todo lo

importante iba en el trolley, incluidas las tarjetas de crédito.

—¿Y ahora qué hacemos?

Y nada más terminar la frase, Sandra empezó a respirar rápido y

se quedó mirándome como un perro desvalido. «Mierda —pensé—,

encerradas en un váter y Sandra sufriendo otro ataque de pánico».

Para no haber tenido nunca uno hasta hacía unas horas, le había

cogido el gustillo. Era eso o que realmente la situación la había

superado. Dejé a Carol y a Bea hablando sobre cómo salir de allí y me

fui a abrazarla.

—Tranquila, Sandra, tranquila... ¿Respiramos?

—No puedo...

—Sí que puedes, cariño... Venga, respira conmigo. —Y percibí

cómo se ponía a temblar como una hoja. Sentí muchísima pena por

ella y por lo mal que lo estaba pasando.

—No puedo respirar, Alba... Aquí huele... muy mal... Hace...

mucho... calor...

Y era verdad que cada vez olía más fuerte, supongo que por el sol

de justicia que caía sobre el tejado de chapa y que hacía que el baño

se estuviese convirtiendo en un horno microondas. Sandra estaba

empezando a mostrar síntomas de ahogarse y yo no podía hacer

nada. Carol y Bea me miraron por si podían ayudar, pero les dije que

no con la cabeza y la abracé más fuerte.

—Venga, Sandra, respira conmigo, venga... Inspira... Espira...

—No puedo... Cada vez... que... respiro... me dan... ganas de

vomitir...

—Carol, ¿tienes una bolsa de plástico?

—Sí, ¿para qué la quieres?

—Tú dámela y no hagas preguntas tontas... — Carol sacó la bolsa,

me la dio y yo se la entregué a Sandra—. Ya sabes lo que tienes que

hacer, ¿no?

Y Sandra cogió la bolsa obediente y se puso a respirar en ella.

—¿Nos ponemos a solucionar esto o nos quedamos jugando a los

globitos? —preguntó Carol contrariada y me quedé mirándola. A

pesar de la sordidez del lugar en el que estábamos y de lo que nos

acababa de pasar, seguía estando impresionante, con su precioso

traje de Chanel, su tono de piel entre bronceado y pálido, sus pechos

perfectos, sus zapatos de tacón de aguja... Y de pronto, tuve una

epifanía.

—¡Carol, dame un zapato! —grité como debió

de gritar

Arquímedes cuando se le ocurrió su principio o
Georgie Dann

cuando compuso «La Barbacoa».

—¿Qué?

—Que me dejes uno de tus zapatos —dije
intentando sonar

convinciente.

—¿Para qué? No pienso descalzarme aquí y
ponerme a pisar

meados...

—Carol, por favor, ¿quieres salir de aquí? PUES
DAME TU

ZAPATO.

—Alba, cada zapato que llevo vale más que el armario de toda una

familia. Así que ni hablar, búscate otra cosa...

—Carol, sabes cómo estamos. No tenemos móviles, ni tarjetas de

crédito ni llaves ni nada de nada. Hace veinte años, posiblemente

habríamos podido salir por el ventanuco, pero ahora, con los culos

que tenemos las cuatro... Sí, no me miréis así, las cuatro... No

cabemos. Así que o me dejas el zapato o esperamos a morir de

inanición.

—¿Y si aporreamos la puerta? —empezó a decir Sandra a través

de la bolsa—. Cuando Jesús y yo castigamos a los niños en la

habitación, que pocas veces lo hacemos porque no creemos que el

castigo sea la forma de educar a un niño, hacen tanto ruido

aporreando la puerta que al final les tenemos que abrir.

—Genial, Sandra... Seguro que ahí fuera tenemos a los padres del

andén de Renfe con remordimientos. ¿Esperamos a que se les acabe

la paciencia y nos abran?

—Tampoco hace falta ponerse así, jobar... —Y volvió a echarse a

llorar.

—Alba, no te voy a dejar el zapato y no pienso discutir por ello.

Llevamos menos de media hora aquí dentro y hemos discutido más

que en todo el bachillerato... ¿A alguien se le ocurre otra cosa?

—¿Y si hacemos como en las películas? —dijo Bea—. Abrimos el

grifo, inundamos el baño y subimos nadando hasta el techo, que

seguro que podemos abrirlo. —Miré a Bea con una mezcla de

incredulidad y repulsión que debió de ser evidente.

—Bea, ¿tú te crees que con ese hilillo de agua vamos a poder

inundar todo esto? Y supongamos que lo conseguimos, ¿te parece

que vamos a ser capaces de abrir un techo de chapa? Lo único que

pasaría es que dentro de veinte años, cuando se estropee otro AVE,

alguien encontrará cuatro cadáveres cubiertos de agua y pis... Por

favor, ideas que puedan sacarnos de aquí, no chorradas...

—Yo sé cómo hacerlo —dije con la excitación de la idea

bulléndome en el cerebro y viéndolo clarísimo—. Carol, por favor,

déjame un zapato. Te prometo que te lo devuelvo...

—Pero... ¿qué quieres hacer con él?

—Muy sencillo. Con los taconazos metálicos que llevas podrías

atravesar el corazón de un hombre casi sin esfuerzo, ¿no? Que ahora

que lo pienso, igual debía haberme comprado unos de estos para

probarlos con Javier. —Sandra y Bea se rieron—. No me hagáis caso,

perdón. Y ese tacón es lo único que necesito para sacarnos de aquí. —

Vale, sonaba mucho más segura de lo que estaba, pero si no, Sandra

iba a ponerse peor de su ataque de pánico y nos acabaría contagiando

a todas—. Si utilizo el tacón como percutor en el

bombín y le doy

unos golpes, igual soy capaz de reventar la cerradura, y si reviento la

cerradura, podremos salir por la puerta sin perder la dignidad, que

bastante por los suelos la tenemos. Así que dame el zapato, y tú,

Sandra, dame el escobillero. —Me quedé mirando a las tres y

ninguna se movió—. ¿A alguna se os ocurre algo mejor? ¿No? ¡Pues

dame el maldito zapato! ¡Y tú la escobilla, Sandra!

—La he usado para limpiar... ya sabes qué.

—Pues dale un agua y me la pasas...

—Vale.

—¿Funcionará? —preguntó Carol quitándose el zapato—. Porque

si no funciona, lo único que vas a conseguir va a ser destrozarme un

Jimmy Choo carísimo.

—No sé si funcionará, Carol, pero esta cerradura es de cuando

Jordi Hurtado era niño, así que no debería aguantar mucho. —Por la

expresión de su cara, vi que a Carol no le parecía tan buena idea, es

más, creo que no le gustaba nada, pero al fin y al cabo, era lo único

que podíamos hacer. Y además, conociéndola, seguro que tenía el

mismo modelo en tres colores más. Así que agarré el zapato, situé el

tacón de aguja sobre la cerradura y empecé a machacarlo con la base

de la escobilla. Al principio, lo hacía con cuidado, pero luego empecé

a recordar todo lo que me había pasado en los últimos tiempos,

desde cómo me había dejado Javier al día que lo vi con la holandesa,

y me entró una mala leche que hizo que comenzase a dar golpes de

verdad. Con toda mi fuerza, machacaba el zapato contra el bombín, y

el maldito bombín no hacía nada, pero yo seguía y seguía y ya

empezaba a ver la cara de mi ex en el zapato, lo que hacía que le diese

con más ganas aún. Al noveno o décimo golpe noté un clic y vi como

el bombín se introducía unos milímetros. Aquello me animó para

seguir dándole con más fuerza todavía. Y animó a Carol a decirme

algo que no entendí bien con los golpes, pero que debía de tener algo

que ver con los seiscientos euros que había pagado por los zapatos. Y

de pronto, tras un último golpe, el bombín salió lanzado hacia el

andén y el tacón de aguja se quedó incrustado en el agujero.

—¡Desgraciado! —grité pensando aún en Javier
—. ¡Esto por

dejarme tirada! —Saqué el taconazo de la
cerradura y al girarme vi a

las chicas mirándome sin entender qué había
pasado. Como yo

tampoco lo sabía muy bien, solo se me ocurrió
decir una cosa —¡Ya

está!—. Y vi como sonreían pensando que por
fin íbamos a salir de

aquel horno con olor a pis.

—¡Qué bien, Alba! —exclamó Sandra—.
¿Dónde has aprendido

ese truco?

—En Bricomanía —respondí—. Al gilipollas de
Javier le encantaba

verlo... Dadme un segundo —dije al tiempo que empujaba la puerta

—. No se abre... —murmuré extrañada.

—¿Cómo que no se abre?

—Que no se abre... —respondí—. No lo entiendo, si le he sacado

el bombín. Si no hay cerradura, no puede estar cerrado...

—¿Me has machacado el zapato para nada? —me acusó Carol. Yo

esperaba que no hubiese sido para nada, entre otras cosas porque me

apetecía sentirme un poco heroína salvadora después de una

existencia tan miserable como la que llevaba, pero el caso es que la

puerta no se abría. Me agaché y miré por el agujero y vi el sol de

justicia que caía de plano en el andén desierto. Y vi algo más.

—Espera, parece que hay algo ahí... —dije con el ojo en el agujero

de la cerradura como una vulgar voyeur—. Sí, hay algo... A ver si

puedo alcanzarlo con el dedo... —Intenté introducir el meñique,

pero el orificio era demasiado pequeño—. Nada, no entra...

—¿Quién tiene los dedos más finos? —preguntó Carol.

—¡Sandra! —señaló Bea.

—Pues te ha tocado... Intenta coger lo que sea

que hay ahí. —

Dejé mi sitio a Sandra, que se arrodilló ante la puerta y consiguió

introducir uno de sus dedos, que tenía el tamaño de un palillo chino.

—Lo toco, lo estoy tocando... —dijo con alegría—. Parece... ¿una

cuerda?

—No digas tonterías... —exclamó Bea—. ¿Quién iba a poner una

cuerda ahí?

—¿Yo qué sé? Solo sé que está ahí. Pero no llego...

—Déjame a mí... —Carol empujó a Sandra de su sitio y se sentó

ante la puerta mirando por la abertura—. Bea
—dijo—, dame el

mechero...

—¿Tú también vas a fumar?

—No seas idiota, dame el mechero...

—Pero es el de los porros...

—Como si es con el que se enciende la llama
olímpica. Dámelo

ahora mismo... Voy a quemar lo que sea que
esté ahí fuera. De aquí

salimos por mis ovarios... —Y metió el mechero
por el agujero y lo

encendió—. ¡Me estoy quemando los dedos,
joder! —gritó al cabo del

rato. Hasta que de pronto, la llama se apagó—.

¡YA! —nos informó

Carol.

—¿Has acabado?

—Sí... Con el gas...

—¡Joder! ¿Y ahora con qué me hago los porros? —gritó Bea, que

con el enfado le pegó un puntapié a la puerta con todas sus fuerzas y

esta salió disparada hacia el exterior abriéndose de par en par.

Las cuatro nos abrazamos con la alegría de saber que ya no

moriríamos allí y que no tendríamos que decidir a quién nos

comeríamos primero. Y sabiendo también que

éramos un equipo,

que entre las cuatro habíamos sido capaces de solucionar el

problema y que cada una había aportado algo a la misión. Nos

separamos y salimos al andén como las presas de las películas,

tambaleándonos y guiñando los ojos por el exceso de sol. La primera

que lo vio fue Carol. Efectivamente, había una cuerda uniendo el

picaporte de la puerta con un tornillo que sobresalía de la pared a la

izquierda. Entre el fuego del mechero y la patada de Bea, la cuerda se

había roto y nos había liberado. Carol la cogió y

la miró

detenidamente.

—Esto es el cordón de una zapatilla...

—Qué raro...

—Pues si queréis ver algo raro, mirad aquí... —
Oímos que decía

Sandra, que estaba petrificada señalando la
puerta del baño.

Y entonces lo vimos.

Escrito con lápiz de labios en grandes letras
sobre la chapa

metálica, leímos: «¡MARIO SANTOS ES
NUESTRO, ZORRAS!».

—Han sido Sol y Cecilia...

—¡Serán hijas de puta! —exclamó Sandra, para pedir perdón al

instante.

—¡Será hija de puta! —exclamó Bea.

—Pero ¿por qué han hecho esto? —me pregunté—. No entiendo

nada.

—La pregunta no es por qué, Alba... Está claro que lo han hecho

para que no llegásemos a Málaga. La pregunta es: ¿cómo se han

enterado de que no íbamos a un simposio y que queríamos que te

tirases a Mario Santos?

—Yo no he dicho nada... —se apresuró a decir

Sandra.

—Ni yo... Ni yo... —aseguró Bea.

—Yo tampoco... —dije yo, sabiendo que yo no había sido, pero

dudando de todas.

Y Carol se quedó mirándonos como el sargento a los nuevos

reclutas que acaban de llegar al campamento. Aquella era su «mirada

de la muerte». Hasta entonces, era la única que se había mantenido

en relativa calma, pero aquello había sido demasiado para su

bilirrubina. Había perdido los nervios. Respiraba fuerte, daba

grandes zancadas y echaba chispas por los ojos.
La habríamos visto

así unas cuatro o cinco veces en toda nuestra
vida, pero estaba segura

de que las tres nos acordábamos de cada
ocasión. La verdad es que

imponía un montón, entre otras cosas porque
cuando Carol

explotaba, era mejor estar lejos. Pero lejos en
plan otro continente.

—¿QUIÉN NARICES HA SIDO? —gritó
como la erupción de un

volcán—. Tías, no estoy bromeando... ¿Quién
ha sido la imbécil que

le ha contado nuestro plan a las niñas esas? —
Yo negué con la

cabeza ante su «mirada de la muerte». Bea también. Sandra fue la

primera en romperse.

—Bueno, igual se me ha escapado algo, pero...

—Igual a mí también se me ha escapado algo...

—confesó Bea. Yo

creo que más que nada para que no le cayera toda la bronca a Sandra.

No sabía si era verdad o no. Desde luego, cuando la había pillado con

Sol no había dicho los verdaderos motivos por los que íbamos a

Málaga, pero yo no había estado todo el rato con ellas.

—¡ESTO ES ALUCINANTE! —exclamó Carol, y se fue andando y

refunfuñando hacia el final del andén,
dejándonos a las tres
chafadas.

Media hora después, estábamos caminando por
una pista de

tierra. El asfalto de la carretera que salía del
apeadero y que hacía

años que no se usaba se había terminado unos
metros atrás haciendo

aún más evidente que aquel lugar no había sido
utilizado más que

por operarios de Renfe. Habíamos buscado un
teléfono, pero las

ventanas y puertas de la antigua estación
estaban tapiadas para

impedir el acceso a su interior. También habíamos buscado una

botella para coger agua, pero no habíamos encontrado nada. Detrás

del edificio había unos raíles que no se habían utilizado nunca y que

se oxidaban al sol, y un antiguo vagón de madera que debía de ser el

cobijo de algún vagabundo o de parejas fogosas, porque vimos un

colchón con manchas sospechosas y cagadas de pájaro. Por no

encontrar, no habíamos encontrado ni el nombre del apeadero, así

que no teníamos ni idea de dónde estábamos. Seguíamos caminando

suponiendo que aquella pista nos llevaría a algún pueblo cercano,

aunque no estábamos muy seguras. Quizá por eso hablábamos muy

poco, o quizá era por el calor. Todavía no eran las siete y seguía

haciendo un calor insoportable para finales de abril. Calculamos que

unos treinta y dos grados, pero claro, sin el móvil, no podíamos

saberlo. Creo que ahí fue cuando todas nos dimos cuenta de lo

mucho que dependíamos de aquellos cacharros. Incluso Bea llegó a

decir que si salíamos de aquella, iba a dejar de usar tanto el móvil.

No se lo creía ni ella, pensé.

Carol se protegía la cabeza con el bolso, Bea se había quitado la

camiseta y se la había envuelto alrededor de la frente en plan

turbante, y Sandra nos había hecho a ella y a mí dos sombreritos de

marinero con un periódico de mayo de 2007 que nos habíamos

encontrado en una papelera. Cuando vimos a lo lejos que los

matorrales y las jaras de los lados dejaban paso a una especie de

bosque, empezamos a caminar más rápido para entrar en él.

Protegidas del sol y andando bajo la sombra de

los árboles, me sentí

un poco mejor, aunque empezaba a tener sed.

—Mucho mejor, ¿no? —preguntó Sandra.

—Se agradece la sombra... —dijo Bea
volviendo a ponerse la

camiseta—. Me estaba achicharrando...

—¿No tenéis sed?

—Pues claro que tenemos sed, pero mejor no
pensarlo, Albita.

¿Cuánto creéis que faltará para llegar al pueblo?

—Suponiendo que la pista de tierra esta llegue al
pueblo, no

debería estar muy lejos. Si hicieron un apeadero,
tiene que haber una

población cerca.

—¿Y si está abandonado? Yo conozco a un montón de andaluces

que se han venido a trabajar a Madrid, seguro que han dejado todos

los pueblos vacíos... —dije pensando en mi mala suerte.

—Pues si está abandonado, nos dedicamos a asaltar todas las

casas y al menos habremos conseguido un botín... —respondió Carol

con sorna—. ¡Venga, un poquito de positividad! Que no estamos en el

Sáhara.

—Pues lo parece por el calor que hace.

—¡AAAAAAAAAAHHHHHHHHHHH! —gritó

Bea de pronto dando

un salto y agarrándose al brazo de Carol como si le fuese la vida en

ello—.

¿Quéhasidoeso?

¿Quéhasidoeso?

—repetía

mirando

desesperada a todos lados y haciendo que las tres la imitásemos

buscando cualquier cosa.

—¿Qué ha sido qué? —preguntó Carol, que siempre era capaz de

mantener la calma mucho más que nosotras.

—Ese ruido... Ahí, en los matorrales esos... —
Y señaló a nuestra

derecha aterrada, a una zona de monte bajo tan
tupida que impedía

ver lo que pudiese haber detrás.

—Yo no he oído nada.

—Ni yo.

—¿Vamos a mirar? —pregunté haciéndome la
valiente.

—¿Para qué? No habrá sido nada.

—¿Y si hay lobos? —preguntó Bea, que seguía
aferrada a Carol

como una lapa.

—¿Cómo va a haber lobos, Bea? Que estamos en Córdoba, no en

Yellowstone...

—¿De qué tienes miedo?

—¡Odio la naturaleza, ya lo sabéis! —exclamó mientras seguía

mirando hacia aquella zona—. ¡En Vallecas habrá quinquis, pero no

hay naturaleza, joder! —Bea respiró profundamente mientras las tres

la mirábamos como si se hubiese vuelto loca—. Vale. No habrá sido

nada... —admitió ya más calmada—. ¿Seguimos?

—Adelante... —respondimos, y volvimos a ponernos en marcha.

Con la diferencia de que a partir de aquel momento no volvimos a

hablar. Íbamos las cuatro con los oídos aguzados como felinos y

mirando a todos los matorrales por los que pasábamos. Yo solo oía el

viento y las chicharras, que no dejaban de cantar, pero cada vez que

alguna pisaba una ramita, las otras tres nos girábamos y mirábamos

en la misma dirección. Estábamos sugestionadas y cada minuto que

pasaba nos sugestionábamos más. Nos adentramos en una zona en

la que la densidad de árboles era mayor y, a pesar del sol, todas las

sombras se empezaban a convertir en sospechosas.

—¡AAAAAAAAAHHHHHHHHHHH! —volvió a gritar Bea y a

abalanzarse sobre Carol—. ¡Otra vez! ¿Lo habéis oído?

—¡Dios, Bea! Me va a dar un infarto con tus gritos... —protesté

con el corazón en la boca.

—Yo no he oído nada —confesó Sandra temblando como una

hoja.

—Ni yo tampoco —resolvió Carol—. Ahí no hay nada. Deja de

gritar y sepárate, que me das calor...

—¡Joder! —exclamó Bea—. Que estoy segura de que hay algo ahí,

que oigo cómo se mueve... ¡Nos está siguiendo!

—Igual es un loco con una sierra mecánica...
—se burló Carol

tratando de aliviar la tensión y echándose a reír
—. O el mendigo

psicópata que vive en el vagón de la estación.
Bea... Te estás

poniendo nerviosa...

—Y me lo estás pegando a mí... —añadió
Sandra mirando a todos

lados.

—De verdad, chicas, sois unas inútiles... Media hora fuera de la

civilización y os comportáis como unas niñas. Ya veréis como en nada

llegamos a un pueblo y un simpático paleta nos acerca a Córdoba en

su Renault 4... —nos tranquilizó Carol con su confianza a prueba de

bombas—. Venga, en marcha, que no vamos a llegar nunca y el sol se

va a empezar a poner en un rato...

Y seguimos caminando. Y seguimos mirando a todos lados,

incluido el sol, porque me fijé en las sombras de los árboles y Carol

tenía razón: cada vez eran más alargadas. Habían pasado unos cinco

minutos desde el último grito de Bea cuando

algo llamó mi atención.

No sabía qué, pero tuve la sensación de que algo había cambiado en

aquel bosque. Y mis tres amigas también. Ya no solo mirábamos a los

lados, sino que también nos mirábamos entre nosotras. Y entonces

me di cuenta: las chicharras que nos habían acompañado todo el rato

habían dejado de cantar. Algo debía de haberlas asustado.

—¡Ahí! Ahí! —exclamó Bea con el dedo señalando adelante—.

¡Mirad! ¡Son lobos, seguro que son lobos!

Las cuatro nos detuvimos en seco y nos dimos cuenta de que Bea

tenía razón. No solo se oía algo, sino que los matorrales se movían

mientras que lo que estuviese dentro avanzaba hacia nosotras. Bea se

volvió a agarrar a Carol y yo, sin saber qué hacer, me abracé a Sandra.

—¿¿¿¿¿Qué hacemos???! —pregunté temblando de miedo.

Y ninguna me respondió.

Cuando de pronto, de entre las jaras, apareció un cerdito.

Pequeño, de unos diez kilos. Del tamaño de los que ponen en

Salamanca en los escaparates de los restaurantes. Era de color rojizo

con rayas longitudinales amarillas a lo largo del

cuerpo y se nos

quedó mirando con curiosidad. Las tres respiramos aliviadas.

—Si es un lechoncito perdido... —exclamé tranquilizada al ver

que no era un lobo.

—Qué moooono...

—Pero es muy oscuro, ¿no? —preguntó Carol.

—Claro, joder. Es un cerdo ibérico. Este de mayor va a ser dos

patas de jamón de las caras —respondió Bea.

—¿Cómo puedes pensar eso? —preguntó Sandra—. Es divino...

—¿Qué pasa, que no te gusta el jamón?

—Sí que me gusta, pero...

—Nunca había visto uno con rayas... —cortó Carol mirando al

bichito, que se había puesto a comer una bellota.

—¿Cómo pueden ser tan tiernos de pequeños y tan asquerosos de

mayores?

—Mira, lo mismo que les pasa a los tíos... —dije, y las cuatro

estallamos en una carcajada provocada por la tensión liberada.

—En una fiesta de cumpleaños de Jesúsín, trajimos tres cerditos

—empezó a contar Sandra—. A uno le pusimos un jersey de lana, a

otro botas de agua de niño y al otro un sombrero, y les atamos unos

globos. ¡Estaban preciosísimos! Si tuviera el móvil, os enseñaba las

fotos...

—Oye, estoy pensando... —dije mirando a las tres—. Si se ha

perdido, no puede venir de muy lejos...

—Muy bien, Sherlock Holmes, ¿y eso qué significa? —me

preguntó Carol con ironía.

—Pues significa que aquí cerca hay una granja, y si hay una

granja, hay un granjero, y el granjero tendrá un todoterreno y un

teléfono y agua y...

—Para, para, que ya lo hemos entendido.

—Y siendo así de pequeño, la granja tiene que estar cerca —dijo

Carol—. Si es que siempre has sido la más lista, Alba... —Para lo que

me había servido..., pensé. Pero me gustó que Carol pensase que era

la más inteligente del grupo.

—Hay que seguirlo —dije convencida.

Y las cuatro pasamos de ser damiselas asustadas a cazadoras

acechando a la presa. Nos acercamos de puntillas al cerdito, que

comía su bellota tan tranquilo. Cuando sintió

nuestra presencia,

levantó el hocico y volvió a mirarnos, pero esta vez no con curiosidad,

sino más bien con recelo. Sin darnos tiempo a reaccionar, giró sobre

sí mismo y volvió a meterse entre las jaras por las que había salido.

—¡Que se va!

—Pues yo no me meto ahí, que seguro que hay zarzas... —replicó

Sandra—. Bea, ¿por qué no vas tú?

—¿Por qué yo? —protestó Bea.

—Porque eres la única que lleva vaqueros. Así no te pinchas.

—Hay que joderse... —refunfuñó la

interpelada, pero fue hacia

los matorrales y entró en ellos. Como no le llegaban más que a medio

muslo, podíamos ver como iba avanzando y girando hacia la derecha.

El cerdito debía de haber comenzado a andar más rápido, porque

vimos que Bea apretaba el paso, hasta que de pronto empezó a

esprintar, pero en dirección a nosotras.

—¡Joderjoderjoderjoderjoder! —clamaba mientras corría como

alma que lleva el diablo. Las tres, atónitas, la mirábamos sin saber

qué estaba pasando hasta que oímos un gruñido que se acercaba

cada vez más, acompañado del ruido de ramas que se rompían.

—¡¡¡Corred!!! —gritó Bea, y, aunque no teníamos ni idea de qué

estaba pasando, echamos a correr en la misma dirección en que lo

hacía ella. Miré hacia atrás y vi a mi amiga saliendo entre las jaras

perseguida de cerca por algo que parecía un cerdo negro con más

pelo que El Puma y que debía de pesar noventa kilos.

—¡UN JABALÍ! —exclamé, porque era obvio que aquello no era

un cerdo, por muy ibérico que fuese.

—¡Seguid corriendo! —gritó Carol.

—¡Nooooooo! —solté yo—. ¡Un árbol! ¡Subid a un árbol! —exclamé

con el corazón en la boca mientras seguía corriendo. Volví a mirar

hacia atrás y vi que otro jabalí que avanzaba como una exhalación

venía detrás del primero. Nuestros problemas no habían hecho más

que empezar.

—¡Este árbol! —señaló Sandra mientras se agarraba a una rama

—. ¡A este podemos subir!

—¡Se me ha roto el tacón...! —gimoteó Carol mientras se dirigía

adonde estaba Sandra. De cualquier forma, con un tacón roto o sin él,

Carol era capaz de correr más rápido que cualquiera de las tres, que

para algo era runner. Cuando yo llegué, Carol y Sandra ya se habían

encaramado, y como las dos estaban en tan buena forma, habían

trepado como gatos hasta la parte más alta de la copa. Yo, con mis

Purificación García, hacía lo que podía, hasta que decidí mandarlos a

la mierda y escalar como los monos. Me debí de hacer daño en la

planta de los pies, pero ni sentía ni padecía. Entonces llegó Bea, en el

mismo instante en que el jabalí casi la engancha, y fue capaz de

colgarse de la rama más baja. Pero entre la carrera que se había

pegado, el tabaco y los kilos de más, no era capaz de alzarse hacia la

seguridad de la copa.

—¡Sube! —grité.

—¡No puedo! ¡No tengo fuerza!

Bea seguía colgando de la rama y el jabalí trataba de morderle las

zapatillas o darle cabezazos, no lo distinguía bien. El caso es que allí,

colgando y acosada por el bicho, se estaba poniendo muy nerviosa y

sus brazos estaban cerca de empezar a desfallecer.

—¡Ayudadme, joder!

—¡Aguanta, Bea! —exclamé mientras me tumbaba en mi rama y

extendía las manos hacia ella. Me estiré todo lo que pude y la agarré

del hombro de la camiseta cuando sentí algo pesado sobre mi culo.

Me giré y vi a Sandra, que había bajado a ayudarme.

—¡Me estás pisando el culo!

—Espera, jobar, que busco dónde apoyarme bien. —El jabalí

seguía hocicando hacia el aire cuando se le unió el otro, que era

todavía más grande, y Bea empezó a gritar.

—¡Subidme ya, por Dios, que me voy a caer! —

Sandra se tumbó

encima de mí, aplastándome contra la rama y dejándome sin aire.

—Sandra... No puedo respirar...

—Aguanta... Solo será un momento... —Y tiró sus brazos a lo

largo de los míos y engancho el otro hombro de Bea—. Uno... Dos...

—¡Dejad de contar y tiraaaaaaddddd! —gritó Bea, desesperada,

y así lo hicimos. El peso de Sandra, unido al de Bea, amenazaba con

romperme las costillas, pero estábamos empezando a alzarla poco a

poco. Dimos un tirón a la vez y Bea subió el

culo, se agarró con las

piernas a la rama y se quedó así, colgando como un jamón, pero a

salvo. Debajo de ella, los dos jabalíes miraban hacia arriba.

—¡Cabronescerdoshijosdeputa! —gritaba Bea.

—Me estás matando, Sandra... —gemí.

—Espera... —dijo mientras me ponía una mano en la nuca y se

apoyaba con todo su peso para cambiarse de rama. Mientras, Bea

había conseguido girar sobre sí misma y subirse a su rama con cierta

dignidad. Se sentó a horcajadas y empezó a mirarse por todo el

cuerpo. Entonces, vio el desgarrón que le habíamos hecho en el hombro.

—¡Me habéis roto la camiseta, joder! —protestó—. Y era mi

preferida de Led Zeppelin.

—No nos des las gracias por salvarte la vida —respondí con mala

leche. Casi entro en parada cardiorrespiratoria por su culpa y lo

primero que hacía era echarnos la bronca.

—¿Estáis bien? —preguntó Carol.

—¡Sí! —respondimos las tres.

—¿Qué hacemos ahora?

—Habrá que esperar a que se vayan, ¿no?

—Seguro que en un rato se aburren y se van —
vaticinó Carol—.

¡Mierda!

—¿Qué pasa? —pregunté, dado que desde mi
rama no podía ver

bien el suelo.

—Han aparecido cinco jabalíes pequeños más...
Y se han venido

con su mamá...

—¿Y qué hacen?

—Están comiendo bellotas.

—Pues hasta que no se coman todas las bellotas
no se van...

—Y no tenemos ni un móvil para llamar al Seprona —se lamentó

Sandra.

—Con mi suerte, Sandra, seguro que si tuviésemos un teléfono,

aquí no habría cobertura...

—Yo creía que los cerdos no atacaban...

—Que no son cerdos, que son jabalíes... — repetí intentando no

parecer la lista de la clase. De algo tenían que haberme servido los

años que había estado casada con un tío que «estaba en armonía con

la naturaleza».

—Alba... —Oí la voz en susurros de Bea—.

¿Cuánto queda para

que se ponga el sol y se vayan estos monstruos?
—preguntó

preocupada.

—No lo sé, pero no te preocupes —mentí—.
No vamos a pasar la

noche en este árbol. —Bea tenía toda la razón
en estar inquieta.

Debía de quedar menos de una hora de luz y los
malditos jabalíes

podían quedarse comiendo bellotas hasta
hartarse—. Carol, Sandra,

¿veis algo desde ahí arriba?

—Yo solo veo más árboles —respondió Carol.

—Espera... —dijo Sandra—. Mira allí, al fondo,

en dirección a la

nube con forma de caballo de tres patas... ¿Lo ves?

—Sandra, no veo ninguna nube con forma de caballo ni de poni,

solo veo nubes.

—La nube esa baja de allí —insistió señalando hacia la derecha.

—Vale, veo una nube... Pero a mí me recuerda más a un perrito

con tentáculos en lugar de patas.

—¿Vamos a hacer un concurso de ver cosas en nubes? —pregunté

mosqueada.

—¡Ya lo veo! ¡Sí! Al lado de la copa del árbol

ese tan alto.

—¡Esa, esa!

—¿Quéveis quéveis? —preguntamos Bea y yo, ansiosas.

—Un tendido telefónico...

—Joder, creía que sería un helicóptero o algo así.

—¿No lo entendéis? Si hay un tendido telefónico, hay una casa,

igual hasta una carretera... Solo tenemos que ir hasta allí y esperar a

que pase alguien...

—Pues yo con los jabalíes ahí, no pienso bajar del árbol... —

informó Bea con toda la razón.

—Pues habrá que hacer tiempo... —respondió Sandra

sabiamente.

Después de un rato en silencio, oyendo cómo las mandíbulas de

los jabalíes machacaban las bellotas y algún gruñido ocasional, nos

pusimos a hablar. Al rato, casi se nos había olvidado que estábamos

colgando de un alcornoque en mitad de una dehesa de Córdoba con

nada más que lo puesto. Como si estuviésemos en una cafetería en

Huertas, hablábamos de nuestras cosas y Carol nos ponía al día de su

vida, que para algo hacía diez años que no

estábamos las cuatro

juntas.

—Yo soy una abanderada del poliamor... —
decía Carol.

—¿Qué es eso del poliamor? —Dejamos que
preguntase Sandra,

porque ni Bea ni yo teníamos ni idea de lo que
estaba hablando

Carol.

—Es la relación del siglo XXI. Como vosotras
sois más antiguas

que los rodapiés de las cuevas de Altamira, no
tenéis ni idea.

Básicamente es estar simultáneamente con
varias personas, aunque

con el pleno consentimiento y conocimiento de todos. Eso es el

poliamor...

—¿Qué poliamor ni qué niño muerto? —
protestó Sandra—. ¡Tú lo

que eres es una ninfómana!

—Que no, en serio, a mí lo que me pasa es que
tengo tanto amor

para dar...

—Y recibir —bromeó Bea.

—Cállate tú... Tengo tanto amor para dar que
una sola persona no

me basta. Quizá porque aún no he encontrado al
hombre de mi vida,

no lo sé, pero con uno solo me aburro. Cuando

empiezan con los

celos, con que quieren que seas de su propiedad o pretenden

cambiarte, es el momento de huir. Y no os creáis que soy la única que

lo practica, en California ahora mismo es tendencia...

—Pero eso es como estar constantemente poniendo los cuernos —

dije inocentemente.

—Nada de eso, porque los dos sabemos a qué estamos jugando.

Yo cuando empiezo a salir con un hombre y la cosa parece que

empieza a funcionar, lo primero que le explico es que no quiero ser ni

su mujer ni su novia y que tengo muchos otros amigos. Para que os

hagáis una idea, hace menos de un año conocí a un tipo en una fiesta

al que una amiga le había contado que yo era poli. Me dijo que él

también era poli y que su concepto de la pareja era múltiple, pero

resulta que el tío estaba casado, y como sabía que su mujer no

aceptaría nunca aquella idea, se dedicaba a ponerle los cuernos. Le

pregunté qué pensaría si fuese ella quien hiciese lo mismo, y me dijo

que eso nunca sucedería, que su mujer era muy tradicional...

—¡¡Ese tío era un cabrón!! —exclamé sabiendo perfectamente de

lo que hablaba.

—Eso pensé yo también, porque el poliamor consiste en eso, en ir

siempre con la verdad por delante. Yo nunca le voy a decir a un tío

que le seré fiel para siempre ni que solo quiero que haga el amor

conmigo.

—¿Y las enfermedades? —preguntó Sandra.

—¿Qué enfermedades?

—Ya sabes, esas, las de la zona baja...

—Mira, Sandra, como tú eres como eres, quizá no te has enterado,

pero hay una cosa que se llama preservativo. Y eso es obligatorio si

quieres entrar aquí. —Y se señaló entre las piernas—. Esto es como la

obra: o te pones el casco o no entras...

—¡Qué fina eres, Carol!

—Sí, ¿verdad? Jajajajaja... —rio Carol.

—Todos los tíos son unos capullos. Y las tías también —dijo Bea.

Ante sus palabras, las tres nos quedamos en silencio. Luego, como

explicándose, siguió hablando—: Cada vez tengo más claro que lo

último que quiero es un «hombre para siempre». Ni poliamor ni

miniamor ni como se diga lo contrario... No quiero tener novio ni

marido ni nada.

—Pero tú has tenido novios, Bea —corrigió Sandra—, que saliste

con Rubén por lo menos un año...

—Ya. Porque me hacía reír. Hasta el día en que me di cuenta de

que lo hacía para que me botasen las tetas.

—¿Y cómo se llamaba aquel otro? ¿Ese que me gustaba tanto para

ti?

—¿El pijo aquel? Se llamaba Borja, y también era gilipollas.

—No sé por qué le dejaste, parecía un tío genial.

Educado, vestía

bien, se duchaba...

—¡Era un pijo! Y solo me llevaba a sitios de pijos, a discotecas

pijas de esas con jardín, niñas monas y reservados donde no había

nadie, a conciertos secretos que eran tan secretos que a veces no iba

ni el batería, a restaurantes de esos en los que no se podía hablar alto

porque todo el mundo estaba conspirando. Me llevaba a spas, a

esquiar, ¡yo, esquiando!, y nada de esquiar normal, no, me llevaba a

esquiar con el monopatín ese...

—Snowboard... —apunté yo.

—Eso. Si es que hasta el nombre es pijo. Fijaos cómo sería que la

última vez, después de llevarme por delante a una familia de

Albacete (abuela incluida) en plena pista de prácticas, ya me dijo:

«Esto no es lo tuyo, Bea». Y luego estaba todo el día con el Instagram,

con el Twitter... Me hacía una foto y el pie de foto era: «La piscina del

spa para ir con Mi Chica...». Íbamos a la playa y aprovechaba que

estaba tumbada para hacerme una foto de las rodillas con el mar a

fondo. La subía y ponía: «Caños de Meca y Mi

Chica...». Si me

quieres decir algo, dímelo a la cara, cobarde, y no subas fotos mías

sin permiso. Cuando íbamos de viaje, todas las mañanas igual:

«Vamos a hacernos un selfi...». Pero, tío, que me acabo de levantar,

que tengo las pestañas de hormigón armado. Y cuando veía que me

cabreaba, me preguntaba: «¿Qué quieres que hagamos, cariño?».

¡Que me lleves de botellón a Vallecas! ¡Eso quiero!

—Pues por lo que dices, te trataba como a una reina, te llevaba a

sitios chulos... —terció Sandra.

—¡Que no, coño! ¡Que me usaba para presumir! Al tío le daba lo

mismo quién fuera yo. Lo que quería era tener una tía al lado para no

estar solo y presumir de los sitios a los que iba delante de sus

amigos.

—Si es que son todos iguales. No te puedes fiar de ellos —ratificó

Sandra.

—Es verdad —dije yo, con la auctoritas que me daba mi situación

de mujer abandonada.

—No os entiendo, de verdad... —dijo Carol—. Si para vosotras

todos los tíos son iguales, ¿por qué os empeñáis en elegir?

—O sea, ¿estás diciendo que hagamos como tú?
—repliqué.

—Yo elijo, guapa, y mucho. A ver si te crees que me acuesto con

cualquiera. La que no elige es esta... —Y señaló a Bea en plan de

coña. Pero Bea puso cara de pocos amigos.

—Vete a la mierda, Carol. —Efectivamente, no le había hecho

gracia. Carol nos miró en plan confidencial. Todo lo confidencial que

se podía ser estando subidas en un árbol.

—¿Y a esta qué le pasa? —susurró.

—No sé —respondí—. Está un poco rara...
Igual es por lo de que
le hayas gastado el mechero...

—Ya se le pasará... —dijo Carol encogiéndose
de hombros—.

Volviendo al tema, Sandra, no todos los tíos son
iguales. Hay algunos

que son hasta buenas personas, lo que pasa es
que, a nuestra edad,

los tíos que merecen la pena son como la nieve:
no sabemos cuándo

va a llegar, ni cuántos centímetros tendrá, ni
cuánto tiempo va a

durar. Y eso es así, y no me lo podéis negar
ninguna. Y si de repente,

a estas alturas de la vuelta al mercado de

segunda mano, encuentras

libre a uno de esos que son buenos tipos, lo que no puedes hacer es

tratarlo como tratáis a los tíos aquí en España.

—¿Qué pasa, que ahora no eres española? —
protestó Sandra.

—Sí que soy española, pero después de haber conocido a mujeres

y hombres de todo el mundo, he aprendido a no tratar a los tíos

como lo hacéis vosotras.

—¿Y eso cómo es, lista? —pregunté yo, porque Carol me estaba

empezando a tocar las narices con su prepotencia.

—A ver... No sé... Por ejemplo, Sandra, ¿sabes por qué tu marido

no te ayuda? Porque tú das por hecho que él tiene que ayudarte. Pero

eso, a él ni se le ocurre. Los tíos son simples, no saben lo que tienen

que hacer. Lo único que necesitan es refuerzo positivo, como con los

perros. Cuando vuelvas de la compra, le dices: «Ay, con lo fuerte que

tú eres, mi amor, ¿por qué no me ayudas con las bolsas?». Y ya verás

como el tío va a coger las bolsas y se va a sentir todo un cachas,

aunque lleves papel higiénico. Luego le dices que te has excitado

viéndole marcar músculo y no vuelves a coger una bolsa en toda tu

vida. Yo lo llamo el «Método Conan». ¿Que no quiere ir de compras

contigo? Pues el «Método Putón»: te pones supersexy-explosiva y le

dices que te vas de compras con él o sin él. En diez minutos lo tienes

en la puerta, y te va a acompañar al baño. Y además, te va a llevar de

la mano todo orgulloso de tener una real hembra a su lado. Lo que os

pasa a vosotras, y eso va por ti también, Bea, es que estáis siempre

esperando a que los tíos entiendan lo que estáis pensando o

necesitáis. ¡Que son simples, narices! Los tíos no pueden leer la

mente ni coger las indirectas. Ya podéis suspirar y mirarles a los ojos

todo lo que queráis, que no se van a enterar de nada. Si quieres que

un tío haga algo, hay que utilizar la inteligencia. Por ejemplo, y este

yo lo uso mucho, el «Método Combate»: ponle a competir con otro

macho. ¿Quieres que te cuelgue un cuadro? Le dices que se lo vas a

pedir a tu hermano, o mejor, a algún compañero de trabajo del que te

haya oído hablar alguna vez: «Le voy a pedir a fulanito que venga,

que es un artista con el taladro». Esa misma mañana te ha colgado el

cuadro...

—No es tan fácil, Carol —cortó Sandra—. Los tíos no son tan

tontos... Además, eso sirve para colgar un cuadro o que te ayuden

con la compra, pero hay otras cosas que no son tan sencillas. No le

puedo decir que si no me hace el amor, voy a llamar a otro.

—Pero es que ese es nuestro territorio, Sandra. ¡El sexo es nuestra

arma secreta! Todo en el mundo gira en torno al sexo... Excepto el

sexo, en el que todo gira en torno a quien

manda. Me llevó años

entender eso.

—¿Y eso cómo es? —preguntó Bea, que empezaba a estar menos

ausente.

—A ver... Ejemplo práctico de Carol número veintisiete: tu chico

te dice que quiere algo que a ti no te apetece nada —y no tiene por

qué ser sexual— o tú quieres que él haga algo y te dice siempre que

no... ¡Pues no uses el sexo como arma!
¡Nunca! Lo de «No haremos

el amor hasta que hayas hecho tal cosa» es el mayor error que puedes

cometer. No lo soportan y, lo que es más importante, así no vas a

conseguir lo que quieres. Si le tienes que decir algo importante a un

tío, díselo mientras se la estás chupando...

—¿¿¿¡Qué dices!!?? —se escandalizó Sandra.

—Serás burra... —exclamé yo mientras me acordaba de todos

aquellos recreos en el instituto en los que nos sentábamos las tres

alrededor de Carol y ella nos explicaba cómo era todo aquello del

sexo. Porque Carol fue la primera del grupo que tuvo relaciones.

Tenía quince años y se ligó a un chico de veintitantos. Y fue como si,

después de hacerlo, se hubiese reventado una presa. Carol no había

parado de ligar desde entonces. Según ella, no había hombre

perfecto, solo tontos para un rato. Habían pasado más de veinticinco

años y seguíamos igual: todas alrededor de ella, escuchándola

abstraídas y pensando «lo que sabe, la tía», con la única diferencia de

que estábamos subidas a un árbol con jabalíes rabiosos debajo de

nosotras.

—¡Que sí, que lo del sexo oral no falla nunca! Lo he comprobado

mil veces —siguió Carol—. Tú estás ahí,

jugando con el muñequito

con tu boca y se lo sueltas... Pero no cuando esté a punto de... Ya

sabéis... Cuando lleves un ratito. Ya verás como te dice que sí y hace

todo lo que le digas. Con tal de que sigas, ¡te lleva a un concierto de

Carlos Baute el día del Madrid-Barça! —Y las cuatro estallamos en

carcajadas porque, a pesar de las barbaridades que decía Carol, todas

sabíamos que eran verdad—. Venga, vale, otro caso... —prosiguió

Carol—. Ejemplo práctico de Carol número cincuenta y tres: tu chico

viene un día y te dice que quiere salir con sus

amigos, o con los del

trabajo. Que igual en el trabajo hay una lagarta a la que ya has

fichado y no te apetece nada que se vaya con ellos. —A pesar de la

distancia a la que estaban nuestras ramas, fulminé a Carol con la

mirada—. Perdona, Alba, no ha sido aposta, era solo un ejemplo...

Solo imaginad que el tío quiere salir con sus amigos, ¿vale? Pues tú,

fenomenal... ¿Quiere salir con ellos? ¡Genial! ¡Que salga! Eso sí,

antes de salir, le pegas dos polvos y le vacías la botella. Ya verás como

antes de las dos de la madrugada lo tienes

roncando a tu lado. Y él

encima encantado porque habéis tenido una tarde de pasión.

—Los tíos no son tan tontos, Carol. Jesús, al menos, no lo es.

—¡Anda que no! Y yo no he dicho que sean tontos, he dicho que

son simples, que no es lo mismo... Son más simples que los diálogos

de la mona Chita. Lo que hay que saber es cómo hacer que hagan lo

que tú quieras y que encima ellos se sientan bien. Y nosotras somos

capaces, porque chicas, somos más listas que ellos.

—Pero mucho más —apunté yo. Puede que no

fuese tan lista

como Carol, pero era más lista que Javier incluso dormida.

—Pues eso, que podemos hacer con ellos lo que queramos, pero

hay que saber cómo hacerlo... ¿Se han ido ya los jabalíes? —preguntó

Carol. Bea ni se inmutó y Sandra miró hacia abajo.

—Sí —respondió—. Bueno, no...

—¡Joder! —Eso lo dijimos todas.

—Se han ido los pequeñitos y uno de los grandes, pero el otro

todavía sigue aquí. —Y las cuatro nos quedamos calladas, pensando

en nuestra mala suerte.

—¿Tendrán las tías estos mismos problemas?

—dijo Bea sin venir

a cuento.

—¿Qué tías? —pregunté. No sabía de qué estaba hablando y

tampoco tenía muchas ganas de saberlo, pero era preferible hablar

de cualquier cosa que seguir oyendo las mandíbulas del jabalí

trituyendo bellotas.

—Pues esas... Las lesbianas...

—¡Uy! Y seguro que peores —razonó Sandra —. Como una es la

chica y la otra el chico, pero no es un chico de

verdad, claro, seguro

que son todos problemas.

—¿Os imagináis cómo sería salir con una chica?

—Miré a Bea

dudando de por qué decía aquello. ¿Estaría pensando en el beso que

se había dado con Sol?

—Quita, qué asco... —respondió Sandra tratando de cortar un

tema que evidentemente la ponía nerviosa.

—Olvídate del sexo, Sandra —dijo Bea—. Digo en plan novias, en

plan convivencia. Imagínate que sales con una chica... Una ventaja es

que os podríais intercambiar la ropa...

—Hombre, eso está muy bien —intervino Carol
—. Podrías

estrenar cosas todas las semanas, y seguro que
siempre te

acompañaría de compras sin protestar.

—Y fijo que escucharía todo lo que le dijeras, no
como Jesús, que

no me escucha nunca.

—Sí, las tías somos muy buenas en eso.

—Sabría cuál es tu talla de sujetador y te
regalaría ropa guay, no

como los tíos, que se acercan a la dependienta y
cuando les

preguntan qué talla de pecho tiene su novia, lo
único que pueden

hacer es poner las manos como si cogiesen naranjas invisibles y

tratar de acertar. Lo juro, lo he visto en un Corte Inglés.

—Te entendería cuando tienes la regla...

—Tienes razón... —exclamé yo, recordando cómo se ponía Javier

cuando me tocaba—. ¿Qué narices les pasa a los tíos con eso? ¿No

pueden comprender por un instante la tormenta hormonal por la que

pasamos?

—Y fijo que si te echases a llorar, no trataría de huir. Te consolaría

y estaría contigo todo el rato, sin preguntarte por qué lloras ni

intentar solucionar algo que posiblemente no tenga sentido.

—No habría que ver pelis de acción o de terror en el cine.

—¡Es verdad!, seguro que podrías ver siempre comedias

románticas sin tener que negociar y tragarte una de Stallone el fin de

semana siguiente.

—Pues yo una vez lo hice con otra mujer. Bueno, éramos tres... —

confesó Carol, y el silencio se hizo a nuestro alrededor.

—Tiene que ser un poco raro, ¿no? —preguntó Bea, curiosa.

—Al principio sí, pero luego te dejas llevar y

puedes llegar a

disfrutarlo. No lo pasé mal, pero no lo he vuelto a repetir. A mí lo que

de verdad me gusta es que un tío me empotre con fuerza...

—¡Que viva la poesía! ¿Podemos dejar de hablar de sexo, por

favor? Os recuerdo que estoy saliendo de un divorcio y que todavía

no lo he superado...

—Chicas —dijo Sandra—, ¿queréis oír una buena noticia? ¡El

jabalí se ha ido!

En tres milisegundos, Bea saltó de su rama sin mirar y empezó a

hacer estiramientos.

—¡Dios! El culo me estaba matando...

Yo me deslicé hacia abajo como pude tratando de no hacerme

daño en los pies descalzos y ayudé a Sandra y a Carol a poner pie a

tierra. Nada más pisar el suelo, Carol se acordó de que a su zapato

izquierdo le faltaba el tacón. Si el otro no hubiese sido tan alto, quizá

habría podido andar sin él, pero cuando estamos hablando de doce

centímetros de tacón, Carol renqueaba como un mutilado de guerra.

—Mis Jimmy Choo... —se lamentó—. Esta no te la perdono, Alba.

—Oye, que igual se ha roto porque el Jimmy Choo ese no los

diseñó para correr delante de jabalíes rabiosos...

—Sí, y por eso se ha roto precisamente el que has usado de

martillo percutor en la cerradura del baño...

—Carol, no te pongas así con Alba —medió Sandra—. La pobre lo

ha hecho lo mejor que ha podido.

¿Cómo que la pobre?, pensé. Gracias a esta pobre habíamos

podido salir de aquel váter infernal, y si no llega a ser por mí, no os

subís a un árbol y los jabalíes nos habrían comido vivos. Pero no dije

nada, claro. Así era yo.

Por no discutir, me fui a buscar mis zapatos.
Tras pisar todas las

pedras posibles y las bellotas que no se habían
comido los cerdos y

ver las estrellas, encontré mis zapatos y el tacón
de Carol.

Definitivamente, podía ser catalogado como
arma letal en cualquier

aeropuerto del mundo. Esperaba que no
pretendiese que le pagase el

zapato, entre otras cosas porque no iba a poder
hacerlo.

—Toma, Carol. Seguro que en Madrid te lo
pueden arreglar. —

Carol me arrebató el tacón de la mano y no me

dio ni las gracias.

—¿Vamos hacia la carretera que hemos visto?

—propuso Sandra.

Y dado que no teníamos nada que hacer allí, nos pusimos en marcha.

Llevábamos un cuarto de hora andando en silencio cuando un

perro llegó corriendo hasta nosotras.

—¡Un lobo! ¡Un lobo! —gritó Bea—. Yo tenía razón...

—Es un perro, Bea.

—Y además lleva collar. Tranquilízate.

—Hay perros salvajes sueltos, de esos que abandonan cuando son

pequeños —advirtió Sandra—, hay que tener

cuidado...

El perro se quedó mirándonos un segundo. Era uno de aquellos

animales de raza indeterminada, pelos rizados grises, marrones y

blancos y una cara de la que te podías fiar. Era evidente que no era

ningún jovencito y no me dio la impresión de que fuese peligroso.

No sé por qué pensé que se parecía a un viejo cómico, pero no en

plan Andrés Pajares, sino en plan Gila. Alguien entrañable que te

podía hacer reír sin casi proponérselo. Siempre me habían gustado

los perros y siempre había querido tener uno.

Javier, a pesar de su

amor por la naturaleza, o quizá precisamente por ello, pensaba que

tener un perro en un piso en Madrid era un crimen imperdonable, así

que nunca tuvimos uno. Quizá cuando estuviese más asentada me

compraría un perro, pensé. Seguro que me sería más fiel que los

humanos. El animal siguió mirándonos curioso y debió de decidir

que la más interesante del grupo era yo, porque vino hacia mí con

una carrera corta. En cuanto se acercó, se puso a olerme el zapato que

había caído sobre la plasta de vaca. Me agaché

y le acaricié la cabeza.

—¡No le toques, Alba! Que seguro que tiene pulgas...

—Mira que si te muerde...

—Que es un perro, por Dios, no un tiburón.

—¿Tienes dueño, pequeño? —le pregunté con esa voz que los

humanos ponemos cuando hablamos con un perro. Como si ellos

fuesen capaces de entendernos—. ¿Estás solo? ¿Te has perdido? —Y

el bicho me miró y nuestros ojos se encontraron y sentí una conexión

que hacía tiempo que no sentía. Me dio un lametón en el dorso de la

mano y se fue corriendo. Sé que puede sonar estúpido, pero aquella

muestra de cariño me dio paz. Después de todo lo que nos había

pasado, parecía que había alguien en el mundo que me apreciaba un

poco.

—Hay que seguirle —dije con seguridad.

—Sí, como al jabalí pequeño de antes, no te jode... —se quejó Bea

—. Yo no voy.

—Voy yo —concluí.

—Espera, que voy contigo —me dijo Carol al tiempo que las dos

echábamos a andar. Bueno, más que andar,

Carol cojeaba, pero

salimos tras el perro, que iba hacia el camino de tierra. A pesar de ir

desnivelada, Carol pronto me tomó la delantera. Pensé que cuando

volviese a Madrid, como regalo de cumpleaños, tenía que comprarme

un perro y salir con él a hacer running. Me sentía hecha una

ancianita. Seguíamos caminando rápido cuando detrás de unas

encinas vimos el remolque verde de un tractor. El perro llegó hasta él

y lo perdimos de vista al desaparecer detrás de las ruedas. Carol

seguía corriendo, sabiendo que aquella podía ser

nuestra salvación, y

llegó hasta el remolque, que tenía el portalón bajado. De pronto, una

lluvia de algo oscuro salió despedida del vehículo y la cubrió por

completo.

—¡¡¡¿¿¿Qué???! —La oí exclamar al tiempo que llegaba hasta

ella. Su Chanel amarillo de chorrocientos euros ya no era amarillo y,

posiblemente, había depreciado su valor unos cuantos euros, porque

lo que la había cubierto tenía todo el aspecto de ser estiércol.

—¡Perdón! —Oímos que decía una voz proveniente del remolque.

Ambas miramos hacia arriba y vimos aparecer a un tipo muy moreno

con una pala y una camiseta de publicidad de Mercadona—. ¡Perdón,

perdón! —dijo mientras saltaba a tierra—. Estaba limpiando el

remolque y sacando la mierda con la pala y ni he mirado. No

esperaba encontrar a nadie aquí...

—¡Pues me has arruinado un vestido de mil quinientos euros! —

gritó Carol con evidente mal genio.

—¿Puede costar tanto una cosa tan fea como esa? —preguntó el

tío, sorprendido.

—¿Se puede ser tan tonto como tú y seguir vivo? —contestó Carol

con su habitual mala leche.

—Mira, lo he hecho sin querer y te he pedido perdón —dijo el

tipo, que debía de tener unos cuarenta años y llevaba la cabeza

completamente afeitada—. No es motivo para insultarme. La culpa

es tuya por haberte puesto detrás del remolque. ¿A quién se le

ocurre? No conozco a nadie que hiciera una tontería así. Nadie en su

sano juicio se pone detrás de un remolque abierto, puede bajar

cualquier cosa. Vosotras no sois de por aquí,

¿no?

—Pues mira, sí, somos de por aquí... ¿No lo ves? Si nos das un

meneo, caen bellotas —siguió Carol mientras se intentaba quitar el

estíercol del Chanel. Yo la miré para intentar hacerle ver que aquel tío

era posiblemente nuestra única esperanza, pero no atendía a

razones. Cuando Carol se enfadaba era como un coche lanzado a

toda velocidad y sin frenos. Solo se pararía cuando se estampase

contra algo. Y si seguíamos así, se iba a estampar contra las manazas

de aquel tío. Afortunadamente, el hombre hizo

caso omiso y volvió a

subir al remolque.

—¿De dónde sois? —preguntó desde arriba, no sé si por

curiosidad o por comprobar algo.

—Desde luego no somos tan de pueblo como tú —soltó Carol.

—Eso es evidente. Y no hace falta que digáis que sois de ciudad.

De Madrid, posiblemente, por los aires que os dais. ¿Qué narices

hacéis aquí si puedo preguntar?

—Hemos venido a esquiar...

—¡Carol! —solté, porque ya se estaba pasando —. Perdona, mi

amiga está muy nerviosa...

—Más que nerviosa, me da que es es una maleducada, pero

bueno, vosotras sabréis... Yo sigo, que tengo faena... Os sugiero que

os apartéis. —Y nada más decir aquello, otra paletada de estiércol

salió volando del remolque. Carol y yo nos alejamos y nos pusimos

bajo la sombra de una encina.

—¡Carol! ¿Qué te pasa? —la abronqué—. Me da que no vamos

encontrar a doscientos tíos por aquí que puedan llevarnos a la

civilización, ¿por qué le has hablado así?

—¿Tú has visto cómo me ha puesto?

—Ha sido un accidente.

—Accidente... Por mis...

—Voy a llamar a estas para que vengan, ¿vale?

—dije para cambiar

de tema porque era evidente que Carol se estaba empezando a

sulfurar—.

¡BEAAAAAAA!

¡SANDRAAAAAAAA! —grité como un

ganadero tirolés.

—¿¿¿Quééééééé??? —respondieron.

—¡Venid aquí!

—Valeeeeeeee...

Carol y yo nos quedamos esperando mientras

las paletadas de

estiércol seguían volando del tractor. Tenía que reconocer que por

mucho que le diese manotazos al vestido, las pintitas marrones no

desaparecían, y empezaba a oler un poco fuerte. Había creído que la

conexión con la mierda era solo cosa mía, pero por lo visto a Carol

también le había afectado la maldición. Pronto iba a descubrir que

estaba equivocada.

—¡Rufino! ¡Kiau! ¡Kiau! —Oímos que gritaba el tipo del estiércol

—. ¡Rrrrrrrrrrrrrrrrrrr! ¡Kiauuuuuu! —Nos miramos alarmadas. Creo

que en aquel momento, tanto Carol como yo nos
arrepentimos de

haber llamado a las chicas, porque era evidente
que aquel tío estaba

loco. Pero cuando vi aparecer al perro moviendo
la cola y mirando

hacia el remolque, entendimos que no había
motivo. Solo estaba

llamando a su perro, que por lo que se veía, se
llamaba Rufino.

—¡Rufino! —volvió a gritar, y el animal se
quedó expectante, con

todo el cuerpo electrizado y las orejas de punta
—. ¡Jía! ¡Jíííííííííí! —Y al

último «¡Jía!», Rufino salió corriendo por nuestra
izquierda con cara

de felicidad y desapareció entre el monte bajo.
En aquel momento

llegaron las chicas.

—¡Un tractor! ¡Qué bien! —exclamó Sandra—.
Ayuda por fin.

—No te acerques o acabarás llena de mierda —
informó Carol.

—No le hagáis ni caso —dije yo—. Está
enfadada porque le ha

manchado el vestido sin querer.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, que el tío estaba tirando estiércol del
tractor y Carol se

ha puesto debajo.

—¡Qué asco! —dijo Bea arrugando la nariz y

separándose de

Carol.

—No fastidies, Bea, que no es para tanto.

—Pero entonces —preguntó Sandra—, ¿nos va a llevar a Córdoba?

—No se lo hemos preguntado —confesé.

—Yo con ese tío no voy ni a la vuelta de la esquina... —declaró

Carol—. Paleta de los...

—Pues es nuestra única oportunidad para salir de aquí —dije

seria—. Carol, déjate de monsergas y engatúsale como tú sabes.

—No pienso hablar con un tío que me ha llenado de mierda.

—Hazlo por nosotras, no queremos pasar la noche aquí.

—He dicho que no. Ese tío es gilipollas.

—Sandra, te ha tocado... —anunció Bea resolutiva—. Venga, vete

a por él.

—¿Quééééé? ¿Por qué yo?

—Porque eres la que está más buena... Venga.

Sandra nos miró a las tres y cuando estaba a punto de decir que

no, se encogió de hombros, sonrió divertida y se soltó un botón del

escote.

—Esperadme aquí, chicas —dijo, y se fue meneando las caderas

hacia el tractor. Las tres nos miramos sorprendidas ante aquel

cambio de actitud.

—Hola, ¿cómo te llamas? —Oímos que decía Sandra. El tipo se

acercó al final del remolque con la pala en el hombro. Su rostro serio

dibujó una sonrisa al ver a Sandra.

—Orfeo...

—Coño, como el negro de Matrix —me susurró Bea al oído.

—Ese era Morfeo... Él se llama Orfeo —respondí tapándome la

boca.

—Mi madre era brasileña —prosiguió el tipo—,

y me lo puso por

una canción muy famosa de su país: «Orfeo Negro».

—¿Ves como era el negro?

—Bea, déjalo.

—O sea, que eres brasileño. Yo estuve de vacaciones en Río de

Janeiro hace unos años... —Sandra estaba tomándose en serio

aquello de engatusar al paleta. Mientras, Bea y yo nos fuimos

acercando para unirnos a la conversación en caso de que fuera

necesario.

—Yo no he estado en mi vida... Mi madre era

de allí, pero no he

ido nunca. De hecho, no he salido de España, exceptuando una vez

que bajé a Marruecos...

—¿Y a qué fuiste a Marruecos? —preguntó Bea con interés.

—A comprar ganado... Tienen muy buena oveja para carne...

—Qué pena... —dijo Bea.

—¿No comes carne?

—No, que qué pena que solo bajases al moro a comprar ovejas...

—Ahhh... Oye, ¿vosotras sois las amigas simpáticas? Porque anda

que la de amarillo...

—La de amarillo, el tacón roto y el vestido lleno de mierda es

Carol; esta que lleva la camiseta desgarrada es Bea, la de la herida en

la frente es Alba y yo soy Sandra.

—Encantado. Desde luego, parece que venís de una guerra...

¿Qué hacéis en medio de la dehesa?

—Nos hemos perdido —mintió Sandra—. Estábamos paseando y

acabamos en medio del bosque.

—¿Habéis salido de paseo sin gorras ni mochilas?

—Sí, no íbamos muy lejos.

—¿Y de dónde venís?

—Esto... Del pueblo de al lado... —improvisó Sandra.

—¿De Quintanar de Arriba?

—Justo, de ese...

—Ya... —dijo, y se pasó la mano por la calva—. Que yo sepa, no

hay un pueblo que se llame Quintanar de Arriba en toda la provincia.

Puede que yo sea de pueblo, pero no soy idiota... ¿Me vais a contar

qué os ha pasado de verdad? —El tío no era tan tonto como parecía.

Bueno, tonto no parecía, pero como tenía aquella pinta de paleta,

supongo que Sandra había pensado que se tragaría cualquier excusa.

—Es que ha habido una avería...

—¿Dónde?

—En el AVE.

—El AVE no para aquí.

—No, si no iba a parar, pero se ha estropeado y mientras lo

arreglaban, nos hemos quedado encerradas en el baño del andén y se

ha ido sin nosotras y con todas nuestras cosas dentro —confesó

Sandra. Orfeo nos miró y empezó a reírse.

—No sé qué rollo lleváis, pero no creo que nadie fuese capaz de

inventarse una tontería tan grande...

—Es verdad... —dije yo con tono desvalido.

—Pues si es así, vaya día que lleváis...

—Si yo te contara, Orfeo...

—O sea, que estáis con lo puesto y sin un sitio en el que caer

muertas... Si queréis os acerco...

—No te preocupes, ya volveremos andando —dijo Sandra, y

estuve a punto de darle un codazo.

—Chicas, os lo digo en serio, no me cuesta nada. Además, se está

empezando a poner el sol. Si no tenéis una mísera linterna, os vais a

perder como que me llamo Orfeo.

—En serio, no te preocupes por nosotras, estamos bien.

—Pues sí, me preocupo. En esta época, los jabalíes están muy

activos y pueden ser peligrosos...

—Si lo hubiéramos sabido antes... —dijo Bea para sí.

—¿Habéis visto alguno?

—No, solo estaba pensando en alto.

—Pues eso, que es peligroso estar aquí fuera. Si queréis, os acerco

al pueblo. Incluso a la amiga esa tan borde que tenéis.

—Por mí no lo hagas... —dijo Carol con suficiencia. Orfeo pasó de

Carol, nos miró a las tres y siguió hablando:

—No me cuesta nada. Además, ya he terminado de limpiar el

remolque. Estoy pensando que lo vais a tener muy complicado para

dormir en el pueblo. Este fin de semana son las fiestas y la casa de

turismo rural está llena. Si queréis dormir en mi casa, tengo

habitaciones de sobra. En tiempos, llegamos a vivir doce personas,

pero ahora solo estamos Rufino y yo.

—No, de verdad, no queremos molestar. Con que nos acerques al

pueblo, será suficiente.

—En serio, no es molestia. Vosotras haríais lo mismo por mí, ¿no?

—Sí, claro... —contestó Sandra de tal forma que fue evidente que

si Orfeo se presentase en su casa ni le abriría la puerta.

—Bueno, por si cambiáis de idea, mi casa es la última del pueblo

según sales por la calle de la Iglesia, y es la única amarilla de todo el

pueblo. Siempre está abierta y el tractor estará aparcado enfrente. Y

vámonos, que se hace tarde. Una de vosotras puede venir conmigo en

la cabina, pero las otras vais a tener que ir en el remolque.

—¿Y qué llevas en el remolque?

—Lo mismo que le he echado encima a vuestra amiga sin querer,

pero fresco...

—¿Mierda?

—Bueno, mierda... Estiércol. Y ocho ovejas y dos cabras. Y si al

final viene una de vosotras en el tractor, a Rufino, que tendría que ir

en el remolque con los animales —dijo señalando a aquel perro con

cara de señor mayor gracioso que había vuelto de dondequiera que se

hubiese ido.

—Dadme un segundo... ¡Rufino! ¡Kiau! ¡Kiau!

apoyó un extremo en el

suelo.

—¡Rufino! ¡Rrrrrrrrrrrrrrr! ¡Chop! ¡Chop, chop!
¡Achucha! ¡Jía!

¡Jiiiiiiiia! —Y Rufino fue empujando suavemente
a las ovejas hacia el

planchón y las hizo subir en grupo al remolque
—. ¡Quié ahí! ¡Quié!

—gritó Orfeo cuando Rufino había terminado de
pastorear a los

bichos—. ¿Quién viene conmigo en la cabina?

—Vamos todas en el remolque —prorrumpió
Carol.

—Carol... —dije yo.

—Aquí o jugamos todas o se rompe la baraja...

¡Venga! Todas al

remolque con las cabras y la mierda. ¿Vas a decirle a tu perro que nos

suba también? —Orfeo no hizo caso del comentario y esperó a que

subiésemos para recoger la plancha, cerrar el portalón del remolque

y dirigirse a la cabina del tractor.

—Te has pasado, Carol —dije una vez que había encontrado un

hueco entre una oveja y una cabra.

—Ni siquiera he llegado —respondió—. ¿Es que no habéis visto lo

que me ha hecho? Me ha llenado el vestido de porquería.

—Lo ha hecho sin querer y se ha disculpado, y además, nos ha

ofrecido su casa para dormir...

—¿Lo estás defendiendo?

—Pues sí...

—Pues déjalo. —Y no pude responder porque Orfeo arrancó y las

cuatro nos caímos sobre ovejas, cabras y estiércol. Creo que todas

estábamos esperando a tener la sensación que se tiene cuando un

coche arranca, es decir, la sensación de que te mueves. Pero la

velocidad del tractor era tan baja que casi podíamos ver como crecía

la hierba de la cuneta.

—A este paso, llegamos el domingo a donde esté el pueblo del

Morfeo este —dijo Bea expresando lo que todas debíamos de estar

pensando.

—Oye, ¿y qué hacemos cuando lleguemos al pueblo? —preguntó

Sandra.

—Buscar a cualquiera que nos lleve a Córdoba y, una vez allí,

cogernos un AVE de vuelta a Madrid —respondí yo, que ya estaba

bastante harta de aquel viaje estúpido. Y justo en aquel mismo

instante, al tomar una curva, el tractor cogió un bache enorme y las

cuatro botamos como muñecos y volvimos a caernos.

—Este paleta lo está haciendo aposta... —refunfuñó Carol.

—Carol, la única parte buena es que no vas a tener que

preocuparte por el olor —dijo Sandra—. En un ratito vamos a oler

todas igual que tú... —Y se echó a reír y yo la seguí. Había que

reconocer que el viaje estaba siendo un desastre, pero al menos me

estaba riendo.

—¿Y si vamos a la Guardia Civil? —pregunté

pensando que Carol

no se atrevería a meterse con un Guardia Civil como estaba haciendo

con el pobre Orfeo—. Igual ellos nos pueden ayudar... Están para

eso, ¿no? No solo para poner multas.

—No podemos ir a la Guardia Civil.

—¿Por qué, Sandra?

—Por lo del coche.

—¿Qué coche?

—El mío. ¿Y si apuntaron la matrícula?

—¿Con esa polvareda? Imposible —apuntó Bea.

—Sandra, tranquilízate, que no estás en busca y

captura. Ahora

mismo tu coche debe de estar llegando a Madrid en una grúa

conducida por tres musculosos mecánicos, que es más de lo que

podemos decir de nosotras. —Y Carol se llevó los dedos a los labios y

silbó hasta que el pastor se giró desde el tractor —. ¡Pastor! ¿Hay

Guardia Civil en tu pueblo? —Orfeo negó con la cabeza.

—El cuartel está en la pedanía de al lado... Pero hoy estarán todos

en las fiestas —gritó.

—Arreglado... Si vemos que la cosa se pone muy mal, le pedimos

ayuda a los guardias, ¿ya estáis más tranquilas?
—pregunté, pero

ninguna pudo responder porque el remolque
volvió a rebotar contra

el suelo y las cuatro salimos disparadas hacia el
cielo.

La llegada fue similar a la de esas películas en
las que una

caravana llena de mujeres es conducida a un
pueblo perdido del

Oeste, o de Huesca, que creo que allí también lo
hicieron. Los

parroquianos que llenaban la pequeña plaza nos
miraban con una

mezcla de curiosidad del que acaba de ver a un
extraterrestre y la

ansiedad del que ve bajar el ganado para la matanza. Y no era de
extrañar, porque si nos fijábamos en las mujeres que había allí, la
mayoría vestidas recatadamente, nosotras debíamos de parecerles
unas busconas. Y es que en aquel pueblo, que más que un pueblo era
una aldea, parecía que se había detenido el tiempo, concretamente a
principios de los ochenta. No tendría más de veinte casas. Todas ellas
estaban colocadas rodeando una pequeña plaza, engalanada aquel
día con banderitas de España y Andalucía, y un escenario minúsculo

donde había colocado un cartel con el nombre del grupo que iba a

tocar: Orquesta Brillantina.

Orfeo detuvo el tractor y de un salto se bajó del mismo junto a

Rufino. Yo pensaba que nos ayudaría a bajar del remolque, pero no,

el pastor se juntó con cuatro señores que bebían de un porrón y

desapareció.

—Menudo caradura —se quejó Carol, que seguía manteniendo su

odio a primera vista.

—¿Las ayudamos, señoritas? —nos preguntó un amable

parroquiano al que le faltaba la mitad de la dentadura.

—Gracias, pero ya podemos nosotras —
respondió Carol.

Pero una cosa era decirlo y otra hacerlo. Carol sacó la pierna por

un lado del remolque y apoyó su Jimmy Choo bueno en un saliente,

pero como era demasiado pequeño y el zapato tenía un tacón de

medio metro, se le resbaló y casi se deja la entrepierna en el portalón.

—Mierda de pueblo... —dijo gritando de dolor.

—Espérese, mujer.

El señor, acompañado por otro con el mismo problema dental,

cogió a Carol casi en volandas y la sacaron del remolque.

—Gracias, gracias —les decía intentando evitar tocarse con ellos.

—Mi turno —dijo Bea.

Pero cuando se disponía a sacar la pierna por el remolque, uno de

los señores, el que tenía más dientes, se fue a la parte de atrás y abrió

el cerrojo dejando caer el portón.

—¿Por aquí es más fácil, verdad?

Las cuatro nos quedamos un poco con cara de idiotas.

—¿Y por qué no ha hecho esto antes? —pregunté inocentemente.

—Para tocarme el culo... Que menudo magreo me han metido —

comentó Carol, que había entendido que aquella ayuda no había sido

tan inocente. Increíblemente, las ovejas y las cabras se quedaron

tranquilas en el remolque, supongo que esperando a Rufino. Una vez

que hubimos descendido, el más dicharachero echó la cancela,

dejando encerrados de nuevo a los animales.

—¿Quieren un poco de vino del porrón?

Otro señor, en aquel momento ya estábamos completamente

rodeadas de señores, nos acercó un porrón lleno de vino.

—No, gracias —dijo Carol.

—No, gracias —dijo Sandra.

—No, gracias —dije yo.

—Vale... —dijo Bea.

—Bea, que no estamos para tomar vinos —la regañó Sandra.

—Yo sí, que estoy muy estresada.

—Todas estamos estresadas —intervine.

—No como yo...

—Bea, no vamos a quedarnos en este pueblucho a tomar vinos.

Tenemos que encontrar a alguien que nos saque de aquí enseguida.

—Pues hacedlo, que aquí os espero.

Bea se giró y cogió el porrón al señor.

—Haz lo que te dé la gana —dijo Carol sin ganas de discutir.

Carol se puso en marcha con su renqueo particular. Se paró, se

quitó el zapato derecho y le arrancó el tacón con rabia.

—¡Se acabó! —dijo, y siguió caminando completamente en plano.

Sandra le hizo un gesto de desaprobación a Bea y se fue detrás de

Carol.

—¿En serio que no vienes? —pregunté en voz baja.

—Que no...

—Pero ¿estás bien, Bea?

—Que sí, pesada...

No la creía. Desde que Sol la había besado en el tren estaba

diferente, como ausente. Pero Bea era muy cerrada para sus cosas, y

por mucho que le preguntara no me iba a decir nada, así que me fui

con las otras en busca de alguien que nos devolviera a la civilización.

Algo que, como veríamos, no iba a ser tan sencillo.

Cuando uno piensa en un pueblo de Andalucía, piensa en esos

pueblos blancos de accidentada geografía, con sus casas blancas, las

calles angostas y el verde intenso de los montes que lo rodean. Pues

bien, el pueblo de Orfeo no tenía nada que ver con aquello. Era una

mezcla de casas construidas con todo tipo de ladrillos, ubicadas

como si hubieran caído del cielo y en unos colores que parecía que se

hubieran quedado sin pintura a mitad del proceso. Era pequeño, ya lo

he dicho, pero no había supuesto que tanto. En dos ocasiones, nos

salimos de él mientras tratábamos de encontrar a alguien que nos

llevase a Córdoba. Las casas se arracimaban alrededor de la plaza y

de la iglesia, siendo las dos calles principales la calle de la Plaza y la

calle de la Iglesia, como no podía ser de otra manera. Había otra calle

que se llamaba avenida de la Estación, que supongo sería la que iba

hasta el apeadero, pero después de doscientos metros, el asfalto se

terminaba y se convertía en una pista de tierra. A las afueras, que

eran casi todo el pueblo, había otra zona que llamaban «La Era», que

supongo que lo habría sido una vez, y en ella habían construido una

nave para secar jamones. Un abuelito al que pregunté se quejó

amargamente de que «Antes todo esto era campo», y yo pensé que

seguía siéndolo, pero no se lo dije. En definitiva, que más que un

pueblo, parecía un pueblo piloto.

Estaba empezando a anochecer cuando Carol perdió los nervios.

—¿Cómo que no tienen cobertura?

El hombre al que Carol estaba gritando tendría unos cincuenta

años y llevaba una camisa de cuadros que debía de tener la misma

edad que él.

—Si en España hay cobertura en todos sitios...

—Pues aquí no. Para eso hay que ir a la

pedanía de al lado.

—¡Esto es increíble! ¡Se han quedado estancados en los setenta!

—¿Quieren un poco de vino del porrón?

—Y dale... ¡Que no!

Carol estaba desquiciada, y no solo porque tuviera el síndrome de

abstinencia por llevar casi dos horas sin conectarse a su smartphone,

algo inaudito para ella, también era debido a que durante una hora

habíamos recorrido la plaza preguntando si alguien podía llevarnos a

Córdoba sin resultado alguno. Por desgracia, la media de edad del

pueblo era de setenta años, con lo que ninguno conducía, y los que lo

hacían, habían vendido su coche hacía años para comprar un tractor,

y el único taxista de la pedanía llevaba borracho desde las cuatro.

Desesperadas por haber ido a parar al único pueblo de España en el

que el progreso había pasado de largo, decidimos sentarnos en unas

escaleras de piedra a pensar qué podíamos hacer.

—¿Y si le decimos a Onofre que aceptamos lo de ir a dormir a su

casa? — sugerí.

—Ni hablar. Y se llama Orfeo —me dijo Carol.

—Perdón. Si yo lo digo por descansar un poco, que ahora con todo

el cansancio no vamos a pensar con claridad.

—Yo necesito urgentemente hablar con Jesús y con mis hijos.

—Pues lo llevas claro. Como no te comuniques por tam tam... —

Carol estaba muy negativa.

—Insisto en que lo mejor es irse a descansar a la casa del pastor.

—¿A descansar? Pero si ese tío debe de vivir en un pajar rodeado

de cerdos. ¿O no te diste cuenta de cómo olía?

—No.

—Tú sí, Sandra, ¿verdad?

—Tampoco, pero tú es que eres muy especialita con los olores.

—A mí me parece que te ha caído mal desde el principio y ya no le pasas ni una.

—Para no caerme mal, mira cómo me ha puesto. Y además, luego nos ha dejado tiradas.

—Tampoco nosotras hemos sido muy majas con él —le contesté con sinceridad.

—Pues nada, si tanto te gusta, le buscas y te vas a dormir con él y sus cerdos.

—Tampoco es para ponerse así.

—Lo siento, pero es que estos sitios me sacan de quicio.

—¿Los pueblos?

—No, los pueblos sin 4G.

—Entonces, ¿qué hacemos? Porque lo de irse hoy está claro que va

a ser imposible. —Sandra empezaba a ponerse práctica.

—Yo ya no digo más lo del pastor. Además, seguro que hasta

podemos darnos una ducha...

—Si nos va a tocar pasar la noche aquí, a mí no me parece tan

mala idea. Pero ya os digo que paso de dormir al raso. No lo hice con

veinte años y no lo voy a hacer con cuarenta. —
Carol repicaba con los

zapatos en el suelo como si aún llevase los
tacones, un gesto que

hacía solo cuando estaba nerviosa o cuando
sabía que tendría que dar

su brazo a torcer, algo que no solía hacer muy a
menudo.

—Vale, nos vamos a la casa del pastor —
claudicó Carol, supongo

que pensando en la posibilidad de darse un
duchazo y quitarse la

peste a estiércol.

Sonreí para mis adentros sintiéndome
triunfadora.

—Si quieres, se lo digo yo.

—No, que este es un listo y seguro que nos la quiere liar. Vosotras

id a por Bea antes de que haga alguna tontería, yo voy a avisarle de

que nos quedamos en su casa.

Tomada la decisión, nos levantamos y Carol se fue a buscar a

Orfeo y nosotras a por Bea. Mientras caminábamos hacia el interior

de la plaza, no pude evitar sentir un profundo alivio pensando que al

fin íbamos a poder descansar. Qué lejos estaba de la realidad.

Al regresar a la plaza, la Orquesta Brillantina estaba sobre el

escenario deleitando a la concurrencia a base de

pasodobles. Los tres

hombres que acompañaban a la mujer que cantaba, una señora de

unos cincuenta años embutida en un vestido flamenco tres tallas

menor, tocaban sus instrumentos con la misma pasión que el tipo

que canta las bolas en el bingo. En un primer vistazo no vimos a Bea,

así que decidimos ir al lugar donde Orfeo había aparcado el tractor a

ver si todavía seguía allí. Cruzamos entre las parejas de ancianos que

bailaban sin mirarse y muy concentrados, no sabía si debido a que

estaban enfadados o a que eso del baile se lo

tomaban muy en serio.

—Qué monos todos los abuelitos bailando...

—Sí, muy majos.

—¿A ti no te gustaría acabar así con Jesús?

—Así no mucho, la verdad.

—Me refiero a estar juntos de viejos. Y bailar.

—Lo de estar juntos, seguro; lo de bailar no tanto porque a Jesús

no le va mucho.

De repente, un olor nauseabundo hizo que Sandra se detuviera,

asqueada.

—¡Qué peste! —se quejó haciendo aspavientos con las manos.

—Ya te digo.

Buscamos con la mirada la procedencia de aquel olor tan

desagradable y enseguida descubrimos que venía de un puesto de

comida donde una señora del tamaño de un gorila freía en una

plancha llena de grasa lo que parecían trozos de carne de algún

animal.

—¿Qué están friendo ahí, un rinoceronte?

—No exactamente, son las tripas de un venado...

No dábamos crédito a lo que estábamos oyendo. Y no porque nos

pareciera asqueroso que la gente del pueblo se comiera las tripas de

un ciervo, que también, la razón de nuestro asombro se debía a que

el hombre que había pronunciado aquellas palabras tenía acento

argentino. Era alto, delgado y con más pelos en la cara que

Chewbacca en un mal día.

—¿Eres argentino?

No sé cuál de las dos dijo estas palabras, lo que sí sé es que lo

rodeamos inmediatamente y debimos de abrumarle un poco porque

el hombre dio un par de pasos hacia atrás.

—Depende... —dijo un poco asustado.

—Perdona, es que no esperábamos encontrarnos a alguien normal

en este pueblo.

—¿Normal? —El argentino arqueó las cejas.

—Civilizado —corregí.

—¿Civilizado? —volvió a sorprenderse.

—A alguien que no sea del pueblo, queremos decir.

—Yo soy del pueblo.

—Ah.

Estábamos tan nerviosas que no dábamos ni una. Se produjo

entonces un silencio incómodo que no nos

atrevíamos a romper por

miedo a meter la pata de nuevo.

—Ustedes son las que trajo Orfeo en el tractor, ¿no?

—Sí, yo soy Sandra.

—Yo, Alba.

—Yo soy Sebas. Encantado.

Nos saludamos amigablemente dejando atrás el pequeño

momento de tensión.

—¿Y a qué vinieron? ¿A disfrutar de las festividades? —preguntó

con ironía.

—Se nota que estamos fuera de lugar, ¿verdad?

—dije apurada.

—Qué va. Tenían que haber visto el día que llegué yo. Me sentí

como Charlton Heston cuando llegó al planeta de los simios.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó Sandra.

—Tengo un huerto ecológico.

—Ah, que eres un hippie.

—Tía, cómo te pasas. —Le di un codazo a mi amiga.

—No soy hippie, con ser argentino ya tengo bastante, ¿no creen?

—Desde luego —dijo Sandra con total sinceridad.

—Oye, ¿tú no tendrás un coche, verdad? —

pregunté viendo que la

cosa se volvía a poner tensa.

—¿Para qué quieren un auto?

—Para ir a Málaga, o a Córdoba, ya nos da igual...

—¿A Málaga?

—Sí, es que mira, verás, resulta que mañana es mi cuarenta

cumpleaños y mis amigas me llevaron a cenar, y bueno, el caso es que

bebimos un montón y se nos fue la cabeza, y como son unas locas,

pensaron que para mi cumpleaños tenían que hacerme un regalo a la

altura y...

—¿Le vas a contar toda la historia? —me interrumpió Sandra.

—Toda no, un resumen, para que se haga una idea.

—Tranquila, si da igual, no tengo coche.

—Vaya...

—Y móvil supongo que tampoco tendrás, ¿verdad?

—No, pero tengo Internet.

—¿En serio?

—Sí, me lo instalé cuando llegué, pero va fatal, se conecta una vez

al día como mucho y va superlento.

—Ya sé que te he llamado hippie y que me he metido contigo por

ser argentino, pero si te pido perdón, ¿me dejarías usar tu Internet?

—No.

—Que rencorosos sois los argentinos.

—Estaba de broma, ¿cómo no la voy a dejar usarlo?

—¿En serio?

—Claro, venid. Está aquí al lado, a solo dos cuadras.

—Eso es que está a dos manzanas, ¿verdad? — dije en plan maja.

—No, no, a dos cuadras de verdad —me corrigió—. La cuadra del

tío Valerio y la cuadra del Rutilio.

Para una vez que me podía hacer la lista, volvía

a meter la pata.

—¿Te importa que vaya? —me preguntó Sandra.

—No, tranquila, ya busco yo a Bea, no te preocupes.

Sí me importaba, porque el argentino parecía muy majó y prefería

mil veces irme con ellos que quedarme a buscar a Bea, pero después

de mi metedura de pata con lo de las cuabras, seguramente pensaba

que era boba. La típica madrileña que se cree muy lista y muy

cosmopolita, pero que no ha salido en su puñetera vida del barrio, y

sí, era verdad que yo era exactamente así, pero

una cosa es que lo

fuese y otra muy distinta que lo fuese exhibiendo por ahí. Así que

saqué mi orgullo a pasear y me quedé en la plaza viendo como Sebas

y Sandra se perdían entre las parejas que bailaban al son de otro

pasodoble.

A Bea la encontré cinco minutos después de dejar a Sandra.

Estaba en una de las barras improvisadas tomándose un vino con un

chico.

—Venga, Bea, vente, que al final nos vamos a dormir a casa del

pastor.

—Paso. Estoy aquí tomándome unos chismes con Segismundo.

—Lláname Mundo... —dijo el chico haciendo un gesto con las

cejas que pretendía ser seductor, pero que, debido a su entrecejo, le

quedó un poco grotesco.

—Quiere que le llame Mundo... —me dijo sonriendo.

Me interpuse entre los dos y me giré hacia mi amiga buscando un

poco de privacidad.

—Ni se te ocurra.

—Ni se me ocurra, ¿qué?

—Ya sabes...

Moví disimuladamente la cabeza señalando al chico que estaba

detrás de mí.

—¿Qué pasa, que ahora te has vuelto una mojigata como Sandra?

—No seas pesada. Llevamos un día y pico sin pegar ojo. Tenemos

que descansar.

—Ya dormiré luego.

—¿Luego? ¿Cuándo?

—Pues luego.

—¿Cuando te quedes inconsciente de beber vino?

—No me voy a quedar inconsciente.

—Pues al paso que vas, poco te queda.

—Solo estoy cogiendo el puntillo.

—Bea, que tú no te has pillado el puntillo en tu vida, que tú eres

de saltar directa a la cogorza padre.

—¿Un poco de vino? —nos interrumpió el joven.

—No, gracias.

—Yo sí...

Bea cogió el porrón y le dio un trago. Luego se lo volvió a pasar al

chico.

—A ti te pasa algo que no me quieres contar.

—¿Qué me va a pasar?

—Desde lo del beso estás muy rara.

—¿Qué dices? —Se puso tensa—. ¿Qué beso?

—El que te diste con Sol.

—No me di ningún beso, ¿vale? Fue ella la que se me tiró encima.

—Bueno, lo que sea.

—No, lo que sea, no. Que quede muy clarito. Que yo paso de esas

cosas, ¿vale? A mí me gustan los hombres, y antes me lío con un tío

como Mundo, por muy feo que sea, que hacerlo con esa chica, por

muy buena que esté.

—¿Me ha llamado feo?

El chico me había tocado en la espalda reclamando mi atención.

—¿Te importa? Es que estoy aquí hablando con mi amiga.

Me volví a girar para seguir hablando con Bea, pero había

desaparecido. La busqué con la mirada, pero no la encontré.

—¿Has visto hacia donde ha ido? —pregunté a Mundo o

Segismundo o como quiera que se llamara.

—No, pero si quieres, te invito al porrón.

Y volvió a mover el entrecejo.

—No, gracias.

Me introduje de nuevo en la plaza, pero Bea parecía haberse

volatilizado. Me acerqué entonces a un grupo de tres señoras vestidas

de riguroso luto que hablaban entre ellas. Me recordaron a las tres

brujas que salían en la película de Macbeth, pero no se lo dije, claro.

—Perdonen, ¿han visto a una chica así gordita, pero no mucho,

que lleva una camiseta negra rota?

—¿Quisusté? —dijo una de ellas.

—¿Perdón? —No había entendido nada.

—Le pregunta que quién es usted —me dijo otra.

—Soy Alba, de Madrid.

—¿Adríz? ¿Y quiziquí?

—Que qué hace aquí —volvió a traducirme la mujer al ver mi cara

de no entender ni una palabra.

Pensé en contarles toda la historia del cumpleaños, lo del tren, lo

de Mario Santos, pero no me pareció muy adecuado.

—Por las fiestas... —dije.

—¿Has oído, Soledad? Conocen nuestras fiestas en Madrid.

—Para mal, seguro —contestó otra de las mujeres con desprecio.

—No, no, qué va... Que en la capital se les

tiene mucho cariño...

—No sé por qué me empeñaba en intentar quedar bien con aquellas

señoras que no conocía de nada.

—Seguro que es por la Virgen de las Nieves, que es una

preciosidad.

—Sí, es por eso —afirmé con la esperanza de zanjar el tema.

—Pues la pobre está fatal.

—Vaya.

—Lo mismo podría echarnos una mano —sugirió una de ellas—.

Si ha venido por la Virgen, seguro que quiere ayudarla.

—A ver, por la Virgen... y también por ver un poco el ambiente.

—¿Esto, ambiente? —dijo una refiriéndose a la gente que bailaba

en la plaza—. Esto es una morsanguera.

—Una guallapada —me intentó aclarar otra.

—Una cosa de vicio —sentenció la tercera—. Lo de la Virgen sí

que es bonito.

—Seguro...

—Entonces, ¿nos va a ayudar?

—Es que tengo que buscar a una amiga. La gordita de la que les

hablaba...

—Va a ser un ratito nada más.

—Bueno... Si es un ratito...

—Pues venga, arreando para la iglesia...

Una de ellas me cogió del brazo en plan
detención policial y

empezamos a caminar seguidas por las otras dos
mujeres. En cuanto

eché a andar sabía de sobra que me estaba
metiendo en un lío, pero

las mujeres parecían tan contentas de que
alguien se interesara por

su Virgen que no pude decirles que no.

Mientras yo me iba con las viejas hacia no sabía
dónde, Carol

estaba buscando a Orfeo por el pueblo para

pedirle que nos dejase

pasar la noche en su casa. No sabía por qué Carol había decidido ser

ella quien hablase, después de lo mal que se habían llevado la escasa

media hora que habían estado juntos, pero con Carol hacía años que

había dejado de intentar comprender los motivos de sus acciones. Lo

que tenía claro era que no iba a disculparse.

Tras buscarle por la plaza y cerca de su tractor, Carol decidió

entrar en «el bar» del pueblo. Era «el bar» del pueblo, entre otras

cosas, porque no había otro y porque en un letrero de Cruzcampo

que colgaba en la fachada estaba escrito «El Bar». Carol entró y se dio

la típica situación de película del Oeste en la que el pistolero malo se

mete en el saloon y todo el mundo se le queda mirando con pavor. En

el caso de Carol, quince pares de ojos masculinos clavaron su mirada

en ella, pero no era pavor lo que mostraban, más bien otra cosa: algo

así como testosterona agrícola. Y como en las películas del Oeste,

Carol vio a todos los extras típicos: el bizco, el desdentado, el tullido,

el que se afeitaba la cabeza para que no le arrancaran la cabellera los

indios, el viejo que tenía cara de niño, el sheriff (aquel era el cabo de

la Guardia Civil) y el potentado. Solo faltaba el cactus. En aquel

preciso momento y para darle más dramatismo a la situación, el

reguetón que estaba sonando se acabó y se hizo el silencio.

—Buenas noches —dijo Carol, que no se arredraba ante nada.

Acodado en la barra tomándose un chinchón estaba Orfeo, que se

había quitado la camiseta de Mercadona y se había puesto una

camisa negra. Carol se fijó en sus fornidos brazos y pensó que estaría

tan fuerte de palear estiércol, lo que le quitaba todo el glamour a

aquellos bíceps.

—Uhhh... Mira quién está aquí... —dijo con ironía—. La

simpática chica de ciudad... —A Carol aquella prepotencia le tocó las

narices y decidió pasar del pastor y hacer un último intento para

conseguir un medio de transporte. Se acercó a la barra y le preguntó

a un parroquiano que se afanaba en sacarse algo de la dentadura con

un palillo.

—Buenas noches. Por favor, ¿el encargado del bar? —El del palillo

se la quedó mirando como si le hubiese hablado en gaélico y no

respondió. Lo único que hizo fue sacarse el palillo de la boca, y un

hilillo de baba le cayó por la comisura de los labios. Carol miró

alrededor, y debía de ser que el programa de Los Morancos que

emitía la tele lo habían visto mil veces, porque todo el bar estaba

pendiente de ella.

—¡Agustín! —gritó Orfeo hacia la puerta de un almacén—.

¡Pregunta por ti una señora!

—Señorita, si no te importa —dijo Carol con retintín.

—¡Agustín! La señorita-si-no-te-importa pregunta por ti. —Orfeo

miró a Carol con una sonrisa ácida—. ¿Mejor ahora? Total, Agustín va

a salir a la misma velocidad, jajaja.

—¿Te crees muy gracioso o es que eres el gracioso del pueblo?

—No, yo solo soy el pastor. El gracioso es el Chicoleo, que es el

bizco del fondo; borrachos tenemos tres; y el tonto del pueblo es al

que le acabas de preguntar por el encargado. — Ahora se explicaba

que no hubiese dicho nada. En ese instante, del almacén salió un tipo

con bigote, una barriga como una pelota de

Pilates (de las grandes) y

unas manos que parecían un muestrario de plátanos. Miró a la barra,

y como la única señorita que vio fue Carol, se fue directamente a ella.

—Dígame...

—Hola, Agustín. Me presento, soy Carol. Mire, estoy aquí con

otras tres amigas y buscamos un lugar donde pasar la noche...

—Imposible, la casa rural de mi cuñada está llena.

—Ya, eso ya me lo han dicho. Pero ¿y una casa particular?

Pagaríamos bien... —mintió Carol.

—Quiá. Ahórrese su dinero. En este pueblo no les cobrarían...

Pero cuando son fiestas viene la familia de la capital y están todas las

casas llenas con los hijos, los yernos, los cuñaos, los sobrinos y las

suegras.

—¿Y no se le ocurre otra solución? —Agustín se rascó la cabeza

con aquellos dedos como porras y Carol pensó que bien podía estar

haciendo surcos con el arado.

—Lo único que les puedo ofrecer es que duerman en el bar. Pero

en fiestas no cierro hasta las siete, y a veces nos quedamos hasta más

tarde. —Carol sintió unos golpecitos en el hombro. Se volvió y allí

estaba Orfeo con su sonrisa de suficiencia.

—Mira, rubia. No te equivoques, que no lo digo por ti, sino por

tus amigas las simpáticas. Os lo he dicho antes y os lo vuelvo a decir:

si queréis quedaros en mi casa no me importa, hay sitio de sobra...

Lo digo en serio, que en este pueblo todavía somos hospitalarios.

—Esta rubia no te necesita a ti ni a ningún otro tío —cortó Carol

totalmente borde. Si había algo que odiaba en el mundo, era que la

llamaran rubia.

—Así que eres de esas... —dijo Orfeo sin dejar de sonreír.

—¿De cuáles?

—De las feministas.

—Sí, y por las noches salgo por Madrid con unas tijeras de podar

para cortarles los huevos a los tíos. Así que ten cuidado esta noche...

—Carol se iba a ir cuando sintió algo tocándole el culo. Se giró a toda

velocidad y descubrió que era la mano del tonto del pueblo, que

estaba manoseando directamente sus posaderas. Por muy tonto que

fuera, aquel tipo se había ganado un sopapo, e iba a dárselo cuando

al echar la mano abierta hacia atrás, Carol golpeó el tubo de chinchón

que sujetaba Orfeo, con tan mala suerte que se lo echó a sí misma

por encima de la cabeza, arruinando una sesión de peluquería de

doscientos euros.

—¡¡¡¿¿¿Qué haces???! —gritó ella mientras el bar entero

estallaba en una carcajada.

—Yo no he hecho nada, rubia. Has sido tú misma la que te has

tirado el anís encima.

—No me lo puedo creer... ¡Otra vez! ¡Primero el estiércol y ahora

el anisazo! —Carol abofeteó a Orfeo, al tonto, a un borracho que

había a su izquierda y salió del bar oliendo a mierda, licor y rabia

mientras las risas seguían sonando detrás de ella.

Por mi parte, esa incapacidad para decir que no se volvía de nuevo

en mi contra. Las tres mujeres de negro me habían llevado hasta la

iglesia del pueblo, un edificio de ladrillo visto que, o había perdido la

torre en un terremoto o se había quedado a medio hacer. El interior

era tan pequeño que más que una iglesia parecía un garaje grande.

Tan solo había un par de filas de bancos, bueno, de hecho solo había

un banco, porque los demás asientos eran unas sillas de madera y

otra plegable de aquellas que se llevaban las familias a la playa. El

altar era una tabla sobre dos borriquetas, tapada por una sábana de

color amarillo y llena de recosidos, que si no era del mismo siglo que

la Sábana Santa, por ahí le andaba. Y en la pared del fondo, a modo

de retablo, había pintado lo que parecía un Cristo en la cruz, y digo

que parecía, porque entre que la pared estaba desconchada, que los

colores se habían desvaído y que el trazo era el de un niño de tres

años puesto de cocaína, no había mucha forma de enterarse de lo que

había ahí pintado. Vamos, un cromo de iglesia. Y allí estaba yo, con

las tres señoras, probándome un traje de nazarena, porque para eso

me habían traído a la iglesia de los hobbits, para ser costalera o algo

parecido, porque tampoco las entendía muy bien. Aquellas mujeres

hablaban una mezcla de castellano, andaluz cerrado y sonidos de

animales, por lo que no comprendía más que una de cada seis frases.

Aun así, pude entender que en las fiestas era tradición en el pueblo

hacer la Bajada de la Virgen de Las Nieves de madrugada. Porque la

Virgen se llamaba de las Nieves, que eso sí que lo entendí y estaba

escrito en una fotocopia que había en un corcho. Que yo pensé, aquí,

en medio de un secarral de Córdoba, ¿qué narices pintaba una Virgen

de las Nieves? Pero no quise preguntar porque seguro que me lo

contaban e iba a dar paso a una larga conversación que prefería

evitar. Me explicaron que en aquel lugar, a diferencia de otros sitios,

eran las mujeres las que cargaban con la imagen, supongo que

debido a que a esas horas, y en tan señaladas fechas, los hombres del

pueblo debían de llevar una tajada como un piano, y claro, no era

plan. La tradición mandaba pasear a la Virgen por el pueblo, dar tres

vueltas a la ermita para evitar que nos doliera la barriga el resto del

año y luego se servía una olla de migas. Que ya entendía yo por qué

se le pedía que no nos doliera la barriga después de un plato de

migas a las dos de la mañana. Tras las tres vueltas, había que entrar

la Virgen en la iglesia para cantarle la salve y hacer el besamanto a la

patrona. Lo que viene siendo un jolgorio, vamos. El caso es que me

habían elegido para sustituir a la cuarta mujer que solía llevar el

paso, y yo, cómo no, había aceptado.

—¿Qué le ocurrió a la otra señora? —pregunté a una de las

mujeres que intentaba ensartarme en aquel diminuto traje que olía a

naftalina que echaba para atrás.

—¿A la Etelvina?

—Sí —supuse que se referían a ella.

—Se murió —contestó otra.

—Qué pena.

—Está mejor allí que aquí —sentenció la que faltaba.

—Bueno, si tuvo una buena vida... —Yo, en plan positiva.

—Una mierda de vida tuvo... Como todas. Yo solo espero que el señor me lleve pronto a su lado.

—A mí antes.

—Tú siempre antes, Dolores, tú siempre antes...

—Bueno, no discutan, que seguro que se las lleva a todas en su justo momento.

Las tres me miraron con un gesto que parecía

que se hubieran

comido un kilo de limones. Pero no dijeron nada, se limitaron a

acoplarme el traje, que una vez puesto me di cuenta de que me

quedaba mucho peor de lo que hubiera imaginado. El vestido se

componía de una túnica negra hasta los tobillos, bueno, hasta los

tobillos les quedaban a ellas, que eran muy bajitas, pero a mí, que

tampoco es que fuera muy alta, me quedaba por las rodillas. Las

mangas también eran anchas para el tamaño de las señoras, pero

para el mío, más que mangas, eran hombreras.

Lo más bonito me

pareció la mantilla, pero claro, tenía truco.

—Qué bonita es esta mantilla...

—Era de la Etelvina.

—Ah, qué bien... ¿Y se la dejó en herencia al morir?

—No, que va. La enterramos con ella puesta.

—Ah...

Y no insistí. Ni pregunté más. Temerosa de descubrir por qué una

mantilla que había sido enterrada con su dueña muerta estaba ahora

en mi cabeza. Una vez que las cuatro teníamos la indumentaria

puesta, apareció el cura. Era un señor bajito y escuchimizado que

debía de rondar los cuatrocientos años. Con la cabeza siempre

mirando al suelo y las manos juntas, se acercó a nosotras lentamente,

muy lentamente, desesperadamente lento. Era como si fuera

fotograma a fotograma. Un pasito, luego otro, y tras diez minutos,

por fin pudo recorrer los cinco metros que le separaban de nosotras.

Luego, una a una, nos fue santiguando. Y cuando me tocó el turno,

tuve la necesidad de decir algo:

—Perdone, señor cura...

—Don Venancio —me corrigió Dolores.

—Perdone, don Venancio, que le quería comentar, que yo no soy

del pueblo, y lo mismo para usted el que yo lleve a la Virgen es un

sacrilegio o un pecado o una maldición. Y bueno, que aunque no creo

en Dios... —Empezaba a meterme en un lío de los míos—. A ver...,

que no es que no crea, es que me parece complicado justificarlo,

¿vale? Y bien, lo que quería decir es que no quiero que se molesten,

así que si usted no ve bien el que yo esté aquí, me voy...

Me quedé mirando la calva de don Venancio,

esperando una

respuesta.

—Es sordo —me explicó Dolores.

—Ah, vaya.

—Y tampoco ve bien —apuntó Angustias.

—Pero es muy bueno —culminó Soledad.

—Se le ve... Se le ve buena persona. —Estaba
perdiendo el norte

de forma insólita.

Entró en la iglesia entonces un chaval de unos
catorce años, que si

no fuera porque iba vestido con traje regional,
llevaba colgado del

cuello un pequeño tambor y le faltaba la mano

izquierda, habría

pasado perfectamente por un chico de lo más normal.

—Buenas... —dijo quitándose la gorra regional en señal de

respeto.

—Hola —dije.

—¿Quién eres? —me preguntó, sorprendido, al verme.

—Soy Alba. No soy del pueblo. Estoy de paso con unas amigas.

¿Tú no tendrás coche para llevarnos a Córdoba, verdad?

—Pues no.

—Era solo por preguntar.

—La moza va a hacer de Etelvina —le aclaró una.

—Bueno, no..., que Etelvina es insustituible —dije yo

respetuosamente.

—Ah... —contestó el chico con total indiferencia—. Yo soy

Herme, el que toca el tambor.

—Me lo había imaginado.

—¿Y eso?

—Pues porque como llevas el tambor colgando... —dije

lentamente.

—Ah... claro.

—Por cierto, me parece genial ese afán de superación, de no

rendirse y de querer tocar aunque sea con una mano.

—No, no, si toco con las dos...

—¿Cómo vas a tocar con las dos? Si solo... Vaya, que te falta...

Que no tienes... —Intenté ser lo más correcta posible—. A ver, que

de las dos manos que tiene todo el mundo, tú solo tienes una.

—No es problema. Yo me ato el otro palo al muñón y toco sin

problemas. Mira.

El chico cogió entonces la baqueta y se la colocó en el muñón.

Luego sacó un trozo de cuerda y la dejó atada.
Y se puso a tocar. Los

primeros tres golpes que le dio al tambor fueron
normales, pero al

cuarto, ¡ay, el cuarto...! Según golpeó con la
baqueta del muñón, esta

se soltó un poco y le dio en un ojo. Aun así, el
chico siguió dándole al

tambor, y aunque con la mano buena lograba
darle a la caja del

instrumento, con la otra no acertaba ni una. El
chico hacía

aspavientos con el brazo que no eran
correspondidos con la baqueta,

que definitivamente iba a lo suyo golpeando por
todas partes menos

el tambor.

—Es difícilillo, ¿eh? —intenté darle ánimos.

—Es que a veces se atasca. Pero en el paso me sale perfecto, ¿a

que sí, Angustias?

—Sí, Herme. Sí.

Don Venancio acercó su cuerpecillo a Angustias y le dijo algo al

oído.

—Don Venancio dice que tenemos que salir ya.

—Yo insisto en que si queréis que lo haga alguien del pueblo, por

mí no hay problema...

Pensé que con este último intento lograría hacer

recapacitar a las

mujeres y conseguir escaquearme de tener que pasear a la Virgen,

pero no me hicieron ni puñetero caso, así que tuve que seguir las

fuera de la iglesia, donde nos esperaba el paso.

El paso consistía fundamentalmente en dos palos de madera

puestos en cruz, y en el medio, atado con cuerdas, un cajón, y sobre

él, encajada, la estatua de la Virgen de las Nieves, la famosa patrona

del pueblo.

Don Venancio volvió a decirle algo a Angustias al oído.

—Dice don Venancio que nos coloquemos.

Y nos colocamos. Dolores y Angustias delante y la otra mujer y yo

detrás. Nada más levantarlo, saltó a la vista que, debido a nuestra

diferencia de estatura, estábamos descompensadas por lo que daba

la sensación de que a la pobre Virgen la estaba llevando un jorobado.

La única manera de arreglar aquel despropósito era que yo me

pusiera a su altura y fuera caminando todo el rato agachada en

cucullas, algo que me pareció tan ridículo como indignante. Pensé en

protestar, pero tampoco soy muy de insistir, así

que accedí. Con el

paso ya equilibrado, don Venancio se colocó
delante con Herme y

echaron a andar.

No sé cómo había pasado, pero ahí estaba yo,
caminando casi a

gatas, con el paso sobre mis hombros,
recorriendo las calles de un

pueblo en medio de la nada. Como si formase
parte de la Comunidad

del Anillo versión Almodóvar.

Nos adentramos en una calle del pueblo al ritmo
que marcaba

Herme —cuando acertaba a darle al tambor—
y siguiendo a don

Venancio, al que había que corregir el rumbo porque cada cuatro

pasos se desviaba de su camino, lo que nos hacía ir de un lado a otro

de la calle. Con este panorama, tardamos quince minutos en cruzar la

primera calle, que tenía el tamaño del pasillo de mi piso. Al girar

hacia la siguiente calle, igual de corta y estrecha, en la que por cierto

no había ni Dios esperando ver el paso, don Venancio volvió a tomar

un rumbo equivocado y casi se estampa contra una esquina, pero

milagrosamente giró en el último momento y pudo esquivarla.

Cruzamos la calle escuchando de fondo la charanga que había

montada al otro lado del pueblo, y no pude evitar pensar en que mis

amigas seguramente estarían allí divirtiéndose. Pero al mismo

tiempo pensé que gracias a mí esta pobre gente podía seguir

adelante con su tradición milenaria, y me sentí mucho mejor. Estaba

pensando en lo bien que se me daba eso de encontrar una

justificación para todas mis decisiones, por absurdas que fueran,

cuando al entrar en la siguiente calle, el cura se detuvo en seco y

Herme dejó de tocar. Como yo no me esperaba la parada y encima

estaba pensando en mis cosas, casi tiro a la Virgen al intentar no

comerme a Angustias, que era la que iba delante de mí. Por suerte

mantuve el equilibrio y la Virgen siguió colocadita en su cajón. Me

fijé entonces en que en uno de los balcones de la calle estaba

asomado un hombre de unos ochenta años con sombrero cordobés.

Supuse que aquella era la causa de nuestra parada: teníamos un fan y

había que saludarle, claro.

—Hola —le dije sonriente.

Y se hizo el silencio.

El eco de mis palabras resonaban todavía en los muros de aquella

estrecha calle cuando el hombre levantó un brazo solemnemente y

empezó a cantar una saeta. Supongo que era una saeta porque es lo

que siempre he oído que se canta en este tipo de eventos, pero

también es verdad que con mis conocimientos de música regional

podría estar cantando una jota o un fandanguillo. Para mi sorpresa,

el anciano cantaba como los ángeles. Su voz, rota y llena de matices

te hacía estremecer y en más de un momento se

me puso la piel de

gallina. No sé cuánto tiempo estuvo el hombre cantando, pero al

terminar quise romper a aplaudir, aunque enseguida me di cuenta de

que si soltaba el paso, este se iría directamente al suelo. Y no era plan

de cargarme un momento tan solemne. De todas formas, cuando nos

pusimos de nuevo en marcha, me di cuenta de que los hombros se

me habían contracturado y las piernas empezaban a sufrir calambres

por lo incómodo de la postura.

Don Venancio se puso de nuevo en marcha acompañado por los

desacompañados toques de tambor de Herme.
Nosotras les

seguíamos, pero a mí me resultaba cada vez
más difícil mantener la

posición encorvada. No sé si fue debido a la
mística del momento o

porque me estaba desollando los hombros, pero
tuve la necesidad de

mirar a la Virgen y pedirle que acabara con
aquel tormento cuanto

antes. Le prometí que haría dieta, que iría al
gimnasio, que dejaría de

hablar mal de las personas... Cualquier cosa
con tal de salir de allí.

Obviamente, no esperaba que la pobre figura me
hiciera caso, sin

embargo me lo hizo. No exactamente como yo esperaba, eso sí.

Habíamos llegado a una pequeña plaza a la que don Venancio

daba vueltas de forma absurda haciendo que tuviéramos que corregir

continuamente nuestra trayectoria. Como ya estaba alerta, las

repentinas paradas en seco del cura no me pillaban desprevenida,

pero claro, no había contado con la cabra. El animal apareció de

repente cruzando la plaza a todo correr directa hacia nosotros.

—¡Que viene una cabra!

Intenté llamar la atención de mis compañeras

costaleras, pero

ninguna de ellas se inmutó. Y la cabra avanzaba.

—Que no se para... —insistí.

Y no se paró. Llegó hasta el paso y se metió debajo.

Instintivamente me detuve y me levanté para no chocar con el

animal, lo que provocó que los maderos se separasen y rompieran el

cajón en el que iba la Virgen, la cual, al liberarse de su

encajonamiento, empezó a realizar una trayectoria descendente hacia

el suelo. Al ver que se avecinaba el desastre, di un paso para intentar

agarrar la imagen, pero fue hacer el movimiento y darme un tirón en

los gemelos. Solté un grito de dolor y me agarré al tablón para no

caerme, pero claro, como no estaba sujeto a nada, acabé por arrastrar

todo el paso en mi caída. Ya desde el suelo, vi como la Virgen

también caía, pero en vez de estamparse contra el suelo adoquinado

como había hecho yo, la imagen impactó contra la cabeza de don

Venancio, dejándole seco en el acto.

—¡Don Venancio!

Las tres mujeres corrieron a auxiliar al cura.

—Herme, ayúdame, por favor... —supliqué desde el suelo.

Pero el chico estaba en shock. Tenía la mirada fija en el cuerpo de

don Venancio.

—¿Está bien? —pregunté, asomándome entre los maderos.

Las tres mujeres se giraron hacia mí.

—Ha muerto —dijo Angustias con cierto tono de rencor.

Las ancianas me miraban con odio contenido.

—Ha sido culpa de la cabra... —argumenté asustada.

Pero no coló.

Al mismo tiempo que yo hacía el ridículo como

costalera y

mataba a un cura, Sandra estaba con Sebas en su casa. Llevaban un

buen rato intentando conectarse a Internet, pero, para frustración de

mi amiga, no lo habían conseguido.

—Es alucinante que en pleno siglo XXI haya todavía sitios sin

Internet.

—¿Era muy urgente?

—Bueno, es que tengo a mis hijos en un campamento. Y quería

saber cómo estaban.

—¿Hace mucho que no sabés de ellos?

—Desde esta mañana.

—Tampoco es tanto tiempo. Ni siquiera ha pasado un día.

—¿Tienes hijos?

—No.

—Pues si tuvieras hijos y hubieras pasado el día que he pasado

yo, te aseguro que querrías hablar con ellos.

—¿Has tenido un mal día?

—Malo no, horrible.

—Eso me pareció al verlas. Parecía que venían de la guerra.

—Algo así —suspiró Sandra—. Estoy tan cansada que podría

quedarme dormida de pie.

—Seguro que podrías hacerlo, pero lo mismo preferís tumbarte en

el sofá.

—Gracias, pero tengo que volver con mis amigas.

—¿Seguro? Si querés puedo bajar yo y decirles que estás aquí

descansando.

A Sandra no le pareció mala idea.

—¿En serio?

—Sin problema.

—Pues te lo agradecería, porque no puedo dar un paso más.

—Tranquila, vos descansá, que yo hablo con sus amigas.

Sebas le señaló el sofá y Sandra no perdió tiempo en tumbarse a

lo largo.

—¿Querés algo de beber?

—Me muero por una Coca-Cola light bien fría. Pero no sé si a este

pueblo ha llegado la Coca-Cola.

—Te equivocás, Google no habrá podido conquistarnos, pero la

Coca-Cola es indispensable. ¿Cómo se iban a hacer si no los cubatas

los parroquianos?

Sebas salió y Sandra aprovechó para echar un

vistazo al salón. Un

lugar pequeño, de paredes de piedra, pero decorado con muy buen

gusto, algo que le sorprendió, ya que no esperaba ver en las paredes

reproducciones de Klimt o Schiele, estanterías de hierro forjado y

una mesa enorme hecha con un tronco de madera, por no hablar del

sofá en el que estaba tumbada: un tresillo de cuero marrón de estilo

danés de los años setenta. Sebas volvió con una lata de Coca-Cola y

un vaso con hielos.

—No sé si estará suficientemente fría...

Sandra echó la bebida en el vaso y le dio un trago largo.

—Está perfecta, gracias.

Y volvió a darle otro trago a la Coca-Cola.

—Tienes una casa preciosa.

—Gracias.

—¿La has decorado tú?

—Sí, con cosas que voy recogiendo por ahí.

—Pues está muy bien, y te lo digo yo que me leo siete revistas de

decoración al día.

—Gracias, pero ha sido por casualidad, todo bastante

improvisado.

—A mí no me gusta improvisar.

—¿Por qué?

—Porque si lo haces, al final acabas como yo, en un pueblo en

medio de la nada, sin coche, sin bolso y sin Internet.

—Míralo por el lado bueno, has visto una casa preciosa y te

tomaste una Coca-Cola bien fría.

Sandra sonrió, y se fijó por primera vez en que, detrás de la

maraña de pelos que cubrían la cara de Sebas, asomaban unos ojos

azules muy bonitos.

—¿Tú siempre ves el lado bueno de las cosas?

—No siempre, pero ahora me las tomo con más calma.

—Desde luego, este es el sitio perfecto para tomarse las cosas con

calma. Yo sería incapaz de vivir aquí.

—Eso no lo sabés.

—Sí, sí que lo sé. Soy madre y una madre no dejaría que sus hijos

se educasen en un sitio en el que si les pasa algo, hay que esperar a

que venga un helicóptero de rescate.

—Tampoco es eso, aquí tenemos un veterinario bastante bueno

que podría curarles.

—¿Es broma, verdad?

Sebas la sonrió pícaro, y Sandra se dio cuenta de que además de

unos ojos azules muy bonitos, también tenía una sonrisa preciosa.

—Tus hijos serían felices acá.

—Mis hijos son felices en El Corte Inglés y en la Apple Store.

—Se lo pasarían genial bañándose en el río...

—En los ríos hay culebras...

—Un poco de riesgo en la vida nunca viene mal.

—Ya te he dicho que no me gusta improvisar. Y no soy solo yo, a

mi marido sí que no le sacas de Madrid. Allí tiene su trabajo, su

abono del Bernabéu...

—¿Y vos?

—¿Yo qué?

—Que me hablaste de lo que querrían tu marido, tus hijos..., pero

no me decís qué querés vos.

—Yo soy muy feliz siendo madre.

—¿Y si eres madre no puedes hacer otra cosa?

—Cómo se nota que no tienes hijos. Los hijos te absorben todo el

tiempo.

—Pero los hijos van al colegio, a casa de otros amiguitos, a

extraescolares... Tendrás tiempo para, no sé, hacer cosas de

decoración.

—Eso estaría bien, pero es imposible.

—¿Por qué?

—Porque ya hago un montón de cosas, mogollón.

—¿Jugar al pádel con las amigas?

Sebas volvió a sonreír, y Sandra, aunque se había molestado

porque el hombre hubiera dado en el clavo, no pudo enfadarse.

—¿Tú qué pasa, que además de argentino eres médium?

—No, pero conocí a muchas mujeres como tú cuando fui profesor

de pádel en La Recoleta, el barrio más cheto de

Buenos Aires.

—Tampoco te creas que voy mucho a las pistas... —se intentó

justificar Sandra, en un claro intento de que no la viera como a una

de aquellas mujeres mantenidas y superficiales.

—Tranquila, si me parece bien. Lo que me daba un poco de rabia

era ver como mujeres con un talento increíble lo aparcaban y se

dejaban llevar por ese tipo de vida.

—No te creas que es tan fácil dejar esa vida.

—Yo lo hice...

—Porque tú no tenías la responsabilidad de cuidar de unos hijos

ni de mantener a una familia unida... No todos tenemos la suerte de

poder dejarlo todo y venirnos a un pueblo a plantar lechugas.

—No digo que te olvidés de tus responsabilidades. —Sebas se

puso serio—. Solo digo que hay veces en que nos olvidamos de hacer

lo que realmente queremos por miedo y preferimos quedarnos en

nuestro mundo donde nos sentimos seguros.

Sandra se quedó en silencio. Aquel maldito argentino de ojazos

azules le estaba empezando a calentar la cabeza. Bueno, y otras

partes del cuerpo, pero sobre todo la cabeza.

Ella, que siempre había

tenido todo calculado, empezaba a sentir que en su mente se estaban

abriendo ciertas puertas que llevaban mucho tiempo cerradas.

—Y por cierto, no «planto» lechugas.

—Lo siento, no quería ser despectiva. He dicho la primera verdura

que se me ha pasado por la cabeza.

—Tampoco cultivo verduras.

—¿Hortalizas?

—Tampoco.

—¿Fruta?

—Marihuana.

—¿Marihuana? ¿Eres camello?

—No, la cultivo para fines terapéuticos.

—Ya. Eso es una cosa que se han inventado los hippies para drogarse.

—Pues a mí me ayudó.

Sandra, que siempre fue muy intuitiva, enseguida entendió a qué se refería.

—¿Tuviste cáncer?

Sebas se limitó a encogerse de hombros.

—Ay, pobre. Y yo quejándome de lo dura que era mi vida, lo siento. Borra todo lo que he dicho antes.

Entiendo perfectamente que

rompieras con todo, que te vinieras a vivir aquí solo, que cultives

droga y que trafiques con ella.

—No trafico —dijo sonriendo—. Una vez al mes viene un amigo y

se lleva toda la cosecha para vendérsela a los enfermos que la

necesitan.

Sandra sintió entonces unas ganas enormes de abrazarle. Pero no

era deseo lo que sentía en ese momento. Era el instinto de protección

maternal que Sandra había hiperdesarrollado, un muro de

contención sentimental que la mantenía protegida de caer en

instintos más básicos, como el de tirarse a los brazos del argentino y

hacer el amor como posesos sobre el sofá de cuero.

—Yo es que para curarme soy más de Gelocatil
—dijo casi por

decir.

—La verdad es que curar, lo que se dice curar, no cura. Pero te

relaja y hace que todo lo que te rodea parezca más lindo. —Sebas se

quedó pensativo—. Eso ha sonado un poco cursi, ¿no?

—Un poco...

Los dos se echaron a reír. Sandra se sentía cada vez más cómoda.

Entonces Sebas se apartó la melena de la cara y la miró con sus ojos

azules y profundos.

—¿Querés probarla?

—¿Yo? ¿Drogarme? No, para nada. Además no sé fumar, me

atraganto.

—¿Quién dijo que hay que fumársela? —dijo enigmático.

—¿No pensarás que me voy a meter un pico de esos?

Sebas negó con la cabeza divertido.

—Cada vez estoy más convencido de lo bien

que te va a sentar

probarla.

Y volvió a sonreír antes de irse a la cocina y sacar, de una pequeña

nevera, un pastel con una pinta estupenda.

—Probalo...

—No sé...

Sandra estaba desconcertada: una cosa era fumarse un porro y

otra comerse un pastel, ¿qué peligro podía tener comerse un trozo de

pastel? Con lo rico que tenía que estar y el hambre que tenía.

—Te prometo que si te conviertes en una yonqui, yo mismo te

llevo a desintoxicación.

Sandra, picada, le hizo una mueca a Sebas, cogió la cuchara y se

zampó un buen trozo de tarta.

—Alef fastá. ¿Fontento? —dijo con el trozo de pastel metido en la

boca.

—«Fontentísimo» —respondió Sebas.

Sandra saboreó con ganas el trozo que se había comido.

—Está buenísima...

Y volvió a engullir otro trozo, ya que entre el viaje y el accidente

no había comido desde el restaurante griego. Así que engulló otro

pedazo y luego otro, y así, entre trozo y trozo,
Sandra y Sebas

empezaron a hablar de sus vidas, de sus gustos,
de sus manías, de

sus sueños y miedos. Sandra, que sin darse
cuenta empezaba a notar

los efectos embriagadores de la marihuana, le
confesó que siempre

había soñado con vivir en una casa al lado del
mar, decorada por ella

y rodeada de niños, pero que aquel sueño no se
cumpliría nunca

porque Jesús odiaba el mar. Los dos estaban tan
a gusto y relajados

que casi no se dieron cuenta de que el pastel se
había terminado.

—¿Cuánto tardas en hacer otro? —preguntó Sandra al ver que

solo quedaban migas en el plato.

—Un buen rato.

—Qué pena.

Sebas clavó su mirada enigmática en los ojos de Sandra.

—¿Quieres fumarte uno?

Sandra dudó unos instantes antes de tomar la decisión.

—Bueno...

Y entonces Sandra notó cómo su cuerpo se relajaba y su muro

sentimental, aquel que la había mantenido siempre a salvo de las

tentaciones, se empezaba a hacer pedazos.

Mientras tanto, en la plaza del pueblo, Carol se había encontrado

con Bea, que ya había conseguido porrón propio y seguía bebiendo

como si no hubiera un mañana.

—¿Has encontrado a alguien que nos pueda llevar a Córdoba?

—No, pero he descubierto que en este pueblo son todos familia...

Están los Montilla y los Baena. Y se odian entre ellos.

—Lo típico español...

—No, pero que se odian de verdad. Que se matan los cerdos unos

a otros y se tapian las puertas de las casas. Bueno, eso es lo que me

han dicho, que yo no lo he visto...

—Pues hay que seguir buscando. No quiero pasar ni un minuto

más aquí. Es todo asqueroso. ¿Tú te has fijado en los tíos? No sé si

serán los Montilla o los Baena, pero los que no están sentados

rascándose los huevos, están despatarrados ventilándose la

entrepierna. Es repugnante. —Bea volvió a beber del porrón y se

quedó mirando a Carol.

—Carol, ¿te puedo hacer una pregunta? Pero no te enfades, ¿vale?

—¿Qué? —respondió Carol esperándose cualquier cosa.

—¿Has estado bebiendo?

—No. ¿Por qué?

—Porque hueles a anisazo que echa p'atrás...

—Ha sido el Orfeo ese, que me ha tirado una copa de anís encima.

—¡No me jodas! ¡Será cabrón! Vamos a meterle...

—Bueno, ha sido sin querer...

—¿Y qué? Vamos a meterle...

—Ya le he dado un bofetón. Nunca nadie en mi vida me había

sacado tanto de quicio...

—¡Ole Carol! Toma, bebe del porrón —dijo Bea ofreciéndoselo.

—Quita, nunca he bebido con eso y no pienso empezar hoy.

—¡Que sí! Que está muy rico... —Y Bea inclinó el porrón hacia la

boca de Carol, que se vio obligada a abrirla para no empaparse.

—¡Bea, para! —dijo Carol escupiendo el líquido al suelo—. ¿Cómo

puedes beber eso?

—No está tan malo...

—Es trilita... Con ese vino te van a salir pelos en el pecho.

—Qué va... A partir del sexto porrón, ya ni notas lo que rasca.

¿Quieres un poco más?

—No. Y venga, en marcha, que quiero salir de aquí cuanto antes.

—Vale... Y oye, perdona...

—¿Por qué?

—Porque te he manchado un poco el Chanel con el vino... —Y

Carol se miró la pechera y vio que, efectivamente, a las pintitas de

estiércol se les habían unido unas gotas de vino.

—Lo que me faltaba —asumió Carol, cabizbaja —. Venga, tira para

allá. No quiero pasar un minuto más aquí. —
Ambas se dirigieron

hacia el escenario donde la Orquesta Brillantina

seguía deleitando al

personal con sus canciones de ayer, de hoy y de siempre, dispuestas a

encontrar a alguien que nos pudiese sacar de allí.

—Oye, me has dejado intrigada antes... ¿De verdad que has

hecho un trío? —preguntó Bea con interés.

—Sí. He hecho muchas locuras en mi vida, ya lo sabes.

—¿Y cómo fue eso de estar con otra mujer? O sea, ¿no te daba

asco?

—No. Además era muy delicada y olía muy bien. Pero ya te digo,

no es algo que me muera por repetir.

—¿Por qué?

—Porque no hubo fuegos artificiales. Fue agradable, pero nada

más.

—¿Fuegos artificiales?

—Sí. Vamos, que no me dio un vuelco el corazón, no sé... Ya

sabes...

—Ya. Como cuando te dan uno de esos besos y parece que se

detiene el tiempo.

—Exactamente —respondió Carol. Y Bea se mordió el labio

inferior y volvió a beber del porrón sumida en sus pensamientos.

De pronto, un estruendo de carcajadas y petardos hizo que ambas

fijasen su atención en el extremo más alejado de la plaza. Todo el

pueblo se había arracimado en torno a algo que no conseguían ver.

—¿Qué estarán haciendo ahí? —preguntó Bea.

—Alguna paletada de este pueblo de paletos. Igual van a a tirar

una cabra del campanario o a arrancarle la cabeza a unos patos...

—Vamos a verlo.

—No tengo el más mínimo interés, Bea. Solo quiero irme de aquí.

—Venga, no seas rancia, que igual hay alguien que nos puede

llevar —dijo Bea tirando de Carol hacia la multitud. Al llegar, vieron

que habían montado un cercado de madera y en su interior había un

cerdito untado en manteca rodeado de barro. Un mozo entró en él y

comenzó a correr tratando de atrapar al cochino, resbalándose y

rebozándose en el lodo.

—Lo que me faltaba por ver —protestó Carol—. Ahora se ponen a

correr detrás de un cerdo. ¿Antes he dicho los setenta? Me he

equivocado. Estos tíos todavía no han pasado de

la Edad Media.

—Carol, no exageres... Será una tradición típica de aquí. Tiene

pinta de ser divertida.

—Divertidísima. Podría perfectamente pasar sin conocerla. —

Carol vio a Orfeo acercándose a la valla—. Espera, que viene «macho

man».

—Anda, el pastor.

—Seguro que atrapa al cerdo, como son de la misma especie...

—Calla, Carol, que te va a oír... —Y, efectivamente, la oyó, porque

se giró hacia ella, le guiñó un ojo y le sacó la

lengua.

—Pero ¿tú le has visto? ¿Quién se cree que es?
Es rudo, tosco y

además huele a choto.

—¡Va por ti, rubia! —gritó Orfeo ante medio
pueblo—. ¡Si cojo al

guarro, te lo regalo para que te lo lleves a
Madrid! —Y le lanzó un

beso a Carol mientras entraba en el cercado.
Todos los lugareños se

quedaron mirando a Carol, cuya respuesta fue
hacer la señal del

pajarito y lanzarle una sonrisa cargada de ironía.

—¡Cómo te pasas, Carol!

—Lo tiene merecido por gilipollas... ¡Qué asco,

por Dios! Ni por

trescientos mil euros me metía yo en la charca
apestosa esa. Vamos a

la valla, que quiero ver como la caga. —Y las
dos se acodaron en el

cercado mientras Orfeo corría detrás del cerdito
y hacía lo que podía

para mantener la vertical. En un momento dado,
lo acorraló contra

una esquina y fue hacia él lentamente.

—Coño, que lo va a pillar —exclamó Bea.
Entonces, el gorrino

pasó corriendo entre las piernas del pastor y
este, al ir a atraparlo,

cayó cuan largo era sobre el barro.

—¡Vamos, que ya es tuyo! —gritó Carol—.
¡Cógelo, patán!

Jajajaja... —reía mientras Orfeo se refocilaba en el lodo.

—Carol, pareces una quinceañera... —Pero Carol no oía a Bea.

Estaba disfrutando demasiado con aquello.

—Venga, «macho man», que va a poder contigo un cerdito... —Y

Orfeo levantó la cabeza del barro y miró a Carol echando chispas por

los ojos.

—Carol, cállate, que te la estás ganando...

—A mí no me callan, puedo decir lo que quiera y además el lerdo

del pastor no ha cogido el bicho. ¡Buuuuu!
¡¡¡¡Macho man!!!!

¡Pringaooooo! —En ese mismo momento, Orfeo se levantó en

tromba, fue hacia Carol, la cogió por la cintura y, como si no pesase

nada, la levantó en volandas sobre el cercado.

—¿Me quieres soltar? —protestaba Carol lanzando brazos y

piernas en plan kung-fu—. Pero ¿quién te has creído que eres?

¡Suéltame! ¡Bájame ya!

—Como tú ordenes, rubia —respondió Orfeo, y sonrió y la lanzó

contra el barro.

—¡Nooooo! —gritó Carol—. ¡¡¡Barro no!!! —
Pero ya era demasiado

tarde. Carol había aterrizado sobre una pila de
barro mientras todos

los espectadores se carcajaban, incluida Bea.
Se levantó hecha una

furia y se encaró con Orfeo.

—¿Qué pasa? ¿No tenías suficiente con
llenarme de estiércol y

anis que ahora me tienes que embarrar entera?

—El pastor no hizo ni

caso a Carol y saltó el cercado hacia afuera—.

¡Joder! Y se me han

llenado las uñas de barro... La manicura a la
mierda...

—Pobrecita... —dijo Orfeo en tono irónico—.

¿No me digas que

una rubia de Madrid no es capaz de coger un cerdito?

—¡Sacadme de aquí, que se me ha metido algo en los ojos y no

veo una mierda! ¡Bea! ¿Dónde estás? ¡Sácame de aquí! ¡Ya!

—Venga, rubia, a ver si tienes lo que hay que tener... —gritó uno

de los parroquianos que estaban en el bar.

—¡Que lo coja! ¡Que lo coja! —empezó a gritar una señora mayor

sin un solo diente en toda la boca.

—¡Que lo coja! ¡Que lo coja! —se pusieron a corear todos los

parroquianos muertos de risa.

—Con que esas tenemos, ¿eh? —dijo Carol mirando a todos

aquellos pueblerinos—. ¡Os vais a enterar, paletos! —Y se limpió los

ojos con la mano, lanzó los zapatos al aire, se remangó el vestido y se

fue a por el guarro.

—¡Venga, Carol! ¡Que tú puedes! —gritaba Bea—. Demuéstrales

lo bien que te manejas con los cerdos... ¡Jajajaja!

Carol corría como poseída detrás del animal, que hacía lo que

podía para evitar sus zarpas. Cuando vio que corriendo no podría

hacerse con él, se tiró de rodillas sobre el barro en el centro del

cercado y empezó a acecharlo como una gata salvaje. En dos

ocasiones lo cogió de un jamón, pero al estar untado en manteca, se

le escurrió y siguió dando vueltas y chillando histérico.

—¡Maldito cerdo! —gritaba Carol mientras medio pueblo la

jaleaba al ver sus esfuerzos.

Cuanto más trataba de hacerse con él, más se llenaba de barro, y

ya había dejado de vérselo la cara, pero a Carol parecía darle igual.

Iba a coger aquel cerdo por sus ovarios y nada

la iba a hacer desistir.

Así era Carol. De pronto, el cerdito pasó frente a ella en otra de sus

frenéticas carreras.

—¡Carol, ahora! ¡Cierra los brazos! —gritó Bea, y Carol se lanzó

en plancha sobre el gorrino. Casi lo espachurra, pero lo agarró como

si su vida dependiese de ello.

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo! ¡Es míooooooooooooo!
—exclamó exultante

mientras el cerdo trataba de zafarse. Pero Carol lo apretaba tan

fuertemente contra su pecho que el animal era incapaz de huir. Y

entonces, Carol se puso en pie como los vikingos de las películas y, en

lugar de exhibir la cabeza recién cortada del enemigo, cogió al cerdo

por la nuca y lo levantó ante todo el pueblo, que estalló en una

ovación.

—¡Esa es mi Carol! —gritaba Bea, eufórica.

—¡Campeonacampeonacampeona! —gritaba la gente.

—¡Tás más güena que un remolque recién pintao! —piropeaba

uno.

—¡El cerdo es tuyo!

—¡Olé la rubia!

—¡Olé la extranjera! —aplaudía otro—. Tú también eres

extranjera, ¿no? —le preguntó a Bea el tipo alto y delgado que tenía al

lado.

—¡Síiiii! ¡Y ella es mi amiga! —respondió entusiasmada.

—Qué pena que no haya más mujeres como vosotras en el

pueblo... Bueno, qué pena que no haya mujeres en el pueblo.

—¡Bien por las hembras con reños! —gritaba una señora con

pinta de marimacho mientras Carol se acercaba hasta Orfeo.

—¡Te has ganado un besito, pastor! —le dijo

Carol al tiempo que

le ponía el morro del cerdo en los labios y le llenaba la cara de barro.

Y Orfeo se echó a reír.

—Bueno, lo mismo no eres tan de ciudad como pensaba, rubia...

—se disculpó el pastor sonriendo y quitándose el barro de la boca—.

Ni tan imbécil... ¡Jajajaja! ¡Muy bien hecho, madrileña!

—Ya te lo decía yo, paleta... —respondió Carol guiñándole un ojo.

Y Orfeo la volvió a coger por la cintura y la pasó al otro lado de la

valla sin esfuerzo alguno.

—¿Y ahora qué hago con esto? —preguntó Carol señalando al

cerdito—. La verdad es que, a pesar del barro, es muy guapo.

—No tanto como tú, rubia... Trae, dámelo —respondió Orfeo.

—¿Qué has dicho? Que hay mucho jaleo...

—Espera... —dijo Orfeo, y se acercó al oído de Carol—. Te decía

que eres mucho más guapa que el cerdo, y el barro te sienta de

maravilla... —susurró. Y sus ojos se encontraron y se quedaron

mirándose sin decir palabra. Carol no tenía ni idea de cuánto tiempo

iban a estar así, pero no era incómodo ni

agobiante y en aquel

momento comprendió perfectamente lo que debía de sentir la

ganadora de un Óscar a la mejor actriz. Era tanta su alegría, que

decidió acercar sus labios a los de él. Entonces, sintió cómo sus

fuertes manos se posaban en sus hombros y la apartaban de él

suavemente. Y Carol se quedó mirando a aquel hombretón calvo

lleno de barro y algo en su corazón hizo clic, o clac, o vaya usted a

saber qué, pero el caso es que sintió algo que no había sentido en

toda su vida y, por primera vez, no supo cómo

reaccionar ante un

hombre.

—Me voy a ir a casa a ducharme y cambiarme de ropa y a echar al

cerdo con el ganao —dijo Orfeo—. Pero el bicho es tuyo, ¿eh? En

cuanto encuentres a alguien que te acerque a Córdoba, te lo llevas...

—¿Y yo qué hago? —preguntó Carol, desconcertada.

—Lo que quieras, rubia.

—No sé qué hacer...

—Ya te he dicho que mi casa es tu casa, pero si no quieres

mezclarte con un paleta, me parecerá bien. Haz

lo que quiera que

hagáis las de Madrid... —Y Orfeo echó a andar en dirección a la

iglesia. No había dado ni tres pasos cuando se volvió hacia Carol—.

Pero déjame decirte una cosa: la rubia llena de barro que ha cogido el

cerdo me ha parecido mucho más auténtica que la barbie que he

conocido esta tarde.

Carol se quedó mirando cómo se iba Orfeo sin saber cómo

reaccionar. Nunca en toda su vida habían rechazado un beso suyo, y

era una sensación que la había desarmado. Buscó a Bea con la mirada

y vio que hablaba animadamente con un tipo que debía de medir dos

metros. Iba a acercarse a ellos cuando algo en su interior la hizo

gritar.

—¡Oye, pastor! Ni se te ocurra dejarme aquí tirada... —dijo, y

echó a correr tras él.

Mientras Carol iba detrás de Orfeo, Bea había decidido que ya era

hora de pasar a la acción. Llevaba demasiadas horas dándole vueltas

a la cabeza y tenía que saber si lo que le estaba pasando era fruto de

una insolación o de algo más grave. Desde el beso con Sol, sus

sentimientos habían sido muy confusos, así que había decidido

demostrarse a sí misma que aquello no era más que un momento de

estupidez pasajero. No podía ser que le atrajesen las mujeres,

aquello era imposible: a ella le gustaban los tíos y punto. No había

lugar a dudas. Y qué mejor manera de comprobarlo que ligarse a un

labriego fornido que estuviese ansioso de sexo. Vale que

potencialmente sonaba asqueroso, pero para Bea aquello era casi un

tratamiento médico, y los jarabes que mejor curaban eran los que

peor sabían.

Pero antes, tenía que arreglar una cosa. De acuerdo que aquel

podía ser un pueblo de mala muerte, pero ni siquiera aquí podía

ponerse a ligar con la camiseta rota. Parecía una yonqui tirada y

aquella no era la imagen adecuada para ligar. Quizá si se esperaba a

las seis, cuando todos estuviesen borrachos, daría igual, pero Bea

quería salir de dudas cuanto antes. Así que su primer objetivo fue

conseguir una camiseta.

—¿Me puedes dejar una camiseta? —preguntó al tipo alto con el

que se había puesto a hablar en el cercado.

—Solo tengo esta —respondió el muchacho—. Soy del pueblo de

al lado, si estuviésemos allí, te la traía ahora mismo. Aunque no sé si

será de tu talla.

—¿Y por qué no me dejas la tuya?

—Hombre... Es que solo tengo esta.

—Ya no quedan caballeros... —dijo Bea, y se marchó.

—¡Ni señoritas tampoco! —gritó el otro mientras ella se alejaba.

Bea se acercó al escenario de la plaza guiada por la música.

Parecía que ya habían terminado los pasodobles

y ahora atacaban por

Miguel Ríos. Aquella debía de ser la señal para que los «jóvenes»

tomasen el baile. Vio bailar a un grupo de energúmenos con

camisetas idénticas en las que se leía KAOS con la A de Anarquía.

Bea fue hacia el más guapo de ellos, lo cual no era decir mucho, que

estaba bailando y viviendo la canción en toda su intensidad.

—Buenas noches, bienvenidos, hijos del...

—¡Eh! Si tenéis peña en el pueblo... —El tipo, de unos treinta y

muchos o cuarenta y tantos, se giró al oírla.

—¡Yeeeeeeeeee! ¿Quién eres tú?... los aliados de la noche... ¡Salta, salta!

—Hola, soy Bea, ¿y tú?

—Yo soy Timosio... gracias por estar aquí... —respondió el

hombre, que no podía dejar de cantar, poseído como estaba por el

espíritu de «Bienvenidos»—. Mi abuela se llamaba Timotea y mi

abuelo Ambrosio... pero un solo corazón... —explicó—. Mi madre

quería una niña para llamarla como su madre y mi padre quería un

niño para poder ponerle Ambrosio, como él, como mi abuelo y como

mi bisabuelo... llenaros con un soplo de rock...
Así que cuando nací me

llamaron Timosio, porque mi madre amenazó
con tirarse por el cerro

de las nueces... hoy el rock 'n' Ríos se hace
para ti...

—¿El cerro de la nueces?

—Sí, lo llamaban así porque era adonde iban
todos los mozos a

cascársela... ¡Jajajaja! Qué larga ha sido la
marcha... —Y el tío seguía

cantando a coro con sus amigos. Bea empezaba
a estar cansada del

poco caso que le estaba haciendo y de lo bruto
que era el muchacho,

pero sentía curiosidad.

—¿Y solo iban a cascársela o iban también con chicas?

—Antes solo iban los mozos, ahora va todo el mundo a porveá...

para al fin poder gritar a los hijos del rock 'n' roll...

—¿A porveá?

—¿Qué pasa? ¿No sabes lo que es porveá?
¡Tíos! —gritó a sus

amigotes—. ¡Que esta no sabe lo que es porveá! Vuestro impulso nos

hará seres eléctricos... —Y todos se rieron.

—¿Y tú sabes lo que es porveá, listo? Porque me da a mí la

impresión de que no tienes ni idea —dijo Bea, mosqueada. En toda la

conversación, Timosio ni le había mirado el agujero de la camiseta

por el que se le veía el sujetador y medio pecho.

—¡Quiá! Que yo subo más de tres veces a la semana al cerro.

Bienvenidos...

—Pues no creo que subas acompañado de ninguna chica —

exclamó Bea con mala leche.

—Pero ¿qué estás diciendo? —respondió el hombre con

suficiencia—. ¿Es que quieres que te suba a ti? ... a los hijos del rock 'n'

roll... —Si aquella era la forma que tenían de ligar en aquel pueblo,

no había duda de por qué no se veían niños.

—No creo que pudieras conmigo, Timo... Me da a mí que las tías

no son lo tuyo...

—¿¿¿¿Pe-per, perdona???? —tartamudeó Timosio, y dejó de cantar

y bailar—. Nada de lo que dices es...

—¿Se te ha comido la lengua el gato? Venga, cuéntame cómo te

subes a las tías al cerro y te las tiras, machote... Estoy segura de que

si subiera contigo, no pasaría nada —le retó Bea, y Timo se quedó

mirándola con expresión de terror—. Timo, ¿qué pasa?

—Nada, nada que tengas que saber...

—Saber... ¿el qué?

—Nada, nada... Es que aquí nadie sabe nada y tú nada más

verme... —Y Bea se dio cuenta de que Timo estaba a punto de llorar.

Las dudas de Bea empezaban a convertirse en certezas.

—Vaya, no te sientas mal, Timo. Lo siento, no ha sido mi

intención... —¡El tipo era gay! Aquello sí que era pinchar en hueso.

—No, no te preocupes... —dijo bajando la voz —. Lo que pasa es

que no puedo hablar de esto con nadie del pueblo, ni tan siquiera se

imaginan nada... Aquí soy Timo Baena el de «Los Ferreteros» y creo

que por eso deben de imaginar que soy de acero. No sabes lo que es

ser el único gay de un pueblo pequeño...

—¿Y por qué no lo dices? Ya no estamos en los cincuenta...

—¿Estás loca? Tú no sabes cómo son las cosas en los pueblos...

Aquí «Los Ferreteros» hemos sido siempre los más duros del pueblo.

No puedo hacerle eso a mi familia...

—Debe de ser duro vivir así... —se compadeció Bea y, sin saber

bien por qué, se lanzó y le dio un abrazo.

—¿Sabes qué, Bea? —dijo Timo apretándola contra él un poco

más.

—¿Qué?

—Me siento bien... Eres la primera persona a la que se lo digo...

—Y Bea sintió una gran ternura por aquel tipo que vivía escondiendo

sus sentimientos.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó.

—No, Bea. No te preocupes... Me hace parecer más duro seguir

bebiendo el cubata del botijo. —Y volvió a acercarse a sus amigos

para terminar de cantar la canción—. A los hijos

del rock 'n' roll.

Bienvenidos...

—Oye, Timo. ¿No tendrás una camiseta de la peña?

—¡Claro que sí! ¡Hemos hecho un montón! —Y Timosio se acercó

a un compañero de la peña y volvió con una camiseta en la que se leía

El Kaos.

—¡Gracias!

—Gracias a ti, guapa... —dijo volviendo con su grupo.

Bueno, el primer intento no había salido tan mal. No había

conseguido a un tío para tirárselo, pero había

conseguido una

camiseta nueva.

Bea decidió que para el segundo intento no perdería más tiempo.

Cada vez tenía más claro que aquella noche tenía que acabar con un

tío fuese como fuese. No solo por las dudas que pudiera albergar,

sino también por su pequeño ego. Un rechazo más y se haría monja

de clausura. De pronto, a lo lejos, vio al tipo alto y delgado con el que

había estado hablando mientras Carol cogía el cerdo, y decidió

hacerse la encontradiza.

—Anda, mira, el caballero... —dijo al pasar a su lado.

—Anda, mira, la señorita... —respondió el otro—. Veo que has

conseguido la camiseta.

—Sí, y no gracias a ti.

—Ya.

—¿Estás casado, palo-estaca?

—No. ¿Por qué preguntas eso?

—Calla y responde —ordenó Bea—. No serás gay, ¿no?

—¿Tengo pinta de mariquita?

—Pues ven aquí... —Bea se subió a un banco de piedra mientras

el otro la miraba alucinado, se situó a su altura,
lo atrajo hacia sí y

comenzó a besarlo. De pronto, dos manos como
garras estaban

magreándole el culo con fruición. Bea sonrió
para sus adentros. Por

fin había encontrado a un tío normal. Estuvieron
así unos minutos

hasta que tuvieron que separarse para respirar.

—Ya sé lo que estás haciendo —dijo él—. Tú lo
que pretendes es

utilizarme y luego largarte...

—¡Joder! Otro rarito... ¡Anda y que te den!

—Espera, espera... —dijo cogiéndola del brazo
antes de que

bajase del banco—. Que yo no tengo ningún problema con eso.

Aprovéchate de mí todo lo que quieras... —Y esta vez fue él quien la

besó.

—Oye, ¿y tú cómo te llamas, hombre-palo?

—Martín Baena...

—Creo que he conocido a un primo tuyo... Ven, que te voy a

enseñar una cosa... —dijo Bea llevándose a Martín de la mano.

Mientras Bea se preparaba para una noche de pasión, yo estaba

viviendo otro tipo de pasión. Estaba en el velatorio de don Venancio

preguntándome cómo había terminado allí. Todo había comenzado

más o menos en el mismo instante en que la Virgen caía sobre la

cabeza del pobre cura. Fue entonces cuando las mujeres, de forma

totalmente injusta, tengo que decir, me culparon de la muerte de don

Venancio. Yo les había insistido en que todo había sido un accidente

provocado por la cabra, que por cierto, nunca me dijeron cómo leches

había aparecido allí, pero sus argumentos daban al traste una y otra

vez con mis justificaciones.

—Si la cabra no se hubiera metido en medio...

—decía yo, segura

de mí misma.

—Don Venancio no se tropezó con la cabra.

—Ya, me tropecé yo.

—Pues eso.

—Pues eso, ¿qué?

—Que tú lo has matado.

—Que no, que fue un accidente, di un mal paso y me caí.

—Y para no caerte tiraste a la Virgen encima de la cabeza de don

Venancio.

—No... Yo... Está bien, fue culpa mía —
claudiqué.

Angustias le pidió entonces a Herme que fuera a buscar al doctor.

Yo, que ya me había librado de los maderos que me habían

sepultado, me encontraba de pie y muy magullada, pero no dije

nada, temerosa de que las beatas me echaran en cara que, además del

cura, me había cargado también el paso.

—Lo mismo deberíamos cubrir el cuerpo... — dije por aquello del

respeto y porque me daba un poco de repelús ver a un muerto, todo

había que decirlo.

—A don Venancio no se le toca.

Y no dije nada más hasta que vino el doctor, un señor de la edad

del cura, pero que se movía con algo más de agilidad. Tampoco

demasiada.

—Está muerto.

El doctor certificó lo que todos ya sabíamos.

—¿Cómo se ha caído la Virgen? —preguntó acto seguido.

Aquel era el momento fatídico, aquellas mujeres tenían el destino

de mis próximos quince años en sus manos. Supuse quince porque

no sabía exactamente los años que te pueden meter en la cárcel por

cometer un curicidio, pero me imagino que muchos. El caso es que no

sé si fue por el cansancio, por las magulladuras o por el miedo a

acabar encerrada como la Pantoja, pero me puse a llorar.

—¿Se encuentra bien? —me dijo con amabilidad el doctor.

—No... Estoy fatal. Soy la peor persona del mundo. He hecho algo

horrible. No merezco la vida.

Y me senté en la acera esperando a ser delatada, arrestada y

fusilada. Sí, estaba siendo muy dramática, pero es que lo estaba

pasando fatal, de verdad.

—¿Qué le pasa a esta señorita?

—No lo sé... —dijo Angustias.

Sí, sí que lo sabía, ¿a qué esperaba para delatarme y acabar con mi

vida?

—Bueno, entonces, ¿me van a decir cómo se murió don Venancio?,

que si no, no puedo dar parte.

Las mujeres de negro se tomaron su tiempo para responder y

poner sello a mi crucifixión.

—Ha sido un accidente —respondió finalmente Angustias.

—Íbamos de procesión y ha caído fulminado —añadió Dolores.

—Habrá sido un infarto, que don Venancio estaba malo del

corazón... —dijo Soledad.

— Y entonces esto? —dijo el doctor señalando a la Virgen de las

Nieves, destrozada.

—Del mismo susto de ver morir a don Venancio se nos ha caído

el paso...

Me qued  tiesa. No me habían delatado. Aquellas viejas que

minutos antes me habían lapidado con sus comentarios, ahora me

libraban de mi calvario. Levant  el rostro, que tenía metido entre las

piernas, cual avestruz cobarde, y las miré
desconcertada. Las mujeres

seguían teniendo aquella actitud altiva y pelín
rancia, pero en sus

caras pude vislumbrar cierta sensación de
tranquilidad, algo de

condescendencia y, sobre todo, alegría al ver
que con todo aquel

sufrimiento que estaba sintiendo, aquella
necesidad de dramatizar,

aquel desprecio por vivir, aquella angustia
continua, me había

convertido en una de ellas. Este hecho tuvo dos
consecuencias, una

buena y otra mala: la buena, que me perdonaron
por lo que había

ocurrido con don Venancio; y la mala, que me tocó ir al velatorio.

Y allí estaba yo, de nuevo en la iglesia, sentada en una de las sillas

de playa con Dolores, Angustias y Soledad. Y en medio, el féretro con

el cuerpo presente de don Venancio. Para que no desentonara, me

habían colocado la mantilla de Etelvina alrededor del cuerpo, y así

poder ir todas de negro, que era lo que procedía para la ocasión; aun

así, creo que no había estado más fuera de lugar en toda mi vida. Era

como estar en La casa de Bernarda Alba, con las tres beatas

lamentándose y turnándose para rezar el rosario,
cosa que por cierto,

hacían a una velocidad vertiginosa. Fue en aquel
momento tan

absurdo y surrealista cuando me di cuenta de
que era la primera vez

que veía a un muerto. Era verdad que había
tenido otras experiencias,

como cuando se murieron mis abuelos, pero
como íbamos al

tanatorio y los colocaban detrás de un cristal
metidos en la caja y yo

nunca me había acercado, no los había visto.
Pero a don Venancio lo

veía perfectamente. No solo estaba a menos de
un metro de mí,

además a él le había visto morir. Y de qué manera. Entristecida, me

quedé mirándole, pensando que hacía tan solo unas horas aquel

hombre tenía toda la vida por delante, bueno, en su caso y dada su

avanzada edad... varios meses por delante. Aun así, me seguía

pareciendo muy fuerte lo fácil que era desaparecer así, de repente, y

entendí perfectamente que la gente necesitara agarrarse a algo para

no sentirse tan sola. Yo, sin embargo, no tenía ningún Dios ni

ninguna creencia a la que agarrarme, así que si por casualidad me

daba un día por cambiar la lámpara del techo,
que no me ha dado

nunca, pero vete tú a saber, y justo ese día me
cayese y me matase,

todo se habría acabado para mí; las cañas con
las amigas, el sexo, las

comidas con mi familia, el sexo, encontrar a un
tío encantador y

majísimo que me quisiera mogollón, el sexo...
También pensé que se

acabarían las cosas malas, como tener patas de
gallo, el agobio por

decidir qué te pones en una cita, la vista cansada
que empezaba a

agobiarme, que te echasen del trabajo o la
ansiedad por esperar la

llamada de un tío y que luego te dejase por Whatsapp. Sin embargo,

al pensarlo, me di cuenta de que prefería mil veces vivir todos

aquellos momentos horribles a estar muerta. Y como un

pensamiento te lleva inexorablemente a otro, acabé pensando en Javi,

y en lo mucho que había sufrido, y en que a pesar de todo aquel

sufrimiento, seguía viva, más gorda, pero viva. Y que ya era hora de

disfrutarlo. Tenía que acabar con aquello de pensar en Javi y en la

holandesa. Tenía que acabar con que todos decidieran por mí. Tenía

que coger las riendas de mi vida y decir basta,
tenía que salir a la

calle y decirle al mundo: aquí está Alba Torres.

Estaba en plena euforia de mis pensamientos
cuando fui

interrumpida.

—Te toca.

—¿Me toca qué?

—Rezar el rosario.

Las tres mujeres habían dejado de rezar.

—¿El rosario?

—Sí. Sabes cómo se hace, ¿no?

—Hace mucho que no rezo...

Si alguna vez había rezado un rosario, debía de haber sido cuando

hice la comunión, y de aquello habían pasado casi treinta años. Por

cierto, qué guapa iba ese día, con un vestidito blanco monísimo y con

aquella melenaza morena que tenía. Recordé que me regalaron un

reloj calculadora y El Palé, y que mis padres, para celebrarlo,

montaron una capea en la que acabó toda la familia borracha y mi

abuela en urgencias con una cornada de tres centímetros en el culo.

Pero no nos desviemos y volvamos a mis problemas con el rosario.

—Casi prefiero que sigáis vosotras, que lo hacéis fenomenal.

Las ancianas parecieron contentas con mi respuesta.

—Son muchos años... —agradeció Angustias.

—Y muchos muertos... —dijo Dolores.

—Yo habré ido a unos cien entierros... —añadió Angustias toda

orgullosa.

—Yo a ciento tres... —dijo Dolores aún más orgullosa.

—Tú siempre más, Dolores.

—Pues sí. —Me miró henchida—. Me invitan porque soy la que

pongo más interés.

—Me acuerdo de que una vez fui al entierro de toda una familia.

No había mucha gente, claro, pero ¡qué solemnidad!

—Pero ninguno como él —dijo Dolores en referencia al cura.

—Es verdad. Otra cosa no, pero qué bien se ha muerto.

—Con qué dignidad.

—La gente ya no se muere así... —dijo Soledad suspirando.

—Totalmente. —Como todas se habían callado, me vi en la

obligación de decir algo.

—Siempre tuvo mucho señorío.

—Y muy buena planta.

—¿Ah, sí? —Me extrañaba mucho que aquel cuerpecillo que

apenas llenaba el ataúd pudiera haber sido un hombre atractivo.

—Decía unas misas que enamoraban.

—A unas más que a otras.

Dolores miró a Angustias tras el comentario que había hecho a su

comentario anterior.

—¿Qué quieres decir?

—Yo nada, pero vamos, que parecía que don Venancio era solo

para ti.

—Perdona, pero no era yo la que se quedaba siempre después de

la misa...

—Me quedaba a ayudarle a recoger el cepillo

—se justificó

Angustias.

—A ti siempre se te ha dado muy bien lo de cepillar. —Soledad

remarcó mucho lo de «cepillar».

—Mira quién habla, la que se pasaba las horas en el confesonario.

—Porque tenía muchas cosas que contarle.

—¿Qué cosas? Si tú no has pecado en tu vida...

—Pero soy muy mala y muy envidiosa.

—Esos pecados los tienes tú pegados en ese corazón negro que

tienes, y ni hartándote a rezar avemarías te los quitas.

¿Me lo estaba imaginando o se estaban peleando por un señor

muerto de ochenta años?

—A ver, chicas, no os enfadéis.

—Si yo no me enfado.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Genial —dije sonriendo por haber logrado acabar con la

disputa.

—Pero vamos, que sepas que además de mala y envidiosa, eres

una guarra, y que llevo sesenta años deseando decírtelo.

Soledad se enfadó un montón por lo que le acababa de decir

Angustias.

—Pero bueno, ¿tú la has oído, Dolores?

—No niegues ahora que tú has sido siempre de irte con

cualquiera, Soledad.

—¿Tú las oyes? —me preguntó.

—Yo es que tampoco la conozco a usted lo suficiente como para

juzgar...

—Mira, porque está aquí don Venancio de cuerpo presente, que si

no os iba a cruzar la cara a guantás.

—Eso es lo que tenías que haberle hecho a tu marido cuando se

triscó a la Etelvina.

—¿Que mi Demetrio se triscó a la Etelvina?

—¿No se lo habías dicho? —preguntó Angustias a Dolores.

—No.

—¿Y para qué te lo cuento, entonces?

—¡Sois unas malas pécoras!

Soledad, que era muy pequeña, pero ágil como un guepardo, se

lanzó sobre Angustias cogiéndola por el pelo y tirando de él como si

estuviera arrancando cebollinos del suelo.

—¡Soledad! Pare, que la va a dejar calva...

Pero en vez de hacerme caso, con la otra mano se lió a guantás con

Dolores, que se cubría la cara como podía para intentar detener los

zarpazos de la mujer, que más que uñas tenía garras.

—¡Con las uñas no, Soledad, que eso luego se infecta!

Soledad tenía en su mano media cabellera de Angustias cuando

esta decidió contraatacar lanzándose directamente a arañarle la cara.

Soledad profirió un grito y le soltó el pelo, momento que aprovechó

Angustias, muy hábilmente, para plantarle un sopapo en toda la

cara. Dolores tampoco se quedó atrás y también contraatacó tratando

de darle un puñetazo en la nuca que Soledad esquivó

sorprendentemente.

Yo no daba crédito, quería irme de allí, pero ¿cómo iba a

marcharme con aquellas mujeres a punto de cometer la matanza de

Puerto Hurraco parte 2? Me levanté, pues, en un intento de hacerme

escuchar.

—¡Señoras, por favor!

Pero de nuevo fue inútil. Las tres seguían a lo suyo. Soledad había

logrado rehacerse y ahora tenía a Angustias arrinconada contra el

ataúd de don Venancio mientras que Dolores se había quitado un

zapato y le golpeaba con saña la espalda.

Tenía que separarlas como fuera. Rodeé el ataúd e intenté quitarle

el zapato a Dolores, pero en cuanto vio mi maniobra, me pegó un

pisotón que me hizo primero gritar y luego desistir. Cambié entonces

de objetivo y agarré a Soledad por la espalda para que soltara a

Angustias, pero lo único que conseguí fue llevarme un par de

zapatazos y un arañazo de Soledad —aquella mujer debía de tener

las uñas hechas del material de las garras de Lobezno, porque eran

irrompibles—. Mi último intento por conseguir separarlas fue casi un

acto suicida, pero lo hice... Y así me fue. Aprovechando mi mayor

envergadura, empujé a Soledad y a Dolores logrando colocarme a

modo de escudo humano entre ellas, y hasta ahí todo bien porque

dejaron de pegarse. El problema surgió cuando Angustias, al verse

liberada, decidí ir a por Soledad, pero como yo estaba en medio, me

empujó, entonces yo empujé el ataúd, el ataúd se cayó y yo me caí

encima de don Venancio.

Allí tirada en el suelo de la iglesia, con los brazos fríos e inertes

de don Venancio rodeando mi cuerpo y las tres mujeres mirándome

con cara de asesinas, hice mi última reflexión: ¿por qué narices no las

habría dejado matarse?

SÁBADO

Dos minutos después corría por el pueblo en dirección a casa de

Orfeo. La situación se había puesto tan tensa que había decidido

comportarme como solo una adulta podía hacer: huyendo. Y decidí

hacerlo por varios motivos, pero sobre todo para salir de aquella

iglesia garaje, perder de vista a aquellas viejas locas y descansar en

una cama por primera vez después de casi cuarenta y ocho horas

seguidas. Mientras caminaba, sentía de vez en cuando un escalofrío

porque todavía podía notar las manos del cadáver agarrándome la

cintura. Me crucé con algún borracho ocasional que me echó un

piropo, pero como no estaba yo para galanteos, pasé de él y seguí mi camino.

Afortunadamente, el pueblo no era muy grande y llegué

directamente a la casa amarilla que había descrito Orfeo. El tractor

estaba aparcado en la puerta, y tal y como había prometido el pastor,

la puerta estaba abierta. Bueno, la puerta, las ventanas y todo lo que

se podía abrir y cerrar. Supuse que yo sería incapaz de vivir en un

sitio así, no porque entrase alguien, sino porque seguro que se

meterían todo tipo de pájaros, ratas, mosquitos y

bichos varios. Entré

y encendí las luces. Estaba tan cansada que mi mente solo era capaz

de buscar una cama. Vi dos sofás enfrentados, pero prefería dormir

en un colchón. Entré en una habitación y allí estaban, dos literas que

debían de haber pertenecido a Orfeo y su hermano. Me acordé de las

literas de la casa que mis padres tenían en Alicante. Las horas que

había pasado con mi hermana hablando sin parar de cama a cama.

Cómo nos peleábamos siempre por quién dormiría arriba y cómo era

siempre Amelia quien terminaba durmiendo en la litera superior.

Pues aquello se había terminado también, pensé. Aquel día sería yo

quien durmiese en la cama de arriba. Así que, vestida como estaba,

me quité los zapatos, subí la escalerita y caí en la cama como un

muñeco. Creo que antes de que mi oreja tocara la almohada, ya me

había dormido.

Y de repente, no sé cómo, Mario Santos apareció en mi cama.

Era como si aquello fuese una película de Mario y yo fuera Julia

Roberts, Jennifer Aniston o igual Anne Hathaway. Me vi despierta a

su lado, seguramente después de haber pasado nuestra primera

noche juntos. Él me miraba profundamente a los ojos y me decía:

«Buenos días, pequeña»; obviamente estaba

soñando, pero las

sensaciones eran reales, su barba en mi mejilla,
sus bíceps, su

sonrisa, su increíble tableta de chocolate. Y
mientras hablábamos,

me daba cuenta de que Mario era todo lo
contrario a Javier.

Recordaba nuestro aniversario, mi canción
favorita, el lugar donde

nos habíamos besado por primera vez, la fecha
de mi cumpleaños,

mi color preferido, la talla de anillo para todos
mis dedos y, sobre

todo, qué me gusta para desayunar, porque de
repente encima de la

cama apareció una bandeja con un zumo de

naranja, un café en taza

grande, un cruasán recién hecho, unas
campurrianas —ya sé que esto

no tiene mucho glamour, pero me encantan— y
una rosa recién

cortada... Y yo estaba monísima, con la sombra
de ojos aún en su

sitio y no desparramada entre la almohada y mi
cara como si fuesen

pinturas rupestres hechas por un Neanderthal
disléxico. Mi pelo era

como el de Meg Ryan. Ya podía llover, haber un
tornado o que los

extraterrestres aterrizasen disparando armas
láser, su pelo siempre

estaba perfecto en cualquier situación. Mi

aliento me olía a

hierbabuena recién cortada junto a un arroyo de aguas prístinas, y no

a una especie de mezcla de kebab de última hora con gintónico y

letrina de factoría china. Los calcetines me daban un toque sexy en

lugar de parecer una homeless, y la cama en la que estaba durmiendo

era la del pisazo que tenía Mario en el centro, una casa preciosa que

se podía permitir sin problemas siendo motero en el Telepizza. «Te

quiero», me dijo, y se tumbó sobre mí acariciando mi cuerpo, al que

por arte de magia le habían brotado unas tetas

firmes, un culo

perfecto y un vientre plano. Sus labios se juntaron con los míos.

«Quiero hacerlo», me dijo, y yo le contesté...:

«Quítate de encima,

leche».

¿Había dicho eso realmente? Y ¿por qué? De repente me desperté

y entendí la razón. No era yo la que hablaba, era Bea, que estaba en la

litera de abajo. Adormilada, me asomé y vi que sobre ella, con los

pantalones bajados, había un chico altísimo.

—¿Cómo que me quite? —dijo él.

—Que me está dando un poco de agobio... —

protestaba Bea.

—¿Te quieres poner tú encima?

—No, no, déjalo.... Venga, quítate la ropa.

El chico se quitó la camiseta que llevaba.

—Ay, por Dios, vuelve a ponértela —dijo al ver que tenía

demasiado pelo.

El chico, desconcertado, volvió a ponérsela.

—¿Y tú no te la quitas?

—¿Yo? No...

—Pero yo quiero verte desnuda...

—Ya te mando luego una foto si eso, Martín.
Anda, dale —le

apremió Bea.

—¿Me pongo algo?

—¿Quieres dejar de hacer preguntas?

Y le cogió la cara para besarle. El chico correspondió besándola

por el cuello, pero Bea no estaba a gusto. Desde la litera la vi apartar

la cara y abrir los ojos. Fue entonces cuando me vio.

—¿Y tú qué haces ahí arriba?

—Nada, nada... Estaba durmiendo, pero ya es de día... —Estaba

amaneciendo—. Así que me levanto y me voy.

Sin demasiada gracia, me descolgué de la litera.

—Hasta luego...

Y salí de la habitación.

—¿Bueno, seguimos con la faena? —Oí preguntar al chico.

—Pues claro... He dicho que íbamos a hacerlo y vamos a hacerlo

—sentenció Bea.

No me lo podía creer, ¿por qué me pasaban a mí aquellas cosas?

Era una buena persona y nunca le había hecho mal a nadie. Tenía mis

manías, pero quién no las tenía. ¿Quién se estaba vengando de mí y

enviándome a pasar todo tipo de calamidades como si fuera una

santa? No lo sabía, pero lo que estaba claro era que en una vida

anterior debía de haber sido malísima y el karma se estaba

ensañando conmigo. Y mientras caminaba por el pasillo alejándome

de la habitación, me di cuenta de que mi vida jamás sería como en las

pelis de Mario: la mía sería una de terror dirigida por Ozores y yo

sería Pajares en chica. Peor, Estesó en chica...

Anduve por la casa con esa sensación extraña de estar invadiendo

la intimidad de alguien. Por mucho que Orfeo nos hubiera invitado,

no le conocíamos de nada y él a nosotras

tampoco. Como no sabía

dónde estaba el baño, andaba sin rumbo fijo hasta que llegué al

salón. Me sentía como cuando te despertabas en casa de un tío con el

que te habías acostado por primera vez y aprovechabas que seguía

dormido para cotillear y ver cómo vivía. No os penséis que yo tenía

mucha experiencia en aquello, ¿eh? La que debía de ser como un

perro policía en casa ajena era Carol. Seguro que había desarrollado

un sexto sentido en plan radar de murciélago para moverse por las

casas de sus conquistas como si hubiese vivido

allí toda su vida. Yo

me sentía más bien como Papá Noel en mayo.
Vamos, que estaba

perdida.

El salón tenía todo el techo con vigas de
madera. En el centro, una

gran chimenea de piedra con dos hornacinas a
los lados en las que

había sendos tiestos con plantas y dos sofás
blancos al frente. Como

si fuese un Sherlock Holmes rural, me puse a
analizar todo lo que

estaba viendo. Había objetos que,
evidentemente, no eran de Orfeo.

Cosas heredadas, como marcos de plata con
fotos de señores

mayores, un arconcito de taracea o un quinqué antiguo, pero nada

que indicase que en aquella casa habitaba una mujer. A la izquierda

de la chimenea, haciendo esquina, había unas estanterías de obra en

las que destacaban los lomos amarillos de un montón de revistas de

National Geographic. Descubrí también muchas novelas de tipo best

seller. Saqué una de García Márquez y la ojeé. Vaya, el pastor sabía

leer. Y le gustaba subrayar y hacer anotaciones. Dejé la novela en su

sitio y fui hacia una puerta estrecha que bien podía ser el baño. Era la

cocina. Tenía una gran mesa de comedor y varias estanterías llenas de

vajilla con pinta de ser buena. Supuse que serían de su madre. Tenía

también una vitrocerámica y un pequeño horno en el que debía de

hacer asados. No se lo montaba mal, el tío. Al otro lado del salón,

había otra puerta estrecha de madera. Aquella tenía que ser el baño.

Seguro. Pues no, era una sala con un billar y una tele de plasma

gigante. Entré por si el baño estaba dentro y miré a través del

ventanal. ¡Caramba, el pastor tenía piscina! Y no esa especie de

charco con forma de riñón que la gente se pone en los chalés

pareados. Era una señora piscina, con escaleras de entrada y al

menos diez metros de largo. Además, al fondo se veía toda la sierra

con un mar de olivos. Vaya choza. La noche anterior, con las ganas

que tenía de acostarme, ni me había fijado en lo bien montado que se

lo tenía. Rodeé la mesa de billar y, tras una puerta el doble de ancha

que las demás, por fin localicé el baño. Busqué el interruptor, pero no

lo encontré a la primera. Le di a un botón, pero no pasó nada, solo

empecé a oír un zumbido. Seguí buscando a tientas hasta que

encontré un conmutador de esos que son una cadenita. Tiré de ella y

se encendió la luz. En honor a nuestro anfitrión, había que admitir

que lo tenía limpiísimo. No habría aparecido en la sección de

reformas de una revista de decoración, pero no estaba mal. Me miré

en el espejo. Parecía que me hubiese atacado un Yeti furioso. Me vi

las marcas de las uñas de Soledad y cómo la herida de la frente se me

había vuelto a abrir. Tenía todo el pelo fosco, perdón, fosquísimo, y

no tenía un mísero peine. Y seguro que el pastor tampoco. ¿Para qué

iba a tener un peine un calvo? Abrí el armarito sobre el lavabo y allí

había un peine. Parecía de esos que te dan en los aviones, o quizá era

del perro, pero qué más daba, iba a poder poner en orden mis

cabellos. De cualquier forma, había algo que tenía que hacer antes.

Me senté en la taza y empecé a hacer pis. Cuando terminé, como no

quería hacer ruido y despertar a los demás, decidí quedarme sentada

y tirar de la cadena. En el mismo momento en que lo hice, un calor

insoponible comenzó a subir del inodoro. ¡El agua estaba hirviendo!

Y yo sentada encima quemándome el culo. Intenté levantarme, pero

los calcetines se escurrieron en el gres y volví a caer sobre aquel

infierno. Mis manos resbalaban en los azulejos de la pared y mis

posaderas seguían en plena ebullición mientras yo ahogaba mis

gritos para no despertar a toda la casa. Por fin pude dar un salto y, al

hacerlo, me estampé contra la pared de enfrente, dándome un golpe

en el mismo sitio donde tenía la brecha del accidente. ¿Qué

demonios había pasado? Me subí las braguitas y empecé a mirar por

todo el cuarto de baño. Dentro de un armario, descubrí el calentador

de agua que, por alguna extraña razón, estaba conectado con la

cisterna. ¿Quién en su sano juicio conectaba el calentador al váter?

Me fijé un poco mejor y descubrí que había sido yo misma la que

había encendido aquel ingenio del demonio cuando me había

equivocado de botón nada más entrar. ¿Por qué me pasaban aquellas

cosas?, me repetí mientras giraba sobre mí misma e intentaba verme

el culo en el espejo. No veía casi nada, pero lo poco que veía estaba

rojo como un tomate. ¿Por qué solo me pasaban a mí? No había

conocido a nadie que se hubiese quemado el culo en un váter, y

supuse que no lo conocería jamás.

Como el baño no tenía ducha, me ardía el culo y no quería

ponerme a buscar por toda la casa, decidí ir a la piscina y darme un

chapuzón. Salí, me quedé en ropa interior y salté a la piscina como la

sirena patosa que era. Pero empecé a sentirme mucho mejor. El agua

fría revitalizaba mi cuerpo y mi mente. Estaba

haciendo un largo

cuando de repente vi aparecer a Carol con un vestido blanco que le

sentaba como un guante.

—¿De dónde has sacado esa ropa? ¿Te la ha dejado Orfeo?

Carol negó con la cabeza.

—¿Qué dices? —respondió airada—. Siempre llevo un kit de

noche por si acabo en casa de algún tío y al día siguiente tengo que ir

directamente a trabajar. En Inglaterra lo llaman the walk of shame, o

sea, «el Paseo de la vergüenza», y a mí, nena, no me ha tocado hacer

uno desde el año noventa y tres. Yo voy siempre preparada y divina

de la muerte, no como algunas que ves por ahí, que después de una

noche de juerga parecen consumidoras de crack que acaban de salir

de un contenedor de basura.

—¿Qué llevas en ese kit?

—Este vestido de algodón, estas zapatillas...

—Pero ¿cómo te cabe todo eso en tu minibolso?

—No es un minibolso, Alba, es un 2.55 de Chanel y tiene la

medida perfecta. Y me caben porque mira — dijo señalándose los

pies—, ¿a que parecen un par de zapatillas

normales? Pues no, se

doblan por la mitad, me las compré en Japón,
como esta mochila

plegable que ocupa lo mismo que un paquete de
tabaco; gafas de sol;

toallitas húmedas; cepillo de dientes; coletero;
crema hidratante; una

muestra de perfume y, por supuesto, un minikit
de maquillaje...

—Si nos lo hubieses dejado anoche, no
habríamos parecido extras

de una peli de zombis en las fiestas.

—Como que el nivel era alto en este pueblo de
mala muerte...

¿Has hecho el desayuno?

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—No sé, como te has levantado la primera...

—Ya, pero eso no significa que vaya a prepararte el desayuno y a

llevártelo a la cama con una rosa con cruasanes y campurrianas.

—Estás un poco torcida esta mañana, ¿no?

—Pues mira, sí... —respondí mientras salía del agua—. He tenido

una noche de mierda y, para rematar, Bea me ha liado una buena...

—¿Ha dormido aquí también?

—¿No lo sabías? Si os fuisteis juntas...

—No, Bea se fue a su bola...

—¿Y tú qué hiciste?

—Acabar de odiar este maldito pueblo.

Y se quitó su vestido de algodón, se quedó en ropa interior como

había hecho yo y saltó a la piscina.

Me quedé mirándola mientras nadaba. La ley de la gravedad hace

estragos en nosotras cuando llegamos cierta edad, pero Carol había

sido agraciada con un cuerpo sin grasas ni flacidez. Me miré a mí

misma y comprobé que no a todas nos iba igual en la fiesta. Carol

estaba estupenda por su metabolismo, pero yo parecía la mujer

lorzas. Los brazos se me descolgaban, la celulitis me devoraba el culo

y me estaba empezando a salir barriga como a los tíos. ¿Qué sería lo

próximo, pelos en los pezones? Me miré e intenté animarme

pensando que hasta Cindy Crawford tenía flacidez, y me acordé de

aquella foto suya en la playa que se hizo viral donde se le veía la piel

de la tripa. Pero claro, yo ni era Cindy Crawford ni había tenido dos

hijos, y aun así, estaba peor que ella.

—Oye, he estado pensando en lo de Málaga — dije.

—Y yo.

—A lo mejor en la estación de autobuses del pueblo de al lado

nos dicen dónde alquilar un coche y podemos ir directamente.

—Paso, me vuelvo a Madrid.

—¿Qué?

—No tengo cuerpo para ir a Málaga. Además, no tenemos dinero

ni tarjetas.

—No me fastidies, Carol, tenemos que ir. A pesar de todo lo malo

que ha pasado, he recibido demasiadas señales, tengo que conocer a

Mario.

—Lo siento, pero ahora mismo lo que menos me

apetece es irme a

Málaga a seguir tus estúpidas señales.

—Mis señales no son estúpidas. A veces son un poco

extravagantes, vale. Pero esta no es como las demás. Ha sido una

revelación.

—¿Te vas a hacer monja o algo así?

—Lo digo en serio, Málaga va a ser mi primer paso para cambiar

de vida.

—¿Tú, cambiar?

—Pues sí.

—Albita, si llevas las mismas gafas desde hace

veinte años. Tú

eres incapaz de cambiar.

—Ya, claro, aquí la única guay eres tú, que hace lo que quiere y se

acuesta con quien quiere.

—Pues sí, tienes razón. Soy una promiscua que se tira a todo lo

que se le pasa por delante... Incluidos los pastores de los pueblos.

El tono de culpabilidad me descolocó tanto como el hecho de

enterarme de que se había acostado con el pastor.

—¿Lo has hecho con Orfeo?

—Sí, en su tractor, ¿te parece mal?

—No, me parece muy bien, en tu línea. ¿Y a ti?

—Se lo pregunté

porque había notado cierto tono de preocupación.

—¿A mí? ¿Me lo preguntas en serio? Pues genial, de maravilla.

¿Cómo me voy a sentir después de acostarme con un tío con el que

no tengo nada que ver? —Carol estaba siendo irónica—. ¿Cómo se

me ocurrió pensarlo siquiera? ¿Qué pinto yo con un tío así? Si en

Madrid, Londres, Nueva York o París puedo tener al que me dé la

gana...

—En Málaga también.

—Que no quiero ir a Málaga, Alba. Lo que quiero es irme de aquí

y quitarme de la cabeza a este mulo, a este animal... A este... imbécil

que me ha vuelto loca.

—¿No te habrás quedado pillada?

Carol no respondió, se limitó a meter la cabeza debajo del agua.

Entonces Sandra entró en el jardín de la piscina. Tenía la mirada

fija y un fular alrededor del cuerpo.

—Ya sabía yo que os encontraría aquí — comentó con voz de

autómata. Y no dijo nada más. Lo único que hizo fue quitarse la ropa

y quedarse completamente desnuda. Aquello me sorprendió, porque

ella era muy pudorosa para todo lo que tuviera que ver con el tema

del cuerpo, de hecho aquella vez debió de ser la primera o la segunda

que la veía desnuda.

—Sandra, estás desnuda...

Y sin hacerme caso, se tiró de cabeza a la piscina. Carol y yo nos

quedamos mirándola mientras ella aguantaba la respiración metida

debajo del agua, inmóvil, soltando burbujas. Pasaron unos treinta

segundos hasta que por fin salió.

—Sandra, he tenido una revelación con lo de Málaga.

—Lo siento, chicas, pero me vuelvo a Madrid.

—¿Qué? ¿Tú también?

—¿Quién más se va?

—Carol, que se ha tirado al pastor y, como no le ha molado, se

quiere largar.

—¿Te has tirado al pastor?

—¿Queréis dejar de hablar de ese gañán?

Sandra había salido del agua y se había colocado el fular a modo

de pareo rodeándole el cuerpo.

—¿Y ese fular?

—Es de Sebas.

—¿Quién es Sebas? —preguntó Carol.

—Un argentino que conocimos en el pueblo —
expliqué.

—¿Y qué hace un argentino en el pueblo?

—Tiene un huerto ecológico.

—Qué poco de fiar...

—Es muy majo... Hemos estado hablando toda
la noche...

—Sandra, por favor, que estos tíos son como los
italianos, con la

peligrosa diferencia de que los entendemos al
hablar, y tú sueñas

como si te derritieses con el acento ese... —A
Carol no le gustaban

los argentinos.

—Lo mismo también se lo ha tirado y por eso se quiere volver a

Madrid —dije con un poco de mala leche.

—¿Qué dices? ¿Estás loca? ¡Que estoy casada!

Es verdad, no sé por qué había dicho aquello, Sandra era la mujer

más fiel que conocía. Lo cierto es que algunas veces la envidiaba.

Desde que la conocí nunca había tenido dudas. Para ella, la vida era

sencilla. Solo tenía que hacer lo que su familia esperaba de ella:

crecer, casarse con un buen hombre y tener todos los hijos que

vinieran. Y eso era todo. Pasaría de ser mantenida por su padre a ser

mantenida por su marido, sin más preámbulo. Y además, habría

hecho lo que se suponía que tenía que hacer, es decir, que sería una

«buena chica». En cambio, a mí me habían metido en la cabeza que

tenía que ser independiente, encontrar un trabajo y ser mejor en él

que los hombres; que tenía que hacer mis propios planes y tomar mis

propias decisiones y, además, que siempre tenía que estar guapa

para, con suerte, encontrar a un hombre maravilloso; y luego, si

teníamos hijos, conciliar oficina y casa con su ayuda. Bueno, esto de

la ayuda, solo si tenía suerte, mucha suerte. Casi todos los días me

levantaba pensando que ser mujer en el siglo XXI era un timo.

—Bueno, la verdad es que sí que me he acostado con él...

Olvidaos de lo que acabo de decir, que esto es mucho más

interesante.

—¿En serio? —No daba crédito.

—Tía, por favor, elegir a un argentino para ser infiel es de lo más

tópico —soltó Carol.

—Perdona, pero no tenía a ningún pastor a mano.

—Pero ¿ha sido un polvo, polvo, o un magreo fuerte y ya?

—Ha sido un polvazo... O dos o tres, no sé cuántos fueron porque

me volví multiorgásmica perdida.

—¿Qué dices? —Yo seguía sin dar crédito. Sandra. Mi Sandra.

Cayendo en el fango del adulterio. Me alegré un montón.

—Eso es que te has liberado. —Carol sonrió orgullosa.

—No sé si fue una liberación o que un espíritu había entrado en

mi cuerpo, pero yo sentía que unas corrientes

eléctricas se habían

apoderado de mí y no paraban, no paraban... Y no acababa nunca:

minutos, muchos minutos... El corazón me latía a toda velocidad, se

me nublaba la vista, tenía contracciones ahí abajo, me temblaban las

piernas, los brazos, ¡todo! Creía que me estaba dando un infarto o

una apoplejía, que me iba a morir allí mismo...

—Has hecho fenomenal —dijo Carol con una sonrisa.

—A mí me parece horrible. He roto el compromiso más grande

que había hecho en mi vida.

—Jesús es un coñazo de tío.

—Jesús es mi marido y le quiero.

—Pero con él no tienes orgasmos y con el argentino sí.

—No digas tonterías, lo del argentino ha sido un error. Yo tengo

mi familia, mis hijos. No voy a perder eso por muchos orgasmos que

haya tenido.

—Yo creo que lo mejor es irse a Málaga —dije
— y, más tranquilas,

reflexionar sobre lo que ha pasado.

—Alba, que le acabo de poner los cuernos a mi marido después

de veinte años. No hay mucho que reflexionar.

—¿Y qué vas a hacer, ir a Madrid a contárselo?

—Pues sí. O no. No lo sé. Pero necesito estar ahí. En mi casa, con

mis cosas...

Bea fue la última en aparecer para dar la puntilla a mi sueño y a

mis esperanzas.

—Vámonos a Madrid.

—No me lo puedo creer. —Empezaba a cabrearme en serio.

—¿También te has acostado con alguien? —preguntó Carol,

sorprendida por tanta casualidad.

—Sí, a un pobre chico del pueblo —dije mosqueadísima.

—Mentira.

—Sí, que te he visto.

—Al final le he dicho que se fuera.

—Qué raro, ¿qué problema tenía esta vez? —
ironizó Sandra.

—Déjame en paz, ¿vale?

—Que no era una chica, ¿verdad? Ese era el
problema.

Me había pasado con el comentario, pero estaba
demasiado

enfadada para pensar lo que decía.

—¿Tú de qué vas? —me gritó Bea con rabia.

—Eso digo yo, ¿de qué va esto? —Carol estaba
despistadísima.

—Va de que en el tren vio como una de las chicas me dio un beso

y ahora se piensa que me he hecho bollera.

—Qué palabra más fea, por Dios —se quejó Sandra.

—¿Y lo eres?

—¡Que no lo soy! Si no lo he hecho con el chico, ha sido porque...

olía fatal, y ya está.

—¿Y por eso te quieres ir a Madrid? —pregunté.

—Me quiero ir a Madrid porque me da la gana...

—Muy bien, perfecto. Marchaos todas a Madrid. Pero yo me voy a

Málaga.

—No digas tonterías, Alba. ¿Qué vas a hacer tú sola en Málaga?

—dijo Sandra con un tonito condescendiente que no me gustó nada.

—Lo que me habíais dicho que tenía que hacer.

—Eso ya no tiene sentido.

—Este viaje ha sido un error...

Esas palabras de Bea terminaron por hacerme estallar.

—Claro, como a vosotras ya no os interesa, se acabó y que le den a

Alba, como siempre.

—Estás siendo muy injusta —dijo Sandra.

—No compares lo tuyo con lo nuestro —
secundó Carol.

—No, está claro que aquí lo vuestro siempre es
más importante.

—En este caso sí...

—En este y en todos, que me he pasado toda la
vida escuchando

vuestras movidas y haciendo siempre lo que me
pedíais.

—Eso no es así —protestó Bea.

—¿Ah, no? ¿No fui yo la que te estuvo llevando
pacientes a la

clínica porque me dijiste que si no te echaban?

—Miré a Sandra—. Y

cuando nació tu primer hijo, ¿no me fui a vivir a
tu casa aquellas dos

semanas porque tu marido se iba y no te querías quedar sola? Y tú,

Carol, ¿cuántas veces te he acompañado de marcha para que al final

te fueras con un tío y me dejaras tirada? —Aquí ya estaba con la

lágrima, pero no podía parar—. Siempre he estado ahí cuando me

habéis necesitado, siempre... Y para una vez que yo os necesito a

vosotras...

—Estás siendo muy injusta, nosotras también nos hemos

preocupado por ti.

—¿Ah, sí? ¿Acaso alguna se ha preguntado en algún momento

dónde he estado toda la noche?

Ninguna dijo nada.

—Pues mientras estabais practicando sexo, yo he estado a punto

de morir aplastada, de ser acusada de asesinato y al final he acabado

tirada en el ataúd de un muerto.

—¿Qué dices? —dijo Sandra muy sorprendida.

—Pues sí... Pero como siempre, a vosotras os importa un

pimiento lo que me pase. No veis más allá de vuestras narices. Me

metéis en una aventura para que salga de la depresión y me olvide de

mi divorcio y en cuanto os surge algo pasáis de

mí como si fuese una

apestada. Cuando más necesito a mis amigas, vais y me dejáis

tirada... «Sí, Alba, ya verás, será fantástico, todas juntas vamos a

hacer que te rías y que te olvides de Javier, y te vas a tirar al tío más

bueno del país, vámonos a Málaga»... A la mierda es adonde nos

hemos ido. No habéis estado pendientes de mí ni un minuto, os

habéis preocupado solo por vosotras: «Oh, el coche de mi maridito»,

«Oh, mi zapato», «Oh, mis porros»... ¡Id todas por ahí...! Egoístas,

egoístas y egoístas...

Y entonces me acordé: si ayer fue viernes, hoy era sábado... ¡y

cumplía cuarenta años! Con todo el lío, se me había olvidado...

También se me olvidó cuando cumplí veintitrés, y mi madre me echó

la bronca por tonta, pero no era una fecha tan importante. Y al

recordarlo y verme en aquella situación, me eché a llorar como una

niña.

—Y, por cierto, ¿sabéis qué día es hoy? —grité entre lágrimas. Las

tres se miraron desconcertadas—. Hoy es mi cumpleaños. Y no os

habéis acordado ninguna...

Y eché a correr hacia la calle. Lo bueno de no ir más que con lo
puesto era que no tenía nada que recoger, así que ni siquiera miré
atrás. Bajé la calle en dirección a ningún sitio y acabé en la plaza,
donde ya no había nadie, tan solo el escenario vacío rodeado por un
mar de vasos de plástico rotos. Todo estaba en silencio, tan solo se oía
el aleteo de las banderitas que todavía quedaban colgadas a un lado y
a otro de la plaza, mecidas por la leve brisa. Abatida y sin saber
adónde ir, me senté en la fuente y me puse a llorar.

Estaba a punto de rendirme y volver a la casa de Orfeo cuando el

ruido de un claxon llamó mi atención. Un coche negro había

aparecido en la plaza. El conductor bajó la ventanilla.

—Perdón... Me he perdido y... ¿Sabes cómo puedo volver a la

carretera para Málaga? —Me quedé mirándole sin dar crédito. Si

aquello no era una señal, ninguna otra lo sería.

—No, no sé cómo se va, pero me voy contigo...

—Y según subía al

coche y el conductor me miraba con expresión alucinada, me di la

vuelta y vi a Sandra, Carol y Bea al otro lado de

la calle. Por un

momento pensé en bajarme, pero no podía. Si me hubiera ido con

ellas, nos habríamos perdonado y todo hubiera seguido siendo igual

que siempre. Y yo, la Alba de siempre. No. Había tomado una

decisión por mí misma por primera vez en mi vida y tenía que ser

consecuente.

—¿Nos vamos? —apremié al chico, que arrancó inmediatamente

pensando, supongo, que a lo mejor no era tan buena idea lo de

llevarme de copiloto.

Eché una última mirada atrás antes de salir de la plaza.

—¿Conocías a esas chicas?

—Creía que sí.

Y dejamos atrás el pueblo.

Después de unos diez minutos dando vueltas entre olivares,

finalmente encontramos una señal oxidada que indicaba la N-502.

—¡Por fin! —gritó Raúl, que así se llamaba el conductor, y tomó la

desviación como si nos persiguiese un ejército de vampiros—. ¿Qué

te había dicho, Alba? Que era por aquí, ¿no?

Lo cierto era que lo había dicho tres veces antes

y «por aquí» se

había convertido en tres caminos equivocados. Pero no quise decir

nada porque era mi única manera de llegar a Málaga y no tenía gana

alguna de volver a discutir. Raúl debía de tener unos treinta y cinco

años, quizá alguno menos, pero era de esas personas que ya desde

pequeñas parecen mayores. No era guapo ni feo. Era ese tipo de

hombre que, según lo veías, o al menos eso me pasaba a mí, ya se te

había olvidado su cara. Vamos, un tipo gris.

En cuanto entramos en la 502, empezó a circular aún más rápido,

cambiando de marcha, acelerando y frenando ante cada curva como

si estuviese en una carrera de Fórmula 1 o en un videojuego.

Comprobé que mi cinturón estaba abrochado, me agarré al

pasamanos y me puse a rezar al dios de los ateos, si es que había

alguno.

—Igual vamos un poco rápido, ¿no? —dije tímidamente.

—La carretera es un lugar peligroso, cuanto menos tiempo

pasemos en ella, mejor.

—Ya, pero es que yo soy de las que prefieren llegar enteras a por

cachitos.

—He hecho cursos de conducción, ¿no te lo había dicho?

Conmigo vas más segura que con Fernando Alonso, ya lo verás.

¿Sabes conducir?

—Sí, pero no tengo coche...

—Ah, eres de esas... —Asentí con la cabeza, sin saber muy bien

de cuáles era yo, pero por no discutir, aceptaba lo que fuera—. Pues

mira, te voy a explicar una cosa. ¿Ves esa curva tan cerrada que

tenemos delante?

—Sí —dije, y me agarré aún más fuerte al

pasamanos porque veía

que no frenaba.

—Pues fíjate en lo que va a pasar. Cuando la coja, el peso del

coche generará una inercia que, al girar en la curva, hará que se

incline y las ruedas del lado exterior recibirán más peso que las del

interior. ¿Lo notas? —gritó mientras las ruedas empezaban a chirriar

y la fuerza centrífuga me lanzaba contra la puerta—. ¿Te has fijado lo

bien que hemos salido? Eso es porque he trazado bien la curva, no

como todo el mundo... Y es que la gente no tiene ni puta idea de

conducir. Ya verás, de aquí a Málaga en dos horas y sin pisarle, ¿eh?

Definitivamente, aquel tipo era un peligro. Tenía que hacer algo

antes de que nos diésemos un golpe. Así que opté por dar pena.

—Perdona, Raúl, ¿te importa ir un poco más despacio? Es que

hace menos de veinticuatro horas he tenido un accidente y no me

apetece tener otro. Y además, me mareo... —Y Raúl levantó el pie del

acelerador y pasamos de ciento ochenta a ciento cuarenta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó un poco contrariado.

—Nada, que nos perseguía la Guardia Civil...

—¿Cómo? —Y entonces sí que empezó a frenar.

—No, espera, no es lo que estás pensando. Es que la que conducía

había bebido un poco —mentí, porque si le hubiese dicho la verdad,

habría creído que había montado en su coche a una narcotraficante

internacional— y nos saltamos un control para no soplar. Ellos nos

vieron y empezaron a seguirnos. Entonces, mi amiga, bueno,

examiga, la que conducía, se puso nerviosa y nos caímos por un río

seco y dimos dos vueltas de campana.

—Pero ¿no os ha pasado nada?

—Nada, algún rasguño como este —dije señalándome la frente—,

pero poca cosa más. Eso sí, el coche ha quedado siniestro.

—Pues habéis tenido mucha suerte.

—Sí.

—Ya. Y después del accidente, te volviste a tu pueblo, ¿no?

—¿A mi pueblo? No, yo soy de Madrid.

—¿Y qué hacías en medio del Valle de los Pedroches?

—¿Dónde?

—En el pueblo en el que te he recogido.

—Es que perdimos el AVE.

—¿Qué AVE? El AVE solo para en Córdoba ciudad.

—Eso... Bueno, es que hubo una avería y mis amigas y yo nos

quedamos encerradas en el baño del andén. —Y según lo iba

contando, cada vez me parecía todo más de ciencia ficción.

—Pero entonces, ¿a dónde ibais?

—A Málaga, al festival de cine...

—A ver, para que yo me entere. Salís de Madrid para ir a Málaga.

Tenéis un accidente, dejáis el coche tirado y cogéis el AVE. Entonces,

el AVE tiene una avería y acabáis en un pueblito de Los Pedroches, y

justo aparezco yo y te subes conmigo sin siquiera preguntar.

—Más o menos, sí. Ha pasado alguna cosa más, como que nos han

perseguido jabalíes rabiosos y se me ha muerto un cura delante, pero

en resumen, eso es todo.

—¿Y dónde están tus amigas?

—¿Qué amigas?

—Esas de las que estás hablando todo el rato.

—Se han quedado en el pueblo. No quieren acompañarme a

Málaga.

—Qué buenas amigas las tuyas... —dijo con ironía—. ¿Y por qué

es tan importante que vayas a Málaga?

—Es que hoy cumplo cuarenta años... —Y ahí Raúl estalló en una

carcajada.

—Mira, Alba, o como te llames. No había oído en mi vida una

cantidad semejante de trolas.

—¿Me estás llamando mentirosa?

—Solo digo que si no quieres contarme de qué estás huyendo, no

hace falta que te inventes una historia para no dormir. Había oído

hablar de gente como tú, pero no creía que

existiera.

—¿Qué gente? —Definitivamente, aquel tipo era tonto.

—Pues eso, gente como tú, que se dedica a mentir y tomarle el

pelo a los demás. Es una pena... Yo, que cuando te he visto, he creído

que igual salía algo bueno de este viaje...

—Te juro que todo lo que te he contado es verdad.

—Ya...

—No, en serio. Llevo dos días que parece que me ha mirado un

tuerto. Y me ha mirado con insistencia... Todo lo que hago me sale

mal.

—Todos tenemos periodos así... y la culpa es solo tuya —me

soltó. Y se quedó tan ancho—. Si te preguntas por qué te sale todo

mal, lo único que vas a hacer es asumir que todo te sale mal porque

eres una fracasada y no sirves para nada. —
¿Me estaba llamando

fracasada y diciéndome que yo tenía la culpa de todo lo que me

ocurría? No podía ser, debía de estar entendiéndole mal—. A mí eso

no me pasa, porque yo soy una persona muy positiva que se ha hecho

a sí misma en la universidad de la vida. Y

gracias a eso, he aprendido

a esquivar los problemas y vencerlos. Como dice Jorge Bucay: «Las

dificultades son parte integral de nuestra existencia». Y, sin embargo,

la gente busca sin cesar una situación ideal. Lo que tienes que hacer,

Alba, es enfocarte en todo lo positivo que te rodea y cambiarlo. —

Miré a Raúl con incredulidad. ¿Me estaba dando consejos? ¿Un tío

que no me conocía me estaba diciendo lo que tenía que hacer con mi

vida y que era una fracasada?—. ¿Sabes lo que dice Paulo Coelho? —

preguntó—. Que todos los días Dios nos da un

momento en que es

posible cambiar todo lo que nos hace infelices.

—Había citado a

Jorge Bucay y a Paulo Coelho en una misma frase. Ya no tenía duda

alguna: aquel tipo era un pedante, un brasa y un gilipollas.

Decidí desconectar de la conversación mientras Raúl seguía

hablando sobre pensamiento positivo y autoayuda, y de pronto dejé

de oírle.

Pero la semilla ya estaba plantada.

Empecé a pensar en que era mi cumpleaños y que cumplía

cuarenta.

Cuarenta años.

La cifra no hacía más que dar vueltas en mi cabeza una y otra vez,

como cuando se te quedaba enganchada la música de un anuncio.

Cuarenta años.

Traté de imaginar qué significaría tener cuarenta años y cómo

cambiaría mi vida. Y entonces me di cuenta: los cuarenta me habían

llegado anticipadamente. Hice memoria de algunos síntomas y

empecé a asustarme. Me vi en la consulta del dentista leyendo el

Telva en lugar del Vogue (al menos no había elegido el Saber Vivir). Me

vi leyéndolo y alejándome la revista porque, si no, era incapaz de

enfocarla. Hacía dos meses que había claudicado y había ido a una

farmacia a comprarme unas gafas de vista cansada. Cuando fui a

pagar, el cajero, un chavalín de unos veinte años, me había dicho que

su madre usaba las mismas gafas. Me dejó hecha polvo todo el día.

A pesar de estar intentando seguir el hilo de mis pensamientos,

oía de vez en cuando la voz de Raúl, que no paraba de hablar:

—... fui el primero en comprarme una Nespresso...

Seguí viéndome a mí misma en los últimos tiempos. Hacía casi un

año había acudido a una charla a la Complutense para

emprendedoras online, y todo el mundo había dado por hecho que

era profesora y me trataron de usted. Y eso que me había puesto

unas trenzas preciosísimas y vaqueros. Y lo peor fue que los chavales

de veintitantos me parecieron sexies, pero seguro que ellos a mí me

vieron como a una MILF, una mujer madura sexualmente deseable.

Raúl, como un torrente, seguía hablando solo:

—... yo supe que Bruce Willis en El sexto sentido era un fantasma

en la primera escena...

Otra cosa de la que me di cuenta fue de que últimamente, cuando

me vestía para salir, siempre prefería ir cómoda a sexy. Y no tenía

duda alguna. Nada de taconazos o vestidos ceñidos, solo ropa

cómoda y holgada. Quizá por eso me había convertido en «invisible»

a los ojos de los hombres.

—... ¿y cómo se le ocurre fichar a Bale? —
seguía monologando

Raúl—. Si es un matao...

Recordé que cuando leí Cincuenta sombras de Grey, pensé que eso

ya no me podría pasar a mí. Que nunca más podría sentir una pasión

tan fuerte por un hombre. Y además, ¿qué hombre se fijaría en mí?

Últimamente mi piel se estaba llenando de manchitas, como si el

moreno de todos los veranos se vengase haciéndome grafitis. Y lo del

pelo era peor. Las canas habían llegado hacía unos años, pero de

arreglarlas con unas mechitas había pasado a tener que teñirme con

tintes que debían de ser capaces de aguantar

una explosión nuclear.

—... y estos andaluces, todo el día haciendo el vago y viviendo del

PER que les pagamos todos...

Y pensé en Carol y Sandra, y en lo bien que estaban con cuarenta

años. Carol podía seguir usando la misma ropa del instituto, pero yo

lo único que podría volver a usar sería una bufanda. Me acordé de las

tres en la piscina y de cómo me colgaba ya la piel de los brazos y

cómo la flacidez se estaba extendiendo por todo mi cuerpo. Tenía que

hacer algo. Tenía que seguir el ejemplo de Sandra, ir al gym y

empezar a quererme más a mí misma.

—... a finales del 2007 yo ya sabía que la burbuja inmobiliaria iba

a explotar...

Pensé también que ahora era una mujer separada. Bueno, era una

cuarentona separada, pero al menos no tenía niños... En cuanto me

di cuenta, intenté no liar mi cabeza con el tema de los niños porque

ya sabía lo que me esperaba, pero fui incapaz de parar el siguiente

pensamiento: ¡no había sido madre y dentro de nada me vendría la

menopausia! ¡Qué horror! Allí estaba yo, en un coche con un

desconocido que debía de ser el campeón nacional de los plastas,

dándome cuenta de que era una cuarentona antes ya de cumplir los

cuarenta y pensando en la menopausia. ¿Qué narices hacía yo allí?

Con lo segura que estaba cuando había mandado a las chicas a freír

espárragos. Me estaba empezando a fallar la convicción. Y además,

me estaba dando cuenta de que había perdido lo único bueno que me

quedaba en la vida: a mis amigas. Y en aquel preciso momento supe

la tontería tan grande que estaba haciendo. Las chicas tenían razón:

tenía que volver a Madrid.

Y entonces, de improviso, mi yo racional apareció dentro del

coche.

YO RACIONAL: Tienes que ir a Málaga.

YO: ¿Perdona?

YO RACIONAL: Sí. Tienes que hacerlo, por ti.

YO: Pero si tú eres siempre la que me aconseja lo correcto y lo

cabal.

YO RACIONAL: No, Alba, yo te aconsejo siempre lo que es mejor

para ti. Y lo mejor para ti ahora mismo es que termines tu aventura.

Si no, te estarás arrepintiéndote todos los días de tu vida.

YO: Pero nada tiene sentido...

YO RACIONAL: Claro que lo tiene. Lo tiene para ti. ¿No estás

siguiendo unas señales que te están llevando a un sueño?

YO: Bueno, sí, pero también podrían estar llevándome a una

pesadilla.

YO RACIONAL: Y no lo sabrás hasta que estés allí. Es por ello

que tienes que ir, ¿no lo entiendes?

Entonces pensé en todas las señales que había recibido en las

últimas horas. Me acordé del camarero malagueño, de la vieja de los

posos del café, del cartel de la peli de Mario, de la maleta del viaje a

Marruecos, de Carol llegando con los billetes, del coche de Raúl

apareciendo de la nada.

No podía pedir más señales al destino.

Tenía que cambiar de actitud. En Málaga me estaba esperando

algo bueno, seguro. El karma tenía que nivelarse, no podía ser que

siempre me estuviese atizando a mí.

Málaga iba a ser el primer paso para cambiar mi vida.

YO: ¡Voy a ir!

YO RACIONAL: ¡Esa es la actitud, Alba!
¡Vamos a ir a Málaga y

nos vamos a tirar a Mario Santos!

Y con una gran sonrisa, pensé en hablar un poco
con Raúl. A

pesar de lo pesado que era, no me vendría mal,
porque si no, estaba

convencida de que volvería a darle vueltas a
todo.

—... porque Hitler en el cuarenta y uno...

Era increíble, Raúl estaba hablando de la
Segunda Guerra

Mundial como si se hubiese visto todos los
documentales del Canal

Historia. Aquel hombre era incansable.

—¿Y tú a qué te dedicas, Raúl? —pregunté cortándole su discurso

sobre los suministros al frente ruso.

—Soy psicoanalista —respondió—. Me dedico a escuchar los

problemas de los demás y ayudarles a solucionarlos.

Estuve a punto de decirle que se le notaba por lo bien que sabía

escuchar, pero no quise ser hiriente. Además, aún nos quedaban

cincuenta kilómetros.

La media hora siguiente fue una comprobación de que no me

había equivocado: Raúl era un completo imbécil que no podía pensar

en otra cosa que no fuese él mismo. Pero ya estábamos entrando en

Málaga, así que sentí que me había pagado el billete aguantándole.

Llegamos junto a una calle peatonal y Raúl aparcó en una zona de

minusválidos.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo—. ¿Qué te había dicho yo? Dos

horas y media y sin pisarle.

En realidad había dicho dos horas, pero yo solo quería irme.

—Muchas gracias, Raúl. Ha sido un placer conocerte y...

—Espera, espera... —me cortó—. Te he traído a Málaga, ¿no? ¿No

se te ocurre alguna manera de agradecerme? Mi hotel está ahí

enfrente —dijo poniendo una voz que él debía de considerar

seductora.

No sabía qué hacer. Sus intenciones eran más que evidentes, pero

yo nunca había sido buena negándome, así que decidí seguirle la

corriente. No dije ni que sí ni que no y bajé del coche. Le seguí y

llegamos a la entrada del hotel, que tenía una de aquellas puertas

giratorias enormes. Él se hizo el caballero y me

dejó pasar delante.

Empujé el cristal rápidamente para entrar yo sola en la sección, y

cuando estuve dentro empujé aún más fuerte y seguí empujando

hasta que di la vuelta entera y salí corriendo a la calle.

—¡Ingrata! —gritaba Raúl detrás de mí—.
¡Frígida!

Grita lo que quieras, pensé, hoy es el primer día del resto de mi

vida. Y seguí corriendo hacia la calle peatonal y, mientras corría, sin

saber por qué, me eché a reír como hacía tiempo que no lo hacía.

No había estado en Málaga en mi vida. De

pequeña había pasado

un verano en Marbella con unos amigos de mis padres y creo que

habíamos ido a la ciudad, pero ni me acordaba. Todas las calles

estaban empapeladas con el rostro de Mario y su película Mi vida es

tuya. Había carteles de otras películas, pero por alguna razón, mi

cerebro no los veía. Fui caminando por el centro hasta que en un

panel informativo del festival miré la programación de aquel sábado.

La película de Mario se presentaba en el Teatro Cervantes a las siete y

media. Miré mi reloj. ¡Mierda, aquello era en

media hora! No tenía

tiempo que perder. Le pregunté a un matrimonio mayor cómo se

llegaba al teatro y me dijeron que ellos iban hacia allí y que me

acompañarían. Me pareció una solución perfecta hasta que

comenzamos a caminar. Iban a dos por hora.

—¿No podemos ir un poquito más rápido? Es que no llevo...

—Ay, hija, es que con esta cadera... —se disculpó el hombre.

—Perdonen, es que es muy importante. ¿Por qué no me indican y

así ustedes pueden seguir a su ritmo?

—Es muy fácil... —empezó a decir el hombre.

—Tú calla, Estanislao, que vas a liar a la pobre chica —le cortó la

mujer—. Mira, ¿ves esa calle que sigue a la derecha? —dijo

indicándome con el dedo.

—Sí...

—Pues por ahí no es. Tú tienes que seguir recto...

—Que no, Maribel, que si sigue recto, va a acabar en la plaza de la

Merced —la interrumpió su marido—. Tú continúa por la calle de la

derecha y luego giras a la izquierda...

—Que la estás mandando al Centro Cultural y

ella quiere ir al

Cervantes. No le hagas caso, niña, lo que tienes que hacer es...

Me quedé mirando a los dos y me di cuenta de que cuando

llegasen a un acuerdo, la película estaría acabando.

—Muchas gracias. No se preocupen —dije, y salí corriendo en

busca de cualquier otra persona mientras oía que me llamaban

«maleducada». Me acerqué a unos chavales que estaban sentados en

un banco fumando porros y bebiendo unas litronas.

—Chicos, ¿cómo se va al Teatro Cervantes?

—Sigue por la calle Cárcer. Llegarás a una plaza y allí está.

—¡Gracias!

Para que luego dijeran que las nuevas generaciones no eran

amables. Eché a correr y al rato había llegado a una plaza en la que se

agolpaba una multitud. Tenía que ser allí. Había llegado a tiempo y

aún no había empezado. Al fondo, junto a la fachada del teatro, los

rostros más populares del cine español se hacían fotos en el

photocall —que, por cierto, qué delgada estaba Belén Rueda—. Por

cómo coreaban su nombre las fans, me di

cuenta de que Mario aún

no estaba allí. Por fin un poco de suerte en mi vida. Pero no iba a

durarme demasiado. Todavía tenía que llegar a la zona de las vallas

para poder acercarme a él, y entre las vallas y yo había un ejército de

quinceañeras desgañitándose. Las vi a todas allí, con sus cuerpos

jóvenes, sus carnes prietas y sus culos sin celulitis y me entró un

poco de complejo. Aquello no era justo. Era una pelea desigual. Mi

cuerpo de cuarentañera no podía luchar contra toda aquella

juventud, pero aún había algo que podía hacer.

Decidí luchar con sus

mismas armas: me quitaría el sujetador para marcar pezones. Sí, era

un truco sucio, pero fue lo único que se me ocurrió.

Afortunadamente, la flacidez de mis brazos aún no había tomado al

asalto mi pecho y todavía tenía un par de «buenas razones», como

decía Bea. Así que me saqué el sostén con disimulo, me lo guardé en

el bolsillo y me lancé contra la turba como un antidisturbios con

mala leche. Al principio intenté abrimme paso educadamente y luego

ya a codazos. Hasta que llegué a un punto en

que me di cuenta de

que estaba atrapada. Era tal la densidad de la chavalería que no podía

avanzar.

—¡MARIO! ¡MARIO! ¡MARIO! —se desgañitaba una chica a mi

lado con el nombre de Mario escrito a rotulador en la frente.

—¿Quieres dejar de gritar en mi oído? —le solté.

—Pero, tía vieja, ¿de qué vas? —se revolvió la niña con

histerismo.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Por eso tenía que gritar... Porque no oyes

nada, abuela.

—Perdona, pero yo no te he dicho nada para que me insultes.

—¿Qué te he dicho? ¿Que eres una vieja y que estás sorda?

—Mira, guapa, no me toques las narices que podría ser...

—¡Sí, mi madre! ¡Podrías ser mi madre! —Y la chiquilla se echó a

reír, y ante aquello empecé a sentir cómo la rabia contenida durante

todo el viaje se me acumulaba en los riñones.

—Mira, niña, como yo ya he pasado la edad del pavo y sé lo duro

que es, no voy a hacer caso de lo que me has dicho, pero como te

vuelvas a reír de mí, te saco los ojos.

—¡Uy, la edad del pavo! ¿Todavía te acuerdas?
¡Si tú tienes que

estar ya con la menopausia!

Y volvió a reírse de mí. No había llegado hasta allí para

achantarme ante la primera adversidad, así que decidí hacer valer

mis galones de mujer madura y resolver aquello con inteligencia. Le

di un pisotón que casi atravieso el suelo.

—¡Ahhhhhhh! ¡Mi juanete! —gritó la niñata al tiempo que se

doblaba sobre sí misma de dolor. Aproveché el desconcierto de la

gente alrededor para empujarla a un lado y avanzar hacia las vallas.

Me sentía como un tanque de guerra avanzando entre las barricadas,

apartando chicas histéricas con las manos y dándome igual todo. Y

de pronto, algo detuvo mi avance. Me había chocado contra la valla

metálica.

Los coches iban llegando y dejando descender a guapas y guapos

y a algún que otro director que no le interesaba a nadie. A mi

izquierda tenía a toda la nube de fotógrafos y cámaras que no

paraban ni por un instante de hacer fotos. Los

actores enrollados,

nada más bajar del coche, venían primero hacia mi zona para saludar

a las fans. Los estirados se iban directamente al photocall a hacer

poses. Estaba concentrada esperando ver aparecer el coche de Mario

al final de la calle cuando oí una voz que me preguntaba:

—¿Quieres que te firme un autógrafo?

Miré frente a mí y vi a Antonio Banderas, que me miraba

esperando bolígrafo en ristre.

—Paso, gracias.

Él sonrió, se encogió de hombros y siguió

firmando y dando

besos. ¿De verdad le había dicho aquello a Antonio Banderas? Pues

sí. Así era yo, una inconsciente a la que solo le interesaba Mario.

En aquel instante, una chica se abalanzó sobre mí y me abrazó. La

separé de mí y la miré. Era Sol, y detrás de ella, estaba Cecilia.

—¿Dónde estabais? De repente vimos que habíais desaparecido

del tren...

—¡Serás falsa! —respondí con ganas de sacarle la piel a tiras—. Si

fuisteis vosotras las que nos encerrasteis en el baño...

—¿Quién? ¿Nosotraaaaaaas? —dijo Cecilia como una virgen

inocente.

—¡Claro que sí! Si nos dejasteis un mensaje en la puerta —grité

con rabia.

—¿Qué mensaje? —preguntó Sol haciéndose la tonta.

—No sabemos nada de un mensaje.

¿Serían falsas las tías?

—Déjalo, Cecilia, que nos han pillado...

Y ante aquella confesión, estallé.

—¿Por qué lo hicisteis? Nos podíamos haber muerto allí...

—Qué exagerada. Tuvimos miedo. Os vimos tan guapas y

experimentadas que pensamos que si llegabais antes que nosotras a

Mario, no tendríamos nada que hacer.

—Pues que sepáis que si no hubiésemos sido capaces de salir,

ahora mismo estaríamos muertas.

—No será para tanto...

—¿Tú eres tonta o te entrenas? —espeté a Sol —. Por aquel andén

no pasaba nadie y el calor dentro del baño era insoportable. Una de

mis amigas casi se desmaya...

Pareció que reaccionaron a mis palabras porque

las dos bajaron la
cabeza, arrepentidas.

—Perdónanos, Alba —dijo Sol.

—Me siento fatal.

—Yo también...

—Lo sentimos muchísimo...

—¿Sabes qué? —dijo Sol, y una gran sonrisa le
iluminó el rostro

—. Te vamos a ayudar. —Y se miraron entre
las dos y asintieron.

—¡Sí! Te vamos a ayudar a que te tires a
Mario.

—Tú lo necesitas, que eres más mayor.
Nosotras podemos

tirárnoslo cuando queramos...

—No sé si daros las gracias o daros un trompazo por llamarme

vieja. Y, ¿cómo me vais a ayudar? A ver...

—Cuando llegue, nosotras llamamos su atención para que venga

aquí y, cuando lo haga, contenemos a estas petardas y te hacemos

hueco para que hables con él. ¿Vale?

—Espero que con esto nos perdoneis...

—No sé... Lo que habéis hecho es muy fuerte
—dije haciéndome

la digna, pero estando encantada de que me ayudasen, porque allí

había más gente que en la guerra.

De pronto llegó un Audi negro con los cristales tintados y nada

más abrirse la puerta los gritos de «¡Mario! ¡Mario!» subieron como

diez millones de decibelios. Allí estaba. Había llegado. Era el

momento que llevaba esperando dos días. Tenía que hacer algo para

que se fijase en mí. Pero ¿qué? Mientras yo le daba vueltas a la

cabeza, él había bajado del coche a unos veinte metros de mí. Ver a

Mario tan de cerca y darme un vuelco el corazón fueron la misma

cosa. Estaba guapísimo. Por exigencias del guion de su siguiente

película, se había teñido el pelo de blanco. Una
chica detrás de mí

explicó que interpretaba al clon bueno de un
policía corrupto en la

Alaska del 2050. Y de pronto recordé: ¿sería él
el hombre de pelo

blanco que me había dicho la vieja de los posos
del café? Lo había

dicho muy claro: en Málaga encontraría al
hombre de mi vida y

tendría el pelo blanco. Seguro que era él. Con
Sol y Cecilia

ayudándome y las señales del destino que me
habían traído hasta

aquí, nada podía salir mal.

Mario iba repartiendo sonrisas y autógrafos a

diestro y siniestro, y

las niñas se iban desmayando a su paso como piezas de dominó.

Cada segundo se acercaba más y, tal y como habían prometido, Sol y

Cecilia empezaron a abrir hueco a mi alrededor protegiéndome con

sus cuerpos y separándome de las fans. Y de pronto llegó él. Su ojos

verdes se clavaron en los míos marrón puerta y el tiempo se detuvo.

—Hola, Mario... —me atreví a decir mientras él me sonreía.

Y no pude decir nada más.

De pronto sentí que el vestido se me caía.

Con unas tijeritas, Cecilia me había cortado los tirantes del

vestido por detrás y le estaba enseñando las domingas a todo el

mundo. Incluido Mario Santos.

—¡SEGURIDAD! ¡SEGURIDAD! —empezó a gritar Sol detrás de

mí.

—¡SEGURIDAD! ¡SEGURIDAD!
¡SEGURIDAD! —gritaba Cecilia

—. ¡Aquí hay una señora mayor que se está desnudando!

—¡Está loca! —gritó Sol mientras yo intentaba taparme con el

vestido—. ¡Dice que va a atacar a Mario! ¡Por favor, por favor, vengan

rápido!

—¿QUÉÉÉÉÉ? —grité yo—. ¡NO! ¡NO!
¡NOOOOOOOOOOO!

—¡Son las de FEMEN! ¡Han venido a reventar
el festival! —

exclamó alguien.

En menos de diez segundos, tres mocetones con
camisetas negras

se habían abierto paso entre las fans. Llegaron
hasta mí y me

cogieron en volandas en el mismo instante en
que Mario le firmaba

un autógrafo a Cecilia. Traté de resistirme, pero
ya me habían

levantado como si fuese el cantante de un
concierto de rock con tan

mala suerte que, en una de mis patadas, mi pie impactó contra la cara

de Mario.

Mientras me sacaban fuera, pude ver como el hombre más guapo

de España caía al suelo sangrando por la nariz.

—Mario Santos no va a presentar cargos, pero sepa que lo podría

hacer —me explicaba el policía que me había detenido—. Escándalo

público, agresión, perversión de menores... Ha liado usted una

bueno, señora. —Y el hombre me miraba y estudiaba mi ficha en el

ordenador. Por su expresión, veía que algo no le cuadraba—. Perdona,

pero es que no acabo de entenderlo... ¿Cómo se le ocurre? A su

edad... Que se comporten así las adolescentes tiene un pase, pero

¿usted?

Mi estado era una mezcla de bochorno absoluto y rabia contenida

y no tenía fuerzas ni para contestar, así que me limitaba a asentir a

todo lo que él decía. El policía volvió a mirarme y me pareció atisbar

un punto de ternura en sus ojos.

—Bueno, dado que no hay cargos, puede irse, pero le ruego que

no vuelva a acercarse a las instalaciones del festival o a ninguno de

sus eventos. Si la viese en alguno de ellos, me vería obligado a

detenerla y, esta vez sí, la ciudad presentaría cargos de oficio. ¿Lo ha

entendido, señora Torres? —Volví a asentir por quincuagésima vez—.

Aquí tiene su DNI —dijo mientras lo extendía ante mí—. Y por

cierto, feliz cumpleaños...

Salí de la comisaría muerta de vergüenza y deseando encontrarme

a Sol y a Cecilia en cualquier esquina. Juré para mí que en cuanto las

pillase las mataría. Pero no en sentido figurado. No. Las mataría en

plan asesino en serie de película cutre. Con

mucha sangre y

miembros descuartizados. Seguro que entonces el comisario no me

miraría con ternura. Más tonta había sido yo por fiarme de aquellas

arpías. ¿Cómo podía ser tan inocente? Como me había dicho el

policía: a mi edad... ¿Cómo podía seguir confiando en el género

humano? Primero mis amigas me habían dejado tirada y luego las

dos niñas aquellas se habían reído de mí como si la adolescente

fuese yo.

Vaya cumpleaños de mierda.

En el baño de la comisaría me había hecho dos nudos en los

tirantes del vestido para evitar que se me volviese a caer y me había

puesto el sujetador. Nada más salir, ya había decidido cuál sería mi

siguiente paso: volver a Madrid. Se acabó la tontería. Lo de Mario

Santos había sido la mayor estupidez que había hecho en años. Y

siempre recordaría aquel fin de semana como el peor de mi vida.

Así que, con el rabo entre las piernas, avergonzada y con el

vestido roto, me fui a la estación de autobuses de Málaga. No tenía

dinero ni móvil, pero pensaba pedirle el teléfono a alguien para

llamar a mi hermana y que me comprase el billete por Internet.

Menos mal que todavía me acordaba del número de teléfono de su

casa.

Estaba pasando por una plaza que era una rotonda enorme con

una fuente en el medio cuando de repente lo vi.

Como si fuese el tiovivo de una feria, un tractor como el de Orfeo

daba vueltas a la rotonda.

—¡Alba! ¡Alba! ¡Albaaaaaa!

No me lo podía creer. Bea y Sandra movían las

manos como locas

y me saludaban desde el remolque.

—¡Albaaaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Está aquí! —gritaba Sandra a la cabina

—. ¡La hemos encontrado!

El tractor frenó en seco y empezó a venir hacia mí atravesando los

carriles de la rotonda y llevándose todas las pitadas imaginables.

—¡Alba! ¡Albita! ¡Somos nosotras! —chillaba Sandra. Y era

evidente que eran ellas, pero ¿qué narices hacían en Málaga? Las tres

habían decidido irse a Madrid y dejarme plantada. ¿Por qué habían

venido? ¿Acaso tenían remordimientos?

—No sabíamos si eras tú —decía Bea mientras Orfeo aparca el

tractor.

—Pero luego te hemos visto cruzándote de brazos en ese gesto

tan tuyo y hemos dicho: «¡Es ella!». —Y de pronto me di cuenta de

que ya no estaba enfadada con ellas. No me habían dejado tirada...

Bueno, sí, lo habían hecho, pero al final habían venido a por mí y yo

estaba feliz de verlas.

—Chi... Chi... Chicas... ¿Qué hacéis aquí? —
Las palabras no me

salían. Aún no me lo podía creer.

—Nada, que hemos oído que hay un festival de cine, ¿te lo puedes

creer? —dijo Carol mientras abría la puerta y me guiñaba un ojo.

—¡Hemos venido a por ti, tonta! —soltó Sandra al tiempo que Bea

y ella saltaban del remolque y las tres se me echaban encima.

Estuvimos abrazadas por lo menos veinte minutos.

Y yo lloré. Por la tensión acumulada, por la alegría de que se

preocuparan por mí y hasta por la muerte de la madre de Bambi.

—¿Por qué habéis venido? —pregunté tras

recuperarme un poco.

—No te podíamos dejar sola en Málaga.

—Tenías toda la razón, Alba. Estábamos siendo unas egoístas —

reconoció Sandra.

—Y tú no te mereces eso.

—Y este viaje teníamos que acabarlo las cuatro juntas —dijo

Carol, que me volvió a abrazar.

—Chi... Chi... —Y ahí seguía yo, con un nudo en la garganta de la

felicidad de tenerlas a mi lado—. Perdonadme. Lo siento, lo siento.

Sé que me pasé bastante y que no dije más que...

—No hace falta que digas nada, Alba.

—No podemos dejar de ser amigas por algo tan tonto, ¿no? —Y

Sandra me dio un beso en la mejilla que hizo que me sintiera mejor.

—¿Cómo me habéis encontrado? —pregunté.

—De pura chorra —respondió Bea—. No teníamos ni idea de

dónde estarías, pero conociéndote, supusimos que seguro que

habrías liado alguna y no nos sería difícil encontrarte.

—Pues no andabais desencaminadas...

—¡Y hemos recuperado las maletas y todas nuestras cosas! —dijo

Sandra, exultante—. Estaban en objetos perdidos de Renfe... Que

siempre me he preguntado: ¿por qué se llama objetos perdidos?,

tendría que ser objetos encontrados, ¿no?

—Sandra, cállate —la cortó Bea—. ¿Qué tal ha ido con Mario? ¿Le

has visto ya?

—Sí...

—¿Y? —preguntaron las tres, expectantes.

—Pues que él a mí también —dije apesadumbrada.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—No ha salido como yo esperaba.

—Pero ¿por qué?

—Perdonadme, no quiero hablar de ello.

—Bueno...

—Vaya... —Y los rostros de decepción de mis amigas me

volvieron a poner triste.

—Ahora mismo estaba yendo a la estación de autobuses —

confesé—. Me vuelvo a Madrid.

—¡Ni de coña te vuelves tú a Madrid! —me espetó Bea—. No me

he hecho doscientos kilómetros en tractor para ir a despedirte al

autobús...

—Mira, Alba —dijo Carol—. No sé qué ha pasado, pero tú a

Madrid no te vuelves hasta que te hayas tirado a Mario Santos, ¿de

acuerdo?

—No puedo hacerlo...

—¡Claro que puedes! —me animó Sandra—. Además, Mario no te

va a poder negar nada, ¡hoy es tu cumpleaños!

—¿A qué hora es la fiesta de la peli? —preguntó Carol.

—Creo que a las diez —respondí.

—Vale, pues tenemos una hora más o menos. Con estos trapos no

podemos ir a un fiesta, así que ¡nos vamos de

compras! ¡Pastor!

¡Llévanos al centro quemando rueda!

—¡A sus órdenes, rubia! —dijo Orfeo, y encendió el motor con

una gran sonrisa.

—Sube anda. No es mi Porsche, pero para nosotras es el mejor

descapotable, y para ti, la carroza de tu hada madrina... ¡Jajajaja!

¡Venga, todas al remolque! Y tú —dijo señalándome a mí y

poniéndose seria—, siempre hemos estado juntas, en las buenas y en

las malas, así que hoy no iba a ser menos. No se te ocurra venirte

abajo.

—Chicas, sois únicas. Os adoro. Gracias por venir a buscarme. —

Las cuatro nos sonreímos y no dijimos nada. No hacía falta.

Subimos al remolque y, nada más estar arriba, vi mi maleta al

fondo. Corrí a por ella para ponerme una camiseta, pero Carol me

detuvo.

—De sacar la ropa de las maletas, nada.

—Pero es que tengo el vestido roto y...

—¡Atención todas! —gritó Carol mientras avanzábamos por la

ciudad a dos por hora y nos pitaban todos los

coches—. ¿Veis esto?

Es la tarjeta de crédito de mi empresa. ¡Nos vamos de compras! Hoy

pago yo, ¿y sabéis por qué? Para compensaros por «lo de Marruecos».

—Carol lo había dicho. Había pronunciado la frase tabú entre

nosotras—. Me porté como una cabrona — confesó—. Ya sé que han

pasado diez años, pero nunca me he disculpado. Así que

perdonadme. Las tres. Lo que hice no estuvo bien.

Nos acercamos a besarla, pero con el traqueteo, Sandra casi se cae

del tractor y Bea casi se disloca la muñeca, así

que nos conformamos

con darnos la mano y sonreír.

Estábamos muy pavas, lo reconozco, pero después de todos los

disgustos, estar las cuatro juntas de nuevo era tan bonito que nos

sentíamos exultantes.

—Toma, Alba, tu móvil —dijo Sandra ofreciéndomelo.

Miré a ver cuántas llamadas perdidas tenía. Tenía dos. Las dos

eran de publicidad. Supuse que había cosas que nunca cambiarían.

—¡Aquí, Orfeo! ¡Para aquí! —gritó Carol mientras aporreaba el

cristal de la cabina. Orfeo detuvo el tractor delante de la tienda de

Adolfo Domínguez y Carol abrió la trampilla para que bajáramos.

—Venga, vamos a entrar aquí.

—Pero esta tienda es muy cara, Carol —Ya estaba Sandra con su

obsesión por el dinero.

—Chicas, solo os lo voy a decir una vez. ¡No miréis el precio!

Acabo de firmar un contrato de cinco años con Inditex, así que, ¡paga

Amancio Ortega!

Cuando entramos, las caras de las dependientas fueron un

poema. Cuatro locas recién bajadas de un tractor y vestidas como si

acabasen de venir de vendimiar.

—¿Deseaban algo? —me preguntó la más mayor con cierta ironía.

—Sí... No... Bueno, solo estamos mirando —respondí incómoda

mientras mis amigas se lanzaban a mirar vestidos.

—Pero ¿buscan algo en concreto? —continuó cada vez más seria y

elevando el tono de voz.

—¡Me mola este! —dijo Bea señalando un vestido con encaje

superpuesto.

—No creo que le sirva —dijo la dependienta enarcando la ceja—.

Además es muy caro...

Carol la miró y se plantó delante de ella cruzándose de brazos y

leyendo la chapa con su nombre.

—A ver... Estefanía... ¿Ve usted a estas jovencitas?

—Sí —respondió Estefanía con cara de ajo.

—Pues vamos a gastarnos un montón de pasta —informó al

tiempo que desenfundaba su Visa Platino—. Y lo que queremos es

que nos haga la pelota, que es lo que nos gusta...

Y miré a Carol y me sentí como si estuviera en
Pretty Woman, pero

en la versión doblada al andaluz. La dependienta
miró la tarjeta y

dibujó una gran sonrisa en su rostro.

—Han entrado a la tienda perfecta para eso.

Más relajadas, nos pusimos a mirar entre los
vestidos de fiesta y

cóctel hasta que encontré uno largo y negro con
corte de sirena que

parecía que estaba hecho para mí.

—Pruébatelo, venga.

—Pero, Carol... Son casi setecientos euros...

—Y hoy es tu cumpleaños. Al probador, ni una
palabra más.

Y cuando salí con el vestido puesto, con su escote asimétrico, su

talle en mi cintura y el largo perfecto, me sentí como Cenicienta.

—¡Tía buena! —gritó Bea.

—¡Pibonasso! —exclamó Carol.

—Estás preciosa, Alba —me piropeó Sandra.

Mis amigas siguieron jaleándome y mi autoconfianza subió como

la espuma.

—Parece hecho para usted —dijo la dependienta.

Y tenía razón.

Me quedaba como si me lo hubieran hecho a medida.

Carol se probó un vestido lady de lino blanco con una cinturilla

negra que realzaba aún más su cuerpazo; Sandra, un vestido verde y

largo de encaje con escote de pico delante y detrás que le quedaba

arreatador; y Bea encontró un vestido negro de florecitas con

drapeado en el talle que casi la hacía parecer femenina. Eso sí, se

negó a quitarse las deportivas.

Cuando Carol fue a pagar a la caja registradora, las dos

dependientas más jóvenes miraban su móvil y cuchicheaban sobre él.

—¡Qué vergüenza!

—Que estas cosas pasen aquí...

—Pobre Mario Santos...

—¿Habéis dicho Mario Santos? —preguntó Sandra, que no perdía

ripio—. ¿Qué ha pasado?

—Mírelo usted misma...

Y Sandra, Carol y Bea se lanzaron sobre el teléfono y vieron lo que

yo ya suponía. Un corte de las noticias que alguien había subido a

Youtube.

—Incidente en el Festival de Málaga —decía el locutor—.

Activista descontrolada de FEMEN agrade a Mario Santos y le rompe

la nariz.

Y ahí estaba yo, desnuda y gritando como una endemoniada

mientras los de seguridad me sacaban a rastras. Afortunadamente,

los de grafismo del telediario me habían pixelado los pezones y mi

ridículo no era tan total.

—¡¿Le has roto la nariz a Mario??!! — preguntó Carol.

—¡Qué va! Son unos exagerados, si le he dado sin querer...

—¡Qué fuerte, tía!

—Que no, que creo que se lo ha tomado bien... Me ha sonreído y

todo... Bueno, me ha sonreído cuando me ha visto las tetas.

—¿Por qué le has enseñado las tetas? ¿No se te ocurrió otra cosa

para llamar su atención? —preguntó Bea.

—Tu amiga Cecilia me ha cortado el vestido...

—¡Qué hija de puta! Como me las encuentre, voy a darles su

merecido a esas dos.

—¡Chicas, las diez menos cuarto! —anunció Sandra.

—¡Vámonos, que no llegamos!

Estábamos saliendo por la puerta cuando sentí una mano en el

hombro.

—Perdone. ¿Qué quiere que hagamos con esto?

—me preguntó la

dependienta señalando la ropa que había dejado en el probador.

—Quémelo...

Y ahí bajábamos las cuatro, divinas de la muerte por la calle

Larios y haciendo que todas las cabezas se giraran a nuestro paso.

Llegamos al hotel sin necesidad de preguntar. Lo único que

hicimos fue seguir a gente vestida de fiesta y, de pronto, estábamos

ante la fachada. Era un gran hotel de lujo frente al mar en el que un

montón de personas, entre curiosos, fans y

paseantes ocasionales,

bloqueaba el acceso a las puertas.

—¿Cómo vamos a entrar? —pregunté, porque después de mi

experiencia en el Cervantes no lo tenía nada claro.

—Eso es cosa mía, Alba. ¿No os había dicho que la empresa que

organiza el evento es de mi amigo Pelayo? En menos de dos minutos

estamos dentro. Esperadme aquí. —Y Carol se fue abriendo camino

hacia la puerta, a la que solo se podía acceder a través de una cadena

de terciopelo rojo custodiada por dos seguratas con pinta de comer

campeones de boxeo para desayunar.

—¡Mirad, chicas! —dijo Sandra señalando a un chico alto con el

pelo de punta—. ¿Cómo se llama este actor? Ya sabéis, ese que salía

en aquella serie, el que hizo una peli con el bajito guapo y la que

tiene pinta de fulana.

—Con esos datos, Sandra... —respondí mientras observaba a

Carol, que ya había llegado al cordón y hablaba con uno de los de

seguridad. Se les había unido un tercero con pinta de mandar y

parecían hacer de todo menos hablar amigablemente. No quería ser

negativa, pero aquello no pintaba nada bien. Al ser el día de la

clausura, comenzaron a lanzar fuegos artificiales desde la playa y las

detonaciones empezaron a ponerme nerviosa. Vi como los fuegos se

reflejaban en el agua y le daban a la ciudad un aspecto mágico, pero

nada podía evitar que siguiese teniendo un mal palpito. Al cabo de

dos minutos, nuestra amiga volvía con la expresión «Carol de cabreo

marca registrada».

—¡Será imbécil!

—¿Qué ha pasado?

—Que ese tío es idiota...

—¿No podemos entrar?

—No. Pelayo no está, y como no puedo hablar con él, no quieren

dejarnos entrar. He hablado con el organizador y también dice que

no, que sin invitación no podemos pasar a la fiesta. —Carol señaló al

organizador, un tipo de unos treinta años, con gafas de sol de

aviador, traje y pinta de ejecutivo—. ¡Menuda faena!

Y las cuatro nos quedamos mirando hacia la puerta con cara de

pasmarotes y sin saber qué hacer, cuando Sandra levantó un dedo al

cielo y sonrió.

—Ya sé cómo vamos a entrar —afirmó resolutiva—. Bea, dame tu

móvil...

—¿Qué pasa?

—Que me des el móvil, jobar. —Sandra arrancó el móvil de la

mano de Bea y empezó a manipularlo nerviosa mientras las tres la

mirábamos sin tener ni idea de qué se proponía.

—¡Aquí! ¡Mirad! —dijo, y le dio la vuelta a la pantalla y nos

enseñó la foto que Bea había hecho en el polígono a los dos gais del

coche.

—Pero ¿esto qué es, Bea? —preguntó Carol flipando al ver las

fotos—. ¿Ahora te va el porno gay?

—¿Puedo saber qué hago mirando la foto de un tío chupándose la

a otro? —pregunté, porque no entendía nada.

—Fijaos un poco mejor... —dijo Sandra con una sonrisa.

—El gordito la tiene pequeña —dijo Bea.

—No, fijaos en el otro, no en el gordito.

—Pero... No me fastidies... ¿Habéis visto quién es? —exclamó

Carol.

—¿Quién? —pregunté.

—¡Joder! ¡El organizador! —saltó Bea.

—¡Qué fuerte! —exclamamos las cuatro a la vez.

—¡Amplía la foto! ¿Qué pone ahí, en la esclava?

—Espera... Ya lo veo... No, no lo veo... —dijo Sandra, y empezó a

separar el móvil de sí misma intentando enfocar la vista.

—¿Qué pasa, que ya tienes lectura vaginal? —preguntó Bea.

—¿Qué es eso?

—Pues eso, que te tienes que separar las cosas para leerlas y

ponerlas a la altura de... ya sabes dónde.

—¡Qué burra eres, Bea! Y sí, tengo presbicia; y no, no me quiero

hacer gafas, ¿te importa? ¡Ya está! Ya lo leo. En la esclava pone

«Ramón».

—Así que Ramón... —exclamó Carol con sonrisa maquiavélica—.

Te vas a enterar de quién es Carolina Castro, Ramoncito. —Carol nos

cogió las manos a Sandra y a mí y tiró de nosotras hacia la multitud

—. Ahora, todas calladas, ¿entendido? Aquí hablo yo... Como

mucho, Bea, tú puedes decir alguna burrada, pero vosotras no, que

no imponéis una mierda...

Y llegamos hasta el cordón de seguridad y Carol se apoyó en uno

de los seguratas con descaro. El otro se la quedó mirando sin dar

crédito mientras ella empezaba a gritar.

—¡Ramóóóóón! ¡Ramonchuuuu!

El tipo de las gafas de sol se acercó hacia nosotras con gesto de

fastidio.

—Ya le he dicho que no puedo dejarla entrar...

—Sí que puedes, Ramonchu, guapo... —
respondió Carol con la

mejor de sus sonrisas.

—Oiga, ¿cómo sabe mi nombre?

—Sabemos muchas cosas de ti, Ramón, como, por ejemplo, que

llevas una esclava de plata con tu nombre en la muñeca derecha, que

te gustan las gafas de sol y, ¡ah, sí!, que te gustan los instaladores de

aire acondicionado...

—¿Perdón? Usted está loca...

—No tan loca como tú por el chupa-chups...

—Señora, no sé qué está pasando aquí, pero tienen que desalojar.

Bruno, Lucas, quitad a estas tías de mi vista.

—Bruno, Lucas, esperad —dijo Carol sonriendo encantadora—,

que le voy a enseñar una cosa a Ramón que le

va a gustar mucho.

Carol sacó el móvil de Bea disimuladamente y le mostró la foto al

organizador. Su cara se puso blanca, amarilla, verde y creo que hasta

fucsia.

—Deme ese móvil —dijo furioso.

—De eso nada, Ramonchu. Ya hemos mandado copias a todos

nuestros contactos —mintió Carol—. Solo tengo que mandar un

whatsapp y el Twitter del festival se va a llenar de fotos tuyas tocando

la flauta.

—¡Esto es chantaje! —gritó llevándose las

manos a la cabeza.

—Efectivamente. ¿Nos dejas entrar ya, Ramonchu, majo?

—¡Pasen! —exclamó contrariado—. ¡Bruno, déjalas pasar! Y que

no las vuelva a ver.

—¡Y danos copas gratis! —gritó Bea.

—Es barra libre —respondió Ramón.

—Pues danos...

—Venga, Bea, vamos para adentro... —dije tirando de ella.

Para llegar a la fiesta había que caminar junto a la fachada hasta

una terraza privada que daba a la playa. Así que enfilamos por el

camino vallado.

—¡Un momento, chicas! —pedí. Rodeada de tanta actriz, tanta

mujer de productor y tanta niña mona, decidí quitarme las gafas para

estar más atractiva—. ¿Me las guardas en el bolso, Carol?

—Claro...

—Pues ya estoy lista para lanzarme sobre Mario Santos. ¿Vamos?

—¡Adelante! —vociferaron mis tres amigas, y seguimos

avanzando. Y allí íbamos las cuatro, nerviosas por lo que nos

esperaba y contentas por haber podido entrar, cuando sonó el móvil

de Sandra.

—¡Esperad! ¡Es Jesús! —Sandra se apartó un poco y se tapó el

oído libre para amortiguar el estruendo de los fuegos artificiales—.

¿Sí?... Hola, cari... Llevo dos horas intentando hablar contigo... Ya,

tú y tus reuniones de última hora. Pero es sábado, ¿no puedes decir

que no? Ya... No, los niños están bien. He hablado con la monitora y

están perfectamente. Jesusín le ha mordido la oreja a otro niño, pero

el seguro cubre los puntos... Oye, ¿dónde estás? Estoy oyendo como

petardos... Las fiestas de la Madonna de Roma,

ya... A ver, espera...

¿No serán fuegos artificiales? Porque suenan como fuegos

artificiales...

Y de pronto, Sandra se encaramó a la valla, alzándose sobre las

cabezas de los curiosos, y las tres nos acercamos a ella intrigadas.

—Oye —dijo Sandra—, ¿no llevarás puesta la camisa de rayas

azules y amarillas...? ¿Que cómo lo he sabido? ¡Porque te estoy

viendo, cabrón!

Las tres nos acercamos aún más y pegamos la oreja.

—... estás en el paseo marítimo de Málaga y llevas a una tía de la mano...

Carol, Bea y yo nos subimos a la valla como había hecho Sandra a

tiempo de ver a una pareja en el paseo que se separaba como si

tuviesen la peste. Bueno, yo no lo vi porque estaba sin gafas, pero me

lo contaron luego.

—¡Ese malnacido me va a oír! —gritó Sandra mientras colgaba el

teléfono—. Yo sufriendo y pensando en contarle lo de Sebas y él con

una tía ahí, tan campante. Chicas, perdonadme, pero me tengo que

ir... —dijo Sandra, nerviosa. Iba a saltar la valla, pero en el último

instante se volvió hacia mí y me cogió la mano.

—Lo entiendes, ¿verdad, Alba? Se trata de mi matrimonio...

Yo asentí y le di un beso en la mejilla.

—Mucha suerte, Sandra.

Sandra me sonrió triste, se dio la vuelta, sorteó la valla como una

saltadora de obstáculos profesional y desapareció entre la multitud

corriendo hacia el paseo marítimo.

—¿Vamos con ella? —pregunté sintiéndome fatal.

—Será mejor dejarla —afirmó Bea—. Estas

cosas es mejor que las

hablen entre ellos.

—Pero es muy fuerte, ¿no?

—Bueno, Sandra se ha acostado con el argentino.

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque Sandra es nuestra amiga. Y Jesús un capullo.

—La verdad es que nunca me gustó ese tío.

—A mí tampoco...

—Ni a mí... ¿Vamos?

—Vamos.

La recepción del hotel era enorme y la habían adaptado para la

fiesta. Varios camareros deambulaban con bandejas con copas, pero

la mayoría de la gente se abalanzaba sobre las improvisadas barras.

Un DJ ponía música machacona; aunque nadie bailaba. Carol, Bea y

yo buscamos con la mirada a Mario Santos, pero lo único que

podíamos ver de él eran las fotos promocionales de la película que

inundaban el vestíbulo.

—Perdone, ¿sabe si ha venido ya Mario Santos?

—Carol no perdía

el tiempo y le preguntó a un tipo que llevaba una

acreditación.

—Sí, claro. Hace tiempo.

—¿Y está por aquí? —preguntó Bea.

—Si estuviera aquí, se habría armado la gorda...
Está en la zona

vip.

El hombre señaló unas escaleras enormes que
llevaban a un

segundo piso.

—¿Y se puede ir a esa zona? —pregunté.

—Si sois vips...

—Somos supervips —respondió Carol con todo
su morro.

—Entonces solo os queda pasar por encima de

esas chicas si es

que podéis.

Las chicas a las que se refería el hombre eran las del club de fans

del tren, que, agrupadas al pie de la escalera, gritaban: «¡Mario!

¡Mario! ¡Mario!».

—Gracias —le dije al hombre, que siguió su camino.

—Aquellas no son problema —dijo Carol, confiada—. El

problema son las otras dos.

Escudriñé con la vista a ver si localizaba a Sol y Cecilia, pero no

las vi.

—No parece que estén.

—Lo mismo ya están con Mario.

—Pues si están en la zona vip, ya podemos olvidarnos, porque con

lo zorras que son estas dos ya se lo habrán llevado a la cama.

—No, no están allí —dijo Carol, enigmática.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque acaban de entrar.

Carol nos indicó con la mirada la puerta por la que entraban las

dos chicas. Y fue un bajón total. Como si estuvieran en la pasarela

Cibeles, caminaban hacia el interior del hotel contoneando sus

cuerpos, con la seguridad que te da tener diecinueve años y poder

llevar unos tacones excesivos, una minifalda minúscula y un top de

vértigo, y no solo no parecer una buscona, sino que además se te vea

más mayor y más sexy. El tipo de chica por el que un hombre de

treinta y tantos años como Mario Santos perdería la cabeza.

—Estamos perdidas... —lancé mis pensamientos en voz alta.

—Aquí no hay nada perdido —aseguró Carol.

—Pero ¿tú las has visto? Si parecen sacadas de una revista de esas

de coches con tías buenas.

—Tú también estás mona...

—Al lado de ellas, por supuesto que parezco una mona.

Es verdad que estaba guapa, que el vestido me sentaba fenomenal

y resaltaba mi figura, pero lo de aquellas dos era demasiado.

—No os preocupéis. Yo me encargo —dijo Bea con seguridad.

—¿Que tú te encargas de qué? —preguntó Carol.

—Yo las distraigo...

—¿Y cómo lo vas a hacer? —insistió Carol.

Bea se quedó un momento en silencio, como si se estuviera

preparando para decir algo importante.

—¿Te acuerdas de que Alba os contó que Sol me había besado?

—Sí.

—¿Y que os dije que había sido una tontería, que no me había

gustado y que no le había dado importancia?

—Sí.

—Pues era mentira. Sí que le di importancia... Y sí que me gustó.

—¿Qué estás diciendo, que te gustan las chicas? —dijo Carol,

sorprendida.

Yo, sin embargo, no me sorprendí cuando Bea asintió con la

cabeza.

—¿Por un solo beso? —preguntó Carol, que seguía sin dar crédito.

—No fue un beso cualquiera...

—Tía, que yo me he dado besos con algunas mujeres y no me he

vuelto lesbiana. Igual eres bi-curiosa.

—Que no, que no. Que lo he comprobado, ¿por qué creéis que me

quise liar con aquel tío en el pueblo? Para comprobar si después del

beso me gustaban los hombres...

—¿Y?

—No me gustan. No imagináis lo que sentí cuando me besó Sol.

Sentí algo que no había sentido nunca. Se me puso toda la piel de

gallina y, de pronto, todo tenía sentido. Lo he pensado todo el viaje

desde que pasó, y con el del pueblo quise confirmar si había sido un

espejismo. Y no lo era.

Carol y yo nos quedamos en silencio, haciéndonos cargo de la

situación.

—Ahora entiendo por qué les ponías pegas a todos los tíos —dije

atando cabos.

—Claro, estaba tirando para adelante como una burra.

—Pero ¿estas cosas no se saben desde pequeño?

—Lo mismo, pero supongo que tendría miedo o me daba

vergüenza o una mezcla de las dos cosas, y como soy muy bruta no

quise o no supe verlo, yo qué sé.

—Pues menos mal que te has dado cuenta.

—Ya te digo, aunque no sé cómo se van a tomar mis padres el que

les haya salido una hija lesbiana a los cuarenta.

—Seguro que bien.

—¿Y vosotras?

—Nosotras, ¿qué?

—Que lo mismo no os hace gracia.

—¿Tú eres idiota o eres idiota? —dijo Carol, enfadada.

—Vamos a estar siempre ahí, Bea. Lo sabes —afirmé.

—Como si te haces monja de clausura —insistió Carol,

destensando.

—O del Atleti... —se rio Bea.

—Bueno, si te haces del Atleti, algo de vergüenza sí que nos

daría... —dije yo, y las tres nos reímos.

—Venga, dejaos de chorradas que tenemos que ocuparnos de las

perracas —dijo Bea, que se podía haber vuelto

lesbiana, pero seguía

siendo igual de basta.

Volvimos a buscar a las chicas con la mirada y vimos que se

alejaban de una barra con algo de beber y se dirigían hacia la

escalera.

—Vosotras dejadme hablar a mí, y cuando se arme el follón, os

vais hacia las escaleras —ordenó Bea.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Sabéis aquello de divide y vencerás?

—Sí.

—Pues vamos a ver si es verdad.

Bea se encaminó hacia las dos jóvenes, que se quedaron

alucinadas al vernos.

—¡Qué fuerte! Pero, tías, ¿es que no tenéis orgullo? —dijo Cecilia,

muy sobrada.

Carol iba a responderle, pero Bea se le adelantó.

—Sol, cariño, ¡qué ganas tenía de verte!

Y, sin más, le plantó un beso en todos los morros.

—Pero ¿qué haces? —dijo Sol, sorprendida.

—He venido a buscarte. No he dejado de pensar en ti desde ayer.

—¿Qué dice esta tía loca? —Cecilia estaba estupefacta.

—¡Y yo qué sé! Se le ha ido la olla...

Sol parecía más nerviosa que enfadada.

—¿No le has dicho nada de lo nuestro? —Bea iba a saco.

—¿Te molan las tías? —Cecilia seguía alucinando.

—Que no...

—Sí que le gustan, le encantan... Tenías que haber visto cómo nos

lo montamos en el tren.

—Es mentira. —Sol se ruborizaba más a cada segundo que

pasaba.

—A lo mejor no te dijo nada porque como le gustas... —soltó Bea.

Sol miró suplicante a Cecilia, que se apartó de ella asqueada.

—Pero vamos, que si queréis nos lo montamos las tres y hacemos

unas tijeritas o un destornillador o lo que sea que hagáis. —Y con un

rápido movimiento las cogió por los hombros y las atrajo hacia sí—.

Nos lo vamos a pasar genial las tres, ya veréis.

—¡Que te quites! —Cecilia, enfadada, se zafó de Bea—. ¡Y tú pasa

de mí! —le espetó a Sol.

—Pero, tía, ¿de qué vas? Que somos amigas...

—Sol no daba

crédito a que su amiga la insultara.

—¿Yo, amiga de una bollera? ¡Ni de coña!

Cecilia se lo había dicho con tanto odio y desprecio que Sol no

pudo contenerse y, primero le tiró la copa y luego le soltó un tortazo

en toda la cara que la dejó estupefacta.

—¡Vete a la mierda! —gritó Cecilia, rabiosa.

Y se largó sollozando hacia la salida. Sol, muy afectada, se puso a

llorar y Bea aprovechó para consolarla con un abrazo.

—Venga, largaos... —nos dijo por encima de su hombro.

—¿No vienes?

—No puedo dejarla así, pobrecilla...

Las tres sonreímos y la dejamos acariciando a Sol.

Cuando llegamos al pie de la escalera, nos esperaba la legión del club de fans.

—Mierda, las fans...

—Tranquila que esto lo arreglamos rápido.

Carol se acercó a una de las chicas del grupo.

—No se lo digas a nadie, pero me han dicho que Mario Santos

acaba de entrar en ese baño.

Carol señaló un baño que estaba al otro lado del vestíbulo.

—¿Qué dices? ¿En serio?

—Hazme caso, soy de la organización.

A la joven se le iluminó la cara.

—¡Tías, que Mario está en ese baño!

Las niñas se pusieron a gritar como locas y corrieron en dirección

al baño, dejando libre el acceso a las escaleras.

Habíamos logrado deshacernos de las chicas y de las fans, pero

quedaba un escollo todavía mayor que superar. Tras esquivar a varios

grupos de personas, logramos subir las escaleras y llegar hasta

nuestro destino final. Frente a nosotras, a pocos metros, se alzaban

las puertas de cristal que daban a la terraza

donde se encontraba la

zona vip. Dentro de ella estaban los famosos, las famosas, los

políticos y Mario Santos, por supuesto. El problema residía en cómo

pasar aquellas puertas custodiadas por dos seguratas, que por la

pinta, la altura y la cara de mala leche debían de ser familiares de los

de esa disco de la que huimos en Madrid. Para complicar más el

asunto, uno de ellos tenía una tablet en la que seguramente estaban

apuntados los nombres de los invitados y entre los que, obviamente,

no estaban los nuestros.

—Lo mismo hay otra puerta... —pensé en alto.

—Puede que haya una entrada para la gente del catering, pero

vete tú a saber por dónde está —terció Carol.

—O sea, que no nos queda otra que atravesar esa puerta.

—Eso parece.

—¿Y cómo lo hacemos?

—No nos hemos puesto tan guapas para nada.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos vamos a hacer un «Pachá».

—¿En serio?

Hacer un «Pachá» era un clásico de nuestra juventud, de cuando

las cuatro quemábamos la noche madrileña. Lo ideó Carol para poder

entrar en una fiesta del Pachá que había en la plaza de Tribunal, y

consistía en que Carol, que además de ser la que más morro tenía, era

también la más guapa, se subía la minifalda hasta casi la cintura, se

abría el escote y, haciendo que iba con el puntillo, se acercaba a los

seguratas, que en aquellos tiempos estaban menos cachas y daban

menos miedo, pero eran igual de tontos, y les entraba a saco

poniéndoles como motos. Cuando ella veía que la cosa pasaba a

mayores, le decía que le esperaba en el baño, y como el otro estaba

más caliente que los altos hornos de Vizcaya, pues la dejaba entrar, y

claro, aprovechando la coyuntura, nosotras íbamos detrás. La táctica

era simple pero tremendamente eficaz, y nos había ayudado a entrar

en cantidad de fiestas y garitos.

—¿Estás segura? A ver, que tú sigues siendo un pibón, pero estos

tíos dan muy mal rollo y lo mismo son rusos o moldavos y no hablan

español.

—Tú tranquila, que este idioma seguro que lo conocen...

Y como si volviéramos a tener dieciséis años,
Carol se subió la

falda del vestido, se puso las tetas firmes,
dejando asomar

estratégicamente parte del encaje del sujetador,
y se recogió el pelo

en una coleta interminable.

—¿Qué tal?

Estaba arrebatadora. Parecía Penélope Cruz en
los premios Goya,

pero cuando no va embarazada.

—Tía, si no te entran ellos, lo hago yo —la
animé.

Carol sonrió y con paso firme nos dirigimos
hacia los seguratas.

Yo me quedé unos pasos atrás observando la actuación de mi amiga.

—Hola. —Carol sonreía absurdamente, como parte de la

estrategia.

Los seguratas la miraron estupefactos, como si hubieran visto a

una diosa.

—Hola —acertó a decir el de la tablet, con acento del este.

Desde mi posición, sonreía al ver que el «Pachá» seguía

funcionando. Sin embargo, cuando todo parecía ir a la perfección,

ocurrió algo muy extraño. Carol se había quedado callada. Los

seguratas la miraban entre embobados y
extrañados. Tras unos

segundos, Carol pareció volver en sí.

—¿Puedo pasar? —les preguntó sonriendo.

—No, lo siento. Solo invitados —agregó el de
antes.

Carol se dio cuenta que le miraba
descaradamente el escote. Una

situación como aquella le habría servido para dar
el golpe de gracia,

sin embargo, en vez de aprovecharse, se subió el
vestido y se cubrió

el sujetador. Algo estaba pasando por su cabeza
que yo no podía

intuir y que a ella no le dejaba reaccionar.

—Carol —llamé su atención—. ¿Estás bien?

Carol asintió con la cabeza y volvió a sonreír a los seguratas.

—¿Qué tal?

«¿Qué tal?». Esa no era la pregunta, la pregunta debía ser: ¿te

gusta lo que ves? O ¿te vienes al baño? Pero «¿Qué tal?». Eso se me

podía haber ocurrido hasta a mí...

—Quiero decir que... —Carol dudaba—. Que sois muy... Vamos,

que estáis...

Por primera vez en mi vida veía a Carol quedarse sin palabras

ante un hombre. Y ella se daba cuenta, porque

se la veía muy

nerviosa.

—¿Qué hacéis esta noche? —volvió a decir sin gracia alguna.

—Trabajar.

—Qué bien.

—Salgo a las tres.

—Fenomenal. Me alegro... Y... ¿de dónde me habéis dicho que

sois?

Menudo desastre. En vez de un «Pachá», parecía un «Cagada

total». Esto no existía, pero definía perfectamente en lo que se había

convertido nuestra estrategia. Uno de los tipos se acercó a Carol para

decirle algo al oído.

—Si quieres, te doy mi móvil y quedamos luego...

—No, gracias —contestó Carol, apurada.

Aquello definitivamente no estaba funcionando.

—Perdón —les dije.

Cogí a Carol por el brazo y nos alejamos de la puerta.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No lo sé.

—Que en vez de ligártelos parece que quieres hacerles una

encuesta.

—Es que no me sale...

—¿Que no te sale qué?

—Entrarles... Ponerlos cachondos...

—¿Cómo que no? Si lo llevas en los genes.
Como comprar bolsos.

—Ya.

—¿Entonces?

—Es por... —Le costó, pero al final lo dijo—:
Por Orfeo.

—¿En serio?

—Lo siento, de verdad. Pero no puedo hacerlo,
sería como ponerle

los cuernos.

Carol preocupándose por ponerle los cuernos a un hombre. ¿Pero

ella no era la abanderada del poliamor? No cabía duda de que en

pocos minutos había visto cosas de mi amiga que jamás pensé que

llegaría a ver, pero de todas ellas, la que más me conmovió fue el

hecho de darme cuenta de que se había enamorado.

—Siento fallarte —dijo compungida.

—¿Fallarme? Para nada. —Y le dije con ganas

—: ¡Es genial!

Y la abracé con fuerza. Carol respondió a mi abrazo emocionada

sin poder evitar soltar una lágrima.

—Ese maldito pastor. No sé si ha sido que me han mutado los

genes o que en ese pueblo hay algo radiactivo, pero no puedo dejar

de pensar en él.

—Cuánto me alegro...

—¿En serio? Porque yo estoy acojonada.

—¿Por qué?

—Porque pienso: ¿y si no estoy a la altura? ¿Y si le parezco

demasiado pija? ¿Y si me deja por una del pueblo de al lado?... Lo

anterior podría soportarlo, pero lo de que me deje por una de otro

pueblo, ni de coña.

—Carol... —la detuve—. Bienvenida al club.

Carol sonrió al darse cuenta de que para bien o para mal, desde

ese momento, había pasado a formar parte de un club al que tarde o

temprano acabamos perteneciendo todas las mujeres: el club de las

enamoradas hasta las trancas.

—Y yo que me metía con vosotras por ser unas mojigatas...

—Tranquila, nosotras también nos metíamos contigo.

—¿Ah, sí?

—Claro, pensábamos que ibas a acabar como la típica solterona

borracha que va buscando jovencitos por las discotecas.

—Pues muy posiblemente habría acabado así si no hubiera sido

por este maldito pastor... Mira que enamorarme... ¡A mi edad!

—Anda, vámonos —dije.

—¿Irnos? ¿Y tú?

—Qué más da.

—Claro que da.

—Si ya no podemos pasar.

—Eso es lo que tú te crees.

Carol se giró hacia los seguratas.

—¿Vas a volver a entrarles?

—No...

Y sin pensarlo se quitó el vestido y el sujetador quedándose

solamente con el tanga. Ni que decir tiene que los seguratas y la

mitad de la gente que había por allí se quedaron estupefactos y

pusieron su mirada en ella.

—¿Qué haces? —pregunté totalmente alucinada.

—Improvisar. ¿No lo has hecho tú antes? ¡Pues ahora es mi turno!

Carol me guiñó un ojo y se colocó frente a la puerta a la vista de

todos.

—¡¡¡Nosotras parimos, nosotras decidimos!!! —
gritó a pleno

pulmón.

Los seguratas, sin dar crédito, no sabían qué hacer, y mientras,

Carol seguía con sus peroratas.

—¡No a la guerra! ¡No a la guerra!

Sus gritos ya llamaban la atención de la gente que había en la

zona vip, que reclamaba a los de seguridad que tomaran cartas en el

asunto.

—¡OTAN, no! ¡Bases fuera!

Los seguratas, viendo que aquello se les iba de las manos, se

fueron a por Carol, procurando ser respetuosos. Ellos, que hacía unos

minutos estaban dispuestos a llevársela a la cama... Carol forcejeó,

intentando zafarse de uno de ellos, que pretendía taparla con su

chaqueta sin éxito.

—Oye, tío, que no me metas mano. ¡Machista!

—Señorita, por favor.

—¡Suéltame!

—Acompañenos, por favor.

—¡Que me estupran! —gritó Carol mientras me hacía una seña

indicando que el camino hacia la puerta estaba libre. Le lancé un

beso agradeciendo lo que estaba haciendo por mí y me escabullí

hacia el interior. Al cerrar la puerta, no pude reprimir una carcajada

al escuchar gritar a Carol: «Del barco de Chanquete, no nos

moverán...».

Nunca había estado en una zona vip. Una vez estuve en el

backstage de un concierto, pero no creo que cuente, porque era de

Paranoia, el grupo de mi primo, y el backstage se reducía a un

camerino con olor a sobaco, cuatro litronas y muchos porros. Sin

embargo, la terraza en la que me encontraba era

enorme, preciosa, y

olía al jazmín que trepaba por la barandilla y las
inmensas columnas

de piedra que la rodeaban. En el suelo habían
colocado una

gigantesca alfombra roja, supongo que para
darle un toque

hollywoodiense, y por todos lados había sillones
blancos enormes

para sentarse. Unos camareros iban de un lado
a otro sirviendo copas

de champán a los invitados, que por cierto, eran
bastante numerosos,

lo que me llevó a pensar que aquello muy vip no
era.

—¿Una copa, señorita? —me preguntó un

camarero superatento.

—Gracias.

Cogí una copa de champán y me mezclé entre la gente. No había

dado ni tres pasos cuando vi que a pocos metros estaba ni más ni

menos que Antonio Banderas hablando con ni más ni menos que

Javier Bardem... O a lo mejor era su hermano, o el actor aquel de la

pele de la cárcel que hablaba como Colombo. Afortunadamente,

Antonio me miró, pero no reconoció a la imbécil que había pasado de

él en el cine. Enseguida me fijé en que a mi lado estaban Elsa Pataky,

Rosy de Palma y otra chica que no conocía.
Por lo poco que pude

escuchar de la conversación, Rosy de Palma le
estaba pidiendo a

Elsa que le enseñara fotos en bañador de su
marido, el tío bueno que

hacía de Thor. Con tanto famoso, pensé que
estaba tan fuera de lugar

como en la procesión, pero eso sí, con
muchísimo más glamour y una

copa de champán en la mano, que quieras que
no, lo cambiaba todo.

—Hola, ¿cómo te llamas?

Un chico con pinta de redactor de revista del
corazón se puso

frente a mí. Te han pillado, pensé. ¿Cómo podía

haber sido tan tonta?

Me había quedado tan embobada yendo de famoso en famoso,

escuchando sus conversaciones, que no me había dado cuenta de que

seguía siendo una intrusa.

—Hola —respondí intentando evitar decir mi nombre.

—Perdona, pero es que tu cara me suena y no sé de qué. ¿Sales en

la peli?

Fenomenal, ahora qué le decía al tipo este...

—No... —Era lo más lógico si no quería meterme en líos.

—¿Eres de prensa?

—No.

—¿Trabajas en la productora?

—Sí.

—¿En qué departamento?

Tenía que haber seguido con el no, pero pensé que me estaba

poniendo demasiado negativa. ¿Y de qué departamento le decía que

era? Si mis conocimientos sobre el funcionamiento de una

productora de cine estaban a la altura de mis conocimientos de

mecánica cuántica.

—Cosiendo... —respondí, porque era lo que más se parecía a lo

que yo hacía.

—¿En el departamento de sastrería?

—Sí.

—Claro, de eso te conozco, de Paquita, la sastra.

—¡Paquita, claro!

Increíble, de todos los famosos, de todos los vips, de todos los

camareros, me había tenido que tocar el amigo de la puñetera sastra.

—Tú eres Carmen, su ayudanta, ¿verdad?

—Sí, Carmencita.

Ya de perdidos al río. Total...

—Pues la he visto hace un rato.

—Qué bien, yo es que acabo de llegar.

—¿Vamos a verla y nos hacemos un selfi?

—Yo casi que os espero aquí...

—La voy a buscar y la traigo.

—Aquí os espero.

Ni de coña le pensaba esperar, pero era la única forma de

quitármelo de encima. En cuanto se dio la vuelta, me alejé en sentido

contrario. No podía esperar más, tenía que actuar ya, aquel tipo no

tardaría en hablar con la tal Paquita y se darían cuenta de que yo no

era Carmencita, la ayudanta. Caminé con paso firme entre los grupos

de personas buscando a Mario, pero no daba con él y el tiempo se me

acababa porque si achinaba los ojos, a lo lejos veía como el

hombrecillo hablaba con una mujer de unos cincuenta años que tenía

toda la pinta de ser Paquita. Decidí que lo mejor era marcharse antes

de volver a hacer el ridículo, y estaba enfilando de nuevo la puerta de

salida cuando vi a Mario. Estaba apoyado de espaldas en la barandilla

mirando el mar, le reconocí por el pelo blanco y por sus poderosos

hombros. Decidida, pillé al primer camarero que pasó por delante y

le cogí una copa, me la bebí de un trago y cogí otra y también me la

bebí. El camarero se iba a marchar, pero le detuve y arramblé con las

otras tres copas que le quedaban.

—Si quiere, le traigo la botella...

—No, gracias. No tengo tiempo.

Me bebí las copas como si no hubiera un mañana, y con la fuerza,

la valentía y la inconsciencia que te da el alcohol, me fui directa a por

Mario.

Eran tan solo unos metros los que me separaban de él, pero me

dio tiempo a pensar de todo: ¿cómo le

abordaba? ¿Le decía mi

nombre? ¿Le sonreía? ¿Me inventaba una vida paralela? ¿Se acordaría

de la patada y llamaría a seguridad? ¿Caería rendido a mis encantos?

Al final, decidí improvisar.

Llegué a su lado, le toqué el hombro, él se giró y le planté un beso

en los labios... a un señor de sesenta años que se parecía a Briatore y

que, obviamente, no era Mario Santos.

—Ay, perdón —dije muerta de vergüenza. Sin las gafas no había

visto bien que no era él.

—No hay nada que perdonar.

—Me he equivocado.

—Creo que no.

—Que sí, que sí, que quería besar a otro.

—No soy celoso.

—Eso está muy bien.

El hombre me rodeó la cintura con el brazo.

—¿Qué haces?

—¿Cuánto te paga el otro? Te pago el doble...

—¿Pagarme para qué?

El hombre bajó su mano y me tocó el culo.

—Pero ¿qué haces, asqueroso?

Le quité la mano y me di la vuelta para marcharme, pero en aquel

preciso instante vi que el chico con pinta de reportero de revista del

corazón, Paquita y uno de los seguratas, el de la tablet, venían hacia

mí. Volví a darme la vuelta para alejarme de ellos.

—¿Te lo has pensado?

Otra vez el Briatore.

—¿Me dejas pasar?

—Si me das un beso.

—¡Que te quites, pesado!

Y de un empujón me lo quité de encima. Seguí avanzando

paralela a la barandilla de la terraza buscando una salida, pero nada,

aquella terraza parecía la muralla china. Y mis
perseguidores se iban

acercando. Seguramente, la opción más lógica
habría sido

entregarme, contar la verdad y salir de allí
totalmente humillada y

posiblemente esposada, como me había
advertido el comisario, pero

no sé si debido a las cinco copas de champán o
a que no me apetecía

ser humillada otra vez, decidí tomar una decisión
un poco más

imaginativa: saltar por la barandilla.

Que realmente no salté. Me descolgué por ella y
me quedé

suspendida al ver que era demasiada altura y

que se me había

quedado enganchado el vestido. ¿Por qué había
tenido que elegir el

corte sirena? Era lo más incómodo para una
huida por terrazas.

Intenté volver a subir trepando, pero como
siempre he tenido la

agilidad de una llave inglesa, tan solo logré subir
media pierna, por

lo que me quedé en una posición todavía más
absurda. Fue entonces

cuando aparecieron mis perseguidores. Me junté
todo lo que pude a

la barandilla para no ser descubierta, cerrando
los ojos con la

creencia de que si yo no los veía, ellos tampoco

podrían verme. Y

pareció funcionar porque pasaron de largo. Aliviada, volví a poner a

prueba mis dotes de escaladora para subir la barandilla. Hice fuerza

con los brazos para alzarme y levanté de nuevo la pierna en una

combinación desastrosa que me hizo perder el equilibrio. Estaba ya

en el aire cuando hice un último intento por recuperar la postura,

pero en vez de eso, me agarré al vestido, que terminó por romperse

definitivamente. Mientras mi cuerpo caía al vacío, pensé que si moría

habría sido una forma muy divertida de morir, y

también pensé en

que debía haber puesto más atención cuando Javier me instruía en

las reglas básicas de la escalada, pero era tan aburrido que yo era

incapaz. Y es que aquel había sido siempre el problema de mi

relación con Javier, que todo había sido demasiado aburrido. Me

pareció raro, pero aquel pensamiento me hizo sentir liberada. Ya no

veía a Javier como el enemigo, de hecho me alegré de que estuviera

con la holandesa. Iba a ser mucho más feliz con ella. Contenta por

haberme liberado de aquella carga, me dejé

llevar en mi caída a la

espera de escuchar el «clac» que pondría fin a todo.

Pero en vez de un «clac», sonó un «¡ay!».

Increíblemente, mi caída había sido amortiguada por el cuerpo de

otra persona, que yacía inconsciente en la arena de la playa, que era

donde había ido a parar yo.

—Perdón, perdón, perdón —dije toda apurada.

Al ver que no me contestaba, me quité de encima de la persona

para intentar auxiliarla. Por suerte había hecho un curso en el paro de

salvamento en carretera y, aunque nunca lo

había tenido que poner

en práctica, estaba familiarizada con los métodos de reanimación. Sin

embargo, cuando estaba a punto de hacerle el masaje cardíaco, me

detuve porque las manos empezaron a temblarme. Y no era porque

hubiera olvidado cómo se hacía o porque hiciera frío. Me temblaban

porque la persona sobre la que había caído y a la que había dejado

inconsciente era Mario Santos.

No podía creérmelo, de todas las personas que había en el

mundo, tenía que caerme encima de él. Y no solo eso: le había

matado, o peor, le había dejado lisiado de por vida. ¿Qué me pasaba?

¿Es que tenía que llevar la muerte y la destrucción allá por donde iba?

¿Me había convertido en la quinta jinete del Apocalipsis? Pero,

increíblemente, en vez de huir, que es lo que normalmente habría

hecho ante un problema que no podía resolver, decidí quedarme. Él

me había salvado la vida amortiguando mi caída y yo iba a salvar la

suya. Aunque luego tuviera que tirarme al mar y ahogarme como

penitencia.

—Tranquilo, Mario, que te voy a salvar.

Y tras aquellas palabras dignas del mejor capítulo de Los

vigilantes de la playa, empecé a hacerle el masaje: uno, dos, tres,

cuatro, cinco, seis, siete, ocho... Con una naturalidad que incluso a

mí me sorprendió, fui bombeando la sangre hasta que por fin Mario

abrió los ojos y volvió a la vida.

—¡Sí! —No pude reprimir mi alegría.

Mario tosió varias veces antes de incorporarse lentamente.

—Tranquilo, no fuerces.

—Gracias por... —Entonces me vio—.

¡¡¿TÚÚÚÚÚ??!!

Aquel tono de sorpresa y cabreo me decía que tenía que salir de

allí cuanto antes.

—Sí, yo... Adiós.

Me levanté, e iba a ponerme a correr cuando alguien gritó desde

la terraza:

—¡¡Es Mario Santos!!

Una chica joven estaba asomada a la barandilla de la terraza.

—Mierda —se quejó Mario.

Y haciendo un gesto de fastidio, se escabulló debajo del saliente

de la terraza para ocultarse.

—¿Está ahí Mario?

Miré a Mario, que seguía oculto y sin ganas de salir.

—No, te has confundido —respondí.

—Ah, vale... Oye, ¿estás desnuda?

Me miré y, efectivamente, estaba desnuda. Con todo el follón de la

caída y de salvarle la vida a Mario no me había dado cuenta de que el

vestido había quedado hecho jirones y de que tenía todo al aire.

Apurada, me tapé como pude y me metí con Mario bajo el saliente.

Los dos nos quedamos allí escondidos en silencio. Yo no me

atrevía a mirarle por si le daba por gritarme o llamar a la policía. Solo

esperaba tener el valor suficiente para levantarme e irme lo más

dignamente posible.

—Es que me he largado de la zona vip... —se justificó Mario.

—Ah...

—Es que es un poco coñazo.

—Ya...

Volvimos a quedarnos en silencio.

—¿Qué tal tu nariz?

—Bien —respondió con una sonrisa—. Mi agente quería

denunciarte por obligarme a cancelar la rueda de prensa.

—Ya... Perdona por caerme encima de ti —me disculpé—. Yo

también estaba huyendo de la sala vip.

—Ya... —Y Mario volvió a sonreír, porque sabía de sobras que

estaba mintiendo.

Y de nuevo nos quedamos callados.

—¿Lo de ir todo el rato desnuda es por hobby o rollo protesta? —

me preguntó.

—Por hobby. —Esa respuesta tan ingeniosa me salió del alma.

—Ah... Yo es que soy más de fútbol siete, pero

lo de desnudarse

parece más divertido. Además, no me extraña que quieras enseñar

esas tetas tan bonitas.

—¿Me has mirado las tetas? —No sabía si molestarme o sentirme

halagada.

—Cuando me he despertado... Es que me las has puesto en la

cara... —dijo un poco cortado.

Entonces me di cuenta de que tenía cuarenta años y de que estaba

en pelotas en la playa con el tío más bueno de España. Y no sé por

qué, pero me empecé a reír.

—¿Eso es que no te ha molestado?

—No, para nada —dije sincera—. Bueno, me marchó.

Me levanté tapándome el cuerpo con el vestido, aunque realmente

no sentía vergüenza. Al contrario, me sentía libre y fuerte y muy

tranquila y relajada, pero por encima de todo me sentía orgullosa de

haber aguantado el tipo en aquella situación y de no haberme venido

abajo.

—Espera... —dijo Mario cogiéndome del antebrazo antes de que

me pusiera a andar—, que tampoco es cuestión de que cojas una

pulmonía.

Mario se desabrochó la camisa que llevaba, se la quitó y se quedó

con el torso desnudo.

—Toma.

—¿Eh? ¿Qué? ¿El qué? —Me había quedado tan embobada

mirándole los abdominales que mi mente no acertaba con las

palabras.

—La camisa, para que te tapes.

—Ah... Gracias...

Cogí su camisa, porque tampoco estaba yo para hacerme la digna,

y me la puse dándole la espalda. No tengo que decir que el momento

era de lo más peliculero y que en mi mente calenturienta me

imaginaba a Mario cogiéndome por detrás y besándome con pasión

desenfrenada. Pero como no quería que el calentón me hiciera meter

la pata, me abroché la camisa, me puse lo que quedaba del vestido en

plan pareo y eché a andar diciéndole adiós sin darme la vuelta.

—Espera... —volvió a decirme.

No tuve más remedio que girarme.

—¿Te acompaño?

—¿En serio? Quiero decir... Que lo mismo prefieres ir a otro sitio.

A tu habitación, por ejemplo... — Ya empezaba a liarme—. Que no es

que quiera irme contigo a la cama, ¿eh? Que además yo tengo mi

cama... Y tampoco estoy diciendo que te vengas a mi cama... Que no

sé por qué tendríamos que acabar en la cama... —Tenía que terminar

con aquello—. Por favor, ¿me puedes pegar una torta para que deje

de decir tonterías?

Por suerte no se lo tomó al pie de la letra y, en vez de la torta,

prefirió reírse de mí.

—Lo que quería decir antes de volverme loca es que sí, que me

puedes acompañar.

—Ya me había dado cuenta —dijo sonriendo—. ¿Y adónde ibas?

—A buscar a mis amigas.

—¿Y dónde están?

—La verdad es que no lo sé.

—Entonces, vamos por ahí.

Mario señaló una luz que había en la playa.

—¿Por qué?

—Porque es más bonito.

Y empezamos a caminar por la playa hacia la luz.

Íbamos en silencio andando por la orilla. El mar estaba en calma y

las olas rompían con suavidad. De vez en cuando le miraba de reojo,

para confirmar que era él, pero cuando notaba que él me miraba,

volvía la mirada al mar.

—Por cierto, una pregunta un poco tonta...

No, por favor, que no me haga una pregunta tonta, que no me

estropee este momento, me dije a mí misma.

—¿Cómo te llamas?

Me había engañado, no era una pregunta tan tonta.

—Alba.

—Encantado, Alba. Yo soy Damián.

—¿Damián? ¿No te llamas Mario?

—Qué fraude de persona soy, ¿verdad? —
ironizó—. Me lo

cambiaron en la agencia, decían que no sonaba
suficientemente

comercial.

—Damián también es bonito.

—Tampoco te creas que le di mucha
importancia, nunca pensé en

estar tanto tiempo de actor.

—¿Ah, no? Pues mira que empezaste joven en
la serie aquella de

los bomberos.

—Aquello fue de casualidad.

—No me lo digas... Ibas acompañando a un amigo y te cogieron a

ti, ¿a que sí?

—Más o menos: yo era el que les llevaba las pizzas al casting.

—Ay, que eres de los que se lo han currado, perdona —me

disculpé.

—No, qué va. Si la pizzería era de mi padre. Yo le pedía que me

dejara llevarlas porque así veía a las actrices, que estaban muy

buenas.

No pude evitar sonreír al darme cuenta de que

aquel hombre que

media España admiraba era un tío de lo más normal.

—¿Y por qué seguiste siendo actor?

—Porque he tenido la suerte de que me han llamado para trabajar

—afirmó con naturalidad—. Y porque me han ofrecido buenos

papeles. Y por el dinero, claro.

Lo que decía, en otra persona podría parecer presuntuoso y

sobrado, pero en Mario sonaba de lo más natural y sencillo.

—Y tú, aparte de desnudarte por hobby, ¿a qué te dedicas?

—Zurzo calcetines de lana y los vendo por Internet. —En otro

momento me habría inventado cualquier chorrada, pero me

encontraba tan a gusto que me salió del alma decir la verdad.

—¿Y son muy caros?

¿Qué clase de pregunta era aquella? ¿Se estaba quedando

conmigo?

—No sé, normal —respondí intentando disimular mi malestar—.

¿Por qué?

—Porque necesitaba unos.

—Ya, seguro...

—Que es verdad. La semana que viene me voy a Alaska a hacer

una peli en la nieve y seguro que me vienen genial.

Lo decía en serio, quería mis calcetines de lana. ¿No era el

hombre más mono del mundo?

—Si de verdad los quieres, podríamos llegar a un acuerdo con el

precio —propuse haciéndome la dura.

—Genial.

—Es que estoy cerrando la empresa, y como casi no tengo

material, los costes se disparan.

—Qué pena que tengas que cerrar.

—No te creas, tampoco era la ilusión de mi vida.

—¿Y cuál es la ilusión de tu vida?

Me quedé un momento pensativa. Hacía tanto tiempo que había

dejado aparcados mis sueños que me apetecía recrearme en

recordarlos.

—Me habría gustado cuidar delfines —dije finalmente.

—Los delfines molan.

—Bueno, delfines o cualquier otro animal.

—Pues mi sueño habría sido ser el cantante de AC/DC.

—¿En serio?

—¿Qué pasa? —me dijo con un encantador tono chulesco de

barrio.

—Nada. Que te pega. Y seguro que lo consigues.

—Y tú también.

—A mi edad, lo dudo.

—A tu edad, ¿qué?

—Pues eso, que ya tengo una edad.

—Una edad cojonuda.

—Si no sabes la edad que tengo.

—Claro que sí, diecisiete, ¿no?

—Dieciocho —corregí siguiendo la broma.

—Pues aparentas diecisiete...

Me lo habría comido a besos allí mismo.

Entonces Mario se detuvo.

—Ya hemos llegado.

Con la conversación no me había dado cuenta de que habíamos

llegado a la luz, que en realidad era una bombilla que colgaba del

porche de un pequeño chiringuito de playa.

—¿Dónde estamos?

—En casa de un amigo.

Mario se acercó a la puerta y, antes de abrir, me ofreció su mano

para que entrara con él. Yo se la di, y si me

hubiera pedido mis

bragas, también se las habría dado al instante.

Por suerte, no me las

pidió.

Dentro no había más que cinco personas. Una mujer de unos

sesenta años en la barra, un chico que hacía las veces de camarero y

una pareja sentada tomándose una cerveza y escuchando a un

hombre de unos cincuenta años, delgado y fibroso, tocar una bossa

nova con la guitarra. Al vernos entrar, el hombre dejó de tocar

inmediatamente.

—¡Damián!

Sí que debían de ser amigos, porque además de llamarle por su

verdadero nombre, le dio un abrazo que casi le rompe la espalda. La

mujer y el chico también se alegraron de verlo, los únicos que

parecían un poco ajenos a lo que pasaba eran la pareja, que asistía a

todo aquello un poco sorprendida.

—¡Pensé que no vendrías!

En ese momento me di cuenta de que el hombre hablaba con un

marcado acento brasileiro.

—He tenido un pequeño contratiempo. —El

pequeño

contratiempo era yo, obviamente, pero Mario fue elegante y no dijo

nada más—. Os presento a Alba.

—Creo que yo soy ese contratiempo... —dije sonriendo.

—Um prazer, yo soy Vicente.

Nos saludamos y se acercó la señora.

—¿Y a mí no me dices nada, quillo? —se quejó la mujer con un

deje malagueño muy auténtico.

—Claro que sí, Marisa, lo que pasa es que lo mejor lo dejo para el

final.

Y se fundieron en otro abrazo tremendo, acompañado esta vez

por un montón de besos que le daba la mujer y que Mario recibía

encantado.

—¿Os pongo algo? —preguntó el chico.

—¿Quieres una cerveza? —me preguntó Mario.

—Claro.

El chico se fue a la barra y nos trajo dos tercios.

—Oye, ¿te cantarás algo, no?

—No... Además no quiero interrumpir, que seguro que estos

señores han pagado para escucharte.

—No hay problema, si son suecos. Ni se

enteran.

—Otro día mejor...

—Vaya cantante que no quiere cantar —dije intentando picarle.

Mario entendió enseguida mis maquiavélicas intenciones.

—¿De verdad quieres que cante?

—Me encantaría oírte.

Las palabras me salieron con tanta sinceridad que al ver como se

quedaba callado, me dio miedo que Mario lo hubiera notado y se

hubiera sentido molesto.

—Anda, dame esa guitarra, Vicente. Que ya me han liado —dijo

lanzándome una de esas sonrisas que tan bien le salían en las

películas, pero que en la realidad eran todavía más fulminantes.

Vicente le dio la guitarra, no sin antes advertir a la pareja que

estaba teniendo el privilegio de escuchar a un genio de la canción

que casi nadie había tenido la oportunidad de oír. Ante tales

expectativas, el matrimonio se pidió otra cerveza. Yo me senté en un

taburete un poco alejada, pero Mario me obligó a ponerme delante

de todos: si quería escucharle, tendría que hacerlo a su lado. Un poco

cortada, cogí el taburete y me puse a su lado.

—Bueno, como esto ha sido una encerrona y no he preparado

nada..., voy a tocar uno de los primeros temas que aprendí... A ver si

me sale.

Esa última frase me la dijo mirándome directamente. Luego

empezó a tocar los primeros acordes de «Se dejaba llevar», de

Antonio Vega.

Azul, líneas en el mar, que profundo

y sin domar acaricia una verdad.

Eh, tú, no lo pienses más,

o te largas de una vez o no vuelves nunca hacia atrás.

Se dejaba llevar, se dejaba llevar por ti,

no esperaba jamás y no espera si no es por ti.

Mario tenía una voz preciosa, grave y profunda, pero a la vez

suave y melódica. Cantaba con sencillez, dejándose llevar, como decía

la canción. Y mientras él cantaba, yo le miraba, y con cada acorde que

tocaba quería besarle y con cada frase que cantaba me iba

enamorando más y más. Y casi sin darme cuenta, empecé a cantar

con él. No sé por qué lo hice, es verdad que la canción era una de mis

favoritas y que siempre me habría gustado cantar, pero jamás se me

habría ocurrido hacerlo delante de otras personas, y mucho menos

estando sobria. Sin embargo, estaba cantando y lo más raro de todo

es que encima lo estaba haciendo bien, o eso me pareció cuando vi

que Mario me sonreía y me animaba a seguir.

Nunca la oyes hablar, solo habla contigo y nadie más,

nada puede sufrir, que él no sepa solucionar.

Temor, alcohol de quemar,

pon tus manos a volar o en tus ojos el terror.

Azul, vuelve a reflejar y fundido con el sol

reina un sueño con sonido a mar. Se dejaba llevar.

Y, sin darme cuenta, llegamos al final. Todos aplaudieron menos

yo, que estaba todavía en estado de trance.

—Ha estado bien, ¿no? —me dijo Mario, exultante.

—Sí, sí... —respondí atropelladamente.

Y me puse a aplaudir absurdamente, lo que provocó la risa de los

presentes. Fue entonces cuando descubrí que aquello no era real, que

todo aquel momento mágico era solo eso, magia, y que seguramente

acabaría evaporándose como cualquier otro truco. Así que me

levanté.

—Bueno, yo me tengo que ir...

—¿En serio?

—Sí, mis amigas tienen que estar superpreocupadas.

—¿Quieres que las llamemos?

—No, ya las busco yo, no te preocupes.

Me fui hacia la puerta.

—Espera, que te acompañe.

—No, no hace falta, gracias.

Y salí del bar. Fuera estaba amaneciendo. El sol apenas se

asomaba por el horizonte y los tonos magenta se juntaban con los

naranjas, y todos ellos se reflejaban en las olas, que tomaban

distintos colores por su impulso. Un amanecer espectacular. El más

maravilloso que había visto en mi vida.

—Te dije que era bonito.

Mario había salido también. Nos quedamos mirando el amanecer

en silencio.

—Gracias por salvarme la vida —dijo Mario por fin.

—Míralo como una compensación por casi haberte matado.

—Y por haberte cargado la rueda de prensa mandándome a la

enfermería.

—También, pero eso no fue culpa mía. Fueron unas fans locas

tuyas que me tendieron una trampa.

—¿Una trampa? ¿Por qué?

—Porque querían acostarse contigo y pensaban que yo era una

amenaza.

—¿En serio? La gente está muy colgada.

—No lo sabes tú bien.

Mario me miró con sus ojos verdes. Muy serio.

—Pero tenían razón.

—¿Con qué?

—Con que eras una amenaza...

Si hubiera habido un terremoto de 9,7 en aquel momento, no me

habría temblado tanto el cuerpo como me tembló al escucharle decir

aquello. ¿Era yo o me estaba diciendo que le gustaba? ¿Y si era así,

por qué yo? Él, que podía salir con modelos y actrices mucho más

guapas. ¿Sería porque me había visto desnuda? ¿Porque le había

salvado? Enseguida me di cuenta de que aquellas preguntas eran una

chorrada. Le gustaba y punto, la cuestión era... ¿Qué hacía yo? ¿Le

decía algo? ¿Me quedaba callada? ¿Me lo tiraba

en la arena? Mario se

adelantó cogiéndome de la mano. Y yo la apreté con la mía. Entonces,

muy despacio, acercó sus labios a los míos. Y casi me besa.

—¡Mario, Mario, Mario!

Un hombre con chaqueta y sombrero hacía sonar el claxon de su

coche mientras hacía aspavientos con las manos. Instintivamente,

nos soltamos las manos.

—Hay que irse —le apremiaba el hombre.

—Ahora voy.

—No hay tiempo, en media hora sale el vuelo.

Mario me miró y noté que no se quería ir. Estaba a punto de

decirle que se quedara cuando oí los gritos de Sandra, Bea y Carol.

—¡Albaaaaa! ¡Albaaa! —gritaban las tres desde la playa.

Me volví entonces hacia Mario.

—Anda vete —dije.

—¿Te volveré a ver?

—¿Quién sabe?

—Venga, Mario, por favor —le apremiaba el hombre.

Mario dudó un momento y se marchó corriendo hacia el coche.

No sé si en aquel momento de duda pensó en

besarme, pero el caso

es que no lo hizo. El coche se alejaba ya cuando llegaron las chicas

corriendo.

—¿Ese era Mario Santos? —preguntó alucinada Carol.

—Sí —respondí.

—¿Te lo has tirado? —me dijo Bea.

—No.

—¿Has estado todo el rato con él?

—Sí.

—¿Y qué habéis hecho toda la noche? —preguntó Sandra.

—Hablar.

—¿Solo hablar?

—Sí, solo hablar.

Noté cierta decepción en mis amigas, pero enseguida se dieron

cuenta de que no estaba preocupada para nada y se relajaron.

—Pues muy bien, que eso de follar está muy sobrevalorado —

soltó Carol. Y no pudimos evitar partirnos de risa.

—Muchas gracias, chicas. —Y las abracé a las tres con la misma

fuerza con que Marisa había abrazado a Mario, y las besé hasta que

me obligaron a parar—. Oye —les dije mirando al mar—. ¿Nos

volvemos a Madrid?

Las tres asintieron, y comenzamos a andar en dirección a la

ciudad.

CUATRO MESES DESPUÉS

Después de lo de Málaga, decidimos que no podíamos volver a

separarnos. Así que nada más llegar a Madrid nos hicimos un grupo

de Whatsapp y prometimos hacer una quedada al mes como mínimo.

Y así lo fuimos haciendo durante cuatro meses hasta que un día

Carol rompió la norma y nos convocó a todas de improviso para

darnos una noticia. El lugar elegido era una terraza en Gaztambide, y

no sé si por la curiosidad o por las ganas de vernos, pero llegamos las

cuatro a la vez. Nos sentamos, pedimos unas cervezas y algo para

picar, y tras varios minutos en los que hablamos de tonterías y

banalidades, Carol soltó la bomba.

—Chicas, estoy embarazada.

Ya nos imaginábamos que la cosa iba por ahí, pero aun así no

pudimos reprimir soltar unos gritos de alegría que llamaron la

atención de toda la terraza.

—¡Cómo me alegro! —dije emocionada.

—¡Qué fuerte! Estoy por pedirme un cubata —
repuso Bea.

—Es genial, pero ¿no te da miedo? —Sandra,
tan prudente como

siempre.

—Estoy encantada y Orfeo no para de
cuidarme.

Carol había vuelto a Madrid, pero solo para
despedirse de su

trabajo. Cuando tuvo todo arreglado, regresó al
pueblo con Orfeo.

Eso sí, se llevó todo su arsenal de ropa, bolsos y
potingues, que se

puede ser rural, pero sin perder el glamour. En el
pueblo se dedicó a

llevar la imagen corporativa de la empresa de productos ecológicos

de Orfeo. Resultaba que el hombre no era un pastor cualquiera, su

empresa llevaba cuatro años exportando carne de alta calidad a los

mejores restaurantes del mundo y casi era millonario.

—Ahora comprendo todo lo que me decías de los hijos, Sandra.

Carol, emocionada, le cogió la mano a Sandra.

—Vas a ser una madre increíble... —concluyó esta.

—Además, ahora todo dios tiene los hijos a los cuarenta. Hasta yo

estoy pensando en tener uno... —dijo Bea.

—¿Tú? —Sandra la miró extrañada.

—¿Qué pasa, que las lesbianas no podemos tener hijos?

—Las lesbianas, sí. Pero las lesbianas sin pareja que se pasan el

día de juerga se lo deberían pensar un poco.

Bea había decidido salir del armario por la puerta grande. Y

aunque de Sol nunca volvimos a saber nada, en los primeros dos

meses le conocimos seis parejas. Una de ellas, por cierto, trabajaba

en el ayuntamiento y consiguió que la readmitiesen en su antiguo

puesto. Además, ya no vivía con sus padres, aunque tampoco se

había ido muy lejos: ahora vivía en la casa de Jerónimo, el vecino, que

al morir decidió dejarle la casa en herencia por haberle cuidado

durante los últimos años de su vida.

—Mira quién habla, la que se ha abierto una cuenta en Tinder —le

reprochó Bea a Sandra.

—Es verdad, ¿qué tal te va con las relaciones cibernéticas? —

preguntó Carol, picarona.

—Ya sabes que a los tíos que se apuntan a esas páginas solo les

interesa el sexo, así que... fenomenal.

La vida de Sandra era la que más había

cambiado de todas. Tras lo

ocurrido en Málaga, Jesús y ella se separaron. Y aunque el acuerdo

entre los dos fue muy civilizado para que los niños no sufrieran,

fueron momentos duros porque su familia, los amigos de la

urbanización y hasta las madres del colegio en seguida le dieron la

espalda. Pero Sandra se mostró fuerte y decidida en todo momento.

Incluso se puso a trabajar. Con los ahorros que tenía, montó una

pequeña empresa y no le iba mal del todo. En cuanto a Sebas, el

argentino, estuvieron viéndose un par de meses,

pero la cosa no

cuajó porque Sandra no quería volver a atarse a ningún hombre. Al

menos durante un tiempo pretendía disfrutar de su soltería. Y vaya si

lo estaba haciendo.

—¿Es verdad que estuviste con dos a la vez? —
inquirió Carol con

curiosidad.

—Eran hermanos y guapos, ¿qué iba a hacer?

Las tres nos partíamos de risa, orgullosas de que Sandra estuviera

feliz y liberada.

—Lo que ha cambiado el cuento... —dijo Carol
—. A este paso,

mis aventuras al lado de las tuyas van a parecer de película de Disney.

—Eso no va a pasar nunca. Tú siempre serás nuestra superguerra

—dije en tono jocoso.

—Gracias. —Carol contestó en broma, pero halagada—. Y tú,

¿cómo estás?

—Bien, tranquila. A tope con el curro.

Antes os había dicho que Sandra había montado una empresa,

pues en realidad la habíamos montado juntas. Cuando llegué a

Madrid, tuve un momento de bajón por todo lo que había pasado con

Mario, pero enseguida me puse las pilas. No podía perder todo aquel

chute de energía que me había traído de Málaga. Lo primero que hice

fue hacer limpieza de recuerdos en casa, tiré todo aquello que no

necesitaba y llamé a Javier para devolverle todas sus cosas. Y estuvo

genial porque pudimos tomarnos un café y hablar tranquilamente.

No hubo reconciliación ni nada por el estilo, pero fue una bonita

despedida. Lo siguiente que hice fue cerrar la página web y devolver

todo el material; bueno, todo no, me quedé unos retales con la

intención de hacerle los calcetines a Mario. Sin embargo, nunca se los

hice. No porque estuviera enfadada o me diera pena, simplemente

me puse con otras cosas y lo dejé de lado. Mis ilusiones estaban

puestas en cumplir mi sueño.

—¿Y os da dinero la tienda de perros? — preguntó Bea.

—No es una tienda, es un refugio, y no es solo para perros. El otro

día, por ejemplo, nos trajeron un cerdo vietnamita que habían

abandonado.

—¿Eso se come, no? —soltó Bea.

—Qué burra eres, con lo mono que es —la regañó Sandra.

—¿A que es maja mi socia?

—Aún no sé cómo dejé que me liaras.

—Tampoco nos va tan mal.

—Para nada, estoy contentísima. Eres la mejor socia del mundo.

—Bueno, habrá que brindar por el bebé de Carol, ¿no? —sugirió

Bea.

Las cuatro levantamos nuestras cervezas y las hicimos chocar con

fuerza. Queríamos que todo el mundo se enterase de que éramos

amigas, de que nos queríamos y de que éramos

felices.

Y así, entre cerveza y cerveza, fuimos pasando la tarde. Carol

preguntándole a Sandra mil cosas sobre los bebés, Bea quejándose

de su curro y de lo buena que estaba su compañera y yo disfrutando

del momento.

—Me tengo que ir —dijo Carol—, que si no se me hace muy de

noche.

—Oye, ¿os habéis enterado de que Mario estrena peli hoy en

Madrid? —señaló Bea con toda la intención del mundo.

—Ni idea.

Sí lo sabía, pero no quería darle importancia.

—¿Vamos al estreno a ver si Alba se lo tira esta vez?

—¡Bea!

—Estaba de coña...

Y nos levantamos despidiéndonos y prometiéndonos seguir

hablando por el grupo de Whatsapp.

Como hacía buena tarde decidí ir andando hasta casa. Hacía un

mes que me había mudado a un apartamento en la plaza de

Quevedo. Era un piso más grande y sobre todo mucho más luminoso.

El único problema era que estaba en la quinta planta y no tenía

ascensor, pero aquello también tenía su ventaja. De tanto subir y

bajar había adelgazado ya seis kilos. También había empezado a

comer un poco mejor y había estado a punto de apuntarme a un

gimnasio, pero eso ya me había parecido excesivo. Mientras

caminaba, volví a pensar en lo que había dicho Bea sobre Mario, y

fantasé con la posibilidad de zurcir rápidamente los calcetines y

aparecer por sorpresa en el estreno para dárselos, pero luego me di

cuenta de que era una tontería. Seguramente no podría ni verle, y

aunque le viera, era bastante improbable que se acordara de mí, o

peor, podría acordarse y hacerse el sueco, y entonces yo tendría que

disculparme absurdamente, salir corriendo, y con la suerte que

tengo, me tropezaría en la alfombra roja y acabaría saliendo en el

Sálvame como la loca de los calcetines de lana. Así que no. Ni de coña

iba a acudir al estreno. Por fin llegué al edificio y empecé a subir los

diminutos escalones de madera que llevaban a mi piso. Y cuando

llegué al cuarto, le vi.

—Hola, Alba.

—¿Mario? —Allí estaba. Sentado a la puerta de mi casa con su

pose tranquila y despreocupada—. ¿Qué haces aquí? Quiero decir

que... ¿Qué haces aquí? —Estaba un poco nerviosa, lo reconozco.

—Venía a por mis calcetines.

Sabía que tenía que haberlos hecho, uno por lo menos, que no me

costaba nada, joder. Bueno, no importaba, si solo había venido a por

eso, no merecía la pena sufrir.

—Pues... Es que no te los hice —me sinceré.

—¿De verdad crees que he estado cuatro meses buscándote por

unos calcetines?

—¿Llevas cuatro meses buscándome?

—Tenía que hablar contigo.

—¿Por qué?

—Porque me sentí fatal. No tenía que haberme ido. Tenía que

haberme quedado contigo, que era lo que quería, y hacer lo que tenía

que hacer, porque yo quería hacer una cosa que no hice y...

Y ya no le dejé hablar más. Me lancé a sus labios y le besé. Le besé

soltando toda la pasión, toda la rabia contenida,

todo el amor, todo el

deseo, le besé con locura, le besé por mí y por todas mis compañeras,

por España, porque tenía que hacerlo, yo qué sé... Le besé porque

quería. Y él también me besó.

—Esto es lo que quería haber hecho en Málaga
—me dijo

sonriendo.

—Siento haberme adelantado, pero es que si no lo hago, con la

mala suerte que tengo, lo mismo sale un vecino y te secuestra o viene

un huracán y se te lleva, y lo siento, pero no quiero volver a perderte.

—No vas perderme.

Pero como no me fiaba, abrí la puerta y lo metí en casa.

UN AÑO DESPUÉS

De nuevo estaba en el festival de Málaga, pero esta vez había

viajado en primera y me había alojado en el hotel como invitada

oficial. Era la jornada de clausura y el Teatro Cervantes estaba a

rebosar. Estaba sentada en las filas reservadas para los acompañantes

de los premiados esperando a que Mario saliera a recibir la Biznaga

de Plata al mejor actor. En el escenario, uno de los miembros del

jurado alababa su trabajo, destacando su capacidad para enfrentarse

a personajes difíciles y también cómo había evolucionado desde sus

comienzos, aunque yo no le hacía mucho caso porque estaba todo el

rato contestando a los whatsapp que me enviaban mis amigas.

Mensaje de Sandra: «¿Están Pe, y Mo... y Ja?».

Mensaje de Carol: «Te he visto en la tele y no llevabas ropa

interior, ¡¡¡qué fuerteeee!!!».

Mensaje de Bea: «Tías, que me he liado con la rubia de la ofi».

Los aplausos de la gente me alertaron de que el

jurado había

terminado su discurso y de que Mario estaba a punto de salir. Puse el

móvil en silencio para no perderme su entrada y al momento un foco

iluminó uno de los lados del escenario. Mario apareció saludando

entre los aplausos del público. Estaba arrebatador con el traje negro

ajustado y su media melena negra. Mario se colocó en el centro del

escenario y el miembro del jurado le entregó el premio, tras lo cual

todo el teatro volvió a estallar en aplausos, y yo la primera, por

supuesto, intentando aguantar las lágrimas de la

emoción. Los

aplausos se fueron apagando poco a poco, momento que aproveché

Mario para acercarse al micro y decir unas palabras:

—Estoy muy contento de que hayáis pensado que merezco este

premio. La verdad es que nunca imaginé que fuera a ganar uno. De

todas formas, así me da la oportunidad de dedicárselo a alguien muy

importante para mí, a la mujer de mi vida. Alba, te quiero.

Y entonces sí, rompí a llorar.

* * *

Tierra, trágame y escúpeme en el Caribe

Ivanka Taylor

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,

ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión

en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,

mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,

sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción

de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito

contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes

del Código Penal)

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos
Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta
obra.

Puede

contactar

con

Cedro

a

través

de

la

web

www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, © Cover Kitchen, 2015

© 2015, Mediaset España Comunicación, S.A.

© Ivanka Taylor, 2015

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2015

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta

Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub):
septiembre de 2015

ISBN: 978-84-270-4221-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color &
Diseño, S. L.

www.mtcolor.es